

de

EL DÍA DE LA ESTRELLA NEGRA

Frederik Pohl

Un nuevo clásico del autor de **MERCADERES DEL ESPACIO**, **HOMO PLUS**, **PÓRTICO** y **FUEGO DE ESTRELLAS**



Lectulandia

Pettyman Castor: un operario de la Granja Colectiva del Grano Celeste en el Golfo de México, convertido sin esperarlo ni desearlo en Presidente de unos Estados Unidos dominados por la China Han.

Tsoong Delilah: una inspectora de la Policía Renmin, arrastrada por amor a tomar parte en una increíble aventura interestelar.

Profesor Fung Boshien, Muchascaras: un hombre con once cerebros en su cabeza, en persecución de una verdad inalcanzable.

Feng Miranda: una revolucionaria en busca de la liberación de una Norteamérica oprimida y de venganza por su hermano asesinado.

Júpiter, Jupe: un exiliado de un lejano planeta, un «yanqui» con ansias de devolver la soberanía a su añorada nación.

Los erks: unos antiguos animales de compañía, hechos inteligentes por sus dueños desaparecidos hace mucho tiempo, que intentan «ayudar» a otras razas a través de la guerra.

Éstos son tan sólo algunos de los personajes de una novela fascinante, más allá del tiempo y el espacio...

Lectulandia

Pohl, Frederik

El día de la estrella negra

ePub r1.0

Watcher 05-02-2018

Título original: *Black Star Rising*
Pohl, Frederik, 1990
Traducción: Albert Solé
Arte de cubierta: Antoni Garcés Clotet
Etiqueta Futura nº 18

Editor digital: Watcher
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Como dijo recientemente un crítico, «aunque sólo hubiera escrito Mercaderes del espacio (y aunque fuera en colaboración con C. M. Kornbluth), Frederik Pohl merecería un lugar de honor en la historia de la ciencia ficción». A esta obra, sin embargo (que indudablemente señaló todo un hito en el género), yo me atrevería a añadir otras: *Homo Plus*, *Pórtico...*, y, por supuesto, ésta.

El día de la estrella negra (no me pregunten el simbolismo del título, por favor) es a mi juicio una de las obras más originales de Frederik Pohl. Empieza como una sobrecogedora antiutopía: Rusia y los Estados Unidos se han destruido mutuamente en una alocada y devastadora guerra nuclear, y tras ella China ha ocupado su lugar como primera potencia mundial, con la India como eterno enemigo. Lo que queda de los Estados Unidos ha sido ocupado por los chinos, que han iniciado una lenta reconstrucción y mantienen el país bajo una benigna esclavitud, más cultural que física. El primer tercio de la novela se encarga de pintarnos este cuadro realista, tan convincente como aterrador. Pero Pohl es incapaz de limitarse a esto como planteamiento de uno de sus libros. Y, así, pronto aparece una nave desconocida, y una lejana colonia espacial de estadounidenses acérrimos que sueñan con reconquistar su gloriosa nación, así como una raza alienígena de animales de compañía hechos inteligentes por sus antiguos amos desaparecidos...

Con todos estos elementos, Pohl construye un relato que puede leerse a múltiples niveles. Debajo de la apasionante aventura superficial, que entusiasmará a cualquier aficionado a la ciencia ficción, subyacen capa tras capa de significados. No tengo intención revelarles aquí ninguno de ellos (ni siquiera, repito, el simbolismo del título). Lo único que les pido es: léanla, y no se queden en la primera capa. No duden en escarbar. Les aseguro que se verán ampliamente recompensados.

Domingo Santos

Castor ya había cruzado medio arrozal formando parte de la larga hilera de trabajadores agrícolas cuando pisó la cabeza del muerto. No estaba pensando en muertos. La verdad es que, realmente, tampoco pensaba en los brotes de arroz que asomaban del fango, ni en la lluvia caliente que caía sobre sus hombros encorvados; estaba pensando en María y en su problema y en nadar un rato y en si habría posibilidad de que la gente del observatorio le permitiera solicitar un trabajo allí y, sobre todo, en lo que María y él harían esa noche, en la cama; y de repente allí estaba. Al principio no se dio cuenta de que era la cabeza de un muerto. No podía verla, aunque el agua apenas si tenía unos centímetros de profundidad, porque los sembradores habían removido el barro del fondo. Su pie le dijo que era algo sólido, y pesado, y que no debía estar allí.

—Turistas... —le murmuró a la vieja Sarah, que iba detrás de él en la fila—. ¡Tiran su basura donde les da la gana!

Alargó el brazo hacia el fango. Unas cuantas tilapias minúsculas se escurrieron por entre sus dedos, irritadas como avispa que perciben un intruso en su nido. Castor se dio cuenta de que aquel objeto era blando y de forma redonda, y al sacarlo del barro vio lo que era.

Su grito de miedo y furia hizo que todo el equipo de producción viniera chapoteando hacia él. Rhoda la Gorda se le acercó con el ceño fruncido, pues ya estaba harta de las tonterías de Castor, y el viejo Franky se reía y no paraba de hacerle preguntas —«¿Qué pasa, Castor, has encontrado otro bebé abandonado entre las plantas?»—, y casi todos ellos estaban sonriendo porque a nadie salvo a Rhoda le molestaba tener una excusa para hacer una pausa momentánea y olvidarse de la interminable tarea de trasplantar los brotes con el cuerpo doblado por la cintura.

Entonces vieron lo que Castor tenía en la mano y todas las sonrisas se congelaron. Se quedaron inmóviles, mirándole, con el sudor brotando en su piel cubierta por la lluvia, mientras las tilapias jugueteaban por entre sus pies y nadie sabía qué hacer.

—¡Es un asesinato! —exclamó el viejo Franky con voz temblorosa, apoyado en su bastón.

—¡No digas eso! —le ordenó Rhoda la Gorda, pero su voz sonó mucho más asustada que imperiosa. Un instante después cogió el comunicador que colgaba de su cuello y dijo—: Comuna, aquí el Equipo de Producción número Tres. Acabamos de encontrar un cadáver.

Parte de un cadáver al menos, una cabeza... —Se lamió los labios y añadió—: Llamad a los polis y decidles que no es uno de nosotros. Por lo que parece, es un chino Han.

El helicóptero de la policía llegó media hora más tarde, aunque la Granja del Colectivo del Grano Celestial estaba a más de cien kilómetros de Biloxi. Fue una media hora muy larga. El equipo de producción recibió órdenes de no hacer nada y de quedarse allí donde estaban. Y eso hicieron sus catorce miembros: se sentaron en las

orillas del canal y se dedicaron a contemplar el sitio donde Castor había dejado caer la cabeza, horrorizado, y donde el viejo Franky había clavado su bastón para que sirviera de marca.

—Secarán el arrozal —profetizó Franky con voz lúgubre—. ¡Tendremos que volver a empezar desde cero!

—¡Rhoda, perderemos los peces! —exclamó la pequeña Nan, aterrorizada—. ¡Sesenta kilos de tilapias, y acabamos de meterlas en el agua!

—Ya lo sé —dijo Rhoda de mal humor, con el ceño fruncido. La ecología del cultivo de arroz no consistía tan sólo en cuidar del arroz. Primero preparabas el arrozal, después lo inundabas y luego lo sembrabas de gambas, para terminar añadiendo las tilapias. Las gambas se alimentaban de larvas de insecto y de casi todo lo que fuera lo bastante pequeño para ellas. Las tilapias se alimentaban de las larvas de insecto y de las gambas: después, cuando habían crecido, las personas se alimentaban de las tilapias adultas. La comuna no disponía de ninguna otra proteína mejor y más barata. Dado que tanto las gambas como las tilapias eran decididamente carnívoras, los insectos dañinos eran destruidos por ellas y los brotes de arroz quedaban a salvo.

—Pongamos trampas —sugirió Franky—. Quizá podamos salvar las tilapias.

—Voy a conseguirlas ahora mismo —dijo Rhoda, y volvió a hablar con la comuna usando la pequeña radio que colgaba de su cuello; aunque nadie estaba muy seguro de si las trampas resultarían demasiado útiles, pues los alevines de tilapia eran tan pequeños que un gran número de ellos podían deslizarse por entre las mallas y acabar perdiéndose.

Por lo menos había dejado de llover, aunque el ardiente sol era tan molesto de soportar como la lluvia. La noticia había atraído a un autobús procedente de las tiendas de recuerdos de la aldea. Cuarenta turistas del Interior estaban sacando fotos del arrozal y del malhumorado equipo de producción y haciéndose instantáneas los unos a los otros. Dos escolares de la aldea ya se habían presentado con sus bicicletas llenas de limas y pomelos de los huertos privados. Los turistas estaban comprándolos a toda velocidad. El equipo de producción contempló con ojos pensativos aquella inmensa cantidad de fruta pero no compró nada: en primer lugar, la fruta se vendía a precio de turista, y en segundo lugar, los dólares-Renmin de los turistas irían a parar a la economía de la aldea. Un pomelo vendido a los turistas valía más que un kilo de arroz comprado por el estado, y no había que pagar impuestos.

El equipo de producción oyó el repentino zumbido de las cámaras de los turistas antes que el ruido de los helicópteros que se aproximaban. Tres helicópteros de la policía se posaron en la explanada de los camiones, y todos los miembros del equipo se pusieron en pie. ¡Tres! ¿Qué estaban esperando encontrar, una pandilla de asesinos armados dispuestos a liarse a tiros con los polis? Pero los seis policías que bajaron del primer helicóptero llevaban los galones verdes del control de tráfico y no tardaron en hacer que los turistas subieran a su autobús, protestando, y se marcharan de allí. El

segundo helicóptero transportaba a los policías de verdad, armados y con cascos, así como a una pareja de policías sin armas y algo mayores que llevaban cámaras y maletines negros. El tercero no parecía contener más que a una sola persona, una mujer que lucía al cuello las insignias del cargo de inspectora.

La mujer bajó del helicóptero y se quedó quieta. Contempló el arrozal, el autobús de turistas que ya se alejaba, las nubes que iban acumulándose sobre el golfo de México, y acabó volviéndose hacia el equipo de producción.

—¿Quién encontró el cadáver? —preguntó en un excelente inglés.

Los miembros del equipo de producción, aliviados, empujaron a Castor haciéndole dar un paso al frente.

—No era un cadáver, sólo una cabeza —dijo éste, queriendo dejar bien claras las cosas.

La mujer le miró fijamente. Apenas si le llegaba a la altura de los hombros, pero no parecía haberse dado cuenta de la diferencia de estatura.

—Oh, así que sólo era una cabeza, ¿eh? Comprendo... ¡Pero si es sólo una cabeza en vez de todo un cadáver, la cosa cambia por completo! Aun así, mi experiencia me ha hecho aprender que, cuando se encuentra una cabeza, el cuerpo al que perteneció tiene que andar por alguna parte.

El disgusto de Castor ante su sarcasmo superó el temor que le inspiraba verse obligado a tratar con la Policía Renmin.

—Ya sé que una alta funcionaria de la policía comprende todas estas cosas mucho mejor que un campesino —le respondió en un mandarín impecable.

—¡Ah! —exclamó ella—. ¡Estoy en presencia de un erudito! Pero por favor, permita que le hable en su idioma, dado que algunos de sus colegas quizá no comprendan la lengua culta. Bien, erudito, cuénteme cómo encontró ese objeto, ya sea un cadáver o sólo una cabeza inexplicablemente separada del cuerpo.

Castor se lo explicó y, cuando hubo terminado, los demás miembros del equipo de producción también se lo explicaron, y los policías empezaron a desempeñar su trabajo.

Algunos se metieron en el arrozal y ordenaron que se hiciera bajar un poco el nivel del agua. Otros interrogaron por separado a los catorce miembros del equipo; otros tomaron fotos y usaron botellitas para recoger muestras de agua, barro y otras sustancias. Cuando los policías encargados de los interrogatorios descubrieron que algunos miembros del equipo de producción no llevaban encima sus pasaportes se produjo un cierto revuelo.

Castor era una de esas personas. Enojado, empezó a pensar en las críticas que debería soportar, y en que quizás incluso llegaran a imponerle algún trabajo disciplinario. Pero la inspectora no quiso ni oír hablar de eso.

—¡Olvídenlo! —ordenó—. Es perfectamente natural que la gente no lleve encima el pasaporte estando en su granja: lo contrario sería una estupidez. Ya podrán verificar sus identidades en la aldea. —Y, cuando Rhoda la Gorda le pidió que se les

permitiera atrapar a todas las tilapias posibles antes de bajar el nivel del agua, se mostró igual de contundente—. ¡Nadie quiere desperdiciar comida valiosa! Atrapen sus peces. —Así pues, la mitad del equipo de producción fue encargado de colocar trampas y vaciarlas de su nervioso contenido, que fue recogido en tanques para el transporte, mientras la otra mitad empezaba a recorrer el arrozal llevando redes con las que intentarían capturar el mayor número posible de las tilapias que acabarían quedando atrapadas en el barro. Ése fue el trabajo que le correspondió a Castor..., ¡realmente, algo digno de un niño de diez años! Era humillante. Siempre le estaban humillando. Incluso el haber sido asignado a la tarea de plantar arroz era una humillación. Los grupos que debían realizar trabajos donde fuera preciso inclinarse eran escogidos entre las personas más bajas de la comuna —eso hacía que no necesitaran agacharse tanto—, y Castor medía casi dos metros de altura. Notó cómo la inspectora de la Policía del Pueblo le miraba de tanto en tanto, divertida, cada vez que Castor tropezaba o caía en el barro, persiguiendo a los relucientes alevines que no paraban de agitarse, y en resumidas cuentas pasó un día bastante malo. La parte buena de ese día malo fue que no llegó a convertirse en peor. La Policía del Pueblo no dejó marchar al Equipo de Producción número Tres hasta que hubo anochecido, sometiéndolo a interminables sesiones de preguntas y repreguntas: además, pasaron gran parte del tiempo esperando a que el nivel del agua del arrozal fuera bajando poco a poco y los técnicos de la policía examinaran el barro y el agua buscando pistas. No había ninguna. No encontraron el arma ni ninguna otra parte del cuerpo, y tampoco tuvieron la suerte de hallar ningún pasaporte dejado caer por un descuido del asesino..., nada. Pero eso tuvo como resultado que tardaron tanto en volver que fue necesario cancelar la reunión educativa de la noche, y el tema del que Castor no quería hablar fue pospuesto.

En vez de ello hubo una reunión improvisada en el despacho del ayudante de la directora, con los catorce miembros del equipo de producción apretujados en él y teniendo que mantenerse de pie para no manchar su excelente mobiliario con sus cuerpos embarrados. No se trataba de ninguna reunión de crítica. El ayudante de la directora sólo quería enterarse de lo que había pasado, por lo que los catorce miembros del equipo tuvieron que repetir su historia una vez más. Eso consumió un tiempo que el equipo de producción habría preferido emplear aseándose para la cena. Aunque no se trataba de una reunión de crítica, Castor recibió una reprimenda.

—Primo Castor... —le dijo fríamente el ayudante de la directora (los dos pertenecían a la familia Pettyman, aunque eso no les hacía mantener ninguna relación muy estrecha, pues sólo siete familias formaban más de la mitad de la comuna)—. Primo Castor, ¡vigila tu lengua! ¿Por qué te mostraste tan descarado con la inspectora Renmin?

—No me mostré descarado. Estaba burlándose de nosotros.

—¡De nosotros...! Querrás decir que se burlaba de ti, y tenía buenas razones para hacerlo. Eres un joven vano y presuntuoso, primo Castor. Un elemento

potencialmente problemático. La verdad es que estoy muy disgustado, y no sólo contigo. ¿Cómo piensas recuperar el tiempo perdido, prima Rhoda? —Y la reunión terminó con las exhortaciones habituales a cumplir con lo exigido por las normas de producción y tomarse más en serio las reuniones educativas, y Castor acabó consiguiendo permiso para salir huyendo hacia las duchas.

Después, un poco más limpio, se reunió con su esposa María en el comedor. Ella también llegaba tarde. Trabajaba en el taller de artesanía, y no habían podido cerrar las puertas hasta hacía unos pocos minutos. De hecho, un par de turistas seguían rondando aún por allí, fotografiando a los aldeanos en sus vidas cotidianas, lanzando al aire los Frisbee hechos a mano, pasándoselo en grande y disfrutando de su día entre los pintorescos campesinos de la República Autónoma de Bama. Se besaron: él con un placer algo disminuido por la preocupación, ella con una reluctancia vencida por el deber. Castor tenía muchas ganas de explicarle qué día tan horrible había tenido, pero por su expresión María parecía no sentir muchos deseos de enterarse.

María era alta y rubia: casi tan alta como Castor y con la piel mucho más pálida que ningún otro habitante de la aldea. Sus padres llegaron a la R.A.B. como voluntarios de ceñudo rostro hacía veinte años. No duraron mucho. Su madre murió en un accidente de tractor un año después de que naciera María. El padre se convirtió nuevamente en «voluntario» pero esta vez se ofreció como tal por voluntad propia. Partió hacia los terribles desiertos que había al oeste de Iowa, y nunca más se volvió a oír hablar de él. La niña quedó abandonada. La aldea no protestó demasiado por ello; la presión para reducir el índice de natalidad aún no era tan fuerte.

Pero, naturalmente, nadie se había olvidado de aquello.

—¿Quieres comer en casa? —le preguntó Castor.

María negó con la cabeza, aunque estaban bastante acostumbrados a que uno de ellos fuera al comedor con sus recipientes, los llenara, y trajera la comida a su apartamento para cenar en la intimidad.

—No debemos dar la impresión de que deseamos escondernos —dijo—. Y, de todas formas, no tengo mucho apetito. —Se quedó callada, como sin saber cómo continuar—.

Mañana iré a las pruebas.

—Oh —dijo Castor, pues no había mucho más que decir. Pero luego se animó un poco porque, cuando se acercaron al mostrador, vio que la cena era una de sus favoritas, un curry con abundancia de carne y grandes cantidades de su propio arroz, que era excelente.

María se limitó a picotear un poco de su plato. Castor se preparó para soportar las bromas que los demás ocupantes de su mesa harían sin duda al notar la falta de apetito de María, pues los rumores ya habían empezado a correr, pero no hubo demasiadas. El comedor resonaba con el nervioso zumbido de las conversaciones sobre el gran tema del día; el que una aldeana se hubiera quedado embarazada de forma inesperada no podía competir en interés con el descubrimiento de la cabeza del

muerto. Castor tuvo que repetir una docena de veces la historia de cómo la había encontrado: para la gente de la mesa, para los que iban de una mesa a otra, para quienes estaban junto a él cuando hizo cola para el curry, para la fruta y para llenar nuevamente sus tazas ante los recipientes del té.

Las noticias y los rumores volaban por la habitación, y era difícil distinguir unos de otros.

La Policía Renmin estaba registrando los alrededores en busca del asesino. La Policía del Pueblo había atrapado al asesino en el aeropuerto de Biloxi. La Policía Renmin creía que el asesino era uno de los aldeanos..., no, no sospechaban de nadie. La cabeza había caído del cielo como resultado de la explosión producida en un reactor estratosférico.

Pero todos los rumores eran sólo eso: rumores. Por lo menos el panel de videonoticias situado en el fondo de la sala no tenía nada que decir al respecto. Vieron un plano del arrozal e incluso un fugaz vislumbre de Castor señalando con cara ceñuda hacia el punto donde había pisado la cabeza, pero al asunto no se le dedicaron más de veinte segundos.

Por lo demás, sólo hubo otra noticia interesante: un recordatorio de que esa noche iban a proyectar *Sólo ante el peligro*.

—¿Quieres verla? —le preguntó María.

—La vi cuando tenía diez años.

—No, no, es una nueva versión. Dicen que es realmente buena.

Y Castor acabó diciendo que sí, y luego le recordaron que esa noche le tocaba limpieza, que debía encargarse de supervisar a los escolares que colocarían mesas y sillas en su sitio y arreglarían el desorden de la cena. Castor había pensado que tendría un poco de tiempo para estar a solas con María y resarcirse de los sinsabores del día, pero tuvo que quedarse en el comedor, que también servía de sala de reuniones, teatro comunitario y gimnasio y, una vez al mes salón de baile. Era lo bastante grande para todas esas funciones. Tenía veinte metros de diámetro y estaba cubierto por una cúpula de plástico negro. Antes de que Castor hubiera conseguido que el último escolar pasara la escoba una vez más por un rincón que aún estaba sucio, los aldeanos ya estaban volviendo a entrar en la sala para disfrutar de la diversión de la noche.

La aldea tenía su propia antena de vídeo, naturalmente. Veinte canales de televisión procedentes del satélite geosincrónico suspendido encima de las junglas de Bolivia caían como un diluvio sobre la República Autónoma de Bama. Seis de ellos usaban el inglés. La vieja directora fue con paso cansino hacia la entrada de la sala para proceder a la votación, que era un mero formalismo, porque no había duda del resultado final: los aldeanos querían diversión. Castor pensaba que el espectáculo estaría bastante bien, pero tenía sus propias ideas sobre cómo mejorarlo. Cuando María volvió a entrar en el salón estaba esperándola.

—¿Aquí o allí? —murmuró, rozándole la nuca con los labios. Dado que sólo

llevaban seis meses juntos y seguían estando francamente enamorados, su diversión, al igual que sus comidas, solía transcurrir en la intimidad de su apartamento. Su pantalla sin relieve era minúscula comparada con la inmensa pantalla holográfica, pero soportaban con alegría ese inconveniente, pues les ofrecía la inmensa ventaja de poder ver el espectáculo abrazados..., o dejar de verlo y dedicarse a otro tipo de diversión distinta en cuanto quisieran. Pero María le apartó..., eso sí, con suavidad.

—Aquí —dijo con firmeza—. No empeoremos las cosas. —Y, por esa misma razón, insistió en sentarse lejos de él en cuanto empezó la proyección.

Castor no era ni un joven de corazón mezquino ni un joven estúpido, pero, aun así, seguía siendo un joven. Aún no había descubierto que el mundo tenía sus propios intereses y que no perdería demasiado tiempo cuidando de satisfacer los de Castor..., ni el mundo como un todo ni la aldea que formaba casi todo su mundo, ni tan siquiera su esposa. Por lo tanto, se puso de mal humor. Pero su estado de ánimo fue mejorando a medida que se iba dejando absorber por la épica historia de aquel sheriti Renmin de hacía un siglo, recién llegado del Hogar y amenazado por una pandilla de elementos anti-Partido. El sheriti, interpretado por el famoso actor Feng Wonfred, tenía que enfrentarse él sólo a seis enemigos armados, pero, ayudado por la maestra y otros cuadros, luchaba contra los derechistas del Partido y les obligaba a llevar a cabo su autocrítica. El espectáculo era soberbio, con unas canciones maravillosas, tan pronto tierno como galvanizante; los escenarios mostraban a la perfección esa Norteamérica de finales del siglo XX, con sus interminables extensiones de tierra quemada y aquellos escasos pioneros llenos de valor que intentaban convertirlas en un sitio donde poder vivir. Castor acabó totalmente sumergido en la historia.

Al final de la ópera la pandilla anti-Partido entregaba sus armas y subía al autobús que les llevaría a Pennsylvania, donde serían reeducados, mientras el sheriti Renmin y la maestra se ponían a la cabeza de los cuadros en una procesión victoriosa que recorría la pradera con las banderas agitándose al viento. El público aplaudió encantado, Castor incluido. Las imágenes se esfumaron de la pantalla de holovisión y las luces de la sala se fueron encendiendo. Castor buscó a María con la intención de compartir su placer con ella, pero María se había marchado.

Castor encontró a su esposa en la sala de pantallas, absorta ante las consolas. Estaba escuchando la banda sonora a través de unos auriculares y no le oyó entrar; cuando le vio apagó la pantalla. Cuando llegó junto a ella, en la pantalla sólo podían verse las letras Esperando... Esperando... Esperando..., en inglés y en chino, parpadeando con destellos anaranjados. La sala tenía veinte pantallas, cada una con su asiento individual.

Castor las conocía todas. Cuando su petición de asistir a la universidad fue rechazada, no pudo seguir estudiando, de modo que acabó recibiendo la mayor parte de su educación en aquella sala. Su profesor luchó por él... y no consiguió nada. Le enseñó la lengua culta hasta que Castor pudo hablarla casi sin acento..., aunque eso no le servía para nada. Le suplicó que siguiera estudiando a solas con las máquinas de

enseñanza, pues su mente era demasiado buena para malgastarla en los arrozales. Y Castor así lo hizo, aprovechando todas las ocasiones a su alcance, pasando tercamente de uno a otro de los cursos ofrecidos por aquel repertorio interminable, hasta que María le hizo darse cuenta de que podía hacer otras cosas con su tiempo libre, aparte de estudiar. María seguía observándole en un cortés silencio, esperando a que le explicara por qué la había interrumpido.

—¿Aún no has terminado? —preguntó Castor, sin que se le ocurriera nada mejor.

—No, todavía no.

Castor asintió, con la vista fija en los asientos vacíos de las máquinas.

—Bueno —dijo, rindiéndose al impulso—, escucha, tómate todo el tiempo que quieras. Yo... Bueno, yo también quiero comprobar unas cuantas cosas. —Y era cierto. Siempre le había gustado hacerlo, y aprovechaba todas las oportunidades de usar las pantallas. Seguía gustándole. Le gustaba tanto que, apenas se puso a teclear sus códigos e instrucciones, olvidó la extraña conducta de su esposa.

Castor se había dedicado a estudiar el espacio. Había estudiado cuanto hacía referencia a él, tanto en la teoría como en la práctica. Era su sueño y, como solo era un sueño, también era su maldición. Mucho tiempo antes hizo el amargo descubrimiento de que sólo un chino de la raza Han tenía auténticas posibilidades de recibir entrenamiento para viajar al espacio. Y, en realidad, apenas si había ningún programa espacial para el que poder ser entrenado. Los chinos tenían unos cuantos satélites de comunicaciones, claro está, así como algunos satélites meteorológicos y para localizar recursos naturales. Eso era todo..., incluso para China. Para Norteamérica, por supuesto, no había nada de nada.

Ningún ser humano de ningún país había ido al espacio desde hacía casi cien años. Oh, sí, claro, ahí arriba había seres humanos incluso ahora..., pero estaban muertos.

Astronautas y cosmonautas atrapados en órbita por el estallido de la guerra y que nunca habían conseguido volver. En los bancos de datos de las pantallas había almacenadas cincuenta o sesenta «identidades sin verificar»: algunas de ellas habían llegado a ser vistas, otras no eran más que trayectorias registradas. Lo que fascinó a Castor era que en los bancos había un caso nuevo. «Identidad sin verificar» apenas si servía para describirlo.

Estaba al otro lado del Sol, a más de una unidad astronómica de distancia, y era demasiado pequeña para que hubiera ningún detalle visible. Por lo tanto, podía ser cualquier cosa, y la imaginación de Castor podía correr libremente, sin freno alguno. ¿Un laboratorio espacial a la deriva? ¿Uno de esos viejos Soyuz rusos? Una lanzadera perdida, un satélite Ariane... ¡Cualquier cosa!

Contempló con un melancólico anhelo aquel punto borroso, lo único que los telescopios habían sido capaces de captar del objeto. Estaba allí, desde luego, aunque no había forma alguna de saber qué era. Con todo, los datos orbitales eran bastante claros. Dentro de unos pocos meses estaría cerca de la Tierra..., ¡y entonces habría

mucho que ver!

Naturalmente, lo más seguro era que fuese una de esas sesenta «identidades sin verificar» cuyo rumbo se había visto alterado, quizá por pasar demasiado cerca del Sol...

Pero, ¿y si no lo era?

Cuando se quitó los auriculares y se volvió hacia su mujer, Castor estaba sonriendo. Le sorprendió ver que María no parecía haber terminado con lo que estaba haciendo., fuera lo que fuese. Alzó los ojos hacia él con una cortés interrogación en su rostro, como si siguiera esperando que le explicase los motivos de su interrupción, y sus grandes ojos azules le contemplaron con una inescrutable frialdad. Castor vaciló, intentando pensar en alguna maniobra conversacional capaz de hacer que aquella mujer cortés y distante volviera a convertirse en su esposa. Sacó de su bolsillo un paquete con varitas de frutos secos y le ofreció una. María negó con la cabeza.

—Pero si apenas has cenado —dijo él.

—No tenía hambre —le explicó ella.

Castor asintió, como si aquello dejara totalmente aclarado el tema, y empezó a masticar el papel comestible de su varita. Sus dientes la mordieron, y notó el delicioso sabor a pera.

Hacer preguntas que María no estaba dispuesta a responder era inútil, y hacerle cualquier tipo de pregunta no serviría de nada, pues ya le había ofrecido una ocasión de explicarse y María había demostrado que no deseaba aprovecharla. Aun así, Castor siguió sintiendo curiosidad.

—¿Qué estabas mirando? —preguntó, con una generosa sonrisa de sabiduría del tipo sé-que-tienes-algún-secretillo-oculto.

—Oh, cosas, nada en especial —dijo ella, poniéndole fin al tema. Castor se encogió de hombros.

—Bueno, yo ya estoy listo para ir a la cama —murmuró, dejando a un lado todo intento de sutileza.

Los ojos azules de ella le contemplaron con frialdad y se volvieron hacia la máquina.

María guardó silencio durante unos instantes y acabó tomando una decisión. Apagó la pantalla y, con ese mismo gesto, seco y rápido, pareció desconectar a la María fría y distante.

—Yo también —dijo, poniéndose en pie y quitándose los auriculares. Alargó la mano hacia su brazo y lo acarició con una cálida intimidad, la misma que había en su voz—.

Realmente lista —añadió—. Después de todo, ¿qué mal puede haber en ello ahora?

Si alguien le hubiera preguntado a Castor si amaba a su mujer, habría respondido al instante y sin ninguna vacilación. ¡Por supuesto que la amaba! Incluso cuando se mostraba distante. Incluso cuando insistió en correr el riesgo de quedarse

embarazada. Y, desde luego, no la culpaba por el problema al que se enfrentaban ahora, o eso habría dicho en cuanto cualquier conversación llegara a ese punto (o quizá estuviera dedicándose a ensayar sus respuestas para las conversaciones que sabía que acabarían presentándose).

La quería muchísimo, y...

Pero, de todas formas, María era una mujer extraña, pues, tras una noche idéntica a las de los viejos tiempos, por la mañana volvió a mostrarse fría y distante. Se marchó para coger su autobús hacia Biloxi antes de que hubieran terminado el desayuno. No tenía por qué hacerlo. No tenía por qué marcharse hasta poco antes del mediodía. Y, desde luego, no tendría que haberle dejado la tarea de explicarle a los jefes de los ejercicios por qué se había saltado la reunión del grupo de danza aeróbica y tai chi, con lo que Castor volvió a empezar mal el día y, cuando Rhoda la Gorda le pidió a todo el Equipo de Producción número Tres que se ofreciera a trabajar voluntariamente, pese a que aquél era un día oficial de reposo para ellos, con lo que compensarían el tiempo perdido ayer, Castor tensó la mandíbula y se negó. Y, como no quería andar vagando por la aldea después de lo sucedido, cogió una electrobici y se fue a la playa. En cuanto llegó a la arena se desnudó rápidamente, olisqueó el aire para detectar si había metano —pero hoy la atmósfera estaba limpia—, y se colocó la mascarilla y los tanques y se adentró en las cálidas olas saladas.

Apenas estuvo bajo el agua, sumergido en el mar amniótico, Castor se sintió más relajado y vivo, casi alegre. ¡Llevaba demasiado tiempo sin nadar en él!

De hecho, no había vuelto allí desde que se casó, pues María les tenía pánico a los tiburones. Castor decidió que debería enseñarle a olvidar ese terror o venir solo, pues aquel placer era demasiado grande para renunciar a él. En cuanto cumplió los diez años, cuando apenas si era lo bastante mayor como para que le dejaran nadar solo, empezó a recorrer los tranquilos caminos que llevaban a la costa, a pie o en bicicleta, rodeado por los campos de caña o los pantanos, pasando junto a la gigantesca instalación del radiotelescopio, rumbo al mar. Y el mar nunca cambiaba.

Tenía una hora de aire en cada tanque, por lo que fue siguiendo la suave pendiente del fondo hasta recorrer más de medio kilómetro. Sabía dónde encontrar las boyas, pero se dejó apartar del trayecto en línea recta para ir examinando los montículos que le parecían interesantes o los restos perdidos en el fondo, persiguiendo a los peces... y, de vez en cuando, siendo perseguido por ellos, pues, aunque no les tenía miedo a los pocos y estúpidos tiburones que podían presentarse por allí, prefería apartarse de su molesta presencia. El fondo del mar siempre estaba frío y mucho más limpio que la tierra: las corrientes que alimentaban el golfo no llevaban consigo barro, desechos industriales o el vertido de las cloacas ciudadanas. Estaban libres de todo cuanto pudiera recordar aquel terrible mundo de hacía un siglo, un mundo que había dejado de existir. O, al menos, estaban casi libres de él. Había que pensar en el cristal de muerte, claro. Estaba lejos, pero los fragmentos más próximos aún no se hallaban a mucha profundidad; a veces, en una noche oscura, se

podía ver el frío fuego azulado arder sobre el agua, incluso desde la playa. Los niños eran avisados del peligro que representaba. Naturalmente, eso no hacía que se mantuvieran alejados de él.

Y esos avisos tampoco lograron que el Castor adulto se mantuviera a distancia del cristal, pues sus cursos le habían convencido de que la radiación más peligrosa había tenido montones de tiempo para irse desvaneciendo.

Además, el cristal de muerte era precioso. Castor bajó por entre los peces y las algas, trazando círculos y admirando aquellos rechonchos objetos cristalinos que relucían igual que medusas bañadas por la luz subacuática. Los había que parecían prismas llenos de ángulos, y algunos estaban doblados sobre sí mismos, como si se hubieran derretido por la mitad, y había muchos que se habían ido puliendo hasta alcanzar unos contornos redondeados fruto del azar que habían terminado por volver a endurecerse. Castor sabía que en realidad eran basura. Eran desechos radiactivos vitrificados que habían sido llevados apresuradamente en barcas hasta una zona de almacenamiento situada en mitad del golfo durante aquellos frenéticos días de la guerra en que todo enloqueció al mismo tiempo, y no se podía culpar a los hombres de las barcas de que su prisa les hubiera hecho esparcirlos a lo largo de un centenar de kilómetros cuadrados. Pero Castor no podía pensar en ellos como si fueran basura, porque eran demasiado hermosos. Fue siguiendo su rastro hasta llegar a los sesenta metros de profundidad y luego, de mala gana, dio la vuelta y nadó de regreso hacia la playa, sin salir a la superficie. Uno de los tanques ya estaba vacío; había llegado el momento de emerger. Durante el trayecto de vuelta apenas si se fijó en los peces o en el mar. Estaba pensando en el cristal de muerte y en cómo había llegado hasta allí. Se preguntó cómo habría sido el mundo en los viejos tiempos, antes de que los antiguos Estados Unidos y la antigua Unión Soviética hubieran pensado en lo impensable y llegado a las conclusiones equivocadas. ¿Y si no lo hubieran hecho? ¿Si en algún momento hubieran llegado a decirse: «Mira, herirnos hasta la muerte igual que si fuéramos escorpiones metidos en una botella no tiene sentido, vamos a librarnos de todas esas cosas y pensaremos en alguna otra forma de resolver nuestras hostilidades»? ¿Cómo sería el mundo si la guerra no hubiese tenido lugar y si los chinos Han no hubieran venido? ¿Se le habría permitido ir a la universidad? ¿Podría haber trabajado en otro sitio que no fuera la plantación de arroz? ¿Se habría visto libre de molestias como la representada por aquella inspectora de la Policía Renmin, con su irritante superioridad, su sarcasmo y su autoridad?

Seguía haciéndose esas preguntas cuando salió del agua y vio a la inspectora de pie en la playa, esperándole.

La mujer estaba de espaldas a él, fumando una pequeña pipa de laca y contemplando el lejano reborde del radiotelescopio con el ceño fruncido. Castor no llevaba encima nada más que la mascarilla y los tanques: ¿para qué usar traje de baño cuando no había nadie que pudiera verle? Se detuvo, con el suave embestir de las olas lamiéndole inútilmente las rodillas, preguntándose si debía sentirse incómodo.

La agente de policía no tenía tales problemas. Cuando se volvió el fruncimiento de ceño se esfumó para dejar paso a una sonrisa complacida.

—¡Vaya, Pettyman Castor! ¡Qué buen aspecto tiene hoy!

Castor irguió el cuerpo en un decidido despliegue de beligerancia.

—Me alegra volver a verla, inspectora Tsoong Delilah.

La inspectora se rió.

—¿Cómo es que sabe mi nombre? No, no importa... De la misma forma que yo averigüé el suyo, supongo..., preguntando. —Fue hacia el agua y metió sus relucientes botas en ella, deteniéndose a un metro escaso de Castor. Se inclinó para comprobar la temperatura del mar y se incorporó lentamente, mientras sus ojos examinaban todas las partes del cuerpo del hombre durante el trayecto—. Estoy empezando a pensar que debería quitarme la ropa y tomar un baño con usted —indicó con voz pensativa.

—Sólo tengo un equipo de inmersión —dijo Castor.

La inspectora le observó con atención y, cuando volvió a reír, su carcajada sonó un poco más seca que antes.

—Bien, Erudito, entonces ya puede irse vistiendo —le dijo, dándole la espalda y yendo hacia la orilla. Se sentó en la arena, con su silueta perfilándose contra el inmenso arco del radiotelescopio, volvió a llenar su pipa mientras observaba cómo Castor se ponía los pantalones—. ¿Ha estado alguna vez allí? —preguntó de repente, señalando hacia el radiotelescopio. Castor negó con la cabeza—. ¿Ni tan siquiera de visita?

—No. Casi todo el personal es Han, y siempre se desplazan en su aeroplano particular.

Nunca les vemos en la aldea, aunque...

La inspectora se encargó de terminar la frase por él: —Aunque, según tengo entendido, le gustaría que le dieran un trabajo allí, ¿no?

Castor estaba irritado pero no dijo nada..., si se había tomado la molestia de estudiar su historial, debía saberlo, naturalmente.

La inspectora no parecía dispuesta a olvidar el tema.

—Pero, ¿cómo puede tener esperanzas de trabajar en semejante sitio sin un título?

—¡Si no lo tengo no es por culpa mía! Fui rechazado. Dijeron que sería más útil cultivando arroz.

—¡Y tenían toda la razón! La comida es el cimiento del socialismo —dijo ella aprobadoramente. Castor no le respondió, ni tan siquiera con un encogimiento de hombros; se limitó a balancear su equipo de inmersión sujetándolo por las correas mientras esperaba a que la inspectora abordase el asunto que la había traído hasta allí, fuera el que fuese. La mujer movió la cabeza, como si estuviera satisfecha, sin dejar de chupar su pipa. El humo casi parecía perfume—. Hemos encontrado su cadáver perdido, Erudito Pettyman Castor —dijo de pronto—. Al menos, encontramos los huesos. Estaban destrozados y mezclados con huesos de cerdo en el matadero del

colectivo de ganado, pero no estaban tan aplastados como para que no fuese posible identificarlos. —Observó su rostro con una sardónica diversión y añadió—: No pudimos encontrar ni un fragmento de carne. Al parecer, el cadáver fue introducido en el deshuesador mecánico y le quitaron toda la carne... Dígame, ¿le gustó la cena de anoche?

Castor dejó caer su mascarilla en la arena y sus labios se retorcieron en una fea mueca; Tsoong Delilah dejó escapar una carcajada de auténtica diversión.

—¡No, no, no vomite! —dijo entre risas—. Sólo estaba bromeando. Estamos totalmente seguros de que esa carne sirvió de alimento a los cerdos, no a las personas.

—Gracias por explicármelo—murmuró Castor, irritado, decidiendo que pasaría cierto tiempo sin comer cerdo.

—Oh, no hay de qué. —La inspectora miró nuevamente hacia el radiotelescopio y volvió a ponerse seria—. Esta conversación ha sido muy agradable, Erudito, pero mis deberes requieren que me ocupe de otros asuntos. Esto es para usted.

«Esto» era una citación con un lacre rojo y un código Renmin escrito en tinta magnética.

Castor la tomó entre sus dedos, atónito.

—Tendrá que prestar testimonio en la investigación sobre esa desgraciada víctima, joven Pettyman Castor, ya que cometió el error de encontrar la única parte del cadáver que hemos podido identificar. Ya se le avisará en su momento; por ahora, tiene que seguir en la aldea y no salir de ella.

—¿Adónde podría ir? —gruñó Castor.

La inspectora no se dejó ofender por sus palabras ni por el tono de su voz.

—Cuando llegue a Nueva Orleans quiero que venga a verme enseguida —le dijo con jovialidad—. ¿Quién sabe? Puede que haya conseguido dos equipos de inmersión y podamos disfrutar de un agradable baño privado...

Castor volvió a la aldea sin darse prisa, tras esperar a que la nube de polvo levantada por el coche de la inspectora volviera a posarse en el suelo. Pero, cuando pasó junto a la alambrada que delimitaba los terrenos del radiotelescopio, aparecieron dos centinelas que empezaron a gritarle, diciéndole que no se entretuviera, por lo que volvió a acelerar el paso. Eso resultaba bastante curioso; antes jamás había visto a nadie por allí. Cuando acudió a las instalaciones para preguntar humildemente si había alguna posibilidad de conseguir que le aceptaran en calidad de lo que fuese—limpiador, estudiante, cualquier cosa—, necesitó veinte minutos para conseguir que alguien respondiera al timbre de la puerta. Y la persona que acudió se limitó a decirle que se fuera y que, si quería, podía enviar una petición por escrito a través de los canales adecuados. Oyó el zumbido de varios helicópteros en el campo de aterrizaje privado del radiotelescopio demasiado lejos para que pudiera verlos; quizás hubiera algunos funcionarios importantes de visita; eso explicaría la presencia de los centinelas. Pero, ¿qué podía explicar el que unos funcionarios importantes perdieran su tiempo en aquel sitio alejado de todo?

Cuando llegó a la plaza de la aldea, lo que más ocupaba su mente era el deseo de hablar con María y contarle esa curiosa conversación con la inspectora Renmin..., naturalmente, en una versión algo censurada. Estaba seguro de que a su esposa le interesaría...

Se equivocaba. A María no le interesaba en lo más mínimo, y estaba convencida de que ella tenía cosas mucho más importantes que contarle. Cuando fue a su apartamento, la expresión de su rostro le dijo lo que las palabras no hicieron sino confirmar.

—Sí, Castor, no cabe duda. El óvulo está en su sitio y ha empezado a dividirse; estoy embarazada.

—Oh... —empezó a decir Castor, pero la siguiente palabra que acudió a su mente fue «diablos», y tuvo que cambiarla—. Oh, entonces se trata de eso. —La cogió tiernamente de la mano, dispuesto a ser su espada y su escudo en aquella catástrofe; pero la expresión que había en el rostro de ella resultaba bastante difícil de interpretar. Sus ojos no mostraban ni frialdad ni amor, pero tampoco estaban tranquilos. Y un instante después lo comprendió todo.

—¡Oh! ¡La reunión de esta noche! Va a ser bastante horrible, a menos que... Bueno, puede que aún no hayan recibido tus datos...

—No seas tonto —se enojó ella—. Claro que tendrán los datos. El diagnóstico ya estaba listo esta mañana.

—Ya entiendo. —Estuvo pensando en ello hasta que, tras pasear los ojos por toda la habitación, se dio cuenta de que, en realidad, no entendía nada—. Pero parece como si acabaras de volver...

—Y acabo de volver. He estado en la sala de pantallas —dijo ella—. Y en otros sitios.

Ven, es hora de comer.

La comida podría haber sido una auténtica prueba, pero por suerte hubo una distracción. La directora se plantó con paso vacilante ante los habitantes de la aldea para anunciarles que, obedeciendo a una «petición» Renmin —ésa fue la palabra que utilizó, «petición», aunque en toda la historia de la aldea no había ni un solo caso en que una de tales peticiones hubiera sido rechazada—, toda la maquinaria eléctrica sería desconectada durante setenta y cinco minutos, y no dio razón alguna para ello. Así pues, la media hora final de la comida transcurrió a la luz de las velas, y los grupos de limpieza se llevaron los restos, apartaron las mesas y las sillas y prepararon la sala para la reunión de la noche bajo esa misma luz. La penumbra hizo que los gandules y los distraídos tuvieran muchas ocasiones de hablar entre ellos y perder el tiempo, con lo que el trabajo avanzó muy lentamente. Todas las conversaciones giraron alrededor del asesinato, el emocionante descubrimiento de casi todo el cuerpo en otra comuna (lo cual eliminaba cualquier motivo de preocupación, dejando solo los aspectos más fascinantes del crimen) y, sobre todo, alrededor de lo terriblemente molesto que era no tener corriente. Aquello era un acontecimiento bastante raro, y

hubo muchas hipótesis sobre la razón que motivaba dicha orden; pero, dado que nadie tenía hechos en los que basar sus teorías, todas resultaban bastante disparatadas.

No hubo ningún tipo de comadreo sobre el inminente problema en que iban a verse metidos Castor y María y, después de que las luces hubieran vuelto a encenderse y se hubiera convocado la reunión, Castor, abatido, pensó que eso era muy mala señal. Estaban reservándose para la reunión.

El pequeño estrado situado a un extremo de la habitación contenía los espejos y los proyectores holográficos usados para las películas. Durante las comidas, los proyectores se hundían en unos agujeros especiales del estrado y se colocaban largas mesas sobre las que se servían los alimentos. Durante las críticas, la plataforma estaba ocupada por una silla solitaria, y el resto de asientos quedaban dispuestos ante ella, formando una serie de arcos.

Castor contempló aquella silla fatídica igual que un delincuente convicto y confeso habría contemplado la silla eléctrica de los viejos tiempos. Sentarse en ella era quedar desesperada y dolorosamente solo. El hombre o la mujer que sudaban en la silla fatídica tenía que enfrentarse a trescientos pares de ojos acusadores mientras mantenía bajos su pobre par de pupilas, oía trescientas voces condenatorias con su solitario par de oídos avergonzados, hablaba entonando su autocrítica o (estúpida y vanamente) defendiéndose con su mísera voz tartamudeante..., y oía cómo esa voz le era devuelta en forma de rugido por la hilera de botones-amplificadores esparcida en las paredes, pasando sobre las cabezas de los trescientos aldeanos. Nadie deseaba el tipo de notoriedad que proporcionaba sentarse en esa silla.

Querer esquivar la tormenta ya no serviría de nada, por lo que Castor llevó a su mujer hasta la primera fila de asientos y se instaló orgullosamente en ella, cogiéndola de la mano. María no se resistió. Estaba tranquila y relajada, y por la expresión de su rostro bien podría haber estado pensando que la velada transcurriría sin que oyera mencionar su nombre ni una sola vez.

Y lo cierto es que al principio no lo oyó, pues la primera persona que ocupaba el asiento fatídico en las reuniones de crítica era, casi siempre, un jefe de equipo. Después de todo, la existencia de la aldea giraba en torno a la producción. Esta noche le tocó el turno a Rhoda la Gorda, cuyo nombre fue pronunciado por la iracunda voz del ayudante de la directora desde su escritorio situado al otro lado de la sala.

—¡Tú, Pettyman Rhoda! —tronó—. Llevas un retraso de dos hectáreas con respecto al plan. ¿Cómo es posible, teniendo en cuenta que la comida es el cimiento del socialismo?

Pero Rhoda la Gorda no era ninguna novata y no iba a proporcionarle una víctima asustada con la que ensañarse. Conocía al dedillo todos los trucos del asiento fatídico y fue rápidamente hacia él, empezando la autocrítica por el camino.

—He sido demasiado blanda con el equipo —confesó—. No he logrado proporcionar el ejemplo de liderazgo adecuado para motivarles a trabajar

voluntariamente y cumplir con el plan. He permitido que Pettyman Castor no participase en el trabajo extra de hoy sin dejarle bien clara la importancia de la comprensión política... —No se paró allí pero, en cuanto concernía a Castor, bien podría haberlo hecho. Se sintió furioso. ¡Muy propio de ella, empezar a culparle cuando sabía, debía saber, lo que ocurriría a continuación!

Eso hicieron todos los demás y la crítica de Rhoda se convirtió en una pura formalidad.

Cuando hubo terminado de rebajarse a sí misma, se la dejó marchar con sólo una promesa de que trabajaría y estudiaría diligentemente.

El ayudante de la directora movió la mano, y una segunda silla fue colocada en el estrado. Había llegado el momento.

Diez minutos era el lapso de tiempo habitual para el asiento fatídico. Algunos de los peores criminales habían llegado a pasar una hora en él: se trataba de los casos más viles, cuyos delitos sólo podían ser expiados con la expulsión de la aldea. O con algo peor. Pese a ello una hora después, Castor y María seguían sentados en el estrado, y la multitud apenas si parecía estar empezando a pasárselo bien. Daba la impresión de que todos los miembros recientes querían hacer oír su voz, y no sólo acerca del embarazo, sino sobre todos los errores y faltas que podían recordar.

—¿Por qué estudiaste chino y astrofísica en vez de estudiar algo útil para la aldea, como contabilidad o química del suelo?

—¡Mostraste vanidad y orgullo, Castor! ¡Deberías aprender cuál es tu sitio!

—Fuiste descarado e impúdico con una alta funcionaria, Castor. ¿Por qué eres tan arrogante?

—Castor, ¿acaso no has pensado en lo que podría suceder si la aldea superase los límites de nacimientos? ¿Quieres que nos rocíen igual que hicieron con los africanos?

—Si eras leal a la aldea, ¿por qué solicitaste un cambio?

—¡Vanidad, Castor! ¡Orgullo, arrogancia, vanidad! Deberías ser más humilde.

... y siempre era Castor esto y Castor aquello, pero, ¿y María? Todo este jaleo era culpa suya, ¿no? Oh, claro, no sin cierta complicidad por su parte, admitió Castor ante sí mismo, con la mandíbula tensa y una expresión feroz en los ojos mientras le devolvía la mirada a los aldeanos que le acusaban. Pero fue María quien decidió que, si el destino les daba un niño, lo acogerían sin rechistar, y Castor se limitó a dar su aprobación... ¿Quién podía culparle por ello, cuando sólo llevaba seis meses casado y aún la deseaba cada noche?

¿Qué debía hacer? ¿Responder a sus acusaciones? ¿Denunciarla? ¿Hacer la autocrítica por los dos y salir del apuro tal y como había hecho Rhoda la Gorda? Pero no podía hacerlo; quizá fuera por orgullo—sí, tenía su orgullo; y quizá también su arrogancia—, pero fuera cual fuese la razón, siguió callado, mirándoles fijamente y permitiendo que dijeran lo que les diera la gana. Ojalá las dos sillas estuvieran más cerca la una de la otra. Le habría gustado coger la mano de María para consolarla..., o, más probablemente, para consolarse a sí mismo. Pero la verdad es que María no

parecía tener necesidad de que la consolaran.

Estaba sentada con las manos tranquilamente cruzadas sobre su regazo y con aquella expresión serena y feliz en los ojos.

Finalmente, el ayudante de la directora dio una palmada para que el micrófono se fijara en él.

—¡Habla, Castor! —dijo, mientras los localizadores automáticos de sonido se volvían hacia él—. ¡Responde a la justa ira del pueblo!

Castor apretó los dientes hasta hacerlos rechinar.

—Hice mal —dijo con irritación—. Me equivoqué. No cumplí con mis obligaciones hacia el pueblo.

—¿Y? —preguntó el ayudante de la directora. Castor no dijo nada; se sentía incapaz de hablar—. ¿Y qué más? —siguió diciendo el ayudante, implacable—. ¿Qué hay de este embarazo del que tú eres la causa? ¿Qué medidas estás dispuesto a tomar?

Castor, enfurecido, abrió la boca para contestar, aunque no tenía ni idea de lo que iba a decir. Pero las palabras jamás llegaron a brotar de sus labios. María dio una palmada para atraer la atención de los micrófonos y, con voz clara y límpida, dijo: —Castor no tiene nada que decir al respecto.

El ayudante de la directora se quedó boquiabierto, y así permaneció hasta recuperarse lo suficiente como para emitir una especie de graznido.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

—He dicho que no es Castor quien debe decidir eso. Voy a divorciarme de él. He pedido el divorcio a través de las pantallas, y se me concederá dentro de veinticuatro horas, a menos que Castor quiera protestar.

—¡Pues claro que protesto! —tartamudeó Castor, que por fin había reunido las fuerzas necesarias para hablar.

—No —dijo ella con voz tranquila, volviéndose hacia él—, no protestarás, porque no estoy dispuesta a abortar. He hecho algo más. Me he ofrecido voluntaria para trabajar en una comuna de cereales de la pradera, donde no hay límite para los nacimientos, y he sido aceptada.

Sonrió, primero a Castor, luego a los aldeanos que llenaban la sala, repentinamente sumida en el silencio.

—Por lo tanto —concluyó—, no hay nada más que decir sobre el tema.

Y así era.

Al menos, no hubo nada más que decir hasta la mañana siguiente, cuando Castor puso punto final a esa noche insomne de hacer maletas, llorar, discutir y suplicar, acompañando a su mujer hasta el autobús que terminaría llevándola a Saskatchewan. María tampoco había dormido y, finalmente, también había derramado su propia ración de lágrimas, pero cuando el motor del autobús empezó a rugir estaba sonriendo.

—Castor —le anunció—, te enviaré fotos de nuestro hijo.

—¡Oh, María! —gimió él; y, cediendo repentinamente a la desesperación, añadió

—: Espera, no te vayas hoy, márchate mañana. ¡Me iré contigo!

María negó con la cabeza.

—No puedes marcharte —le explicó—. No se te permitirá salir de la aldea hasta que tu testimonio deje de ser necesario. —Y, después, de pie en el peldaño del autobús, se inclinó sobre él para darle un beso de despedida—. Y, de todas formas, en realidad no quieres marcharte de aquí, ¿verdad?

El tribunal tardó seis días en llamarle. Durante ese tiempo, Castor tomó cien decisiones finales sobre María..., cien decisiones distintas. El resultado fue que no hizo nada. Había perdido a María. Sentía un dolor terrible, espantoso: era un hombre destrozado. Pero, por otra parte, si María había sido capaz de abandonarle tan fácilmente por una nadería tan insignificante como un hijo aún no nacido, bueno, entonces..., ¿por qué no conformarse?

Durante aquellos seis días su utilidad para la aldea quedó reducida a casi nada. El ayudante de la directora así se lo dijo..., y luego, en un tono de voz algo más bondadoso, añadió:

—Ten cuidado con tu dinero, primo Castor, no te quedes allí demasiado tiempo y, oh, sí, por favor, si tienes ocasión, acuérdate de traerme unos cuantos chocolates a la menta...

¿Qué pasa?

—Esto es lo que pasa —gruñó Castor, agitando sus billetes. Los chinos Han, los altos funcionarios y las personas que debían cumplir misiones por cuenta del gobierno estaban autorizadas a viajar por vía aérea, como todo el mundo sabía, pero el ayudante de la directora se limitó a reírse de las pretensiones de Castor.

—¡Asuntos del gobierno! ¡Eres un testigo, no un alto funcionario! Irás a Nueva Orleans, les dirás lo que viste y volverás a casa..., con los chocolates, por favor. No. Tus asuntos del gobierno están aquí, primo Castor, ¿y cómo crees que voy a poder compensar el trabajo que dejarás de hacer? Irás en autobús.

Y, por lo tanto, el primer viaje largo que Castor iba a hacer en toda su vida, su primera salida de la República Autónoma de Bama, transcurrió lentamente por las carreteras de la costa, cruzando arrozales, pastos y llanuras de barro, subiendo por el delta hasta llegar a la gran ciudad. Durante las primeras cinco horas de viaje Castor no vio nada que no hubiera visto antes, o que no se pareciera a lo que ya conocía. Eso fue malo. Le dio tiempo para pensar. Su mente volvía una y otra vez a los mismos asuntos. Estaba harto de ellos, y darles vueltas le resultaba muy desagradable. Castor sabía muy bien cuál era la razón de que los voluntarios para Saskatchewan no tuvieran por qué preocuparse por el índice de nacimientos. Se debía al índice de mortalidad causado por unos inviernos terribles, la pobreza de las cosechas, las bolsas de radiación aún existentes..., por el simple hecho de vivir allí, en la frontera de un continente que casi había logrado aniquilarse a sí mismo y que aún no se había curado del todo. Tendría que haberle impedido a María ir allí. Eso era imposible, por supuesto, pero tendría que haberla acompañado. Y tampoco podía acompañarla, no

hasta que la investigación hubiera terminado, pero, naturalmente, siempre podía ir a buscarla, la semana próxima, al mes siguiente... Y allí era donde sus pensamientos llegaban a un callejón sin salida. Sí, podía hacerlo.

Pero lo que María le dijo al marcharse era cierto: Realmente, Castor no deseaba ir allí.

El autobús entró en las afueras de Nueva Orleans. María se esfumó de su mente.

Se encontraban aún en los suburbios este de la vieja ciudad, los más nuevos, pero pese a todo era como estar en el País de las Maravillas. Trolebuses eléctricos zumbaban velozmente por las calles, gente vestida con ropas abigarradas iba de una tienda a otra, contemplando los artículos de los escaparates y parándose de vez en cuando para comprar polos, cucuruchos de sorbete y crema o refrescos en vasos de papel. Los edificios se alzaban como torres en las aceras, llegando a los tres y los cinco pisos, a veces hasta los diez pisos o más... Y luego, cuando se acercaron al hilillo de fangosa agua que seguía siendo llamado el río Mississippi, hasta había increíbles rascacielos de cuarenta pisos o más. Castor se quedó boquiabierto. Era un esposo abandonado, le faltaba poco para ser padre y, además, era un miembro de su comuna, un trabajador con asuntos muy serios en que pensar. Pero también tenía veintidós años. Contemplar las maravillas que le rodeaban hizo que su mente se disolviera bajo los efectos de una oleada de asombro y alegría. No empezó a preocuparse hasta que el autobús no hubo cruzado el río y entró en una inmensa y ruidosa terminal. Se echó su mochila al hombro, comprobó que su dinero seguía estando a buen recaudo, salió por unas inmensas y traicioneras puertas giratorias que casi le atraparon los talones por ir demasiado despacio y se quedó inmóvil en la acera, preguntándose qué debía hacer a continuación. Tenía órdenes de presentarse en el Edificio de los Juzgados de lo Criminal; muy bien. Claro. Pero, ¿cómo se presentaba uno allí?

Un policía de tráfico con galones verdes defendía una isla situada en el centro de la calle. ¿Y si se lo preguntaba? Sí, claro, era lo más lógico, pero..., ¿cómo? Contemplar embotado el tráfico desde el refugio ofrecido por el autobús era una cosa. Encontrarse tan peligrosamente atrapado en el centro de esa corriente era otra, y muy distinta. El número de vehículos resultaba aterrador: camiones, trolebuses, coches particulares, camionetas, taxis veloces como flechas... Todos los seres humanos de Norteamérica debían haberse congregado aquel día en Nueva Orleans, y todos y cada uno de ellos estaban conduciendo como locos alrededor de la terminal de autobuses. Castor los estuvo observando un buen rato desde la acera, intentando descifrar el enigma de las luces de tráfico. Después, aprovechando una breve pausa de la circulación, esquivó valerosamente al camión de una granja que iba bastante despacio y llegó a la isla. El policía le contempló con expresión algo hosca.

—El Edificio de los Juzgados de lo Criminal —jadeó Castor—, ¿dónde está?

Obtuvo esa información, junto con la noticia de que había cometido la estupidez de bajarse dos kilómetros más allá de su destino, y una conferencia gratis sobre las

obligaciones que el ser un buen ciudadano imponía a quienes querían cruzar una calle de mucho tráfico. Le alegró escapar de allí. Pero, apenas hubo conseguido la experiencia suficiente para no seguir sufriendo el miedo a una muerte por atropello, su estado de ánimo volvió a mejorar.

El trayecto resultó ser muy largo. A Castor no le importaba. ¡Había tanto que ver!

Aquello era mucho mejor que estar detrás de la ventanilla del autobús, pues podías oler, tocar, dar codazos y empujones; ¡Biloxi no se parecía en nada a esto! Había autobuses de excursión llenos de turistas procedentes del Hogar Han: al parecer, su concepto de lo pintoresco y lo fotografiable no se limitaba a las comunas agrícolas. Había vendedores callejeros con tomates, uvas y unas descoloridas lechugas procedentes de sus huertos privados que habían venido a la ciudad para vender sus artículos y ver el espectáculo. Los artesanos formaban filas o llenaban los portales con las herramientas de su oficio, dispuestos a reparar un zapato o dejar sin pelo una cabeza. Casi todos los comerciantes callejeros eran yanquis. Casi todos los peatones y paseantes eran chinos Han, pero nadie pareció fijarse en Castor, perdido entre ellos.

Descubrió que tenía hambre y se detuvo para observar al gentío agrupado ante un puesto donde vendían sorbetes. Cuando hubo comprendido la técnica de cómo llegar hasta el mostrador, se desabrochó el bolsillo donde guardaba el dinero y sacó un billete de su pequeño fajo de efectivo. Cuando logró llamar su atención, el vendedor contempló con cierta suspicacia el billete de cantos rojizos emitido por Bama, pero se encogió de hombros y acabó aceptándolo..., pero no le devolvió nada de cambio. Castor se dio la vuelta irritado al ver que le habían engañado y no había protestado, y un sonriente joven Han le dio una palmada en el hombro.

—¿Acabas de llegar del campo, hermano? —le preguntó jovialmente en un inglés casi incomprensible—. ¡No te preocupes! ¡Verás cómo enseguida le pillas el truco a todo!

Castor frunció el ceño al oírle hablar inglés, pero le agradeció su buena voluntad.

—¿Voy bien para llegar al Edificio de los Juzgados de lo Criminal? —le preguntó en la lengua culta. Sí, iba bien; pero su nuevo amigo necesitó varios minutos para decidir que así era y para explicarle por dónde debía torcer y cómo debía usar los puentes para peatones que había en algunos cruces..., todo ello acompañado por gran abundancia de codazos amistosos y palmaditas en el hombro y la espalda. A Castor le sorprendió que un Han, miembro de una raza que tenía por tradición evitar todo lo posible el contacto físico con otra persona, mostrara un grado tan alto de intimidad, pero siguió estándole agradecido. Durante casi una hora.

Castor tuvo una idea. Uno de los atractivos de Nueva Orleans, y no precisamente el menor, era la abundancia de tiendas, grandes almacenes, sastrerías y comercios de electrodomésticos; el ayudante de la directora no era el único que anhelaba poseer alguna mercancía de la gran ciudad, y Castor acabó decidiendo llevarse consigo todos los artículos de lujo que pudiera permitirse. Se le ocurrió contar su dinero para ver lo

que podía comprar con él, pero descubrió que ya no tenía ni un billete. El bolsillo estaba desabrochado y vacío.

Castor dejó de sentir gratitud hacia aquel alegre joven Han.

Cuando llegó al Edificio de los Juzgados de lo Criminal le dijeron que tenía órdenes de presentarse inmediatamente en el despacho de la Inspectora Tsoong Delilah; cuando hubo terminado de recorrer el kilómetro extra que le separaba de los cuarteles generales de la policía, descubrió que la inspectora no estaba allí; cuando su secretaria logró ponerse en contacto con ella para pedirle instrucciones, se le dijo que Castor debía ir a un albergue y presentarse en el tribunal a la mañana siguiente... Esta vez el trayecto fue de un kilómetro y medio, y el sol ya se estaba ocultando. Cuando se registró en el albergue el conserje le dio buenas noticias y malas noticias. Las malas noticias eran que la hora de la cena ya había pasado. Las buenas noticias eran que eso no importaba, pues había muchos restaurantes rápidos a menos de una manzana de distancia...

Pero, naturalmente, sólo podías ir a ellos si tenías dinero con que pagar.

El testimonio de Pettyman Castor se redujo a responder a tres preguntas, y ninguna de las respuestas contuvo más de una palabra, pero aquello requirió cierto tiempo pese al hecho de que fue el primer testigo al que llamaron. Primero hubo una larga serie de susurros entre los cinco jueces y varios funcionarios, mientras Castor y el resto de los presentes se removían nerviosos en sus asientos (y, en el caso de Castor, con el estómago roído por el hambre) y esperaban a que el espectáculo se pusiera en marcha.

Pero el hambre no era nada comparado con lo emocionante que resultaba estar allí.

Castor supo aprovechar el tiempo mirando en todas direcciones. El tribunal estaba dividido en tres secciones concéntricas con forma de concha, que recordaban el plano de una sala de conciertos. En la parte delantera, el «escenario», estaban los estrados de los jueces, los consejeros legales del pueblo y los funcionarios. Después venían los asientos para los testigos y especialistas, donde estaba sentado Castor, y donde, por delante de él y en primera fila, distinguió la negra cola de caballo de la Inspectora Tsoong Delilah, de la Policía Renmin. Detrás de Castor había una pantalla transparente que separaba la galería de los espectadores y sus ruidos del tribunal propiamente dicho. Había asientos para varios centenares de mirones, pero apenas si estaban ocupados, y Castor supuso que la mayor parte de los espectadores presentes debían ser curiosos sin nada que hacer. Parecía haber cierto número de yanquis contemplando el procedimiento legal, y uno o dos de ellos le parecieron vagamente familiares. ¿Serían miembros del colectivo ganadero? Eso poseía cierta lógica, pues estaba claro que su aldea tenía razones para interesarse por ese asunto..., pero lo mismo ocurría con la aldea de Castor, y ninguno de sus habitantes había venido para ver qué tal desempeñaba la función de testigo. Pero entre los demás espectadores había personas más interesantes. Por ejemplo, un autobús de los omnipresentes

turistas llegados del Interior, e incluso un pequeño grupo de hindúes, con saris, turbantes y cámaras. Algunos de los espectadores tenían un aspecto francamente raro. Había un hombre con una cabeza enorme..., o un sombrero inmenso, algo bastante parecido a un casco para jugar al rugby cinco tallas demasiado grande para su cráneo; Castor no logró decidir de qué se trataba. Era de raza Han, pero su rostro parecía cambiar cada vez que lo miraba, y su conducta era más extraña aún que su rostro. Al parecer, no lograba decidir lo que deseaba hacer. Se ponía en pie, se disponía a marcharse de la sala..., y volvía a recorrer la fila hasta llegar a su asiento; volvía a levantarse, y tomaba asiento un segundo después, haciendo bastante ruido con el respaldo plegable. A Castor le sorprendió que los ujieres no lo echasen del tribunal, pero estaba claro que éstos le consideraban un privilegiado.

Después, cuando los jueces terminaron con su conferencia de susurros y dieron comienzo al procedimiento legal, hubo un segundo retraso.

La abogada de expresión ceñuda que fue hacia Castor, que estaba ya en el estrado de los testigos, removiéndose bajo el peso de todos aquellos ojos, se dirigió a él usando la lengua culta:

—¿Comprende usted cuáles son las penas por perjurio, y está dispuesto a decir la verdad y sólo la verdad? —Y, cuando él empezó a responder, la mujer puso cara de sorpresa y le hizo esperar a que otro funcionario le tradujera la pregunta al inglés antes de permitirle contestar. Castor, con cierto resentimiento, comprendió que no se le consideraba capaz de comprender la lengua culta. Dejó que la charada siguiera desarrollándose, pero estaba muy irritado. Le devolvió la mirada a los ojos clavados en él, sin olvidar a ese extraño cabezudo de la galería de visitantes, y reservó su mejor fruncimiento de ceño para la Inspectora Tsoong, que le estaba observando con una semisonrisa sardónica en los labios. Y, finalmente, llegó el momento de las tres preguntas.

—¿Es usted Pettyman Castor, ciudadano de la República Autónoma de Bama, miembro del Equipo de Producción número Tres de la Aldea del Colectivo del Grano Celestial?

Una pausa para la traducción, y a Castor se le dio permiso para responder.

—Sí.

—Hsieh-hsieh —informó el traductor, y la abogada le hizo la siguiente pregunta: —¿Descubrió una cabeza humana hace una semana, cuando estaba cumpliendo con sus deberes trasplantando brotes de arroz?

—Sí.

—Hsieh-hsieh.

Y después llegó la pregunta final:

—¿Es ésta la cabeza?

Y aquella pregunta no habría necesitado traducción, ni tan siquiera para el testigo más exclusivamente anglófono, pues la mujer le puso delante una instantánea a tamaño natural de la cabeza, en toda su esplendorosa putrefacción. Las tilapias se

habían comido las partes más blandas. El rostro resultaba horrible. Y, peor aún que el verlo, resultaba el saber que Castor había tocado ese objeto espantoso.

—S-sí —graznó, intentando no sucumbir a las náuseas, y se le permitió abandonar el estrado.

La imagen de aquel horror que en un tiempo fue humano le persiguió mientras volvía a su asiento, y necesitó unos cuantos minutos para poder volver a interesarse en los procedimientos legales.

Pero la verdad es que resultaban interesantes. Era casi como una ópera detectivesca. El estado fue haciendo desfilar sus pruebas metódicamente, y la tarea global de hacer que cada pieza encajara con el resto formaba un rompecabezas fascinante. El segundo testigo era un joven del Colectivo Ganadero Río de la Perla, donde se habían machacado los huesos del cadáver. El joven estaba asustado pero logró disfrutar de su importancia como testigo mientras decía que sí, él y unos cuantos chicos más se habían saltado el tai chi para jugar al béisbol y, sí, habían descubierto parte de un brazo humano. Dado que los perros utilizados para vigilar los rebaños lo habían encontrado antes que ellos, el brazo estaba bastante masticado. A Castor le alegró no verse obligado a examinar de cerca aquella instantánea, pero el chico no pareció molesto por ello. Después vino un hombre ya mayor, que también pertenecía al colectivo ganadero. Estaba a todas luces más asustado que el chico, y su miedo le hizo mostrarse beligerante: respondió al interrogatorio como si estuviera escupiendo sus contestaciones al rostro del traductor. Sí, era el encargado de la sección de embalaje. Sí, era responsable de su utilización. Sí, cuando no se usaba, siempre la mantenía cerrada bajo llave..., era un sitio donde los niños podían hacerse daño. No, no tenía ni idea de cómo era posible que alguien hubiese entrado en ella para deshuesar un cadáver y machacar su esqueleto para esparcirlo por los campos. Cuando se le permitió marchar, se fue tambaleándose hasta un extremo de la última fila y tomó asiento con la cabeza gacha, sin prestarle ninguna atención al siguiente testigo, que era cirujano forense e informó de que los fragmentos de hueso encontrados eran humanos. Después le tocó el turno a Tsoong Delilah, que fue a sentarse junto a Castor en cuanto hubo terminado de prestar testimonio explicando cómo había supervisado al equipo que interrogó a los testigos de la R.A.B. y localizó los restos del difunto.

—Erudito —le murmuró al oído—, habla usted muy bien. —Pero, como no tenía ni idea de hasta qué punto estaba burlándose de él o hablaba en serio, Castor no le respondió.

Para sorpresa suya, aquella mañana sólo hubo otro testigo—otro funcionario de la policía, que añadió unos cuantos detalles a la declaración prestada por Tsoong—, y después los jueces conferenciaron entre sí y anunciaron que habría una pausa de dos horas para el almuerzo. ¡Después de sólo una hora y media de juicio, o menos! Oh, sí, estos Han sabían cuidarse. Rhoda la Gorda jamás habría permitido tal laxitud en su equipo de producción.

Tsoong Delilah se dispuso a levantarse, vio que Castor seguía pegado a su asiento y se quedó quieta.

—¿Qué pasa, erudito? —le preguntó—. ¿Es que no tiene apetito?

—Estoy medio muerto de hambre —dijo Castor con amargura, y le explicó cómo le habían vaciado el bolsillo y que, una vez en el albergue, le habían despertado demasiado tarde para que pudiera desayunar.

—¡Qué tonto es usted! —le riñó sonriente la inspectora—. ¿Acaso no sabe que los testigos tienen derecho a que se les pague y a que les reembolsen los gastos? Baje por las escaleras y vaya a la sección de contabilidad. Basta con que se identifique y recoja su paga... No, será mejor que venga conmigo. ¡Comeremos delante del tribunal, donde la comida es buena, y así descubriremos hasta dónde llega su ingenuidad, Erudito!

Antes de que pudieran salir a la calle repleta de gente y bañada por un deslumbrante sol se produjo un pequeño incidente. Estaban a punto de abandonar la sala y ya habían llegado a la barrera de cristal cuando vieron que había cierto jaleo en la galería de espectadores. Aquel hombre extraño que no parecía saber muy bien lo que deseaba había descubierto una nueva forma de alterar el orden. Estaba acostado sobre dos asientos, mientras un miembro del cuerpo para emergencias del Servicio de Salud, vestido de blanco, le administraba oxígeno. El hombre agitó los brazos y trató de hablar con Castor a través del cristal, mirándole fijamente, pero la máscara de oxígeno le había dejado temporalmente mudo. Castor dejó escapar una carcajada.

—Menudo chiflado —observó, y la inspectora frunció el ceño.

—Está hablando de Fung Bohsien —le riñó—, ¡un científico famoso y un alto miembro del partido! Debe mostrar más respeto hacia él. —Y luego, suavizando el tono, añadió—: Pero tiene razón. Muchas caras debería quedarse en sus laboratorios. Cada vez que sale de ellos causa problemas.

—¿Qué clase de problemas? —preguntó Castor, muy interesado, pero ya habían salido del edificio y tenían que cruzar la calle. Castor jamás se había enfrentado a una tarea peor, pues estaban en plena hora punta de un día laborable, y todos los vehículos parecían desesperadamente dispuestos a llegar a su destino antes que los demás. Castor sintió el deseo de agarrarse a la mano de la inspectora mientras cruzaban. Pero el orgullo no se lo permitió, aun suponiendo que ella hubiera estado dispuesta a consentirlo, y cuando llegaron a la otra acera su corazón latía con fuerza.

Por suerte, el restaurante bastó para hacerle olvidar todos sus sinsabores. ¡Qué olores tan maravillosos! Encontraron dos asientos en una gran mesa redonda situada en una esquina de la sala, desde donde podían ver el ajetreado ir y venir de la calle. No había ningún otro asiento libre, pero cada grupo de comensales estaba muy absorto en sí mismo y los camareros y camareras no paraban de moverse, trayendo sopas humeantes y platos llenos de pescado frito aún siseante y verduras perfectamente en su punto, así como grandes botellas de medio litro que contenían cerveza y refresco de naranja. Tsoong Delilah se dio cuenta de que Castor estaba

realmente muerto de hambre y le permitió alimentar su joven metabolismo en silencio mientras ella se limitaba a picotear de su plato. Finalmente, después de su segunda ración de alas de pollo frito y su tercer cuenco de arroz, Castor le preguntó:

—¿Quién es ese «Muchascaras»?

—No tiene que llamarle así —le ordenó ella—. Para usted es el profesor Fung Bohsien, y también puede darle muchos otros nombres..., etcétera, como diría usted en inglés.

—«Etcétera» no es una palabra inglesa—observó Castor con la boca llena.

—¡Oh, no cabe duda de que es usted todo un erudito! De cualquier forma, Muchascaras no es asunto suyo y no debe pensar en él.

Castor se encogió de hombros mientras contemplaba las bandejas de fruta que los camareros estaban depositando sobre la plataforma giratoria incrustada en el centro de la mesa.

—¿Cómo supo que debía visitar el colectivo ganadero? —preguntó, para mantener un poco la conversación mientras se servía el postre.

—Un buen trabajo policial, eso es todo —dijo Tsoong Delilah con voz seca—, y no debe hablar usted del caso hasta que la investigación no haya terminado. —Se quedó callada durante unos segundos y añadió—: Sin embargo, quizá pueda serme de cierta ayuda.

—Es deber de todo buen ciudadano ayudar a la policía en su trabajo, Inspector —dijo Castor muy serio.

—¡Oh, Erudito! ¡Qué sarcástico es usted! ¿Tan mal le han tratado?

—No me admitieron en la universidad —dijo Castor, como si aquello bastara para explicarlo todo.

—Sí, eso ya lo sabía. Pero también sé que se dedicó a estudiar con las máquinas de aprendizaje. ¡Y qué temas tan extraños escogió! Astronomía. Matemáticas. Historia... Y, naturalmente, su admirable dominio de la lengua culta. Bien, ¿acaso el ser un autodidacta es tan inferior a poseer un título universitario?

Castor se encogió de hombros, impresionado no sólo por oírla utilizar palabras como «autodidacta» —antes nunca la había oído pronunciar en una conversación, aunque quizás aquello no resultara tan sorprendente, teniendo en cuenta que vivía en un colectivo arrocero—, sino también por su detallado conocimiento de todo lo que había estudiado.

—Supongo que en realidad no he perdido gran cosa —admitió.

—Y, una vez aquí, ¿le han tratado mal? ¿Le han obligado a dormir con los cerdos?

Castor aún llevaba dentro de sí la dosis suficiente de ingenuidad campesina como para hacer que le centellearan los ojos.

—Supongo que no —dijo, y luego, dejándose llevar por la emoción, añadió—: ¡La verdad es que ese albergue es soberbio! Si al menos hubieran querido darme de comer... ¡Pero tengo lavabo y ducha dentro de mi habitación! ¡Y una pantalla capaz

de recibir cincuenta y un canales, incluidos los programas hindúes!

—¿Qué pasa, no le basta con el Han? —bromeó ella—. Bueno, entonces es justo que me permita utilizar sus conocimientos especiales, ¿no? —dijo al cabo de un momento, yendo al grano—. Dígame, ¿ha tenido muchos contactos con el colectivo ganadero?

—La verdad es que no. Oh, les vemos de vez en cuando. En los bailes y las grandes reuniones sobre todo, y el hijo de mi primo Patrick se casó con una chica de allí..., pero no puedo decir que la conozca mucho, porque se ofrecieron voluntarios para trabajar en Texas. Supongo que a ella no le gustaba nuestra aldea.

—Bueno, al menos dígame lo que sabe —le ordenó Tsoong Delilah, y Castor hurgó obedientemente en su memoria mientras les servían el té. El Colectivo Ganadero Río de la Perla había sido bautizado así debido a sus orígenes. El primer grupo de colonos estaba formado por turistas a los que el estallido de la guerra pilló de compras por las tiendas de Hong Kong. No podían quedarse en China, pues China no tenía forma de alimentar ni tan siquiera a su propia población, y mucho menos a unos burgueses venidos en reactor que, para empezar, no tenían derecho a estar ahí. Los turistas no podían volver a casa porque la mayor parte de ellos ya no tenían ninguna casa a la que regresar. Pasaron tres o cuatro meses viéndose llevados de un campamento a otro, siempre hambrientos, tan destrozados psíquicamente por la guerra como cualquier otra víctima de ella y todavía más desesperados que la mayoría de éstas. Cuando se les ofreció transporte a Norteamérica, con la condición de que vivieran en una granja situada en la parte menos devastada de lo que había sido Alabama, se lanzaron como locos sobre aquella oportunidad, aunque no con placer: sencillamente, las demás alternativas eran peores. Casi todos eran profesores jubilados y vendedores de seguros que estaban de vacaciones, por lo que no dominaban muy bien los misterios de alimentar cerdos y asistir en el parto de los novillos. No importaba. De todas formas, la mayor parte de ellos no sobrevivieron mucho tiempo a esas crueles condiciones de vida. Un puñado de turistas norteamericanos algo más jóvenes que el resto, sin embargo, sobrevivió para acabar creando el colectivo, y a medida que pasaban los años se fue aumentando con remesas de indeseables procedentes de las ciudades. Un gran número de los nuevos reclutas eran chinos de ultramar: chinos norteamericanos de tercera o cuarta generación, y los colonos Han que fueron llegando para repoblar el continente devastado les resultaban todavía más difíciles de soportar que a sus compatriotas de origen anglosajón. Ésa era la razón de que Río de la Perla tuviera más que la cuota habitual de gente descontenta. Sus vecinos habían acabado convirtiendo en tradición el mantenerse apartados de ellos.

Cuando vio que la inspectora estaba consultando su reloj, Castor comprendió que ya le había dicho cuanto deseaba saber sobre el Colectivo Río de la Perla.

—Y ahora, ¿qué debo hacer? —preguntó—. ¿Se supone que he de volver a la aldea?

La inspectora puso cara de asombro.

—¿Ahora? ¿Antes de que la investigación haya terminado? Desde luego que no.

Cualquier testigo puede ser vuelto a llamar para que suba al estrado; ya le indicarán cuándo puede marcharse. Y, de todas formas —dijo, sonriendo mientras movía la mano llamando a un camarero para que les trajese la factura—, ¡creo que esta tarde va a resultarle particularmente interesante!

Castor acabó teniendo tiempo suficiente para cobrar sus honorarios como testigo y las dietas. Examinó los verdosos billetes Renmin con bastante curiosidad mientras esperaba a que empezara la sesión de la tarde. La galería de espectadores estaba más llena que antes, aunque el extraño viejo llamado Muchascaras no estaba entre el público, por lo que Castor pudo ver. La Inspectora Tsoong Delilah no había querido acompañarle. Estaba sentada en la primera fila, junto con tres policías más. Los cuatro parecían muy concentrados, como si aguardaran a que pasara algo especial.

El primer testigo apenas si había empezado con su declaración cuando Castor dejó de interesarse en los demás espectadores y se guardó el dinero en el bolsillo. El testigo era un técnico de la policía, un hombre de cabellos blancos cuya calma y dominio de sí mismo sugerían que había pasado muchas horas en los tribunales. Las preguntas y respuestas fueron rápidas y directas:

—¿Le asignaron la tarea de identificar al difunto?

—Sí. Examiné las células y analicé las pautas del cabello situado en la base del cráneo, y el difunto fue identificado como Feng Avery, de diecisiete años de edad, ciudadano de la República Autónoma de Bama, que trabajaba como aprendiz en el matadero del Colectivo Ganadero Río de la Perla. El Aprendiz Feng era un chino de ultramar, con seis generaciones de antepasados étnicamente puros.

—¿Ha examinado el expediente del Aprendiz Feng Avery?

—Lo he examinado. Fue arrestado en dos ocasiones cuando era estudiante universitario.

Ambos arrestos fueron por actividades contrarrevolucionarias, el primero por participar en un mitin derechista y el segundo por ensuciar propiedades del pueblo haciendo pintadas.

Pintó consignas como «Norteamérica para los norteamericanos» y «Chinos, iros a casa» en las paredes de su dormitorio. El Aprendiz Feng fue expulsado de la universidad después del segundo arresto, y desde entonces ha estado sometido a vigilancia.

A esas alturas Castor estaba como clavado en su asiento. Casi le daba miedo mirar a su alrededor, pues temía atraer la atención sobre sí mismo ¡Estaban entrando en territorio muy peligroso! Aquello no era un crimen normal y corriente. ¡Era un crimen contra el estado! ¡Un acto contra el pueblo, quizá toda una serie de actos! Y, ¿qué podía haber hecho que aquel chico se comportara de una forma tan criminalmente irresponsable? ¡Se lo habían dado todo! Los chinos yanquis tenían aún menos posibilidades de que se les admitiera en la universidad que los yanquis de pura

cepa como el mismo Castor. Aquel chico debió ser algo especial..., y se le habían concedido privilegios especiales; ¡que semejante persona hubiera traicionado la confianza depositada en ella era casi increíble!

La atmósfera del tribunal se había vuelto muy tensa, cargada de murmullos y roces furtivos. Castor no podía oír los sonidos que se producían en la galería de los espectadores, pero pudo ver cómo se acercaban los unos a los otros, dominados por el nerviosismo; el lenguaje corporal seguía siendo perceptible a través del vidrio. El presidente del tribunal estaba hablando con voz perentoria, llamando al estrado al viejo jefe del matadero, y su lenguaje corporal también resultaba mucho más claro que las palabras. El jefe del matadero ocupó su asiento con la cabeza gacha y el rostro ceniciento, arrastrando los pies, y aguardo el golpe fatídico.

—¿Sabía que el Aprendiz Feng no estaba en su puesto de trabajo?

El anciano tragó aire con una expresión de amargura.

—¡Pues claro que lo sabía! —estalló—. Era mi nieto, ¿cómo no iba a saberlo? — A dos asientos de distancia de Castor, el chico que había ido a jugar al béisbol se echó a llorar.

—¿Y no informó de ello?

—¡No tenía por qué hacerlo! —gritó el viejo—. ¡Lo sabía! ¡Siempre metido en líos, nunca estaba satisfecho! Había robado un arma; pensaba atacar el radiotelescopio. Le seguí; le rogué que no... —Y entonces, como si uno de los jueces les hubiera hecho una señal, Tsoong Delilah y los demás policías se pusieron en pie para ir hacia él—. No quería hacerlo, pero no me dejó elección —balbuceó el viejo—. Nos habría destruido a todos...

El día del tribunal había terminado y la sala se estaba vaciando. Castor siguió sentado, esperando a que alguien le dijera qué debía hacer, pensando lúgubrememente en el largo viaje en autobús para volver a la aldea, en las reprimendas de Rhoda la Gorda y en el interminable encorvarse sobre los arrozales, cuando oyó que alguien pronunciaba su nombre.

Era la inspectora.

—Bien, Erudito, ¿cuáles son sus planes? —le preguntó con expresión jovial.

Evidentemente, estaba complacida consigo misma por haber sabido solucionar el caso de una forma tan sencilla. Castor se encogió de hombros.

—Volver a la aldea, supongo.

—Volver a la aldea, naturalmente —dijo ella—. Pero no hay ninguna razón para apresurarse. Hay autobuses cada día, y podría quedarse a pasar la noche aquí.

—¿De veras? —Castor empezó a sentir una gran felicidad: el resto del día en la ciudad, unas cuantas compras rápidas por la mañana, los placeres del albergue aquella noche, y esta vez con dinero en el bolsillo...—. Podré ver unos cuantos programas hindúes en mi habitación —dijo, muy contento.

—¿Volver a ese albergue miserable? ¡Desde luego que no! —dijo ella—. No, insisto.

Cenará en mi casa, y ya le encontraremos una cama para dormir. ¡Nada de protestas! Está decidido.

La «casa» de Tsoong Delilah no era su lugar de residencia. —«¡Mi apartamento en la ciudad! ¡No! ¡Ese lugar es casi tan horrible como su condenado albergue!»—, sino una «casa» junto a las aguas que se encontraba bajando por el delta cerca de la costa del golfo.

Necesitaron más de una hora de trayecto para llegar a ella, incluso en el pequeño y veloz deportivo de Tsoong Delilah, y la tarde se fue oscureciendo hasta convertirse en noche cerrada.

Castor sentado junto a ella en el coche de dos plazas, pasaba por períodos alternativos de un placer radiante y una envidia enfermiza. ¡Qué hábiles eran sus manos enguantadas, cómo sabían manejar el volante, atenuar las luces, hacer funcionar la radio y accionar la bocina; consiguiendo que el cochecito se deslizara rápidamente por los huecos existentes en el torrente de taxis y camiones! La envidia era tan poderosa como el placer. Castor jamás había conducido nada más veloz o emocionante que uno de los camiones de la aldea. ¿Qué se sentiría al poseer semejante máquina y poder usarla cuando uno quisiera?

Y, cada vez que se preguntaba qué planes nocturnos tendría reservados para él aquella mujer, bajo la emoción y la envidia, había otra sensación, medio sexual, medio temerosa.

Cuando salieron del tráfico ciudadano la inspectora hurgó en su bolsillo y le entregó su pequeña pipa de laca.

—Llénela del saquito que hay en mi bolso —le ordenó, sin apartar los ojos de la carretera para comprobar si obedecía sus instrucciones Castor le devolvió la pipa después de haberla llenado, y la inspectora se burló de él—. ¡Oh, Erudito! ¿De qué sirve una pipa apagada? Hay un encendedor incrustado en el salpicadero..., úselo.

En cuanto hubo conseguido averiguar cómo funcionaba el encendedor, Castor le dio una temeraria chupada a la pipa. Grave error. Se atragantó y empezó a toser, teniendo que bajar la cabeza, y poco le faltó para dejar caer la pipa. Cuando se hubo recobrado, la inspectora estaba riéndose. Castor le pasó la pipa, preguntándose qué habría inhalado. No era tabaco, desde luego, pero si se trataba de marihuana su potencia era de una magnitud muy superior a la que se cultivaba en los huertos privados de la aldea.

Aun así, hacía que uno se sintiera muy a gusto. Se relajó, y decidió hacerle una pregunta que había estado rondándole por la cabeza.

—¿Qué le pasará al viejo?

—¿El asesino? El tribunal del pueblo le condenará, naturalmente, y no hay duda de que se le sentenciará a muchos años de reeducación —dijo la inspectora, con una satisfacción algo pomposa; y añadió—: Pero, si yo fuera el juez, dejaría la sentencia en suspenso.

—¿Por lo viejo que es?

—No. Porque no actuó impulsado por la codicia o la maldad. Casi admiro a ese hombre, Erudito. Detectó una amenaza contra el pueblo, y tomó medidas para impedir que llegara a hacerse realidad. No tenía intención de matar a Feng Avery. Cuando se dio cuenta de lo que había ocurrido, se asustó y cometió un desliz. Es una pena que usted encontrara la cabeza; de lo contrario, habría logrado salir bien librado.

Dio una profunda calada a la pipa y se la devolvió en silencio.

—¡Yanquis! —estalló unos segundos después—. ¿Cuántos de ustedes nos odian en secreto?

—Es natural odiar a quienes te han conquistado —se atrevió a decir Castor, chupando la pipa.

—¡Pero si no somos conquistadores! Vinimos aquí para ayudar después de que ustedes y los rusos se hubieran aniquilado los unos a los otros... ¡y casi consiguieran matar a todo el resto del mundo! ¡Les ayudamos a reconstruir su país! —Al ver que Castor guardaba silencio, la inspectora apartó los ojos un instante de la carretera para mirarle—. ¿Acaso no lo sabe? —le preguntó—. ¿No sabe que sin nosotros quizás hubieran muerto todos?

¡Hicimos bien al venir!

La pipa ya se había consumido. Castor le dio vueltas pensativamente entre los dedos.

Tenía razón, sí, o casi toda la razón, salvo que...

—Salvo que aún siguen aquí —dijo por fin.

La luna se estaba ocultando, pisándole los talones al sol, cuando entraron en un aparcamiento que dominaba las aguas del golfo de México. Castor salió del coche y esperó mientras la inspectora rebuscaba en el maletero, mirando a su alrededor. La pequeña colonia constaba de cuatro o cinco casas, y casi todas se hallaban a oscuras. Estaban situadas sobre un risco, y eso resultaba extraño. Aquí no había riscos. El barro procedente del viejo curso seguido por el río Mississippi había ido formando todos aquellos terrenos en un radio de doce kilómetros a la redonda o más, y el barro no se amontona hasta crear colinas. Castor sólo necesitó un instante para darse cuenta de ello, y para comprender que la casa de la Inspectora Tsoong estaba construida sobre las ruinas de lo que debió ser alguna especie de pueblo. El olor a petróleo que flotaba en el aire le hizo darse cuenta de otra cosa. Pese a las medio burlonas promesas hechas por Tsoong Delilah, no iban a compartir ningún baño desnudos. Los viejos pozos del golfo situados a un centenar de kilómetros de allí habían dejado escapar una marea de petróleo, y nadar no sería ningún placer.

Aun así, el lugar resultaba encantador. La rebanada de luna visible en el cielo no oscurecía las estrellas.

—Ahí está Júpiter —dijo de repente—. Y Vega, y Altair... ¡Éste sería un sitio maravilloso para un telescopio!

Tsoong Delilah le miró con curiosidad, pero lo único que dijo fue: —Tenga, lleve nuestra cena mientras yo recojo mi bolsa. La casa se encuentra subiendo por ese

sendero.

Si Castor había pensado que el albergue era espléndido, el refugio campestre de Tsoong Delilah resultaba sencillamente increíble. ¡Una cocina privada! ¡Una chimenea! Un dormitorio que no contenía ni escritorio ni mesa para comer, sino sólo los complementos para la cama..., ¡y menuda cama era, tan grande que en ella cabían seis personas!

Tsoong Delilah también tenía un bar, y lo primero que hizo fue preparar una bebida para ella y para Castor. Se llevó su copa a la cocina, dejándole a él sentado en un sillón inmenso y comodísimo para que pudiera contemplar el golfo a sus anchas mientras ella se encargaba de poner la cena en el horno, y luego volvió a desaparecer, esta vez en el dormitorio, de donde emergió vestida con un pijama de seda negra y con los pies descalzos. Castor se preguntó cuántos años tendría la Inspectora Tsoong Delilah, de la Policía Renmin, y no era la primera vez que se hacía esa pregunta. De uniforme e interrogándole en el arrozal había parecido de mediana edad, quizá incluso vieja, digamos de unos cuarenta años o más. Durante el almuerzo de hoy había ofrecido el aspecto de una mujer hermosa que podía estar a punto de cumplir los treinta años. Ahora, enroscada sobre la alfombra delante de la chimenea (¡qué gran desperdicio de combustible, teniendo en cuenta lo suave del clima! Pero qué relajante resultaba...) parecía tan joven como Castor. Y, desde luego, no parecía tener la edad de quien hasta hacía poco había sido su esposa, puesto que María siempre había mostrado cierta inclinación a parecer más madura de lo que correspondía a sus años... ¡María! ¡Castor había pasado todo el día sin pensar en ella!

—¿Qué le ocurre, Erudito? —preguntó la inspectora—. ¿Alguien acaba de caminar sobre su tumba?

Castor negó con la cabeza, sin responder. No quería pensar en María, al menos no ahora, y mucho menos hablar de ella con esa mujer. No, quería pensar en qué razones tenía Tsoong Delilah para haberle traído aquí. ¿Sería por su cuerpo? Oh, sí, muy probablemente, y eso podía resultar de un gran interés. Pero Castor no podía evitar la sensación de que había algo más. No lograba imaginarse lo que una inspectora de la Policía Renmin podía querer de un simple campesino. Y pensar sobre temas semejantes en aquel sitio resultaba bastante difícil, con aquella mujer que olía tan bien cerca de él, y con su torrente sanguíneo lleno de cannabis y alcohol. Castor no dijo nada, y la mujer malinterpretó su silencio.

—Creo que está pensando en lo que dije cuando estábamos en el coche. Bueno, yo también he estado pensando —dijo ella—. ¿Sabe cómo era China en los viejos tiempos?

Fuimos conquistados por un invasor detrás de otro, una y otra vez, durante miles de años.

Cuando se nos terminaron los nómadas del oeste tuvimos a los norteamericanos y los británicos, y luego a los japoneses. También ellos se quedaron demasiado tiempo, Erudito, pero al menos en nuestros parques no hay letreros diciendo: «Se prohíbe la

entrada a los perros y los yanquis». Y ahora—se puso en pie—, creo que nuestra cena ya casi está preparada. Si quiere ayudarme a poner la mesa...

Castor jamás había cenado a la luz de las velas, salvo cuando había un corte de corriente. La cena resultó deliciosa: era una mezcla de platos Han y yanquis, con un estofado de cerdo y judías acompañado de ensalada. Y también había vino. La oscuridad del golfo quedaba delante de su mesa, y la penumbra de la habitación hizo que los ojos de Castor pudieran empezar a distinguir una débil claridad en el horizonte. Sabía qué era. Las mareas de petróleo solían quedar controladas en uno o dos días, pero los viejos pozos de gas natural se agrietaban y dejaban escapar su contenido esparciéndolo por toda la atmósfera, y, cuando el subsuelo dejaba escapar un chorro de gas durante un período prolongado, más pronto o más tarde algo lo inflamaba y el mar ardía durante unas cuantas semanas. Las gaviotas también estaban cenando a la luz de las velas, dándose un banquete nocturno gracias a la abundancia de peces muertos o aturdidos, asfixiados por los hidrocarburos del agua y flotando indefensos en la superficie. Castor podía ver las aves lanzándose en picado y volviendo a subir, con sus cuerpos silueteados contra el lejano resplandor.

—¿También nos culpa de eso? —le preguntó la inspectora, y Castor negó con la cabeza.

—No les culpo de nada—dijo. Era cierto. O casi. No culpaba a los Han por lo que le había sucedido al golfo. Todo el mundo sabía que un par de misiles de hidrógeno habían acabado con los suministros de combustible norteamericanos: el martilleo hidráulico creado por su detonación había destrozado las cañerías y los soportes de las plataformas petrolíferas. Los Han habían logrado taponar los agujeros más grandes en muy poco tiempo, y seguían trabajando en la miríada restante. Quizá les culpara de otras cosas, sin excluir el haber sido abandonado por su esposa.

Tsoong Delilah no quiso seguir hablando del tema. Golpeó su copa con una larga uña para pedirle a Castor que volviera a llenarla, y empezó a contarle la historia de su vida. Era una historia bastante interesante. Nació en San Francisco y creció en un vecindario mixto compuesto de yanquis y chinos Han, casi todos ellos profesionales y gente próspera. Su padre, un economista especializado en asuntos comerciales, la había mandado a una escuela preparatoria de Guangzhou; después vinieron sus dos años de servicio nacional como PM en África y luego en sitios tan románticos como Londres, Marsella y Zurich, trabajando para las embajadas Han en lo que, básicamente eran protectorados hindúes.

Después volvió a sus estudios, ahora en Beijing.

—Ser policía militar me gustaba —le dijo mientras limpiaban la mesa—, por lo que me gradué en criminología y procedimientos policiales..., y aquí estoy.

Castor retrocedió unos pasos para observar cómo metía los platos en el lavavajillas automático: ¡otra maravilla!

—¿Y no se ha casado? —preguntó.

La inspectora se volvió para mirarle.

—¿Quién ha dicho que no me he casado? Erudito, ¿cree que usted es el único que ha pasado por el divorcio? Me casé con mi profesor, y cuando se jubiló decidió pasar el resto de su vida en el Hogar, así que nos divorciamos. Y ahora —dijo, conectando el lavavajillas y precediéndole hacia la sala—, tomemos otra copa mientras oímos su historia. Es usted un joven muy interesante, autodidacta. Pasó tres años haciendo cursos de física y de química, y de matemáticas, también durante tres años hasta llegar al cálculo, e incluso hizo un curso de iniciación a la mecánica matricial que, sin embargo, no llegó a completar. Y me olvido de la astronomía, la navegación, la astrogación, un poco de medicina espacial, la planetología y la balística orbital... —Mientras hablaba, le hizo sentar en un extremo del gran sofá y terminó de preparar sus bebidas.

—Su investigación ha pasado por alto un par de cursos —dijo Castor, aceptando su copa—. Literatura inglesa y china, historia...

—Pasé por alto los que parecían ser meros cursos obligatorios para un título, a cuyos exámenes, después de todo, nunca llegó a presentarse. ¿Por qué estudió esos cursos?

—Quería tener una educación —dijo Castor con voz hosca.

—Quería una clase especial de educación —le corrigió ella—. El espacio... Todos sus cursos apuntan al espacio. ¿Es eso, Erudito? ¿Añora los viejos tiempos en que ustedes y los rusos dominaban el espacio y todo lo demás?

—Quiero ir allí —farfulló Castor, con la lengua aflojada por el vino y la droga—. Mi tataratatarabuelo...

—¿Sí? ¿Qué tuvo de particular ese honorable antepasado?

—¡Era digno de que se le rindieran honores, maldita sea! ¡Era astronauta!

—Astronauta... —murmuró ella, pero, sorprendentemente, no en un tono burlón.

—Eso es. Mi abuela me contó que... Bueno, creo que le mataron. Probablemente ocurrió en la guerra. Pero participó en el programa espacial, estoy seguro de ello.

La inspectora asintió lentamente con la cabeza.

—Querer emular las hazañas de sus antepasados es algo muy honroso y no debe avergonzarse de ello —dijo, y su voz era casi bondadosa. Castor se encogió de hombros—.

¿Y es eso lo que desea hacer, Erudito?

—¿Tengo alguna oportunidad de conseguirlo? —preguntó hoscamente él.

La inspectora se lo pensó.

—Admito que muy pocas. Ustedes los occidentales hicieron que el mundo pagara un gran precio por sus guerras. No queda mucho con lo que poner en marcha un programa espacial.

—Y lo poco que hay..., ¿acepta yanquis? —preguntó Castor con amargura.

—Quizá no —admitió ella, pero como si la discusión hubiera dejado de interesarle.

Permaneció callada durante un minuto, contemplando el fuego. Después se volvió

hacia él, y en su expresión no había incitación sexual ni arrogancia policial—. No he sido sincera con usted durante el almuerzo, Castor—dijo—. Hay algo que puede hacer por mí, y no tiene nada que ver con el Colectivo Ganadero Río de la Perla. —Era la primera vez que le llamaba por su nombre. Castor se irguió en el sofá. Tenía la cabeza algo aturdida, pero sabía reconocer un momento decisivo cuando se le ponía delante.

—¿Qué puedo hacer que no esté en su mano?

—No se trata de lo que pueda hacer, sino de lo que sabe. —Agitó pensativamente su vaso, haciendo tintinear los cubitos de hielo—. Tengo un enigma que resolver. No se trata de ningún caso policial: si estuviera relacionado con eso, lo sabría. Tampoco tiene nada que ver con altos miembros del partido o con nuestra política hacia la India... Si se tratara de alguna de esas dos cosas, también lo sabría. Pero alguien está manteniendo en secreto esa información, y no sé porqué.

—Entonces, ¿qué puedo hacer yo?

—Puede auxiliarme con su sabiduría, Erudito. —Alargó el brazo hacia la mesa que había junto al sofá y levantó uno de sus extremos, revelando un teclado. La superficie de la mesa se inclinó hasta convertirse en una pantalla—. Por ejemplo —le dijo, tecleando órdenes—, mire esto.

Una tabla de números fue apareciendo en la pantalla, más deprisa de lo que el ojo podía seguirlos:

ANOMALIAS ENERGÉTICAS SELECCIONADAS

Bermudas

Arecibo

Gulfport Goldstone

Mauna Kea

Consumo 0335-0349Q Estabilización 0350-0450Q

Consumo 0500-0514Q Estabilización 0515-0615Q

Consumo 0605-0619Q Estabilización 0620-0720Q

Consumo 0720-0734Q Estabilización 0735-0830Q

Consumo 0940-0954Q Estabilización 0955-1055Q

—Estos datos proceden del colectivo energético —dijo ella—, y muestran un extraordinario consumo de energía durante unos quince minutos, y luego un período de una hora en el que toda la maquinaria eléctrica importante de una zona bastante extensa queda desactivada. Ésas son las únicas áreas donde ocurre y, aunque estos datos son de ayer, ha estado pasando lo mismo durante toda la semana ¿Qué le sugiere a usted todo eso, Erudito?

—Bueno, todos son observatorios radioastronómicos —dijo rápidamente Castor—. Las horas son horas Q... Tiempo Estándar Mundial, basado en el meridiano de Beijing...

—¡Erudito! —le advirtió ella.

Castor sonrió y, por primera vez en toda su relación, sintió una cierta confianza en

sí mismo.

—No sabía hasta dónde llegaban sus conocimientos —explicó—. Las horas corresponden aproximadamente al período de rotación de la Tierra. Es de suponer que todos están observando el mismo punto del espacio.

—Excelente, Erudito.

—Tuve ayuda, Inspectora—admitió él—. Mi aldea sufría apagones cada noche. Hasta ahora no he sabido a qué se debían. Supongo que en los observatorios del resto del mundo debe estar pasando lo mismo, ¿no?

—Es muy probable —dijo ella—, pero no puedo acceder con tanta facilidad a los datos de los colectivos energéticos situados fuera de la red norteamericana. ¿Qué otra cosa puede decirme?

Castor estaba empezando a entusiasmarse.

—¡Bueno, qué diablos...! Es obvio que están siguiendo algo mediante el radar..., el gran consumo de energía, y luego el período de espera hasta que la señal ha regresado. Puesto que necesitan tanta energía, debe tratarse de algo bastante pequeño. Y también debe estar bastante lejos, pero no más de..., déjeme pensar..., unas cinco unidades astronómicas.

Debido al tiempo que tarda la señal en regresar a la velocidad de la luz —explicó, respondiendo a su fruncimiento de ceño—. Digamos unos setecientos u ochocientos millones de kilómetros. Eso quedaría más allá del cinturón de asteroides, casi en la órbita de Júpiter. Si tuviéramos sondas espaciales añadió, con cierta amargura—, no tendríamos que confiar en los observatorios de radar de superficie para que percibieran ese tipo de cosas.

Tsoong Delilah seguía con el ceño fruncido, pero no daba la impresión de que eso fuera fruto de la ira, sino meramente de la concentración mental.

—Que la República Popular no tenga la energía suficiente para malgastarla en el viaje espacial no es culpa suya, Erudito —le recordó—. ¿Qué más?

—Si puedo usar su pantalla, creo que podré mostrarle una imagen —dijo Castor, esforzándose porque el tono de su voz no traicionara la inversión de papeles producida o, al menos, para que la disimulara lo máximo posible.

La inspectora volvió a mirarle de una forma sardónica, pero se hizo a un lado, dejándole sitio..., y unos minutos más tarde, cuando Castor se apartó de la pantalla, algo ruborizado, enarcó sus cejas, tan finas como dos rayas de lápiz.

—¿Y bien, Erudito? ¿No hay imagen?

—Es su sistema —dijo Castor, a la defensiva—. No consigo acceder a VIGIACELESTE o la red de la FAI: ni tan siquiera al archivo de proyectos actuales del radiotelescopio de Bama.

Probablemente podría conseguir algo mediante el Centro de Fenómenos Transitorios de Mukden, si está dispuesta a pagar una conexión transoceánica...

—No. Olvídese de Mukden —dijo ella secamente Castor extendió las manos en un gesto de impotencia.

—Su sistema no parece tener mucha capacidad en cuanto a los problemas científicos—dijo, intentando dejar bien clara su posición sin tener que mostrarse decididamente desagradable.

—¿Por qué debería tenerla? Soy inspectora de policía, no profesora. Puedo tener acceso a cuanto quiera mediante la red policial.. a todo salvo a eso —añadió rápidamente, antes de que Castor pudiera replicar—. Creo que será mejor no seguir insistiendo. Esto es algo delicado. No sé cuál es el misterio, pero debe haber una razón para que lo guarden tan en secreto. —Contempló pensativamente el fuego durante un instante y se volvió hacia la pantalla, apagándola con cierta brusquedad—. Tanto da —anunció—. No le he contado nada que no figure en los registros públicos, por lo que no se me puede criticar.

Se puso en pie, satisfecha, y fue hacia el bar.

—¿Otra copa, Erudito? —dijo por encima del hombro, aunque no aguardó su respuesta.

Cuando le trajo su nueva bebida, su apariencia había cambiado; ya no era ni la inspectora de policía ni la ciudadana perpleja y, una vez más, parecía mucho más joven.

Castor se dio cuenta de que su rostro estaba volviendo a enrojecer. Despojada de su posición como catedrático de astronomía ante una clase de una sola alumna, volvía a ser un yanqui cultivador de arroz perdido en el refugio particular de una seductora mujer de mundo.

—Pero, ¿no siente curiosidad? —preguntó.

La inspectora tomó asiento junto a él.

—Si me levanto sintiéndome curiosa, haré que uno de mis sargentos acceda a la red de la FAI, o a VIGIACELESTE, o al Centro de Fenómenos Transitorios de Mukden usando la red policial —le dijo demostrándole lo bien que había aprendido su lección—. Pero quizá decida pensármelo durante uno o dos días. En cualquier caso, Castor, hay otras cosas por las que siento curiosidad. ¿Cómo consiguió dejar embarazada a esa mujer?

Castor casi se atragantó con su bebida.

—Se refiere a mi esposa, ¿no?

—Naturalmente —dijo ella, encogiéndose de hombros—. ¿Es que no recibió su implante a los doce años?

—Los implantes no son obligatorios, Inspectora —le recordó Castor, y esta vez ni tan siquiera logró un encogimiento de hombros—. Es difícil de explicar —siguió diciendo, algo incómodo—, porque se trata de un asunto religioso.

—¡Ah! ¡La religión! Claro. Pero yo creía que no todos los yanquis eran religiosos, ¿verdad?

—Bueno, yo no lo soy, pero mi mujer sí lo es. Tiene que ver con..., esto..., lo que llaman la santidad de crear vida. Quiere decir que, antes de la relación sexual, se supone que debes..., bueno, que debes pensártelo un poco, y ése es el momento en

que ella se pone el trasto o no, y así puede reflexionar antes de tomar la decisión de no tener hijos.

Sólo que... Bueno, ella quería tener un hijo.

Delilah tomó un sorbo de su bebida, observándole por encima del vaso, mientras Castor intentaba descifrar su expresión. ¿Iría a decirle lo pintorescas que le parecían esas prácticas bárbaras? ¿O le recordaría su deber de controlar la población, al menos mientras la capacidad productora de la Tierra siguiera en un punto tan bajo? No hizo ninguna de las dos cosas. Se inclinó hacia delante para rozarle la mejilla con los labios y se puso en pie.

—En nuestro país, lo que se hace es recibir el implante antes de la pubertad —dijo, desatando el cordoncillo que ceñía su pijama—. Después, si queremos hijos, hacemos que nos lo quiten. Está situado en la zona de grasa que hay allí donde las nalgas se unen al muslo, por lo que no es visible en casi ninguna circunstancia. Voy a enseñártelo, Castor —dijo, tuteándole de repente—. Y luego tú me enseñarás si eres capaz de actuar sin tomarte una pausa preliminar para meditar sobre la santidad de crear vida.

Al amanecer, Delilah le despertó acariciándole suavemente con la mano, y luego tuvieron otra sesión de hacer el amor..., la cuarta, quizás, aunque también podía ser la quinta o la sexta. Delilah parecía inagotable. Castor tenía veintidós años; y, además, lo que ocurría en el amplio lecho de Tsoong Delilah, perfumado y agradablemente mullido, se encontraba a muchos años luz de distancia de aquellos frenéticos abrazos junto al arrozal o, incluso, en la estancia matrimonial. Delilah era una amante maravillosa, no le negaba nada, sólo exigía que él consiguiera su propio placer (o eso parecía), y dejaba que ese placer aumentara el de ella.

Nada de lo que ocurrió aquella noche le hizo sospechar a Castor que Delilah le considerase como algo más que una mera relación pasajera, y estaba totalmente seguro de que él no era sino uno entre muchos. Aun así, salió de la ducha para descubrir que le había preparado el desayuno. Y, cuando Delilah terminó de arreglarse y salió de la habitación vestida de uniforme y dispuesta a empezar su día, tomó una taza de té con él mientras Castor terminaba su arroz con cangrejo.

—Bien, Erudito —le dijo, chupando la pequeña pipa, ahora llena de tabaco—, ha sido una experiencia interesante, pero ha llegado el momento del adiós. Puede que volvamos a encontrarnos.

—Eso espero —dijo él, sorprendido ante el inesperado calor que puso en sus palabras—.

Y ahora, ¿vuelvo a la aldea? —se apresuró a añadir, sintiéndose algo incómodo.

—Puede hacerlo, si quiere —dijo ella con indulgencia, y él se dio cuenta inmediatamente de que el tuteo había desaparecido—, pero tal vez le guste pasar uno o dos días más en la ciudad, ¿no? Sigue teniendo habitación reservada en el albergue, y el tribunal se encarga de pagarlo todo.

—¡Me encantaría!

—Claro. No abuse de ello, Castor. Hay un límite... Oh. —Frunció el ceño, disgustada, al oír el zumbido con que la pantalla reclamaba su atención. Dio dos secas palmadas; la pantalla satélite situada sobre la mesa donde habían desayunado se encendió, y un rostro les contempló desde ella.

Era el famoso científico y alto miembro del partido Fung Bohsien, y la razón de que le llamaran Muchascaras saltaba a la vista. Sus rasgos se retorcían convulsivamente, como si no lograra decidir qué expresión quería mostrar. Y aún parecía menos capaz de decidir lo que deseaba decir, pues las palabras brotaron de sus labios entre pausas y tartamudeos, resultando terriblemente confusas.

—Estoy buscando..., no, no estoy..., ¡POR FAVOR!..., al ciudadano de la República de Bama llamado Pettyman Ca..., cállate..., oh, venga, no está aquí..., ¡POR FAVOR! DEJALE

ACAB..., del Equipo de Producción..., quiero ver la ópera...

—Está aquí —le interrumpió Tsoong Delilah, y, por primera vez, Castor la vio dar muestras de consternación. Agitó furiosamente la mano, indicándole que se pusiera delante de la pantalla. El anciano le contempló, con sus rasgos moviéndose locamente y sus voces hablando entre ellas.

—¡Ah! —dijo—. Venga a..., ¡no!..., mi despacho a las..., ¡hoy no! Hoy al mediodía porque... —La voz se desvaneció, convirtiéndose en un balbuceo inaudible, mientras las distintas expresiones parecían perseguirse unas a otras por el rostro del viejo hasta que, con aire de triunfo, logró terminar la frase a toda velocidad —: ¡Mi parte número cuatro quiere verle!

Y cortó la conexión.

Los terrenos de la universidad abarcaban doce hectáreas o más. Si Tsoong Delilah, silenciosa y ceñuda, no le hubiera dejado en el edificio correcto, Castor se habría extraviado irremisiblemente. Aun así, tuvo que preguntar dos veces antes de encontrar el ala del Centro de Neuroanatomía y Estudios Cerebrales. Después de aquello, todo fue sencillo. O casi.

Todos los despachos tenían placas en la puerta, CHEN Litsun o HONG Wuzhen o, lo que ya era más raro, BRADLEY Jonathan, pero Castor reconoció la que estaba buscando al instante. No podía haber sido ninguna otra, pues la placa de la puerta tenía tres veces el tamaño habitual y decía:

FUNG - HSANG - DIEN - POTTER - SU - ANGORAK - SHUM TSAI CORELLI - HONG - GWAI Bohsien - Futsui - Kaichung - Alicia - Wonmu - Aglat - Hengdzhou - Mingwo - Anastasio - Ludzhen - Hunmong. ¡Estaba claro que al menos Muchascaras tenía sentido del humor!

Después de entrar, Castor descubrió que también su secretaria lo tenía. Era una Han ya mayor que había dejado muy atrás la edad en que la mayor parte de chinos iban al Hogar para morir, pero no tan vieja como para que en sus ojos no apareciera un brillo burlón cuando Castor le explicó que tenía una cita con el profesor Fung.

—¿De veras? —le preguntó—. No me lo han dicho, aunque no me sorprende.

Espere un minuto, veré si está. —Pulsó las teclas que controlaban la pantalla de su escritorio, la estuvo contemplando durante unos instantes y agitó la cabeza—. No está en el campus.

Intentaré llamar a su casa, quizás aún no se haya marchado.

—No quiero molestarle en su casa —se arriesgó a decir Castor. La secretaria se rió. La carcajada parecía bastante amistosa, y Castor acabó decidiendo que la gracia estaba en la idea de que el profesor Fung Bohsien pudiera sufrir más «molestias» de las que ya padecía habitualmente. Animado ante tal muestra de simpatía, Castor se inclinó hacia delante para contemplar el teclado mientras la secretaria conectaba el comunicador, y se le hizo la boca agua. ¡Vaya teclado! Aquello dejaba en ridículo el miserable equipo de la inspectora, por no mencionar las rudimentarias pantallas de enseñanza del Colectivo del Grano Celestial.

Había teclas de una sola función ya preparadas para llevar a cabo tareas que en la aldea habrían necesitado unas instrucciones de programación tan largas como complicadas. Eso suponiendo que hubieran sido capaces de llevarlas a cabo... Castor había visto equipos tan complicados como ése en las pantallas de la aldea, y su corazón había anhelado poseerlos.

¡Y ahora tenía delante uno de ellos!

Pudo oír el bip... bip indicador de que el timbre estaba sonando al otro extremo de la línea. Le pareció que pasaba mucho rato.

—Lo más probable es que esté ahí —le dijo amablemente la secretaria, que se había fijado en su expresión—. Necesitan bastante tiempo para ponerse de acuerdo y contestar si no hay algún sirviente en la casa, y siempre tienen problemas con la servidumbre: nadie les dura demasiado. —Dejó que el timbre sonara por lo menos cincuenta veces. Cuando ya hubo rebasado ampliamente el momento en que Castor habría decidido rendirse, se inclinó hacia delante y habló por el micrófono—. Profesor Fung, Pettyman Castor ha venido para la cita que tenía con usted.

Castor estaba casi en el límite de la zona a la que llegaban los sonidos de la pantalla, pero pudo percibir lo que daba la impresión de ser varias voces parloteando al unísono.

Aquello no pareció desconcertar a la secretaria, que alzó los ojos y miró a Castor.

—Quiere hablar personalmente con usted. Pasaré la conexión a la pantalla mural.

—Castor se volvió hacia la pared, y Muchascaras apareció en ella y le miró fijamente. Su anciano rostro empezó a retorcerse, y sus labios lograron escupir unas cuantas palabras: —Bienvenido, Pettyman..., que me ahorquen si ése es..., Castor... ¿QUIÉN ES?... siento llegar tarde..., ¡no lo siento!..., ¡oooh, es él!... Estaré ahí a las tres..., ¡NO!..., pero yo quería..., ¡POR FAVOR!..., por favor, Castor, espere... —Siguió hablando, pero la confusión empeoró rápidamente. Castor apenas si pudo comprender nada. Y la expresión... no, las expresiones de su rostro hacían que aún fuera más difícil concentrarse en lo que decía.

Para empezar, el rostro del anciano no era muy agraciado. El inmenso casco de

rugby había desaparecido pero había sido reemplazado por un turbante de toalla blanca, igualmente enorme. La pantalla se apagó con un último chasquido y Castor, perplejo, se volvió hacia la secretaria.

—¿Qué ha dicho?

—Ha dicho que vuelva a las tres —le informó ella con una sonrisa compasiva—. Puede que esté aquí y puede que no. Le aconsejo que coma algo mientras espera. Quizá tenga que esperar mucho rato. Pese a las instrucciones que le dio la secretaria, Castor necesitó media hora para encontrar el comedor de estudiantes del Centro Liu Piao. Tomó por varios caminos equivocados, consiguió perderse dos veces, vagabundó por el edificio de Astronomía y Astrofísica con el corazón lleno de envidia, y tomó un atajo por el vestíbulo del Instituto de Historia Extranjera, con vitrinas de cristal en las que había uniformes militares de la Guerra Revolucionaria Norteamericana, No pidió ayuda hasta que el hambre que le roía el estómago no le obligó a ello. Pero el nudo de su vientre no era sólo obra del hambre, sino de la envidia, una envidia enfermiza, y de la pena. ¡Si las cosas hubieran seguido un camino levemente distinto, podría haber estudiado en esta misma universidad!

Ahora ya llevaría tiempo graduado, y quizás incluso se le habría permitido ir a los cursos de licenciatura, conseguir un doctorado..., hasta habría podido acabar consiguiendo una cátedra allí mismo, un puesto que le permitiera enseñar a las nuevas generaciones de estudiantes que veía llenando los pasillos y los vestíbulos. Llevó su bandeja sobre la mesa calefactora, atrapado entre un grupo de muchachas Han que no paraban de reír y otro grupo de chicas yanquis, que intercambiaban las mismas confidencias en inglés y en la lengua culta. El asombro de encontrarse aquí hacía que sus ojos estuvieran a punto de salirse de las órbitas. Logró encontrar un sitio libre en una mesa para comer sus bolas de sémola (¡delante suyo había dos estudiantes hindúes del programa de intercambio!), y cada bocado tenía el sabor de lo que podría haber sido. Si hubiera conseguido mejores notas en la escuela de la aldea..., si su profesor hubiera luchado más por él, o si hubiera tenido unas relaciones algo mejores..., si hubiera nacido siendo Han en vez de ser un yanqui de Bama..., si los rusos y los norteamericanos no se hubieran hecho pedazos los unos a los otros un siglo antes, dejando el mundo entregado a los centenares de millones de chinos e hindúes que sobrevivieron...

Si el mundo hubiera sido distinto, Castor podría haber estado aquí no gracias al capricho de un viejo fenómeno de circo y el haber tropezado casualmente con una cabeza cercenada, sino por derecho propio. ¡Y, entonces, hasta María habría sentido respeto hacia su esposo, el erudito!

Se dio cuenta de que habían pasado cuarenta y ocho horas y que sólo había pensado dos veces en María.

De todas formas, se dijo, estar aquí ya resultaba realmente maravilloso, y era sincero.

Cuando hubo terminado sus bolas de sémola se dedicó a observar a los demás

para ver qué hacían con sus bandejas y adónde iban después. Fue siguiendo a los grupitos de estudiantes que el azar le ponía delante y recorrió el centro estudiantil, la cafetería, las salas de pantallas, la cervecería, las salas de estudios, los economatos y los auditorios. ¡Un auténtico paraíso! ¿Qué se sentiría pudiendo utilizar todas aquellas instalaciones cuando a uno le viniera en gana...?

Y, después de todo, pensó de repente, ¿quién iba a impedirselo?

Miró a su alrededor para orientarse y fue en línea recta hacia la sala de pantallas más próxima.

Las pantallas para estudiantes eran casi tan impresionantes como la de la secretaria, pero a Castor le encantó tener la posibilidad de practicar con una. En cuanto logró conectar el comunicador, lo primero que hizo fue llamar a la secretaria del profesor Muchascaras para asegurarse de que aquel extraño viejo no había decidido llegar más pronto. No lo había hecho. Tranquilizado, Castor manipuló la pantalla hasta conectar el sistema de datos y pidió acceso al Directorio Universidad. Encontrar la entrada referente a Fung Bohsien resultó muy sencillo. El cursor funcionaba a cincuenta caracteres por segundo, y en unos instantes Castor tuvo a su disposición el historial de Muchascaras: Fung Bohsien. n. Provincia de Sinjian, 2019. LC Sinjiang, Z037.

DC Beijing, 2039. DM Prefectura de Tokio, 2042. DF Stanford, 2046.

Miembro de la Academia Sínica...

Avance rápido. Castor dejó atrás docenas de líneas en las que se recogían los honores recibidos y los cargos que había ocupado..., y después, con un asombro cada vez mayor, se saltó una relación mucho más larga de artículos publicados. Se trataba de una vida académica perfectamente ordinaria, aunque mucho más distinguida que el promedio de tales existencias. Allí no había ni una sola palabra capaz de sugerir qué le hacía hablar de una forma tan rara o por qué se le daba un apodo tan extraño. El único dato biográfico fuera de lo corriente era una coletilla que decía: «Ver también Hsang Futsui, Dien Kaichung, Potter Alicia, Su Wonmu, Angorak Aglat, Shum Hengdzhou, Tsai Mingwo, Corelli Anastasio, Hong Ludzhen y Gwai Hunmong».

Castor contempló la pantalla con el ceño fruncido y acabó volviendo al principio para leer todas y cada una de las palabras contenidas en la biografía. Y, en la lista de artículos del año 2057, dio con el premio gordo.

El título del artículo era «Retención de la personalidad después del trasplante de tejido cerebral», y los autores Fung Shan, Tzuling, Gwui y Gwui.

Afortunadamente, la revista citada se hallaba en la memoria de la biblioteca universitaria. Era la respuesta. Le costó bastante encontrarla, pues la autoeducación de Castor no había incluido la anatomía. Tuvo que abrirse paso por entre bosques de fornices, cuerpos callosos y enredadas masas de epífisis e hipófisis, pero la historia estaba allí para quien supiera leerla. Al doctor Fung se le había diagnosticado un tumor cerebral cuando sólo tenía treinta y seis años, y el tumor era maligno. Peor aún,

abarcaba áreas con nombres como el «basis pedunculi», que dirigían las funciones básicas del cuerpo; perder esas zonas del cerebro no era perder tan sólo unos cuantos recuerdos o el sentido del olfato, era una pérdida incompatible con la vida. La única esperanza era un trasplante. La operación tuvo éxito y, cuando salió del sueño postoperatorio, el joven doctor respondió de forma clara y sin vacilaciones a todas las preguntas del cirujano, aunque con una particularidad. ¿Quién era? Vaya, era Fung Bohsien, naturalmente, y un instante después, igualmente convencido, se identificó a sí mismo como Hsang Futsui, el joven estudiante Han que había muerto bajo las ruedas de un trolebús y que había servido como donante del tallo cerebral.

Castor contempló las letras doradas de la pantalla con una mezcla de excitación y repugnancia. Le repugnaba descubrir que el famoso científico y alto miembro del partido no se limitaba a realizar experimentos, sino que había sido sometido a uno. Y le excitaba hallarse por fin en el sitio donde podían ocurrir tales maravillas. Sí, estaba excitado, sentía repugnancia, y anhelaba desesperadamente poder seguir allí.

—No —dijo la secretaria con afabilidad—. El profesor Fung no está aquí, y no tengo ni idea de dónde puede estar. Llamó. Dijo que le complacería enormemente que permaneciera usted en la ciudad unos días más. Se le prepararán todos los documentos necesarios.

El corazón de Castor empezó a palpar de alegría.

—¿En el albergue? —preguntó, lleno de esperanza. La secretaria frunció los labios.

—Si lo desea, supongo que podrá arreglarse, pero el profesor Fung sugirió que se quedara en casa de la Inspectora Tsoong. Es más cómodo para la universidad. Le prometo que la inspectora no pondrá ninguna objeción —añadió con una sonrisa—. Ya la he informado. Por lo tanto, quédese en la ciudad y páselo bien..., pero antes debería ver al profesor. Puede llegar en cualquier momento.

Desde las ya lejanas fiestas de su infancia, Castor nunca había visto cómo tantos deseos se hacían realidad al mismo tiempo.

—¿Puedo esperar en el centro estudiantil? —le preguntó, con los ojos llenos de estrellas.

—Pero, ¿por qué? ¿Sigue teniendo hambre?

—Me gustaría utilizar las pantallas—confesó Castor.

—¿Sabe cómo manejarlas? ¡Bueno, entonces no hay problema! Pero, ¿por qué usar una pantalla pública cuando puede utilizar la del profesor?

Y así fue cómo Pettyman Castor pudo pasarse más de tres horas viviendo en pleno corazón del paraíso, sentado ante el inmenso teclado perteneciente a un famoso científico y alto miembro del partido, con lo que parecía un acceso casi carente de restricciones a todos los datos científicos del mundo. El teclado, naturalmente, era formidable. Lo estudió durante diez minutos antes de atreverse a hacer algo tan sencillo como conectarlo.

Después, repitió las investigaciones que había llevado a cabo en el centro

estudiantil, añadiendo una instrucción de búsqueda cruzada para localizar documentos posteriores y algo más fáciles de comprender en los que se describiera qué era Fung Bohsien y lo que había hecho. La pantalla era una maravilla. En cuanto le dio instrucciones sobre lo que deseaba pareció capaz de pensar por él. Cuando la secretaria entró con una taza de té y la noticia de que el profesor seguía sin aparecer, Castor ya había averiguado más de lo que nunca deseó saber sobre Fung Bohsien. El profesor poseía la mayor parte de los cerebros de otros diez seres humanos, todos muertos por causas que destrozaron sus cuerpos pero dejaron intactos sus masas cerebrales, y esos cerebros estaban instalados dentro de su propio cráneo..., bueno, en realidad ya no era su cráneo, pues un cráneo no podía contener tanto tejido. Injertos óseos y, posteriormente, placas de metales nobles habían expandido la capacidad craneana. El profesor parecía—o quizá sería mejor decir que sus cerebros parecían—no tener límite alguno a su deseo de ir añadiéndose nuevas personalidades; lo que le impedía contar con media docena más no era la falta de voluntad, sino la dificultad de encontrar tejidos que fueran compatibles. La mayor parte de las series convencionales de factores antígenos no planteaban ningún problema, pues los supresores de las reacciones inmunológicas se encargaban de manejarlos, pero tratar con el cerebro presentaba sus riesgos. Menos de un cadáver de cada cien podía vivir cómodamente en el cráneo de Muchascaras, que ya era tan grande como una calabaza. Después, envalentonado, Castor decidió usar una red más grande. ¿Se había producido algún nuevo avance en cuanto al misterio de Ursa QY desde su último curso de astronomía, un año antes? No. No había ningún avance; aquel agujero negro seguía saliéndose de lo normal Y

los telescopios de la Tierra, ¿tenían alguna nueva imagen de las colosales erupciones producidas en Calisto? Sí, las tenían..., y bastante buenas, considerando que la astronomía había vuelto a tener que conformarse con la superficie del planeta, pues la aventura espacial llevaba cien años siendo un capítulo olvidado...

Podría haber seguido eternamente si la secretaria no hubiese aparecido.

—El profesor está en su laboratorio —le dijo—: vaya allí. Salga por la puerta, baje las escaleras y busque la sala 3C44... ¡No se preocupe, no le costará nada encontrarla!

Castor no tuvo ningún problema. El laboratorio se anunció a sí mismo mediante sus sonidos y olores antes de que llegara a su puerta, que estaba abierta. Los ruidos eran una mezcla de trinos, parloteos, graznidos y maullidos; los olores salían de varias docenas de jaulas para animales. La mayor parte estaban llenas, y más de la mitad de sus ocupantes eran monstruos. Un mono capuchino, intacto y muy animado, parloteaba mientras iba saltando de la percha al suelo de una jaula; la jaula contigua mostraba a un mono sentado sobre un montón de trapos, con su enorme cabeza sostenida por una tira de cuero y una expresión de ferocidad en los ojos. El rasgo dominante que convertía en fenómenos a todos esos animales era el tamaño de sus cabezas, pero también había otros: una serpiente con dos cuerpos unidos a un solo

cráneo, con una banda de acero reforzando el punto de conexión mientras el animal se retorció enredado en sus propios anillos; la cabeza de un lechón sobre el cuerpo de un perrito; un conejillo de indias que parecía carecer de toda cabeza digna de ese nombre, pues sólo poseía una nariz y una boca que nacían directamente de sus hombros, y que le lanzó a Castor una mirada suplicante. Castor estaba francamente impresionado. Cuando vio el gran casco de rugby de Muchascaras detrás de una hilera de jaulas, dejó de fijarse en los animales, clavó sus ojos en el científico y se dirigió hacia él.

Muchascaras estaba acompañado por tres o cuatro seres humanos normales, y Castor, sorprendido, vio que entre ellos había un par de yanquis. Sus acompañantes escuchaban pacientemente el debate interno que volvía tan confuso cuanto salía de la boca de Fung Bohsien; parecían acostumbrados a hacer caso omiso de las voces que estaban en minoría y sabían filtrar la cháchara para extraer de ella las instrucciones y comentarios de su jefe.

Castor no poseía tal habilidad. Cuando los ojos de Muchascaras se posaron en él, estuvo a punto de retroceder. Fung Bohsien no sólo era un fenómeno; era viejo. El rostro estaba lleno de arrugas; sus manos mostraban las manchas marrones típicas de un hígado cansado; las voces (¿voces?) no paraban de temblar. Su cuerpo emitía un leve olor mohoso que lograba hacerse perceptible incluso a través de la pestilencia que brotaba de las jaulas.

Castor pensó que era el olor de la vejez. Los yanquis viejos no eran nada nuevo, pero los Han ancianos eran toda una rareza, al menos en Morteart. Desconocía la razón tenía aquel hombre para no haber vuelto al Hogar los últimos años de su existencia, como todos los demás.

—¿Quién? —preguntó el científico, y Castor se lamió los labios antes de responder.

—Soy Pettyman Castor. Usted me pidió que viniera. Creo que me vio en el juicio.

Y todas las voces intentaron responder a la vez: —¿Qué juicio? Ese juicio, maldita sea, ése al que Alicia... Yo no arrastré a nadie, yo sólo quería... Oh— la voz menos confusa de Muchascaras—. Ya recuerdo. Aldea del Grano Celestial..., ¿qué aldea?..., por favor..., creo que uno de nosotros tiene un interés especial en..., espere. —La cabeza se ladeó durante unos segundos, y las voces empezaron a hablar entre ellas. Cuando Muchascaras miró nuevamente, la voz era distinta—. Yo soy la interesada— dijo la voz—. Alicia. ¿Conoce bien la aldea?

—He pasado allí toda mi vida.

—Bueno, entonces..., oh, vamos..., ¡CALLATE!..., bien, ¿conoce a una niña llamada Grootenbart María?

—¿María? Desde luego que la conozco, pero no es ninguna niña. Es mi mujer.

Sus palabras hicieron que las personalidades internas de caras volvieran a enzarzarse en una confusa discusión de medio minuto, después de la cual aquel rostro lleno de tic una expresión medio alegre, medio suplicante, y la voz dijo: —¡Bueno,

pues yo soy su madre!

El apartamento en la ciudad de la Inspectora Tsoong Delilah, la Policía Renmin, era todavía más grande que su casa de campo y parecía ser utilizado con más frecuencia que ésta. Para ella tenía cinco habitaciones. Castor no lograba imaginar qué podía hacer ningún ser humano con cinco habitaciones enteras, pero la deliciosa doncella yanqui que le dejó entrar le aseguró que todas esas habitaciones eran para Tsoong Delilah..., y, naturalmente, para sus «invitados». Aquella noche no había ningún otro invitado visible, y Tsoong Delilah tampoco estaba en casa: la doncella le explicó que tenía trabajo, pero que llegaría a tiempo para cenar con él.

De hecho, llegó bastante antes de lo esperado. Apareció detrás de Castor, sin previo aviso, cuando éste se hallaba contemplando un dormitorio extra más grande que todo el apartamento que había compartido con María, un dormitorio que incluía armarios, lavabo y pantalla.

—¿Te gusta? —le preguntó ella, dirigiéndose a su nuca—. Puedes quedártelo..., bueno, para guardar tus cosas, claro está. —Cuando se dio la vuelta vio que estaba sonriendo y, aunque en su sonrisa había una cierta sequedad, al menos no parecía estar enojada por tener que cargar con él. Castor abrió la boca para disculparse, pero Delilah agitó la cabeza—. Una petición de Fung Bohsien es un honor para mí..., y creo que también será un placer —añadió, mirándole con franco descaro—. Tengo que ducharme y cambiarme antes de la cena..., Instálate como si estuvieras en tu casa, aunque veo que ya lo has hecho.

La cena fue interrumpida en dos ocasiones por leves zumbidos de la pantalla. Tsoong Delilah se levantó de la mesa para atender la llamada en otra habitación y, cuando volvió por segunda vez, tenía el ceño fruncido.

—Ya no tienes que preocuparte por el viejo del Río de la Perla —le informó—. Se ha suicidado en su celda.

—Oh —dijo él, sorprendido. No se le había ocurrido pensar que pudiera estar dispuesto a quitarse la vida, ni aun siendo un asesino convicto y confeso—. ¡Qué pena!

—Sí, Castor, es una pena. Era un buen hombre —dijo ella en voz baja. Castor guardó silencio durante unos momentos, pensando en el viejo y en qué razones podía tener una inspectora de policía para lamentar la muerte de un delincuente, pero no tardó en olvidarse de él. Era mucho más interesante pensar en lo que le había ocurrido ese día..., ¡y en lo que aún podía ocurrirle! Tsoong Delilah le dejó llevar todo el peso de la conversación y no comió demasiado. Después, cuando la doncella hubo metido los platos en el lavavajillas y se marchó, se instalaron en un gran sofá, y la inspectora se dedicó a fumar su pipa y dejó que él siguiera hablando. Castor estaba más que dispuesto a hacerlo. ¡Tenía tantas cosas que contar!

—Muchascaras me aprecia —fanfarroneó—. Hasta me preguntó si estaría dispuesto a trabajar para él... ¿Qué te parece eso? —Se atrevió a iniciar de nuevo el tuteo—. Podría ser una oportunidad soberbia, aunque trabajar para un fenómeno

como Muchascaras no es exactamente mi idea de... ¿Qué pasa?

Delilah estaba sonriendo, pero a su sonrisa le faltaba muy poco para convertirse en una mueca.

—No le llames «Muchascaras» —le corrigió, aceptando el tuteo—. Llámale «Cuadro Veterano del Partido Fung Bohsien». Y no se te ocurra llamarle «fenómeno» bajo ninguna circunstancia.

—Oh, Delilah, qué diablos... —dijo él despectivamente—, no hace falta ser tan formal, ¿verdad? —Vio cómo la sonrisa de ella se hacía todavía más gélida y cambió de opinión—.

Claro que tienes razón —se apresuró a añadir—. ¡Hay que respetar la autoridad, naturalmente! Pero creo que me aprecia. O, al menos, una parte de él me aprecia... ¿Crees que yo sería capaz de trabajar para él? Tengo que volver a verle por la mañana. ¿Me llevarás allí?

—Por supuesto —dijo Delilah, mirándole fijamente.

—¡Pero es tan difícil hablar con él! Cuando está tranquilo resulta algo más fácil, pero cuando se pone nervioso... Entonces todos intentan hablar a la vez. Y se pasa tanto tiempo estando nervioso... —Castor recordó algo—. Oh, sí, le he echado una mirada a mi expediente. ¡Tengo las cualificaciones necesarias para el observatorio! Si Muchascaras estuviera dispuesto a hablar en mi favor...

—¿Por qué el observatorio? —le preguntó la inspectora—. El telescopio no es más que una herramienta. Si quisieras dirigir tu granja colectiva, ¿te pondrías a trabajar llevando un arado?

Castor la miró, parpadeando.

—¿Qué quieres decir?

—Fung Bohsien puede ayudarte a entrar en el observatorio, cierto, pero tampoco le costaría nada conseguir que te admitieran en la universidad.

Castor se irguió en el sofá y dejó escapar un jaleo ahogado.

—¿La universidad?

—¿Por qué no?

—¿Puede hacerlo?

Delilah se limitó a reír. Estaba claro que sí podía. ¡Y quizá lo hiciera! Su gran sueño aún podía convertirse en realidad, ¡y todo porque una tarde había tenido la suerte de pisar la cabeza de un muerto en el arrozal!

Se dio cuenta de que la inspectora de policía estaba mirándole con una sonrisa de indulgencia, casi de ternura, y trató de recobrar la calma.

—¡Se me olvidaba! —exclamó—. Te he traído un regalo.

Tsoong Delilah pareció realmente sorprendida.

—Me dejaron usar su pantalla —dijo Castor, y se puso en pie para hurgar en su mochila—. Por cierto..., ¿puedo usar la tuya? Bueno, me acordé de lo que estuvimos comentando anoche. —Tomó asiento ante la pequeña pantalla de la sala, la estudió durante unos segundos, y acabó tecleando unas cuantas instrucciones—. ¡Pueden

tener acceso a cualquier cosa! VIGIACELESTE no tenía lo que deseaba, y la FAI tampoco, pero el departamento astronómico de la universidad tenía todas las imágenes necesarias..., incluidas las del gran telescopio de Lhasa, y también tenían algunas de la India, así que tomé los mejores datos de radar de cada fuente, hice las correcciones necesarias para compensar la rotación, la deriva y la escala (viene hacia nosotros), y programé unas instrucciones de comparación para que tomaran los mejores datos de cada observación...

La verdad es que fue bastante sencillo—alardeó, aunque no lo había sido, y apretó el botón que activaba el monitor. Un objeto cobró forma en la pantalla, rodeado por una densa neblina atravesada por puntitos de cegadora luz blanca.

Era una nave espacial.

Tsoong Delilah la contempló, perpleja.

—Pero si no tenemos ninguna nave espacial ahí fuera... —dijo, con voz ronca.

—¡Exacto! ¿Verdad que es maravilloso? —Castor estaba entusiasmado.

A la mañana siguiente, el cielo estaba de un azul precioso; el olor a hidrocarburos procedente del golfo era casi imperceptible, e incluso el tráfico de Nueva Orleans ya había dejado de ser un desafío para aquel Pettyman Castor que estaba evolucionando rápidamente y cuyo grado de sofisticación crecía de forma geométrica a cada día que pasaba. Ni tan siquiera se perdió yendo al despacho de Muchascaras. Logró llegar sin ningún problema al edificio adecuado y, una vez allí, localizó el piso e incluso la habitación.

El único contratiempo fue que Muchascaras no estaba allí: de hecho, ni se esperaba que viniera.

Su fiel secretaria fue la que se lo dijo. Castor entró en el despacho y la vio sentada ante su pantalla, usando una varilla cursora sin demasiado entusiasmo. En cuanto quedó claro que el Cuadro Veterano del Partido Fung Bohsien se había olvidado de comunicarle que Castor iría allí, la secretaria no pareció ni sorprendida ni particularmente contrita, pero aun así se mostró bastante amistosa.

—Tendrá que ser paciente con él, Pettyman, sobre todo en momentos como éste —le dijo distraída, con los ojos clavados en la pantalla. Castor alargó el cuello y logró ver algo de lo que había en ella. La secretaria estaba jugando una partida de go con el ordenador.

Hizo su movimiento y añadió—: Cuando recibe un nuevo implante, suele portarse así.

—No sabía que hubiese recibido un nuevo implante —dijo Castor.

—Oh, sí. Hace cinco semanas... ¿Pensaba que siempre es así? Si lo fuera, ¿cree que seguiría trabajando para él? —Agitó la cabeza y le lanzó una mirada de disgusto a la pantalla. Castor supuso que quizá se debía a que el ordenador la estaba derrotando—. ¿Ha comido? —le preguntó de repente, al tiempo que arrojaba su varilla cursora sobre el escritorio.

—¿Cómo?

—Que si ha desayunado —le explicó ella—. Me comprende, ¿no? ¿Se ha metido comida en la boca? ¿La ha masticado? ¿La tragó? ¿No? Pues coja una silla, y le pediremos algo de sopa y arroz al club de la facultad.

¡Vaya, pero si casi parecía tener ganas de hacerse amiga suya! La secretaria hizo el pedido y, mientras esperaban a que lo trajeran, puso los pies sobre el escritorio para contemplar pensativamente a Castor.

—Bien, jovencito... ¿Cree que le puede gustar trabajar para el profesor?

Castor asintió.

—Pero no sabe si será capaz de soportar sus locuras, ¿verdad? Bueno, no se preocupe demasiado. Ahora toda su personalidad se encuentra desequilibrada. Cada vez que hay una nueva adición todas sus mentes empiezan a luchar entre ellas... ¡Es terrible! Pero acaba arreglándose. —Alzó los ojos hacia el recadero del club de la facultad que acababa de entrar en el despacho y le dio instrucciones sobre dónde dejar los platos—. Coma —le ordenó a Castor—. Si quiere, puede hacerme preguntas mientras come.

Consiguió pillarle con los palillos a medio camino de la boca.

Castor observó cómo la secretaria movía ágilmente sus manos, pasando de la sopa al arroz, y empezó a hacerle preguntas.

—Bueno... ¿Qué siente teniendo a toda esa gente en su cabeza? ¿Es algo parecido a la personalidad dividida?

—No, en absoluto. La personalidad dividida (o, tal y como lo describen los colegas del profesor Fung, «el desorden de la personalidad múltiple»), es algo psicológico. Es un trauma que suele ser fruto de algún daño mental producido en las primeras etapas de la infancia, y causa una especie de alejamiento de la realidad. Muchascaras es muy real, y todas sus voces también lo son.

Castor se metió un poco de arroz en la boca y lo hizo pasar con una cucharada de sopa.

—Pero, ¿cómo? —logró decir.

—¿Que cómo funcionan dentro de su cabeza? Déjeme ver... Un psicólogo llamado Hilary Roberts publicó un artículo, ya hace muchos años..., de hecho, cuando aún existía Norteamérica. Le daré su ejemplo, y lo haré formulándole una pregunta. ¿Qué estamos haciendo en estos momentos?

—Bueno... —Castor tragó saliva, intentando hablar con claridad—. ¿Hablar?

—Exacto. Y ahora, joven Pettyman, ¿cómo ha sabido usted qué estábamos haciendo?

—Bueno... —Castor volvió a tragar saliva, y esta vez no lo hizo para librarse de la comida, sino para que le ayudara a pensar—. Supongo que porque pensé en ello, ¿no? —se atrevió a decir.

—Correcto. Por lo tanto, mientras «hablábamos», usted también «pensaba» en el «hablar». Y ahora probablemente está «pensando» en el «pensar» de ese «hablar». Ese tipo de pensamiento de segundo orden es lo que Roberts (y yo) llamamos «meta-

pensar». ¡Pero fíjese en esto, Pettyman! ¡Ahora estamos «pensando» en el «meta-pensar»! Según eso, ¿qué estamos haciendo?

—¡Uf! ¿Meta-meta-pensar?

—Exactamente. —La secretaria sonrió, y sus dedos aplastaron los recipientes desechables ahora vacíos que habían contenido su arroz y su sopa, recipientes que arrojó limpiamente a un depósito de eliminación—. Verá, Pettyman, ese proceso no tiene final.

Puede seguir con él hasta el infinito.

—¡Uf!

—¡Más que eso! No podrá saber cuál es el pensar «definitivo» porque no existe, ya que el proceso es infinito. Ni tan siquiera podrá saber qué tipo de pensar es el que se encuentra en el fondo, el pensar «auténtico»..., porque el infinito es un círculo cerrado.

Castor estaba frunciendo el ceño, intentando hallar una forma de aplicar esa metafísica más bien fantasiosa —¡ese meta-pensar!— a la realidad de su vida.

—¿Quiere decir que Muchascaras es infinito? —preguntó.

—No, no es infinito. Pero sí es un círculo cerrado, Pettyman. Ya no hay ningún Muchascaras «real». Todos son reales.

Siguiendo su ejemplo, Castor cogió sus recipientes vacíos y los echó al depósito. Alargó la mano hacia los últimos restos del arroz pero la secretaria se le adelantó y acabó con ellos.

—¿Cómo es que sabe tanto de todo eso? —preguntó Castor.

La secretaria le lanzó una mirada de disgusto.

—¿Quiere decir que cómo sé tanto siendo una mera secretaria? Hasta una secretaria tiene cerebro, Pettyman. Además, ¿cómo cree que conseguí este trabajo? Antes de ser su secretaria, fui ayudante de investigación del profesor Fung. Incluso hubo un tiempo en el que estuve destinada a ser su esposa. Después, el profesor logró encontrar compañía dentro de su propio cráneo, y ya no necesitaba una esposa..., pero seguí siendo su secretaria. —Hizo una bola con el último recipiente y lo arrojó donde habían ido a parar los otros—. Bien, Pettyman, ¿cómo le gustaría divertirse hasta que llegue el profesor? ¿Con su pantalla? ¿Quiere seguir esos objetos espaciales que tanto le fascinan?

—¿Es que a usted no le parecen fascinantes?

La secretaria se encogió de hombros.

—El espacio exterior me resulta menos interesante que el espacio interior, pero..., sí, confieso que todos esos rumores sobre señales de radio que no han sido descifradas resultan interesantes.

—¡Señales de radio! —¡Y, además, señales misteriosas! Castor se sintió repentinamente atraído hacia la pantalla, pero la secretaria sonrió.

—Un gran misterio, sí —admitió—. Pero quizá no sea un misterio demasiado interesante, puesto que lo más probable es que su solución esté en un mero olvido de

los algoritmos necesarios para descifrarlas.

Algo dolido, Castor acabó llegando a la conclusión de que la secretaria estaba en lo cierto. La tarde se hallaba ya bastante avanzada. La primera pista de que Fung Bohsien había llegado se la dio un confuso ruido de voces procedente de la antesala. Muchascaras volvía a dar muestras del don de lenguas: un mínimo de cuatro personalidades suyas estaban contribuyendo al diálogo. Iba seguido por un grupo de ciudadanos, algunos jóvenes y otros viejos; unos cuantos parecían ser estudiantes, y había por lo menos un par de funcionarios veteranos de algún departamento u otro. Castor se dio cuenta de lo que tenían en común: todos y cada uno de ellos parecían querer algo de Muchascaras.

Muchascaras no era una mera curiosidad fisiológica. Sí, estaba claro que era un alto miembro del partido y Castor comprendió que su posición le permitía hacer favores o negarlos.

El desfile entró en el despacho de Fung Bohsien, y Castor se hizo a un lado. Se dedicó a observar atentamente al viejo, pues, aparte de haber comprobado lo que habían resultado ser decepcionantes noticias del espacio, había pasado el tiempo de espera estudiando la fisiología de Muchascaras en la pantalla.

En ciertos aspectos el cerebro es el más delicado de todos los órganos del cuerpo, mientras que en otros es el más resistente. Lo que los anatomistas llaman «la barrera de la sangre cerebral» es un potente escudo contra las células fuera de la ley y los organismos que circulan por el resto del organismo. El cáncer de cerebro rara vez envía metástasis al torso. El cáncer de cualquier otra parte del cuerpo rara vez invade el cerebro.

Inmunológicamente hablando, el cerebro está exento de la mayor parte de las amenazas que atacan al cuerpo. De todos los rincones secretos de la estructura humana quizá sea el que menos probabilidades tiene de rechazar un trasplante.

¡Y, aun así, el que la inmensa cabeza de Muchascaras, parecida a un melón, contuviera once mentes era realmente asombroso! Castor comprendió que cada ocupante de la cabeza de Muchascaras debía tener su propia identidad personal, y que, según el tema de la conversación, sería uno u otro el que se encargara de hablar. Claro que eso también podía depender del consenso de voluntades alcanzado por la mayoría de quienes poblaban la cabeza de Fung. O de quién gritara más fuerte.

Muchascaras tomó asiento ante su escritorio, después de haber despedido al cortejo de peticionarios y solicitantes, y examinó en silencio a Castor durante unos segundos. Castor se preparó para soportar el balbuceo de voces en competencia que había oído antes. Pero, sorprendentemente, Muchascaras le habló con una sola voz: la que Castor supuso debía ser la suya.

—Bien, Pettyman Castor —dijo—, ¿quiere el empleo?

—¿Se refiere a eso de ser sirviente suyo? ¿Hacerle la comida y limpiar su casa? No sé si seré capaz de hacerlo demasiado bien. Carezco de todo entrenamiento en ese tipo de labores, dejando aparte los períodos obligatorios de cuando era joven.

La boca de Muchascaras se agitó de nuevo, pero esta vez el acento era distinto.

—Eso quiere decir que sí. Venga, acabemos y salgamos de aquí —dijo la voz.

—Saldremos de aquí en cuanto hayamos terminado —se dijo Muchascaras a sí mismo con voz solemne—. ¡Pettyman Castor! ¿Quiere entrar en la universidad?

—¡Oh, sí quiero!

—Eso también quiere decir que sí—añadió la segunda voz en un gruñido más bien desagradable, y la voz de Muchascaras volvió a hacerla callar.

—¿Sabe qué cursos quiere estudiar?

—La verdad es que no —confesó Castor—. Quiero decir que... Bueno, después de todo, el semestre empezó hace semanas. No estoy seguro de qué cursos estarían dispuestos a admitirme...

Muchascaras logró que todas sus expresiones transmitieran la misma sorpresa.

—¿Admitirle? —dijo con cierta vacilación, como si quisiera comprobar que las palabras tenían algún significado en aquel contexto—. ¡Pues claro que le admitirán! —Señaló la pantalla—. Escoja lo que quiera y yo le daré el visto bueno a su solicitud... ¡No, no, muchacho, basta de discusiones! Hágalo. Después, vaya a mi casa y prepare la cena.

¡Llevo demasiado tiempo sin probar una auténtica comida casera! Y esta noche quiero algo especial... Veamos, creo que algo de pescado frito..., no, pescado no, hay demasiado aceite en el agua..., BISTEC, POR FAVOR..., no, gambas..., no, maldita sea, acuérdate del aceite..., Oh, diablos... —gritó furiosamente Muchascaras, dominando el jaleo que armaban sus compañeros de cráneo—, ¡haga lo que quiera! ¡Pero esmérese y sírvale caliente! ¡Y, ahora, en marcha!

Así que Castor se preparó un menú de ensueño con todas las delicadezas y cursos avanzados que las pantallas de su aldea habían sido incapaces de proporcionar. Fue probando aquel delicioso surtido con un inmenso placer: astrogación, balística solar, medicina espacial..., en todas partes era bienvenido, y los profesores siempre se aseguraban de que se pusiera rápidamente al día. Castor estaba asombrado. El concepto de «alto miembro del partido» había sido una de esas abstracciones en las que todo el mundo piensa de vez en cuando, pero nunca había visto el poder que uno de esos miembros (o, en el caso de Muchascaras, quizá varios de ellos) podía llegar a ejercer.

Y, realmente, la posición de Muchascaras era de las más elevadas. Cuando decidía visitar las viejas ciudades Han de Beijing o Guangzhou era una figura poderosa incluso en el Hogar; y, en la sociedad china de Norteamérica, donde el Hogar era sólo un ideal, su posición, como mínimo, era la de un primero entre los iguales.

Castor se convirtió en un adicto apenas transcurrido el primer día de estudios. ¡Decidió que ningún precio era demasiado alto para aquellos placeres! Pero, después de su primera jornada como sirviente de Muchascaras, empezó a pensar que algunos de los precios eran un tanto extravagantes. Para empezar, no había esperado que se le obligara a dormir en casa de Muchascaras. No es que eso fuera desagradable, claro: se le asignó una habitación espaciosa, cómoda... hasta podía calificársela de lujosa. Lo único que le faltaba era la presencia de Tsoong Delilah. Castor se había acostumbrado rápidamente a contar con aquella soberbia compañera de cama, y descubrir que sus costumbres nocturnas habían sido alteradas sin consultarle le dejó bastante sorprendido. Pero el enterarse de que el cambio había sido solicitado por la propia Inspectora Tsoong Delilah (cosa que supo gracias a la secretaria de Muchascaras) le dejó realmente perplejo. Acabó decidiendo que quizá fuera una muestra de tacto femenino. Sin duda, debía estar dándole ocasión de buscar relaciones distintas con alguna joven de las que estudiaban en la universidad. No importaba. Cuando llegara el momento se encargaría de dejarlo todo bien claro..., cuando surgiera la ocasión..., cuando sus glándulas se recobraran de todo el ejercicio que habían hecho en su cama.

Y también había que pensar en el mismo Muchascaras. O en los mismos Muchascaras.

No es que hubiera alguna porción individual de su personalidad colectiva que fuera excesivamente desagradable...; bueno, al menos no había ninguna que fuera intolerable. El problema estaba en tratar con once individuos, con once juegos distintos de costumbres, preferencias, intereses y cosas que odiaban. Normalmente quien se encargaba de hablar era el profesor Fung, en su calidad de «presidente» del comité que vivía dentro de su cráneo. Pero eso era una costumbre que sólo regía cuando no había ninguna competencia seria; lo que la secretaria de Muchascaras le había dicho era verdad. No había ningún Muchascaras «real». Cuando alguno de los otros estaba especialmente interesado en hablar con Castor —lo cual, metafóricamente hablando, venía a ser como si el presidente de algún subcomité necesitara discutir un asunto que le interesaba mucho—, las demás voces le daban libertad para que hablase. Y, a veces, podía pasarse muchos minutos hablando...

—Es bastante difícil, sí —dijo Alicia Potter, usando los labios del anciano—, pero siempre conseguimos llegar a una especie de acuerdo. Después de todo, no tenemos otra elección.

Hsang siempre se queja de que nunca jugamos al golf. Creo que Shum es el más problemático..., ¡no es cierto!..., oh, Shum, cállate, no te estoy criticando, sólo digo que tienes unos deseos sexuales muy fuertes. La verdad es que no podemos hacer

gran cosa por ninguno de los dos. Y Shum es el que sale peor librado, claro... Por no hablar de que la sola idea de la intimidación física con una mujer me resulta repugnante... —Los labios del anciano se retorcieron en una mueca indicativa de que Shum estaba preparándose para contraatacar, y Alicia se apresuró a cambiar de tema—. Bueno, al menos tratamos de que todo el mundo esté razonablemente contento. Es la única forma de que haya paz dentro del cráneo... Dígame, ¿verá pronto a mi hija?

Castor carraspeó.

—La verdad es que tengo muchas cosas que hacer —dijo, intentando ganar tiempo. Ya le había explicado que él y su hija estaban divorciados. Si su exsuegra tenía problemas para acordarse de ello, Castor estaba convencido de que no era asunto suyo recordárselo.

Era un buen momento para cambiar de tema—. En cuanto a la cena —dijo—, creo que todos estamos de acuerdo en tomar pollo, ¿verdad? Bien, ¿y el arroz?

—Arroz con cebolla, correcto..., no, solo..., ¿COMO QUE ARROZ?... , arroz solo... Querido Castor —dijo Potter Alicia con su educada voz de gran señora—, creo que lo mejor será que prepare lo que quiera, y ya nos lo comeremos.

Para Castor todo aquello era como un sueño. ¡Ser aceptado en la universidad! ¡Ya no tendría que volver a pudrirse en aquellos malditos arrozales! Una nueva amante, hábil y experimentada..., temporalmente no disponible, de acuerdo, pero estaba seguro de recuperarla dentro de poco. De vez en cuando hasta tenía tiempo para echar de menos a su esposa. (Pero, después de todo, ella le había abandonado. No tenía por qué sentirse culpable y, por lo tanto, no estaba obligado a echarla de menos.) Y lo más delicioso de todo era la ocasión de contemplar el espacio a través de sus nuevas clases..., no como un estudiante dispuesto a seguir aprendiendo pegado a una terminal de ordenador en una granja colectiva, sino como un miembro auténtico de la comunidad académica..., de hecho, como un miembro privilegiado de ella.

Y había noticias. Su clase de astrogación estaba repleta de ellas. En primer lugar, el Partido había dado órdenes de acelerar el ya casi abandonado programa espacial. Poder darle esas noticias a la clase hacía que el profesor estuviera casi tan emocionado como Castor. Les mostró la docena de cohetes que habían sido diseñados hacía ya mucho tiempo: algunos incluso habían llegado a ser construidos, pero el programa carecía de los recursos y la voluntad necesarios. Y, ahora, todo estaba yendo más deprisa. ¿Por qué?, preguntó la clase, y el profesor les contempló con una expresión imposible de interpretar.

—Ésas son preguntas a las que sólo la sabiduría de los cuadros del Partido puede responder —les dijo—. Hay momentos en los que es preciso esperar y reagruparse, y hay otros en los que es preciso avanzar.

Y ahora, había llegado el momento de avanzar.

—¿Hay alguna relación entre todo esto y la nueva nave espacial que ha sido descubierta? —se atrevió a preguntar Castor.

El profesor vaciló, mirando a los demás miembros de la clase en busca de apoyo,

y finalmente se arriesgó a responder con un «Quizá».

—¿Han logrado traducir alguno de los mensajes de la nave espacial?

A eso no hubo ni tan siquiera un quizá; el profesor decidió refugiarse en la indignación.

—¡Pettyman Castor! Si esa información estuviera disponible, ¿no sabe que los altos funcionarios del Partido nos la revelarían de inmediato? ¡Piense correctamente, Pettyman Castor!

Pero no había afirmado que los mensajes no hubieran sido traducidos. Y tampoco había intentado hacerle creer que la nave espacial fuera un casco metálico calcinado, un resto del programa ruso o norteamericano.

Cuando volvió a la casa de Muchascaras, conectó la pantalla de su cuarto a la pantalla de Muchascaras y empezó a examinar sistemáticamente los archivos, buscando más información sobre la nave espacial. No había ninguna información. Por lo tanto, era un secreto, eso estaba claro; pero no iba a descubrir en qué consistía ese secreto. Y eso también estaba muy claro.

Iba a desconectar la pantalla, aburrido, cuando vio parpadear la señal de llamada: alguien intentaba entrar en contacto con él. Cuando abrió el circuito descubrió que era la secretaria de Muchascaras. Su expresión era francamente gélida.

—Órdenes —le dijo—. Tiene que presentarse en el apartamento de la Inspectora para un asunto oficial.

Castor no pudo contenerse, aunque sabía que su comportamiento no era nada decoroso, y dejó escapar una carcajada.

—¿Un asunto oficial, ha dicho? ¡Oh, claro! Conozco muy bien esos asuntos oficiales.

Pero la secretaria no estaba dispuesta a participar en la broma.

—Le aconsejo que se tome muy en serio las órdenes de una Inspectora de la Policía Renmin —le dijo, frunciendo el ceño.

—Lo haré, lo haré —le prometió Castor, dejando de sonreír. Después pensó un poco en lo ocurrido, y se preguntó qué razón tenía la Inspectora de la Policía Renmin para transmitirle órdenes de esa manera. La perplejidad se fue convirtiendo en irritación. Esperó hasta tener la seguridad de que Delilah estaría en casa. Entonces, cuando Muchascaras se hubo quedado profundamente dormido, Castor salió sigilosamente de la casa, llamó un taxi, y diez minutos más tarde estaba delante del edificio donde se encontraba el apartamento de Tsoong Delilah. Entró sonriendo en el ascensor. Había calculado que el poco tráfico de la noche haría que el trayecto resultase muy breve. Y así había sido. Diez minutos de taxi para la ida y diez para la vuelta. Pongamos sesenta minutos en la cama..., no, mejor noventa..., podía volver a tiempo de dormir sus buenas cinco horas antes de levantarse a calentar el arroz para el desayuno del profesor Fung.

Pero, después de llamar a la puerta, descubrió que el asunto oficial no era el que esperaba y, de hecho, no fue Delilah quien le abrió. El panel de la puerta se detuvo a

medio trayecto para revelar a un joven Han bastante alto que tendría más o menos la edad de Castor. El joven le miró con cara de pocos amigos.

—¿Eres el campesino Pettyman Castor? —le preguntó.

Castor no quiso tener la cortesía de admitirlo.

—¿Y quién eres tú? —le preguntó con voz seca.

—Soy el hijo de tu amante —dijo el joven—. Tengo órdenes para ti. Esta urna que hay junto a la puerta contiene las cenizas de Feng, el asesino. Hay que devolverlas a su colectivo. Mi madre ha ordenado que las lleves allí mañana por la mañana.

El autobús llegó a la Aldea del Colectivo del Grano Celestial, se detuvo, y Castor bajó de él dándose aires de grandeza: el conquistador de la ciudad vuelve al humilde lugar de su nacimiento. El único problema era que al humilde lugar eso no parecía importarle demasiado... Aunque Castor estaba más que dispuesto a sonreír y estrechar las manos de sus viejos vecinos de forma tan cálida y afable como si siguiera siendo igual que ellos y no hubiera mejorado de posición, no había ningún viejo vecino disponible. De hecho, no se veía a un solo adulto. La única persona visible era el pequeño Pettyman Benjy, de cinco años de edad, hijo de un primo de Castor, Pettyman Pendrake. El niño estaba ante la escuela de la aldea, chupándose el pulgar: no cabía duda de que le habían vuelto a expulsar por mearse encima durante la clase.

Castor no tuvo tiempo de buscar más público.

—¡Ciudadano! —le gritó el conductor del autobús—. Tengo un horario que cumplir. A ver, ¿cuál es tu equipaje?

La ofensa hecha a su vanidad no era demasiado grave. Castor se encogió de hombros, agarró la caja con la urna, usó la otra mano para cargar con la mochila donde llevaba su parco equipaje para la noche, y fue hacia el despacho del ayudante de la directora. Allí estaba aguardándole su comité de recepción: Rhoda la Gorda, con todavía más quejas que de costumbre, quejas que empezaron con un: «¡Tu autobús ha llegado tarde!».

Pero al final Castor acabó descubriendo que Rhoda la Gorda le había echado de menos.

Bueno, eso no era del todo cierto... No es que hubiera echado de menos a Castor como persona concreta, pero le había dolido muchísimo el que su equipo de producción se hubiera quedado con un trabajador menos. Cuando terminó de hacerle reproches, explicándole que el plan de la semana pasada solo había podido cumplirse en un 83 por ciento, bajó la vista hacia la pantalla de su escritorio y empezó a teclear órdenes para averiguar cuáles eran los alojamientos disponibles.

—Todo son molestias —gruñó, tras contemplar los datos de la pantalla—. Supongo que querrás una cama, ¿no? Y no me cabe duda de que desearás cenar, ¿verdad? Y no te importa el que eso disminuya las raciones de todos, ya que ahora no figuras en el esquema de aprovisionamiento, ¿eh?

Bueno, eso era una tontería. Que trescientas raciones se convirtieran en trescientas una no perjudicaría a nadie. Como mucho, significaría que el fondo de las cacerolas contendría un poco menos de alimento para las tilapias. Castor se negó a responder, pues eso hubiera sido darle a su protesta toda la categoría que le faltaba, e hizo lo mismo con su siguiente proposición, la de que compartiera una cama con algún niño.

—Tu apartamento..., tu antiguo apartamento —le dijo la mujer, muy complacida—, está siendo repintado para el próximo ocupante, naturalmente.

—Naturalmente —dijo Castor, preguntándose cómo podía mentir de aquella forma. En toda su vida Rhoda la Gorda jamás había incluido una sola lata de pintura en el balance de pérdidas y ganancias de su equipo—. Guárdate tu comida —le dijo con voz cortante—. Y guárdate también tu maldita cama. Déjame coger una bicicleta: me iré al Río de la Perla y pasaré la noche allí.

Rhoda la Gorda le contempló con resentimiento —No hace falta que uses ese tono conmigo —dijo—. Aun así... Bueno, sí, supongo que habrá alguna bicicleta en el cobertizo de transporte...

Hubo por lo menos un rostro humano que se alegró de ver nuevamente a Castor y le puso al corriente de los pequeños rumores surgidos en la comuna desde su marcha. No, le dijo Pettyman Jim, no habían tenido noticias de María. Sí, aún sufrían apagones. Algo relacionado con el radiotelescopio, ¿verdad? No, no había razón alguna por la que no pudiera coger la bicicleta que más le gustara... sólo que, verás, Castor, le dijo como disculpándose, dado que Castor ya no figuraba en el esquema de racionamiento, tendría que pagar la tarifa turística por el alquiler...

Castor no había esperado que el agujero que su marcha había producido en el mundo de la comuna se curara de una forma tan rápida y sin dejar señales.

Cuando llegó al Río de la Perla ya había oscurecido. El mugir del ganado y los bufidos de los cerdos asaltaron sus oídos., y los olores que les acompañaban asaltaron su nariz.

Había telefonado antes de salir, por lo que esta vez al menos tenía a alguien esperándole.

Quien le esperaba era una chica, delgada, bajita y morena. Vestía una blusa y pantalones cortos, pero ir a la moda no era uno de los motivos que le habían sugerido usar tal indumentaria. La blusa era de color caqui y estaba manchada de lo que Castor supuso sería alimento para cerdos. Los pantalones cortos no lucían mucho mejor. La joven avanzó hacia la zona iluminada para saludarle, y Castor se dio cuenta de que ya había visto su cara antes.

Era el rostro que había contemplado en las fotos usadas como prueba durante el juicio.

Era el rostro de la misma cabeza con la que —había tropezado en el arrozal, lo que había dado inicio a todos sus problemas y logros. Pero aquella versión resultaba mucho más agradable.

—Soy Feng Miranda —dijo el rostro, sin sonreírle y sin ni tan siquiera darle la bienvenida—. Gracias por haber traído a casa las cenizas del abuelo. No, no. No me las des ahora. El funeral ya está preparado y la gente está esperando, así que ven conmigo.

Fueron por la pasarela iluminada que llevaba al centro comunitario y, durante el trayecto, Castor descubrió que Feng Miranda tenía todas las razones del mundo para parecerse al joven asesinado. Era su hermana; su hermana gemela, y compartía con él algo más que los genes.

—Murió igual que un héroe —le dijo, como sin darle importancia a sus palabras—. ¿Que si me refiero a mi abuelo? ¡Claro que no! Hablo de mi hermano. Mi hermano se había consagrado a la tarea de liberar Norteamérica del yugo opresor, igual que hago yo. Un mártir de Norteamérica... —¡Caray! Castor puso un poco más de distancia entre ellos y dejó que le condujera a la sala de reuniones.

Castor acabó descubriendo que si la joven no había querido llevar las cenizas del anciano era porque debía entregárselas durante la ceremonia, y dicha entrega sería acompañada por las observaciones adecuadas ¿Por qué no? Resultaría interesante ver cómo celebraban sus funerales aquellos campesinos; quizás a Tsoong Delilah le divirtiera oírlo. Pero la ceremonia fue una sorpresa, pues corrió totalmente a cargo de la joven, y lo que dijo en la sala de reuniones fue aún peor que cuanto había dicho fuera de ella. Se plantó ante los cuarenta o cincuenta aldeanos congregados en la sala, casi todos ya bastante mayores, y dejó que Castor le entregara la urna. No la trató con mucha reverencia. Le echó un vistazo a la plaquita metálica para asegurarse de que ningún impostor estaba recibiendo la oración funeraria de su abuelo, y colocó las cenizas sobre una mesa: Castor se dio cuenta de que era una mesa de cocina, aunque al menos alguien se había tomado la molestia de cubrirla con una tela roja que rozaba el suelo por ambos lados. La joven besó distraídamente la urna, como si quisiera aliviar un escozor de sus labios usando la primera superficie adecuada mientras tenía las manos ocupadas, y se volvió hacia los aldeanos:

—Este anciano llamado Feng Hsumu era mi abuelo, y mató a mi hermano. Feng Hsumu fue un buen padre para nuestro padre y le lloro por eso, pero asesinó a mi hermano..., sólo porque mi hermano quería que los Han se marcharan de Norteamérica y dejaran que volviese a ser libre.

Castor se apartó de la plataforma, sintiendo una cierta sorpresa y una considerable compasión hacia la chica. No parecía comprender demasiado bien la realidad. Aunque los chinos habían conservado los formalismos de la vieja República Popular, por encima de todo eran chinos, y sólo chinos. La falta de «libertad» de Norteamérica les interesaba muy poco. Los Han no se consideraban como ocupantes de Norteamérica (o del este de Siberia, Japón, Indochina o Australia, o de todo el resto de naciones no-chinas que dominaban).

China —el «Hogar»— era la China de los Emperadores. Incluía la mayor parte de Indochina, parte de Corea y parte de Siberia; ésa era *su* China y, sencillamente, se

negaban a admitir cualquier tipo de discusión al respecto. El resto de zonas bajo su control eran tierras extranjeras.

La joven seguía hablando, y Castor paseó los ojos por la sala. Nadie parecía ofendido por sus palabras, lo que resultaba sorprendente. Y nadie daba la impresión de estar de acuerdo con ellas tampoco; hasta los rostros jóvenes parecían tan tranquilos y felices como los de las reses que cuidaban.

La joven empezó a darles una lección de historia antigua. La mayor parte de cuanto decía era cierto. Cuando la guerra nuclear llegó a su fin unos doscientos millones de chinos seguían con vida, así como unos doscientos millones de hindúes. Heredaron el mundo. No había ningún otro país con una población lo bastante numerosa como para desafiarles, por lo que se repartieron el mundo: la Europa occidental y el Oriente Próximo para la India y casi todo el resto para China. Nadie estaba en posición de plantarles cara con efectividad, y nadie llegó a intentarlo. Los grandes centros de poder ya no conservaban ningún recurso con que llevar a cabo tal intento, ni tan siquiera la población.

Pero Castor pensaba que aquella mujer no parecía darse cuenta de que los chinos no eran conquistadores. La China de los Han jamás había intentado conquistar nada que estuviera fuera de la China de los Han. La China de los Han no quería añadir razas no-Han a su imperio. La China de los Han estaba dispuesta a apropiarse de todo recurso valioso que aún quedara en las tierras devastadas..., pero no querían que los habitantes de esas zonas fueran chinos; y los chinos nacidos y criados en tales áreas tampoco se consideraban a sí mismos como nativos.

Dejando aparte a los lunáticos como Feng Miranda.

Estar cerca de un lunático nunca podía ser bueno, por lo que, mientras Miranda seguía hablando, Castor fue retrocediendo sigilosamente hacia la parte trasera de la sala, acercándose al director del Río de la Perla, que permanecía de pie, tan impassible como el resto de los presentes.

—¿Señor? —murmuró Castor, con intención de preguntarle si no encontraba nada extraño en aquella oración funeraria. Pero en cuanto los ojos del director se encontraron con los suyos Castor decidió cambiar de pregunta—. Señor —le dijo—, ¿ha logrado encontrar una cama para que pase la noche?

La expresión del director siguió tan plácida como antes.

—Naturalmente, Pettyman Castor. Creo que la inspectora de la Policía Renmin tiene intención de que comparta su lecho. —Movié la cabeza señalando hacia un extremo de la sala..., y allí, sentada en la última fila, sin nada que la hiciera destacar de entre los demás, salvo su expresión de sarcasmo, estaba Tsoong Delilah.

Castor no le preguntó qué estaba haciendo en el colectivo ganadero. Delilah no parecía dispuesta a explicárselo tampoco, pues se limitó a cogerle de la mano y, muy decidida, le llevó hacia el albergue para invitados. De todas formas, Castor creía conocer la respuesta a esa pregunta. Sospechaba que la policía Renmin mantenía vigilados a todos los semilleros de locura parecidos a este colectivo —era lógico—, y

Delilah quizás hubiera hecho los arreglos necesarios para encargarse de tal vigilancia y para que Castor recibiera órdenes de llevar allí las cenizas del anciano. Los propósitos que habían motivado tal conducta resultaban obvios. Quizá no quisiera invitarle a su lecho mientras su hijo siguiera en casa.

(Eso era vanidad pero, por lo menos en cuanto a aquello, Castor no andaba desencaminado.)

Entraron en el albergue para la tosca y pequeña habitación hacia ella.

—¿La arrestarás? —tartamudeó.

Delilah se rió.

—No seas tonto —dijo, colgando sus pantalones de civil en un gancho y sacando un camisón de su equipaje—. Mantenemos bajo vigilancia a esos críos estúpidos, pero nunca hacemos ningún arresto..., a menos que alguna persona más inteligente que ellos les asesine. Ven a la cama.

invitados y, en cuanto la puerta de se hubo cerrado, Castor se volvió

Tsoong Delilah estaba no sólo sorprendida sino también muy disgustada consigo misma.

¡Dejarse vencer por la atracción sexual hacia un hombre más joven que su propio hijo resultaba degradante para la dignidad de una inspectora de la policía Renmin! ¡Y, además, un joven yanqui...!

Siempre utilizaba ese mismo término, «atracción sexual», incluso cuando se entregaba a la autocrítica. Jamás había llegado a consentirse el lujo de utilizar el término «amor», ni tan siquiera durante aquellos períodos matinales llenos de reproches en los que, sentada en el retrete, contemplaba la hostilidad de sus propios ojos reflejada en el espejo que había en la puerta del cuarto de baño.

Se recordó a sí misma que Delilah era una mujer con un poder considerable y que había llevado a cabo una carrera soberbia. Ésos eran los centros en torno a los que estaba organizada su vida, no el «amor». Si Castor llegaba a interferir con alguna de esas dos cosas (se dijo) no perdería ni un instante en librarse de él. No, más que eso. De ser necesario, le mataría. Sabía que eso era cierto y, por lo tanto, la palabra «amor» resultaba total y absolutamente inaplicable. Lo único que le importaba era su esbelto y fuerte cuerpo recubriéndola desde los dedos de los pies a los pómulos, haciendo que todo el interior de su torso sintiera cosquillas y se convulsionara cuando entraba en ella. Poder sexual, naturalmente. ¿Amor? ¡En lo más mínimo!

Así pues, cuando a la mañana siguiente Castor se atrevió a sonreírle y le preguntó si le había hecho llevar las cenizas hasta allí para que pudieran estar juntos aunque tuviera a su hijo en casa, Delilah supo responderle con voz tranquila y firme: —La presencia de mi hijo es un inconveniente, sí. Y, por lo tanto, preferí que nos viéramos aquí, sí. Pero no le concedas ninguna importancia especial a esos hechos.

—Oh, muy bien —dijo él, sin dejar de sonreír. Las palabras eran satisfactorias, aunque la sonrisa no lo fuera, por lo que Delilah decidió fijarse tan sólo en las

palabras—. Supongo que lo mejor será que devuelva la bicicleta a la aldea... — siguió diciendo Castor.

—Los campesinos pueden encargarse de recogerla, Castor. —Bueno, sí, supongo, pero tengo que tomar el autobús para volver a Nueva Orleans, y aquí no hay parada...

—¡El autobús! —se burló ella—. ¡Tomar el autobús teniendo en cuenta que hoy debo hacer el mismo camino sería una auténtica estupidez por tu parte! Bueno, casi el mismo camino... Tengo que hacer una parada en el observatorio para recoger cierto material, pero supongo que no te importará, ¿verdad?

—Oh, no —dijo Castor, obviamente complacido, y aquello irritó a Delilah. ¿Por qué intentaba complacer a ese muchacho? ¿Por qué preguntarle si le importaba? Y, pensándolo bien, ¿qué razón había para que le ofreciera ir en coche cuando podía usar el autobús?

—Sube al coche —le ordenó, y guardó silencio hasta girar por la carretera que pasaba junto al observatorio. Sus pensamientos eran bastante sombríos. Ciertamente, mostrarse considerado con tus amantes era algo muy normal, pero aun así...

Aun así, como explicación, la simple «atracción sexual» estaba empezando a quedarse corta. Cuando llegaron al observatorio detuvo el coche con un frenazo bastante brusco.

—Espera aquí, Castor. Será mejor que te quedes en el coche. Si te necesito para llevar algo ya te llamaré.

—Muy bien, Delilah —dijo él con voz jovial, mientras examinaba el aparcamiento.

Delilah sabía que nunca había estado dentro del perímetro circundado por la valla del observatorio. No había duda de que ello explicaba su felicidad, pero, ¿qué explicación había para la familiaridad con que se dirigía a ella? ¡«Delilah», nada menos! Que la llamara así en la cama estaba muy bien, pues nadie podía esperar que la tratara de «Inspectora Renmin Tsoong» cuando estaban allí, pero aquí había centinelas que estaban observándoles y les escuchaban. No. Era un acto de puro y simple descaro, o poco le faltaba. Mientras mostraba su identificación a los centinelas, Delilah pensó que el chico necesitaba una lección.

—Puede pasar, Inspectora Tsoong —le dijo el jefe de los centinelas. Delilah asintió con la cabeza y dejó atrás las gruesas puertas. Tomó asiento en una antesala y esperó a que el director del observatorio le trajera el motivo de haber recorrido tanta distancia. Aquella cassette debía ser muy importante. Pero en su mente estaba empezando a ocupar un segundo lugar. Delilah estaba pensando en sus amantes. En los ocho años transcurridos desde que su ya algo anciano esposo había partido hacia el Hogar para morir había tenido..., ¿cuántos? ¿Uno a la semana? Debía haber tenido un mínimo de varios cientos de compañeros de cama. Sus edades habían variado mucho, y los había escogido entre todas las etnias disponibles. Y, además, cada uno había sido distinto de los otros. Algunos habían sido desagradables o ineptos o—y eso era lo peor de todo—habían intentado dominarla.

¡Todos éstos se habían esfumado rápidamente! Ninguno se la había tomado tan a la ligera como Pettyman Castor. Eso era irritante. Y no podía ser pasado por alto, pues quizá causara un escándalo. Además, era algo indigno de su posición y, naturalmente, no encajaba nada bien con la gravedad de la misión que la había traído al observatorio.

El chico estaba yendo demasiado lejos, decidió por fin. Pensó que debía recibir una lección y se preguntó si el sol no estaría haciendo que pasara demasiado calor en el coche.

Y un instante más tarde supo qué era lo que el director del observatorio estaba a punto de traerle.

A Castor no le importaba que le dejaran abandonado para haraganear al sol. Después de todo, se encontraba en el recinto del observatorio, allí donde siempre había anhelado estar. Y donde casi tenía derecho a estar, pensó de repente con una punzada de alegría.

Se sacó del bolsillo el documento que le identificaba como estudiante de la universidad, se lo enseñó a los centinelas, y se dirigió tranquilamente a ellos en la lengua culta: —Como estudiante de las ciencias espaciales tengo un derecho natural a que se me permita entrar en las instalaciones—argumentó.

Los centinelas se miraron los unos a los otros y su jefe sonrió.

—Nada de entrar en el edificio, estudiante yanqui —le dijo—. Pero, si lo deseas, puedes caminar un poco por el aparcamiento.

—Estupendo —exclamó Castor, radiante. Dio por sentado que «aparcamiento» incluía también la zona de vegetación que lo rodeaba y todo el terreno que se extendía hasta la alambrada que protegía el más cercano de los grandes platos que formaban el radiotelescopio. En total, más de una hectárea... ¡Mucho que explorar! Fue en línea recta hacia los platos y pegó su nariz a la alambrada. ¡Qué enorme y hermoso era el radiotelescopio! Podía ver la concha parabólica que atrapaba las ondas de radio, así como la pequeña nuez enfriada por helio del centro que las capturaba y las convertía en señales que podían ser leídas. ¡Era algo magnifico!

Después fue hacia el edificio del observatorio propiamente dicho, siguiendo sus paredes y atisbando por las ventanas. La mayor parte de éstas resultaron bastante decepcionantes, pues estaban obstruidas por instrumentos, cortinas, montañas de cajas y varias cosas más.

Pero, de vez en cuando, lograba vislumbrar una habitación sumida en la penumbra, y hasta vio a un par de Han que trabajaban en el observatorio y estaban examinando datos en un grupo de pantallas. Se prometió a sí mismo que algún día estaría en una de esas habitaciones, Si completaba los cursos universitarios tendrían que dejarle entrar..., en el observatorio, al menos. En cuanto a entrar en el programa espacial, si es que alguna vez volvía a haber un auténtico programa espacial..., bueno, eso no era tan probable. Ciertamente, las autoridades espaciales de la China parecían estar moviéndose un poco más deprisa ahora, espoleadas por la presencia de

la nave desconocida, pero, si alguna vez volvía a haber tripulaciones, los chinonautas no serían yanquis norteamericanos. Serían chinos...

—¡Castor! ¡Pettyman Castor!

La voz pertenecía a Delilah, pero jamás la había oído emplear ese tono. Castor se dio la vuelta rápidamente. Le sorprendió que Delilah hubiera vuelto tan pronto. Y no sólo volvía pronto, sino que volvía muy deprisa; casi corría hacia el coche. Y no sólo estaba corriendo, sino que llevaba en las manos una caja aplanada de metal negro. Y, pese a lo que había dicho, no dejó que Castor se encargara de transportarla. Cuando el joven alargó la mano hacia ella, Delilah la apartó furiosa de su alcance.

—Al coche, Pettyman —le ordenó secamente—. ¡Vamos! ¡Tenemos que volver inmediatamente a Nueva Orleans!

Inmediatamente quería decir inmediatamente..., no sólo deprisa, sino con la máxima aproximación a la simultaneidad de que era capaz un coche. Delilah sólo se preocupaba de ir deprisa. La seguridad no parecía importarle en lo más mínimo. Recorrió el trayecto hasta la autopista costera a la máxima velocidad posible, con el parpadeo de las luces Renmin situadas encima del coche ordenándole a la gente que se apartara de su camino, y con el biii-bip de la sirena exigiendo obediencia.

Delilah se pasó todo el trayecto de regreso sin pronunciar ni una sola palabra.

Cuando llegaron al corazón de la ciudad vieja, Delilah redujo un poco la velocidad. No mucho, apenas lo suficiente para permitir que los civiles se quitaran de en medio. Habló brevemente por la radio del coche, y un minuto después otros dos vehículos policiales Renmin surgieron de la nada, encargándose de abrirle paso a su inspectora. Pero su destino final no era el edificio donde ella tenía su apartamento. Castor se sorprendió al verla tomar por los desvíos que la llevarían a la casa de Muchascaras, y se asombró todavía más cuando llegaron a la manzana en que estaba la casa. Había coches por todas partes.

Las aceras estaban repletas de limusinas con matrículas oficiales..., y de otros vehículos tan grandes y nuevos que no necesitaban exhibir matrículas oficiales para demostrar que pertenecían a gente muy importante. Era como si la mitad de los poderes fácticos de Nueva Orleans hubieran decidido aparcar sus coches ante la casa de Muchascaras esa noche.

Policía. Funcionarios Renin. Líderes de la universidad.

—¿Qué está pasando? —preguntó Castor, mirando a su alrededor.

—Estudiante, no creo que deducirlo por ti mismo sea un gran desafío para tu inteligencia —dijo Delilah mientras acercaba el coche a la acera para aparcar. Pero, aunque las palabras poseían su cortante dureza habitual, el tono empleado no era el de costumbre.

Castor, asombrado, se dio cuenta de que Delilah parecía preocupada. No, su inteligencia no había tenido que enfrentarse a un gran desafío para imaginar que la caja del observatorio contenía algo que significaba problemas; y la congregación de vehículos le había hecho comprender que el alto funcionario del partido Fung

Bohsien estaba sirviendo de anfitrión a un grupo de líderes y cuadros convocado para discutir esos problemas. Sí, todo eso había sido bastante obvio desde el principio. Pero ver la tensión que había en el rostro de la inspectora y la forma en que sus dientes mordisqueaban su labio inferior —¡el labio de Tsoong Delilah, la dura y decidida inspectora de policía!— era una auténtica sorpresa.

Y Delilah siguió dándole sorpresas. Castor se dispuso a salir del coche pero, antes de que pudiera poner los pies en el suelo, oyó el chasquido metálico de la otra portezuela. Y, antes de haber cerrado la portezuela de su lado, Delilah ya estaba subiendo los peldaños de la entrada y agitando impaciente el picaporte que adornaba la puerta de Muchascaras.

Llevaba la caja firmemente apretada bajo un brazo y, cuando Castor corrió hacia ella, Delilah le lanzó una mirada que era puro hielo.

—Ve a tu cuarto —le ordenó—. Va a haber una reunión privada a la que no puedes asistir. ¿Comprendes?

—Sí, Delilah, lo comprendo perfectamente —dijo él—. Delilah... Dado que no estoy dentro para responder a las llamadas y teniendo en cuenta que Muchascaras nunca se encarga de ello, seguir aquí no sirve de nada. Abre la puerta y entraremos.

Como victoria era minúscula y, además, no extrajo ningún placer de ella, pues Delilah no respondió con aquel leve palpitar de indignación que acogía la mayor parte de las bromas que le gastaba. Castor comprendió que, en su estado de ánimo actual, aquel tipo de cosas ya no podían afectarla, y eso significaba que, fuera cual fuese el motivo de su preocupación, no era probable que se tratara de nada trivial.

Castor siguió sus instrucciones, al menos hasta cierto punto. Fue a su cuarto. Una vez allí conectó su pantalla, buscó noticias sobre el espacio y no encontró ninguna. Cuando interrogó los archivos de datos, éstos se limitaron a informarle de que se habían detectado emisiones electromagnéticas. No había ninguna explicación sobre su naturaleza: podían ser radar, podían haber sido ondas de frecuencia media automáticas o filtraciones de algún sistema telemétrico..., o podían haber sido un mensaje. Los canales de noticias no le aclararon nada. No encontró nada tampoco en los canales interactivos, donde era posible buscar palabras clave en los titulares y pedir informes sin resumir sobre cualquier aspecto de la historia: ni tan siquiera ellos contenían ningún dato que pudiera aliviar su confusión.

Dejó la pantalla encendida para continuar la búsqueda, tomó asiento en el borde de su cama, se volvió hacia la ventana para contemplar los tejados del Barrio Francés, cubiertos de chimeneas, y empezó a pensar.

Como regla general, los Han no se molestaban en tener secretos.

Si había algún secreto, tenía que ser político.

¿Qué podía tener de político una nave espacial en órbita?

Castor fue hacia la puerta de su habitación y la abrió. La casa de Muchascaras tenía casi doscientos años de edad, y había sido construida siguiendo los generosos patrones de los potentados de Louisiana a principios del siglo xx; los pasillos eran

anchos, la escalera enorme y los techos altos. Por desgracia, las puertas eran gruesas y sólidas. Castor podía oír un confuso murmullo de voces procedente de la sala donde Muchascaras discutía con sus invitados sobre... bueno, sobre lo que estuvieran discutiendo. Pero a esa distancia no había forma humana de captar ninguna palabra inteligible. Una pareja de jóvenes ceñudos que llegaban algo tarde a la reunión entró por la puerta principal y fue hacia la sala. Castor volvió a meterse en su cuarto.

Comprendió que si bajaba las escaleras y pegaba el oído a la puerta podía acabar siendo sorprendido por algún otro invitado que llegara tarde.

Bueno, ¿y por qué no? ¿Qué mal había en ello? ¡Vivía en la casa; tenía derecho a ir y venir por ella!

Después de haberse convencido a sí mismo, bajó silenciosamente por las escaleras y se puso junto a esa puerta tan desgraciadamente gruesa. Aun así, no era a prueba de sonido, o no del todo. Las voces eran bastante audibles. Estaban hablando en la lengua culta, lo cual no era problema para él; el problema estaba en que parecían estar hablando al unísono. La mayor parte de las voces le eran desconocidas, pero reconoció el agudo temblor de Muchascaras y la voz de soprano de Delilah, hablando en un tono respetuoso pero algo intranquilo.

No lograba entender ni una sola palabra de lo que estaban diciendo. Pegó el oído al quicio de la puerta..., y, un segundo demasiado tarde, oyó el chirrido de la puerta principal.

Se irguió a toda velocidad, pero no fue lo bastante rápido para evitar la reprimenda.

—¡Yanqui! —chilló una aguda voz femenina: pertenecía a una anciana arrugada vestida con la típica tela azul del Hogar—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¡Vete ahora mismo!

Castor le lanzó una mirada de irritación. Se entretuvo el tiempo suficiente para demostrarle que si se marchaba era porque así había decidido hacerlo, no porque ella se lo hubiera ordenado. De todas formas, hizo lo que se le ordenaba. Al menos, cumplió la letra de la orden. Se fue, sí; pero no a su cuarto.

Su curiosidad se había vuelto tan grande que necesitaba satisfacerla. Echó una mirada por encima del hombro hacia la puerta cerrada, y entró sigilosamente en el despacho particular de Muchascaras.

Muchascaras poseía algo que Castor no tenía: un receptor de cien canales. Aunque la conectara a ese receptor, la pantalla satélite de Castor no tenía la gama de opciones accesible a la de Muchascaras. Cerró la puerta del despacho y se dispuso a llevar a cabo una búsqueda sistemática de noticias.

No había ninguna noticia. Ni en los canales locales, ni en los canales étnicos destinados a la pequeña población amerindia o mexicana, ni en los canales con relés ionosféricos del Hogar. Y tampoco las había en ninguna de las docenas de emisoras de la China Han, fuera cual fuese su especialidad.

Naturalmente, se dijo a sí mismo, irritado, eso sólo hacía que el asunto fuera aún

más interesante. Si las noticias sobre el tema que hacía conferenciar tan nerviosamente a los más altos funcionarios de Nueva Orleans no eran accesibles al público, eso quería decir que debían ser unas noticias realmente tremendas. Castor frunció el ceño y decidió apagar la pantalla...

Y entonces tuvo una idea. La China Han podía controlar férreamente todas y cada una de sus emisiones; pero había zonas de la Tierra donde la voluntad de la China no era la ley.

Sintonizar un canal hindú le resultó bastante difícil, incluso contando con la pantalla de Muchascaras. Sus satélites tenían poca energía y sus antenas solían estar terriblemente alejadas de los blancos a los que emitían. Cuando consiguió captarlo, se encontró con una imagen bastante granulada y un índice de ficheros más bien caprichoso: Castor tuvo que hacer más de una docena de intentos para encontrar la noticia que buscaba.

Pero la noticia estaba allí.

En cuanto el índice logró ofrecerle las imágenes adecuadas, Castor vio a un joven hindú con el cabello cubierto de brillantina y vestido con un dhobi en cuyo rostro había la sonrisa de burlona superioridad que los propagandistas hindúes mostraban siempre que creían tener algo con lo que desacreditar a China. Detrás del locutor se veía una imagen del espacio. Aunque la mala transmisión del satélite hindú hacía que la imagen diera saltos, Castor reconoció la escena. Era la nave espacial no identificada. La calidad de la imagen era bastante mala, y eso indicaba que o procedía de algún telescopio hindú, inferior a los chinos, o que uno de sus espías la había robado de fuentes chinas.

Pero lo que dejó clavado en su asiento a Castor era lo que el locutor estaba diciendo.

—La República Popular de China —dijo con sarcasmo, acariciando cada palabra con sus gruesos labios antes de escupirla— está ocultando una vez más la verdad a su pueblo. —Dado que el satélite seguía la banda horaria del hemisferio occidental, el locutor hablaba en inglés, y Castor se dio cuenta de que apenas si tenía acento—. Que los chinos han recibido un mensaje es innegable, aunque no han hecho ningún anuncio público al respecto. Vamos a ofrecerles el texto de ese mensaje..., en inglés, tal y como se está emitiendo ahora mismo.

Un breve silencio, mientras aquel rostro sarcástico fruncía los labios para escuchar.

Después se oyó una voz grabada.

—¡Atención! —dijo. Era una voz ronca, que hablaba en una especie de susurro apagado.

Otro silencio. La pausa fue llenándose a sí misma con imágenes que aparecieron detrás del locutor: una mujer vestida con lo que parecía un uniforme militar; otra mujer, casi desnuda, con lo que parecía una especie de animal disecado al hombro, de pie junto a un gran murciélago o un dragón bastante pequeño; una gran ciudad con

torres cristalinas que tenían todos los colores del espectro luminoso con unas cuantas de esas mismas criaturas girando sobre ella.

—Vamos a ofrecerles una demostración, ya que dudan de nuestros poderes —dijo la misma voz de antes.

El locutor indio asintió con la cabeza y apretó los labios, escuchando atentamente.

—Escojan una isla —dijo la voz—. Les demostraremos qué podemos hacer aniquilando toda la vida de esa isla. Entonces comprenderán que hablamos en serio y que los invasores chinos deben volver a su país. Pero esto es algo de lo que sólo discutiremos con una persona: el Presidente de los Estados Unidos.

Las imágenes se desvanecieron. La voz dejó de hablar. El locutor hindú estaba sonriendo desdeñosamente.

—El «Presidente de los Estados Unidos» —repitió—. ¡Como si esa persona existiera! ¡No es extraño que los señores de la guerra chinos hayan mantenido oculto este mensaje!

¡Será fascinante ver cómo se las arreglan para tratar con este desafío a su maligna hegemonía!

Una hora después, Castor oyó los ruidos que indicaban el final de la reunión. Bajó corriendo las escaleras a tiempo de ver cómo Muchascaras hablaba en voz baja con Tsoong Delilah. El resto de grandes líderes ya se había marchado.

—¿Es cierto lo que afirma la emisión del satélite hindú? —se atrevió a preguntar Castor.

Tsoong Delilah le lanzó una mirada en donde se mezclaban la compasión y la fatiga.

—Es cierto, Castor.

—¿Y hay una nave espacial que quiere que los chinos se marchen de Norteamérica?

—Eso parece —dijo ella con voz enronquecida.

—¿Y tienen el poder necesario para destruir la vida en la Tierra?

Delilah no le respondió. Muchascaras también guardó silencio. Y, para Castor, eso ya fue respuesta suficiente.

Apenas los satélites hindúes empezaron a difundir la noticia, era inútil tratar de mantenerla en secreto. Como noticia, resultaba electrizante. Su potencia recorrió velozmente todo el Renmin. Las chispas llegaron hasta los puestos de mando situados a lo largo de la frontera con la India, halos luminosos parpadearon encima del Comité Central, y arcos voltaicos se encendieron alrededor del gran Centro Espacial de la isla de Hainan. Las altas sedes fueron las primeras en enterarse, y después le tocó el turno a los particulares de clase media con acceso a la televisión hindú.

Y, después, a todo el mundo.

Los puestos de avanzada de Nueva Orleans, Sidney, Acapulco y el resto del mundo chisporroteaban bajo los efectos del mensaje llegado del espacio, y lo mismo ocurría con todas las ciudades-hormiguero de la propia China.

Cuando el satélite de televisión hindú difundió la historia, los líderes ya estaban reunidos en el Gran Salón del Pueblo de la Plaza de Tienanmen, aunque en Beijing eran casi las cuatro de la madrugada. Se enteraron de la noticia nada más producirse.

—¡Cerdos hindúes! —rugió el comisario de cultura, un hombre de largos cabellos y cara de zorro, descendiente de cien generaciones de campesinos kwangsi... y cinco generaciones de cuadros dirigentes del partido. Nadie le prestó atención. ¿Qué tenía que ver la cultura con una amenaza del espacio exterior?

Y era una amenaza. Terrible. Peligrosa. Totalmente inesperada y para la que no estaban nada preparados, puesto que, ¿quién habría podido imaginar que ese cómico monstruo extinguido, los «Estados Unidos de América», podía tener aliados capaces de viajar por el espacio después de todos esos años? ¡Y, además, aliados armados y con deseos de guerra!

Peligroso, inesperado y también espantosamente injusto, puesto que, ¿qué «invasión» había cometido la China? ¡China jamás había atacado a los Estados Unidos! Los Estados Unidos y Rusia llevaron a cabo un suicidio mutuo, y China se había limitado a llenar el agujero que dejaron.

Las reuniones de los grandes líderes estaban llenas de formalismos: de hecho, eran una ceremonia tan ritual y elaborada como un cónclave de cardenales. Cada cuadro disponía de su propio paje, secretario y guardaespaldas, y las discusiones solían desarrollarse con una lenta majestuosidad.

Pero hasta entonces las discusiones siempre habían tenido el tiempo preciso para ser lentas y majestuosas, y se calculaban según los largos lapsos propios de la antigua China.

Ahora no había tiempo. Se les había dado un ultimátum: «¿Hablan en serio?» «¡Pues claro que hablan en serio, por la mierda del cerdo!» «Pero, ¿pueden hacerlo?» «¿Quién puede saberlo?». Había temores: «Si se apoderan de Norteamérica, ¿qué vendrá luego?» «Y si luego viene algo más, quizá sea la misma China...». Había ideas codiciosas nacidas del miedo: «Pero, si son tan poderosos, y si conseguimos hacer un trato con ellos, ¡podríamos barrer a los hindúes! Si es que deseamos hacerlo, claro está».

Los Altos Consejos se reunieron y trataron de hacer planes, mientras sus miembros se decían los unos a los otros que todo aquello era injusto..., y acabaron decidiendo lo que todas las naciones y todos los individuos deben acabar decidiendo, que la justicia o la injusticia no tenía nada que ver con todo aquel asunto. Tomar esa decisión no les resultó fácil. Necesitaron ayuda. Las mulas se mueven cuando se lo ordenas, pero antes tienes que pasarles el palo por la nariz para atraer su atención; lo que atrajo su atención fue el proyectil que llegó del espacio, pasando sobre el Sahara, el océano Indico, Indochina y las Filipinas, y que hizo explosión a quinientos metros por encima de una isla del Pacífico occidental llamada Shihiki, al norte de Truk. No era una isla muy grande. Y la verdad es que ni tan siquiera estaba habitada..., al menos, no por chinos Han. Pero todo cuanto había en la isla murió al instante.

Y, después de eso, los Altos Consejos se mostraron totalmente de acuerdo: había que tomar una decisión. Lo malo era que no lograron dar con ninguna decisión que pareciera demasiado prometedora.

Cuando Tsoong Delilah se dignaba visitar los Cuarteles Generales de la Policía Renmin, hasta los comisarios se levantaban de un salto para irle abriendo las puertas. No lo hacía muy a menudo; estaba demasiado ocupada para malgastar el tiempo con los asuntos policiales rutinarios, y todos los que trabajaban en la administración Renmin lo sabían.

¿Ascensos? Podía conseguir cualquier ascenso que el comisario estuviera autorizado a concederle con sólo chasquear los dedos; estaba por encima de los ascensos, pues tenía acceso a los Círculos Más Altos.

Lo cual era fruto de un accidente. El que Delilah hubiera sido aquélla a quien el azar (y una pequeña ayuda de sus glándulas) hizo ir a Nueva Orleans para recoger las cintas que eran demasiado secretas para ser transmitidas tuvo como efecto el que estuviera presente en aquella primera reunión de emergencia del Renmin de Nueva Orleans. Y, como estaba presente, era lógico que se la hiciera miembro permanente del comité. ¿Qué razón había para que el comité necesitara tener como miembro permanente a una inspectora de policía? ¡El que todo era posible! Casi ocho millones de yanquis seguían viviendo en lo que antes era llamado el Bajo Cuarenta y Ocho, por estar debajo de ese paralelo, y, ¿quién sabía el tipo de locuras que eran capaces de cometer? Si no se les vigilaba, podían llegar a cometer locuras muy serias y peligrosas. Parecían estar muy tranquilos, cierto. Pero, aun así, a veces la gente tranquila estallaba sin ninguna razón lógica que lo justificara: no había más que fijarse en la Revolución Cultural. Las razas de súbditos tranquilos enloquecían por culpa de la religión, el patriotismo o las lealtades tribales: bastaba con fijarse en el antiguo Irán, Irlanda o Sudáfrica. El estado más próspero y pacífico podía verse destrozado por los disturbios y el derramamiento de sangre: bastaba con fijarse en cualquier ejemplo. No. La policía tenía que estar preparada para actuar en cuanto fuese preciso. Necesitaban un enlace policial que siempre estuviera presente.

Ésa era la razón de que Delilah estuviera sentada en la parte trasera del Salón del Pueblo de Nueva Orleans, escuchando los debates y las diatribas.

La situación era casi tan mala como durante las primeras reuniones de los Altos Consejos en Beijing: de hecho, muchos peces gordos de Beijing estaban en Nueva Orleans, pues el liderazgo se había desprendido de un pedazo de sí mismo para enviarlo a Norteamérica. No podían celebrar reuniones secretas vía satélite: la nave espacial les estaría escuchando. Y Nueva Orleans estaba en pleno centro del problema; el problema eran los Estados Unidos, y los Estados Unidos eran el mejor sitio para buscarle una respuesta.

Naturalmente, nadie tenía ni la más mínima idea de cuál podía ser esa respuesta.

Castor obtuvo permiso para asistir a tales reuniones como paje del alto miembro del partido llamado Muchascaras; Delilah podía verle desde su asiento de las últimas

filas, sentado junto a las rodillas de Muchascaras, con sus ojos yendo de un orador a otro. La mitad de las observaciones iban dirigidas a ella: «¡Aumente la vigilancia!». «Desde luego, Cuadro Hsu; avisaré inmediatamente a los Cuarteles Generales Renmin». «Arreste a los “patriotas” conocidos, como esa Feng Miranda». «Con todos los respetos, Camarada Fiscal Director, yo no lo aconsejaría. Eso sugiere que tenemos miedo de que las masas puedan seguirles. En caso de necesidad, podemos realizar muchos arrestos con gran rapidez. Les tenemos identificados a todos». Delilah estaba extraordinariamente ocupada y daba muestras de una formidable competencia; pero, aun así, cada vez que veía a Castor sentado en su taburete, esas cualidades no impedían que sus rodillas se apartaran unos cuantos centímetros la una de la otra. Cuando podía encontrar una hora o dos que pasar a solas con él, sus rodillas se apartaban una distancia mucho mayor, claro. ¡Era una lástima que Castor quisiera pasar una parte tan grande de sus escasas horas juntos hablando! ¡Y

qué ideas tan extrañas tenía sobre cuál era el tipo de conversación adecuada para esos momentos íntimos! «¿Crees que la nave espacial acabará atacando China?», le murmuraba al oído, justo cuando su oído estaba disponiéndose a recibir un aliento mucho más dulce que el de esas palabras, y Delilah se erguía bruscamente en la cama y le decía que no fuera idiota. ¡Nadie osaría atacar la China Han! Y después perdían un precioso cuarto de hora discutiendo el problema antes de volver a lo realmente importante.

O a lo que era importante para ella, al menos.

Pettyman Castor tenía un concepto muy distinto de lo importante. ¡Oh, claro que le encantaba poder disfrutar de su cuerpo! Pero también tenía otras muchas cosas en qué pensar. Delilah pasó cierto tiempo bastante preocupada, sospechando que Castor rezaba en secreto para que la nave espacial alienígena consiguiera una gran victoria: la auténtica libertad para «Norteamérica», por muy risible que resultara esa idea. Pero ese miedo fue empequeñeciéndose hasta desaparecer. Castor no sentía ningún interés por la política. La idea de una misión de rescate para liberar Norteamérica de los Han le parecía lo bastante extraña como para ser fascinante, pero no tomaba partido: ánimo, esposo mío; ánimo, oso; la pelea era un espectáculo muy interesante, pero no estaba interesado en quién pudiera ganarla.

Lo que le interesaba —no, lo que le excitaba mucho más que la libertad para Norteamérica o las blandas y suaves profundidades del cuerpo de su amante— era el espacio. La idea de que hubiese seres humanos en órbita allá arriba le excitaba. La posibilidad de que en el espacio pudiera ocurrir algo importante le excitaba, y la débil esperanza de que algún día incluso él mismo pudiera tener ocasión de llegar hasta el vacío que había más allá de la atmósfera era lo que más le excitaba.

Y, herida, Delilah pensaba que todo eso le resultaba mucho más excitante que ella.

Castor no apreciaba en lo más mínimo el hecho de que cada hora pasada en la cama con él le hacía pagar un precio muy alto. Tenía que robar ese tiempo. Ahora

tenía un hijo en casa, un hijo que no sentía ninguna aprobación hacia las aventuras con arrogantes campesinos yanquis que no sabían cuál era su sitio. Cuando Delilah lograba volver a casa, por la noche, el joven Tsoong Arnold estaba sentado esperándola, y poco le faltaba para olisquear el aire buscando el hedor a sexo que le confirmaría aquello que ya estaba seguro que ella hacía con Pettyman Castor. Tsoong Arnold era un digno hijo de su padre. El viejo también había sido un puritano santurrón, aunque Delilah jamás le había dado motivos para que sintiera celos..., bueno, al menos no muchos, y nunca con demasiada frecuencia.

Lo que más la irritaba era que el chico jamás llegaba a acusarla formalmente de lo que estaba haciendo. Se limitaba a conversar con ella..., a medianoche e incluso a horas más tardías, cuando Delilah anhelaba desesperadamente dormir.

A veces las conversaciones eran de cierta importancia, pues había problemas que resolver. Por ejemplo, el futuro de Arnold. Había sido licenciado de su servicio obligatorio en la Milicia una semana antes de volver a casa. Arnold le explicó que no era el mejor momento para ser licenciado, pues ahora, por primera vez, quizás hubiese una razón para prolongar su servicio. Estaba dándole vueltas a la idea de volver a enrolarse y de prisa, mientras aún tenía posibilidades de conservar su rango y su destino.

—¿Qué piensas, Delilah? —le preguntaba—. ¿Crees que habrá problemas con los yanquis?

—Imposible, hijo —decía Delilah, deseando que Arnold se fuera a dormir, o que volviera a enrolarse, o que su edad disminuyera milagrosamente a dieciséis años, con lo que podría enviarle otra vez al parvulario,

—¡Pero quizá los haya! Puede que se produzcan misiones de pacificación. ¡Quizá haya combates! Perseguir aborígenes en la desolación de las montañas, capturar a sus líderes, hacer que forajidos y criminales tengan que presentarse ante la justicia...

—La provincia de Louisiana carece de toda montaña digna de ese nombre —le recordaba su madre, bostezando desesperadamente

Arnold tensaba las mandíbulas. Sus dedos se agitaban como si estuvieran acariciando la culata de un arma.

—¿Qué piensa hacer el Consejo respecto al ultimátum?

—Mandarán al espacio al presidente norteamericano para que hable con ellos, por supuesto —le dijo su madre con un breve destello de humor, mientras se quitaba sus relucientes botas.

Su hijo no tenía ni el más mínimo sentido del humor.

—¿El presidente? ¿Qué presidente? No hay ningún presidente norteamericano —señaló Arnold.

—Entonces tendremos que inventarnos uno —dijo su madre—. Vete a la cama.

Y eso mismo hizo ella. Pero, antes, se quedó un rato sentada en el borde del lecho, con los ojos clavados en la nada.

Contaban con un factor favorable que aliviaba el miedo y la tensión, y ese factor

era la ley de la balística orbital. La nave alienígena había sido detectada por primera vez al otro lado del Sol, a muchos millones de kilómetros de distancia. Necesitaría tiempo para aproximarse a la Tierra. Durante el lapso de tiempo transcurrido entre los primeros mensajes y el ultimátum, la nave pasó por detrás del Sol. Cuando mandó el ultimátum, estaba iniciando la espiral de aproximación. La nave seguía transmitiendo, pero no podía esperar que los «conquistadores» le enviaran al presidente de los Estados Unidos en carne y hueso hasta no haberse acercado mucho más.

Así pues, tenían tiempo. Tiempo para pensar y hacer planes.

Ésa era la razón de que Delilah siguiera sentada en las últimas filas de la sala del Consejo, escuchando las discusiones y saliendo de ellas para poner en práctica sus decisiones cada vez que era necesaria la acción policial..., aunque, por supuesto, de momento se limitaba a medidas profilácticas. Las masas estaban interesadas, pero todavía les faltaba mucho para rebelarse. Logró que su hijo fuera asignado a las fuerzas de seguridad de la sección administrativa, con lo que podría estar cerca de ella..., e hizo una discreta gestión para que se le asignara el turno de noche, con lo que le tendría lejos. Y se dedicó a observar.

Delilah, muy juiciosamente, pensaba que los cuadros dirigentes del partido eran unos cobardes. Temían por la todopoderosa China, cuando, que se supiera, la nave sólo había sido capaz de hacer hervir una islita minúscula. China había sobrevivido a todo el intercambio de ataques entre soviéticos y norteamericanos, y seguramente sobreviviría a cualquiera de los ataques que pudiera lanzarle una nave espacial. Delilah sabía muy bien los daños que podía causar un ataque desde lo alto. De joven, cuando cumplía su servicio nacional, pilotó aviones que esparcieron drogas esterilizadoras cuyo efecto duraba cinco años sobre las aldeas africanas. Eso fue cuando formaba parte de la PM aerotransportada; y fue lo que la decidió a seguir en el trabajo policial cuando la licenciaron, aunque ahora ya no iba en un avión. Las drogas esterilizadoras no mataban a nadie, claro está, pero el trabajo hizo que deseara saber más al respecto, por lo que leyó y estudió. La guerra aérea podía aniquilar, sí, y estaba claro que podía causar daños y muertes. Pero jamás bastaría para conseguir la victoria.

Muchascaras lo sabía. De todos los camaradas presentes en la gran estancia verde y oro, él era el único que no paraba de repetir: —Esta visita no debe ser únicamente motivo de miedo. También es una oportunidad, si sabemos cómo aprovecharla. —El anciano estaba recuperándose de su último implante y, sin duda, lo apremiante de la situación había ayudado a acelerar el proceso. Muchascaras era un comité, pensaba en sí mismo como si fuera un comité, pero en momentos de crisis el comité hablaba con una sola voz.

Por ejemplo, Muchascaras era mucho más prudente que Tchai Howard, el director de Tasas y Medidas, un hombrecillo malhumorado y mezquino cuyo constante lema era: —¡Evitemos los problemas locales! Desarmemos a los yanquis. Abramos campos de concentración.

—¿Y quién los alimentará si les metemos a todos en campos de concentración? —preguntó Muchascaras—. Ya están en campos de concentración, Tchai; sus comunas se parecen mucho a eso.

—Pero el Camarada Tchai tiene razón—graznó la comandante del distrito, removiéndose inquieta en su asiento de brocado y seda. Y la discusión se prolongó interminablemente.

Delilah vio cómo el rostro de Castor se volvía de un orador a otro, y se preguntó qué estaría sacando en claro de todo aquello.

—Lo único que necesitamos es un presidente, camaradas —dijo Muchascaras—. Un presidente en quien podamos confiar, que haya demostrado su lealtad a los Han, y que sepa lo bastante sobre el espacio como para poder hablar de forma inteligente con los alienígenas. Alguien a quien podamos controlar.

Y Tsoong Delilah miró a Castor, se levantó sin hacer ruido y, tras pasar junto a las hileras de asientos, se inclinó sobre la abultada cabezota de Muchascaras y le murmuró algo al oído.

Muchascaras pareció sorprenderse. El gélido control que ejercía sobre sí mismo flaqueó durante unos segundos y algunas de sus voces intentaron hablar, pero Muchascaras no tardó en ocupar nuevamente la presidencia.

—Pettyman Castor —dijo—, ve a casa y tráeme el maletín. El rojo. Ve ahora mismo.

Aquella tarde, cada aldea, colectivo, granja y factoría de lo que en un tiempo fueron los Estados Unidos recibió un mensaje. Decía lo siguiente: Es necesario elegir un presidente de los Estados Unidos para tratar con los bandidos de la nave espacial. Reunid a vuestra gente para que vote. Mandad inmediatamente los resultados de la votación agrupándolos en estas tres categorías: a. Total de votantes en vuestra comunidad.

b. Total de votos para el candidato.

c. Número total de votos que no hayan logrado comprender las instrucciones.

Las categorías b. y c., sumadas, deben igualar a la a.

El mensaje fue enviado mientras Castor volvía corriendo a casa de Muchascaras, cogía el maletín, se disponía a regresar..., y era interrumpido por un mensaje: «No hace falta que vuelvas. El Consejo ha acordado un receso». Muchascaras apareció unas horas más tarde, sin muchas ganas de hablar, y se retiró a su habitación con instrucciones de que no se le molestara; y Delilah apareció poco rato después. Delilah sí tenía ganas de comunicarse, pero sólo a nivel biológico.

—Vamos a comer algo, mi joven amigo —anunció jovialmente—, y después nos tomaremos unas cuantas copas. ¿Mi hijo? Tiene servicio nocturno. Estará ocupado toda la noche. No le dejarán libre hasta que el Consejo reanude sus sesiones, por lo que me quedaré a pasar la noche contigo.

Castor hubiera preferido hablar, pero no podía hablar con la boca llena primero de comida, luego de vino, y más tarde de la propia Delilah. Se quedó dormido con toda

su curiosidad insatisfecha: al menos, su curiosidad intelectual.

El teléfono sonó a las seis de la mañana.

Castor alargó la mano hacia él, pero Delilah se le adelantó, pasando por encima de su cuerpo. Se identificó, escuchó en silencio durante unos segundos, colgó, y se volvió hacia Castor, sonriendo.

—Señor Presidente—dijo—, buenos días.

Cuando el Consejo reanudó sus deliberaciones, más avanzada la mañana, a los pies de Muchascaras ya no había ningún taburete para Castor. El centro de la sala estaba ocupado por una gran silla de respaldo dorado rodeada por todo un círculo de sillones tapizados, y Tsoong Delilah logró no sonreír mientras llevaba a Castor hasta su nuevo sitio. Volvió a instalarse en el fondo de la sala y, divertida, vio lo incómodo que parecía sentirse el joven.

Aquel asiento era un sitio de honor, pero no resultaba demasiado confortable; Castor sólo podía ver la parte superior del Consejo, y tenía que torcer el cuello de una forma bastante molesta para ver lo que estaba ocurriendo a sus espaldas.

Pero lo más importante iba a suceder en la parte delantera de la sala. El presidente era Wa Fohtsi, jefe de la delegación del Hogar, y de todos los presentes era quien contaba con más poder. Miró a Castor con ojos entrecerrados, pues era miope, y dijo: —No se preocupe, señor Presidente. Nadie le hará daño. —Castor le devolvió la mirada..., casi con descaro. ¡Por favor, que no se le ocurra meterse en problemas ahora!, pensó Delilah. Pero Wa siguió hablando con voz altisonante—. Como presidente de los Estados Unidos, deberá encargarse de unas pocas tareas muy sencillas. Su trabajo principal, y casi único, será comunicarse con esos bandidos y persuadirles de cuál es la realidad de la situación.

—¿Cuál...? —empezó a preguntar Castor, y el viejo Buda alzó la mano.

—En cuanto a cuál es la realidad de la situación —dijo Wa—, se le explicará antes de que empiece a comunicarse con ellos. No habrá ninguna clase de «conversación», Pettyman Castor. Se le preparará un mensaje, que deberá grabar en cinta para que les sea transmitido. Básicamente, deberá convencerles de que los Han no hemos hecho nada malo.

En realidad, somos los benefactores de Norteamérica, si se entiende correctamente la situación. Su objetivo final será no sólo conseguir que retiren todas las amenazas hechas contra China, sino que nos presten su apoyo para convencer a los hindúes de que deben abandonar ciertas prácticas insultantes y dañinas, como el transmitir propaganda destinada a ciertas áreas Han. De todas formas, todo eso le será explicado después. Mientras tanto, habrá que esperar cierto tiempo hasta que la nave espacial de los bandidos se encuentre en la posición adecuada para volver a comunicarse con el a. Hay tiempo más que suficiente para su reeducación.

—Comprendo —dijo Castor, algo alicaído.

Pero su ánimo volvió a mejorar en cuanto Wa tomó de nuevo la palabra: —La inspectora Tsoong permanecerá junto a usted para ayudarle en su reeducación, y

usted deberá darle un título oficial. («¿Yo, Castor? ¿Darle un título a Tsoong Delilah?».) Se le proporcionará un alojamiento adecuado, y tendrá personal a su servicio. ("¿Alojamiento?

¿Personal?") También sería útil montar alguna especie de aparato gubernamental falso —siguió diciendo Wa con voz pensativa—. Por lo menos, un gabinete. De esa forma, cuando prepare su transmisión a la nave de los forajidos, podremos hacerle aparecer rodeado por su gabinete para demostrar que se trata de algo oficial.

—Claro —exclamó Castor, y preguntó—: ¿Qué es un gabinete?

Wa le lanzó una mirada sarcástica a Delilah, quien frunció el ceño, aunque, sin previo aviso, su corazón había empezado a derretirse. ¡Oh, pobre chico, pobre inocente sin información...!

—Un gabinete, Ciudadano Pettyman —dijo con voz severa Delilah—, es un grupo de altos funcionarios. El más importante de ellos en estos momentos es el que recibe el nombre de secretario de estado, y el Camarada Wa ha sido lo bastante generoso como para proponer que yo ocupe ese cargo.

—Ah, vamos, Inspectora Tsoong, no se trata de generosidad —protestó modestamente el anciano—. Es algo exigido por la lógica de la situación. —Cerró los ojos un par de segundos, intentando acordarse de si había olvidado algo, y acabó decidiendo que no.

Volvió a abrirlos y le ofreció su mano a Castor, al estilo occidental—. Eso es todo, señor Presidente —dijo, con un leve brillo burlón en los ojos. Castor abandonó la sala acompañado por Tsoong Delilah, y antes de salir oyó cómo el viejo Buda dejaba escapar una risita.

Una vez en el coche, de regreso al edificio de apartamentos, Delilah dejó que Castor parloteara a su gusto. ¡Aquel joven estúpido casi parecía creer que todo eso era real!

Bueno, no se trataba exactamente de eso..., por supuesto que era real, o tan real como podía albergar la esperanza de serlo la presidencia de un país casi imaginario. ¡Pero Castor pensaba que tendría un auténtico poder!

En ciertos sentidos, casi lo tenía. Delilah y Castor tomaron el ascensor para subir al apartamento de la inspectora y, en cuanto llegaron Delilah, disfrutó enormemente mostrándole uno de aquellos sentidos. Pasó de largo ante su puerta y le llevó, tras doblar la esquina, hasta la puerta siguiente, sacó de su bolso la llave del nuevo apartamento y se la entregó.

—Señor Presidente —le dijo, con un grandilocuente ademán—, la presidencia va acompañada de una mansión presidencial, y ésta es tu mansión, Castor.

¡Qué caras de asombro podían llegar a poner los yanquis! La expresión de su rostro habría bastado para hacer que Delilah se echara a reír histéricamente, de no ser porque la ternura se adelantó a ese otro sentimiento. Castor abrió su puerta y contempló su apartamento con el rostro sudoroso a causa de la alegría y la confusión. No cruzó el umbral caminando. Entró a la carrera. Y tampoco esperó a Delilah.

Delilah le siguió, sonriendo ante su alegría mientras examinaba la cocina —«¡Es mayor que la tuya!»—, y el dormitorio principal —«¿Una cama de agua?»—, y el panorama visible desde la ventana, y la pequeña fuente que gorgoteaba sobre el estanque rocoso construido en un rincón de la terraza. Se enamoró del apartamento nada más verlo, y a Delilah no le sorprendió. Era un apartamento excelente, mejor que el suyo, y los ocupantes anteriores lo habían abandonado de muy mala gana.

Castor la abrazó y la hizo caer sobre la cama: el agua fría del colchón se agitó bajo ellos, haciéndoles rodar de un lado para otro. Delilah intentó liberarse de su abrazo, pero Castor era demasiado fuerte. Riendo, pegó el rostro a su cuello y lo apartó unos instantes después para mirarla a los ojos.

—Señora Secretaria de Estado —dijo—, ¡aquí podremos celebrar unas reuniones del gabinete condenadamente soberbias!

Delilah logró soltarse y se apoyó en el marco de la cama, muy seria.

—¡Ten cuidado, Castor! Bromear está muy bien porque, en cierta forma, toda esta situación no es más que una gran broma. Pero en ciertos aspectos también es muy seria y, si quieres hacer bromas al respecto, hazlas sólo conmigo, no con los cuadros dirigentes. ¡Y, desde luego, no cuando hables con la gente de la nave espacial!

—Oh, vamos, Delilah —gruñó él—. Ya sabes que nunca haría nada semejante. Por favor, ¿crees que podré conservar estos privilegios cuando todo haya terminado?

—Quizá puedas conservar una parte—admitió ella, ablandada.

—¿Cuántos? —preguntó Castor con voz suplicante—. No, no me lo digas. Me dedicaré a disfrutar de ellos mientras los tenga, y procuraré hacer cuanto pueda para ganármelos.

Delilah le miró con dureza, pero en la expresión de su rostro no había ni la más mínima huella de malicia..., aunque en el fondo de su corazón quizá hubiera algo totalmente distinto. Se puso en pie, alisándose el pelo, y tomó asiento en un banquillo dorado que había delante del tocador: aquella posición resultaba mucho más decorosa.

—Bien, ahora tenemos que ocuparnos de unos cuantos problemas prácticos. Los cuadros han ordenado que se hicieran investigaciones sobre el antiguo gabinete norteamericano y, al parecer, había doce puestos principales. Naturalmente, la mayor parte de ellos no tendrán ninguna función que desempeñar, ni siquiera como farsa... Está claro que no necesitamos tener ningún secretario de trabajo. Pero, aun así, llenaremos todos los cargos.

—Naturalmente —se apresuró a decir Castor, dándose tanta prisa en responder que Delilah le lanzó una mirada de advertencia.

—Por ejemplo —siguió diciendo ella—, utilizaremos a unos cuantos para propósitos políticos. Nombrarás a Feng Miranda para que ocupe el puesto de secretaria del interior.

Complacida, vio cómo sus palabras hacían que el rostro de él perdiera toda la cuidadosa compostura que había mantenido hasta entonces.

—Pero... Pero...

—Si es una revolucionaria. Ya lo sé.

Le dio unas palmaditas en la cabeza, algo más relajada, y empezó a quitarse las botas.

¡Pese a todo, Castor era un magnífico estudiante! Indisciplinado. Vanidoso. Con cierta tendencia al descaro. Pero se le podía educar..., tenía muchos deseos de aprender.

Anhelaba aprender. Delilah empezó a soltarle un pequeño discurso, y Castor la observó con toda su atención concentrada en ella.

—Para tratar con un grupo revolucionario, lo primero que se debe hacer es mantener abiertos los canales. Si les impides decir lo que quieren, dirán otras cosas que tú no quieres oír; y ésa es la forma en que empieza a haber problemas. Después de todo, ¿qué es lo que desea esa chica? ¿Libertad para «Norteamérica»? Pero si Norteamérica no existe...

¿Que los Han seamos expulsados? Qué estupidez, teniendo en cuenta que ella misma es de la más pura estirpe Han. Por lo tanto, le daremos un cargo y la ilusión de un gobierno nacional para satisfacer su ilusión de una nación. Además—añadió, sonriendo e inclinándose hacia él para desabrocharle los botones de su blusa—, la verdad es que todo esto resulta muy divertido, y bromear siempre resulta sano. Anda, ven a probar tu nueva cama.

La tarea de seleccionar a las personas de entre las que Castor nombraría su gabinete no recayó en Tsoong Delilah, pero se le permitió hacer recomendaciones y participar en las discusiones..., lo cual ya era más de lo que se le permitió a Castor. No lograron encontrar a doce personas dignas de que se las nombrara, pero Delilah les aseguró que los alienígenas no se darían cuenta de esas pocas ausencias.

En cuanto hubieron completado la lista, Delilah volvió a su apartamento para echarle un último vistazo. No estaba obligada a hacerlo, estrictamente hablando; todo cuanto había hecho contaba con la aprobación de autoridades más altas que ella. Pero Tsoong Delilah no necesitaba que le dieran responsabilidades. Era una mujer responsable. Si algo salía mal en cualquiera de los proyectos que la concernían, jamás sería porque Tsoong Delilah, Inspectora de la Policía Renmin, no hubiera intentado prever todos los problemas y resolverlos por anticipado. Delilah conocía muy bien ese rasgo de sí misma, y la enorgullecía. En ese aspecto, era irreprochable..., siempre que no se tomara en cuenta algún que otro reproche ocasional o la idea pasajera de que quizá mereciera ciertos reproches por haber dejado que Pettyman Castor ocupara una parte tan grande en sus pensamientos...

Se esforzó por olvidar aquella idea. No le fue difícil. Tenía mucha práctica: llevaba meses haciéndolo.

Tsoong Delilah introdujo un chip en su pantalla y estudió la lista de altos cargos del gobierno norteamericano. (¿O del «gobierno» norteamericano? ¿O del gobierno «norteamericano»?)

Eran los siguientes:

Presidente: Pettyman Castor, veintidós años de edad, sin interés en la política, dócil (sin contar cierto descaro juvenil). Una elección satisfactoria, si se le mantenía vigilado.

Fiscal General: Sebastio Carlos, profesor de ciencias políticas en la universidad; yanqui cuya familia había estado en el gobierno chino durante dos generaciones..., muy leal. Muy leal en aquellos aspectos que podían ser cuantificados materialmente, pues los chinos Han podían pagarle mejor que cualquier otro bando. Una elección excelente para el cargo de fiscal general, pensó Delilah con sarcasmo. Si este «gobierno» sucumbía alguna vez al loco impulso de promulgar leyes, Sebastio se aseguraría de que eso no tuviera ni la más mínima importancia.

Secretario de Defensa: Tchai Howard, un hombrecillo siempre malhumorado..., pero que había sido camarada comandante del Cuerpo de Defensa Aérea y era perfectamente capaz de planear acciones militares, Matar no asustaba a Tchai Howard. Al igual que Tsoon Delilah, había nacido en Norteamérica; al igual que Delilah, no tenía nada de «norteamericano».

Secretaria del Interior: Feng Miranda. Delilah no tuvo que perder ni un segundo pensando en ella, pues ya había pensado en todos los factores. Las posibles ganancias superaban en mucho a las pérdidas. Bastaría con mantenerse atento para impedir que dichas pérdidas tuvieran lugar.

Secretario de Agricultura: Danbury Eustace, un hombre sin importancia, director regional encargado de todas las semillas oleaginosas en el área de Nueva Orleans. Eso no importaba. Lo que importaba era que, cuando Delilah hacía acudir a su mente imágenes de estadistas norteamericanos, los que más aspecto de estadistas tenían eran hombres de mediana edad, con el cabello gris acero, los ojos grandes y límpidos y el mentón robusto..., y Danbury Eustace era exactamente igual a ellos. No plantearía problemas. Ni tan siquiera habría que vigilarle, porque jamás se le ocurriría hacer nada que no viniera ordenado por una directiva del partido.

Secretario de Salud, Educación y Bienestar: Muchascaras. Una elección obvia. Y también algo cómica, puesto que, ¿cuál había sido la experiencia de Muchascaras en cuanto a la salud durante los últimos veinte años?

Vicepresidente:

Delilah frunció el ceño. ¿Cómo era posible que se hubieran olvidado de nombrar un vicepresidente? Quizá debiera llamar a Wa y hablarle del asunto... No sabía qué hacer, y decidió que lo mejor sería meditar con más calma sobre ello un tiempo después. Aunque quizá ya fuera demasiado tarde para eso, pensó, incapaz de olvidar el tema, pues el vicepresidente era lo que antes llamaban un cargo elegido, igual que Castor, ¿no? Naturalmente, preparar otras elecciones no presentaría demasiados

problemas... No.

Mejor olvidarse de ello. Pasó al último cargo: *Secretaria de Estado*: Tsoong Delilah.

Aquel nombre completaba la lista y, sonriendo para sí misma, Delilah pensó que por lo menos de ése sí que se podía tener la seguridad de que nunca, fueran cuales fueran las circunstancias, haría nada dañino para la República Popular China, ya fuera por accidente o a sabiendas.

Era una buena lista.

Ahora sólo faltaba reunirlos a todos y que ensayaran sus papeles.

Los ensayos —que Wa, sonriendo sardónicamente, le dijo debían ser llamados reuniones del gabinete—, eran de hecho sesiones de reeducación política. Wa asistió a unos cuantos, con su sonrisa de Buda mostrando hasta qué punto estaba seguro del control que ejercía sobre los presentes. Para Wa, la asistencia era algo voluntario. Para ellos era obligatoria... o, al menos, lo era para casi todos. Sebastio nunca asistía a las reuniones del gabinete porque no necesitaba reeducación y, de todas formas, tenía cosas que hacer en otro sitio.

Delilah tampoco la necesitaba, por supuesto, pero las reuniones sí necesitaban su presencia: era la encargada de vigilar con un ojo a Feng Miranda para asegurarse de que no empezaran a ocurrírsele ideas peligrosas y con el otro a Castor para asegurarse de que se tomaba todo aquello en serio. Lo cual no resultaba sencillo. Acabó descubriendo que Castor sólo podía aguantar cinco citas de Marx, Lenin y Mao Tse-tung en el curso de una mañana. Después empezaba a fruncir el ceño y a murmurar observaciones sardónicas en el oído de Feng Miranda. Al final de la segunda sesión, Delilah le cogió firmemente del brazo.

—Debes ser más serio —le riñó, apenas hubieron salido de la habitación.

—¿Por qué? —le preguntó él, irritado—. Mierda, Delilah, todo este asunto no me importa en lo más mínimo. Está haciéndome perder tiempo de universidad... ¡Nunca conseguiré recuperar las clases que me estoy saltando!

—El presidente de los Estados Unidos no necesita asistir a ninguna clase —dijo ella con firmeza—. Puedes tener profesores particulares. Puedes participar en un proyecto de investigación. Puedes ordenar que te den un diploma y lo tendrás... todo eso será tuyo siempre que cumplas con la tarea que te ha asignado el Partido.

Y lo extraño era que, nada más decirlo, Delilah comprendió que todo eso era cierto.

Pasara lo que pasara, Pettyman Castor jamás podría volver a ser un campesino del Colectivo del Grano Celestial.

Delilah no estaba muy segura de cuáles eran las implicaciones de ese hecho, pero un extraño ardor en su estómago le dijo que iban a ser importantes para ella.

Cuando todos estuvieron lo bastante adoctrinados como para que se pudiera confiar en ellos, se hicieron los preparativos necesarios para una sesión de grabación. Castor leyó sus frases sin un solo error:

—Mis amigos del espacio —dijo, mirando benignamente a la cámara—, me temo que ha habido un error. Los chinos no son nuestros conquistadores. Son nuestros amigos.

Depongamos las armas y reunámonos en paz y amistad, y...

Paz y amistad. ¡Deponer las armas! Mientras el Presidente iba soltando el mensaje que le habían escrito, la secretaria de estado hacía cuanto estaba en su mano por mantener la seriedad. La idea de que Norteamérica tuviera cualquier arma que deponer era ridícula.

La idea o, para ser más precisos, el hecho de que ni tan siquiera la China Han tenía armas capaces de vencer a la nave espacial no resultaba nada divertido.

La sesión fue todo un éxito, y los técnicos se fueron presentando uno a uno dando garantías de que el sonido era bueno, el color excelente, ningún rostro había quedado oculto por una sombra, y que todo el gabinete había logrado parecer lo suficientemente gabinetesco; pero cuando salió del estudio, acompañada por Castor, Delilah no abrió la boca, y no empezó a sonreír hasta que no estuvieron cerca de casa. La sonrisa nació cuando Castor le preguntó:

—Oye, Delilah... Cuando me fui esta mañana había unos andamios alrededor del edificio. ¿Sabes qué están haciendo?

—Claro que lo sé —dijo Delilah, muy satisfecha de sí misma Pero no le explicó qué estaban haciendo. No quiso contarle cómo los demás ocupantes del edificio habían sido persuadidos de que se marcharan, y que el «gabinete norteamericano» ya poseía unos alojamientos propios. Se negó a hablar del tema hasta que no hubieron doblado la esquina y vieron qué le había pasado al edificio El color verde lima había desaparecido bajo dos capas de pintura rápida color harina de arroz. Los obreros estaban quitando el último soporte de las plataformas sobre las que habían trabajado. Castor, asombrado, se volvió hacia ella, y Delilah dejó escapar una risita—. Señor Presidente —le dijo—, ¡contemple su Casa Blanca!

Vivir en la misma casa que Tchai Howard, Feng Miranda, Danbury Eustace, Tsoong Delilah y el hijo de Tsoong Delilah hacía que la existencia de Castor no fuera demasiado relajada, y quienes más la afectaban eran Miranda, Delilah y el chico. Para no ser más que un miserable secretario, Tchai se mostraba bastante perentorio con su presidente. Delilah también se mostraba bastante perentoria en sus exigencias de cama..., aunque lo cierto es que a Castor le encantaba satisfacerlas. (Pero, ¿por qué siempre tenía que ser ella quien decidiera el momento?) Miranda era quien más problemas le daba, pues, aunque resultaba difícil saber qué veía en Castor (lo cierto es que le trataba como si fuera un delincuente algo tonto), su forma de seguirle a todas partes demostraba bien claramente que algo debía ver.

La vida había sido mucho menos confusa en el colectivo.

La vida del colectivo era aburrida, e incluso ahora había momentos aburridos. Los más aburridos de todos eran las «reuniones del gabinete», donde nunca parecía discutirse nada salvo por qué era dialécticamente esencial mantener las posturas

políticas y económicas adecuadas, y cuáles debían ser esas posturas. A Castor le habían explicado tantas veces que los chinos no debían ser considerados agresores de Norteamérica que Castor, que siempre había dado por supuesto que así era, empezaba a dudar de que fuera verdad. Miranda alimentaba tales dudas. Miranda no dudaba de nada. Un día la reunión terminó bruscamente sin ningún tipo de explicaciones, y tanto Delilah como Muchascaras se marcharon a toda prisa en el coche de ésta. Miranda cogió del brazo a Castor.

—Volveremos a casa caminando —le informó—. Tengo muchas cosas que decirte. Castor gimió en silencio; ya sabía cuáles eran esas muchas cosas. Después de aproximadamente media hora empezó a gemir de una forma audible, pues el sermón era justamente lo que había esperado.

—Eres un traidor a tu país —discurseaba Miranda—. ¡Vas a todas partes con esa vieja de la policía Han y haces el ridículo! Tienes el cargo y el cargo te da el poder... ¡Ten el valor de utilizarlos!

La reeducación de Feng Miranda no había surtido los efectos esperados. La lógica tampoco servía de nada:

—¿Qué «país»? ¿Qué tiene de malo hacer el amor con alguien que me gusta y hace que me lo pase bien? Usar el cargo..., ¿para qué? ¿Y de qué sirve el cargo cuando pueden quitármelo en un minuto?

—Eres un niño estúpido —escupió Feng Miranda, y la discusión podría haber seguido así eternamente. Duró más de una hora. Podría haber durado tres, pero cuando estaban cruzando la calle Canal un coche de la policía Renmin trazó una violenta curva en forma de U, con su sirena aullando, y se detuvo junto a ellos.

—¿Es usted el Ciudadano Pettyman? Y usted es la Ciudadana Feng, ¿verdad? Suban al coche inmediatamente... ¡Les necesitan! —Y el coche se lanzó por las calles con la sirena al máximo de potencia. Los policías no respondieron a ninguna de sus preguntas y el coche acabó deteniéndose ante la puerta de la falsa Casa Blanca donde les esperaba Delilah, golpeando nerviosamente el suelo con el pie.

—¿Dónde estabais? —les preguntó; y, sin esperar una respuesta añadió—: Han conseguido establecer una conexión bien protegida y han transmitido la cinta. La respuesta acaba de llegar.

—¿La respuesta? —preguntó Castor, que no había logrado entender de qué le estaban hablando—. ¿Qué clase de respuesta?

El rostro de Delilah amenazaba tormenta.

—No quieren hablar contigo por la radio. Quieren que te reúnas con ellos en el espacio.

Castor no había estado nunca en un aeroplano. Cuando el empuje del despegue lo estrelló contra el respaldo del asiento tragó saliva con una débil sonrisa y se preguntó si el marearse hacía que una persona fuera considerada incapaz de viajar al espacio. Feng Miranda tampoco había estado nunca en el aire, y acercó los labios al oído de Castor para dejar escapar un susurro lleno de resentimiento, —¡Estos aeroplanos

deberían ser nuestros!

Tsoong Delilah había viajado mil veces en aeroplanos —en toda clase de ellos, y por todo el mundo—, por lo que se dedicó a observar fríamente a Miranda y a Castor, sentados delante de ella. Naturalmente, la forma en que aquella zorra china de ultramar le había echado el ojo a Castor no le hacía sentir ni pizca de celos, dado que Castor no era sino una máquina que Delilah usaba para producir sensaciones agradables dentro de su cuerpo. No, el «amor» estaba totalmente descartado y, por lo tanto, los «celos» quedaban igualmente descartados. Cuando le diera una lección de disciplina a Feng, como tenía intención de hacer muy pronto, actuaría impulsada única y exclusivamente por las más correctas razones políticas: aquella mujer no podía poner en peligro la más vital de las misiones.

En cuanto a lo que haría con Castor o lo que le haría, aún no estaba demasiado claro.

De todas formas, pensó Delilah con indulgencia, el chico parecía tan emocionado ante todo aquello... Sí, el vuelo y la aventura hacían que sus ojos centellearan de esa forma.

Tenía que ser eso, no la presencia de una joven flacucha con un montón de ideas tan locas como destructivas.

Y, pensando en ello, Delilah se fue dejando caer en el sueño. De todas formas, cuando subieron a la limusina que les llevaría a sus alojamientos, horas después, se aseguró de ir sentada junto a Castor.

La verdad es que Delilah estaba casi tan emocionada como Castor, pues todo aquello era casi tan nuevo para ella como para él. La isla de Hainan se encontraba en el extremo sur de la China Han: quedaba bastante apartada del continente y no resultaba demasiado interesante salvo por su clima (pero el de Hawai era igual de bueno) y su Centro Espacial.

El Centro era muy interesante, claro está, pero normalmente los altos funcionarios del partido se encargaban de ponerle obstáculos a los interesados. Delilah había estado una docena de veces en el Hogar, la última de ellas para escoltar a su viejo y achacoso marido hasta el lugar donde moriría (¿y cuándo pensaría hacerlo de una vez?). Pero nunca había visto Hainan Dao.

Desde el aire habían tenido breves y poco satisfactorios vislumbres de la costa, palmeras, ríos y casas; hasta hubo un minuto o dos en el que todos lucharon por pegarse a una de las minúsculas ventanillas del aeroplano, pues se estaban aproximando a la zona de aterrizaje situada junto al mismísimo Centro Espacial, con una nave gigantesca que empequeñecía su plataforma de lanzamiento, con los cohetes para los ojos celestes, meteorológicos y de comunicaciones esparcidos por el resto del área y dando la impresión, en comparación, de ser delgados como lápices y tan altos como una espiga de trigo. El ver las naves hizo que todos los presentes en el aeroplano dejaran escapar una exclamación.

Incluso Delilah.

Y todo el mundo, incluso Delilah, se dedicó a mirar por las ventanillas de las ronroneantes limusinas que les llevaron a sus aposentos. Hainan Dao se parecía a una combinación del viejo Waikiki y Palm Springs, con pistas de carreras típicas del Medio Oeste y elegantes mansiones californianas añadidas al resultado global. Castor, asombrado, contempló los bosquecillos de árboles ornamentales y las piscinas incrustadas en los elegantes jardines de las fincas junto a las que pasaban. Los niños jugaban en el césped y los mayores hacían jogging junto a la carretera; también había ancianos tomando el sol entre agujero y agujero de un campo de golf y enamorados cogidos de la mano. ¡Y todos esos coches! Hainan Dao era un lugar rico. Dejando aparte a los Han, ningún miembro del «gabinete norteamericano» había visto jamás un país rico y, cuando enfilaron una larga avenida bordeada de pinos, Feng Miranda empezó a maldecir amargamente en voz baja. Delilah sonrió. Sabía muy bien qué estaba pensando aquella niña estúpida.

—¿Qué es eso? —le preguntó Castor al oído, y Delilah movió la cabeza para ver a qué se refería. Estaban acercándose a una mansión inmensa con balcones, columnas y una fuente situada en el centro de la explanada circular donde terminaba el camino, y justo delante de la fuente había un palo muy largo. El palo sostenía una bandera: rayas blancas y rayas rojas, fondo azul y estrellas blancas.

Delilah no pudo contenerse, aunque había gente y quizá la vieran, Se inclinó hacia la ventanilla y puso sus labios sobre la mejilla de Castor, complacida al verle tan boquiabierto.

—¿No la había visto nunca, señor Presidente? Es la bandera de vuestros Estados Unidos de Norteamérica.

Aunque estaban agotados y algo desorientados por haber viajado en reactor, lo primero que hicieron fue celebrar una reunión. Para sorpresa de Delilah, quien se encargó de presidirla fue Dien Kaichung, uno de los rostros de Muchascaras.

—Tú, Tsoong Delilah —dijo secamente—, tú estudiarás pilotaje.

—Ya sé pilotar —dijo Delilah, y el tono de su voz también la sorprendió. No era el tono adecuado para emplearlo con un alto miembro del partido. Pero, de hecho, quien hablaba no era realmente Fung Bohsien, el alto miembro del partido, sino sólo el implante Dien Kaichung, o el implante que en su tiempo fue el ser humano Dien Kaichung antes de convertirse en un implante y, por lo tanto, sólo era un miembro del comité que formaba a Muchascaras. Delilah estaba confusa, y no sólo por los efectos del viaje. Sin embargo, una cosa sí tenía muy clara: adoptar ese tono de voz no sólo era políticamente poco beneficioso, sino que además era muy probable que causara problemas. Y, de hecho, los creó. El rostro de Muchascaras se retorció en una mueca de algo que casi era dolor. Por un instante, los ojos del auténtico Fung Bohsien la contemplaron con expresión acusadora desde esa cara que todos compartían—. Lo siento —dijo Delilah, con toda la afabilidad de que fue capaz—. Estoy cansada y he hablado sin pensar. Obedeceré sus instrucciones, Camarada Dien, dado que usted es nuestro director de entrenamiento.

Fung la miró con el ceño fruncido, moviendo los labios como si estuviera manteniendo una conversación interior: no me cabe duda de que así es, pensó Delilah. Apartó los ojos de él para quitarle importancia al encontronazo y se metió directamente en otro. ¡Feng Miranda! Aquella impúdica ramera china de ultramar estaba sentada demasiado cerca de Castor, y le murmuraba cosas al oído de una forma excesivamente íntima. Y —¡oh, qué injusticia!—, quien se llevó la reprimenda no fue la ramera, sino la misma Delilah.

—Preste atención, Camarada Tsoong —dijo secamente Muchascaras—. Tenemos mucho de que ocuparnos y muy poco tiempo para hacerlo. ¡Bien! Naturalmente, todos tendrán que someterse a entrenamiento extraatmosférico. Habrá centrífugas y cámaras de rebote, salas giratorias para comprobar si padecen vértigo espacial y maniobras subacuáticas para simular la ausencia de gravedad. ¡Esos cursos son de la máxima importancia para todos los que formarán parte de la misión! Si alguien fracasa en cualquiera de esas pruebas—añadió severamente—, se le descalificará inmediatamente, apartándole de la misión, claro está, por lo que no deben tomárselas a la ligera... Oh, ¿y ahora qué pasa? —preguntó con irritación, al ver que Feng Miranda levantaba la mano.

Su expresión estaba llena de inocencia, pero no ocurría lo mismo con su tono de voz.

—Sólo quería preguntar qué pasaría si fuese el Presidente Pettyman quien no lograra pasar las pruebas —dijo con dulzura.

Tchai Howard decidió ponerla en su sitio.

—Cállate, Feng —le ordenó con aspereza—. Deja que la reunión siga su curso. —Delilah habría sido capaz de besarle..., bueno, casi.

De hecho, el resto de la reunión fue más interesante que el reparto de tareas, pues los equipos del Centro Espacial habían creado simulaciones por ordenador de la órbita que seguía la nave alienígena y de varios deltas proyectados; tendrían un máximo de dieciocho días antes de que la nave se encontrara en la posición adecuada para recibir al presidente de los Estados Unidos, una vez que éste hubiera sido situado en órbita.

—Ése es el máximo de tiempo con que contamos —les advirtió Muchascaras—. Puede reducirse y quedar en sólo catorce días. ¡Por lo tanto, no debe haber ningún retraso en los entrenamientos! ¿Queda entendido?

Todos los miembros del grupo asintieron, y Muchascaras se permitió una leve sonrisa.

—En tal caso —declaró, y la voz utilizada era la de Fung Bohsien—, les diré cuál es la decisión adoptada. Tres de ustedes irán a bordo del cohete cuando sea lanzado para la cita..., siempre suponiendo que pasen las pruebas, claro está —añadió, lanzándole una mirada llena de sobreentendidos a Delilah—. Voy a darles sus nombres: Pettyman Castor, Tsoong Delilah y Tchai Howard.

Castor se quedó atónito, y un instante después su rostro empezó a irradiar alegría.

El enjuto y maligno rostro de Tchai Howard se quedó totalmente inmóvil y acabó hendiéndose con la feroz sonrisa de un predador. Delilah no sintió nada especial..., nada salvo una especie de aguijonazo subliminal de miedo, seguido por una oleada de orgullo al haber sido escogida.

Y después, al ver los celos y la rabia que había en el rostro de Feng Miranda, sintió la exultación del triunfo.

La casa en la que se alojaban tenía veintinueve habitaciones. Castor las contó, y le comunicó esa cifra a Delilah con un respetuoso asombro. Nadie más las había contado, pues no era el tipo de casa que anunciaba su imponente elegancia a través de los números.

Era demasiado magnífica para eso. Era una mansión, casi un palacio, en los extraños y arcaicos términos empleados por su mayordomo (pues, entre otros lujos sin precedentes, poseía un mayordomo) era «un recuerdo glorioso». Fuera cual fuese el nombre empleado, era inmensa. Tenía la Suite Principal, y la Suite de Jade Verde, y el Ala Mao, con seis hermosos dormitorios, cada uno de ellos provisto de aseos con bañera y salita. Tenía una librería y un salón..., de hecho, dos salones, si se contaba el que completaba la Suite Principal. Tenía un gran comedor y una sala de billar; tenía porches y salitas para conversar, y un gran jardín lleno de césped.

Y, como ya se ha dicho, tenía sirvientes. ¡Y qué sirvientes! Delilah no había visto nunca gente parecida. No eran campesinos recién salidos de la porqueriza. El mayordomo había nacido en Singapur y se educó en Shanghai, pero sus genes contaban con seis generaciones de pura campiña inglesa, y lo mismo ocurría con su acento y modales, por no hablar de sus cálidos ojos azules y su rizado cabello rubio. Las ocho doncellas eran de Nueva Zelanda, con una mezcla de antepasados ingleses y maoríes. El personal de la cocina, que había sido traído desde los opulentos suburbios que rodeaban Benarés, tenía orígenes y educación francesa. Todas aquellas personas contribuyeron tan bien como podían al bienestar material del grupo llegado de Norteamérica... ¡Qué comida! ¡Qué camas tan maravillosas, cálidas, suaves y perfumadas! Pero el grupo no había venido aquí para disfrutar de sus atenciones; había venido a entrenarse.

Y se les entrenó.

Primero vino el pilotaje. Delilah, que contaba con seis mil horas de vuelo en su historial, no tuvo problemas, y a Castor tampoco le resultó demasiado duro, después de haber pasado tantas horas solitarias frente a las pantallas de aprendizaje. Para Tchai Howard sí fue duro, pues tuvo que empezar desde cero. También hubo lecciones de submarinismo —pues el submarinismo era lo más aproximado a la ausencia de gravedad—, que Castor encontró deliciosas, a Delilah no le resultaron demasiado duras, y fue un nuevo empezar desde cero para Tchai. Las artes marciales fueron todo lo contrario. Tchai no sólo no necesitaba lecciones sino que se encargó de darles las clases, al igual que ocurrió con las armas de mano y el arte de ocultarlas, un curso por el que debieron pasar tanto si lo necesitaban como si no. Estaba claro que

Tchai no lo necesitaba, pero se sometió a la misma rutina de cargar, disparar, hacer ejercicios de puntería, desmontar y limpiar soportada por los dos alumnos.

Casi toda aquella parte del entrenamiento tuvo lugar en los mismos terrenos del Centro Espacial, a media hora de la mansión. El olor del petróleo y sus subproductos se cernía sobre todo el lugar: no venía de los cohetes, sino de las refinerías que fabricaban el hidrógeno líquido usado como combustible; todos fueron acostumbrándose gradualmente a él. El resto del gabinete no fue obligado a tomar parte en el entrenamiento, pero casi todos se dedicaron a rondar por ahí, y quien más lo hizo fue Miranda, llena de envidia y siempre quejándose de que se la había excluido, aun cuando el oído que recibía sus quejas fuera uno tan poco dispuesto a simpatizar con ellas como el de Delilah: —Merezco ir al espacio. ¡Quiero ir!

—Mala suerte, yanqui. —Tosco buen humor por parte de Delilah—. No podrías soportar la centrifugadora.

—Apuesto a que sí podría —dijo Miranda. No era sólo su tono de voz el que estaba cargado de resentimiento. Todo su cuerpo se mostraba tenso e irritado, y las uñas de sus índices se clavaban en la carne de los pulgares.

Delilah sintió un chispazo de ira.

—¡Pues no tienes ninguna posibilidad de ir! No eres leal, Feng. ¿Qué idiota sería capaz de confiar en ti cuando estuvieras en el espacio? ¡Gánate esa confianza, y puede que entonces tengas algunas posibilidades de ir..., quizá! —Y se alejó para probarse el traje espacial, acompañada por Castor y Tchai Howard, mientras Miranda se la quedaba mirando fijamente.

El cohete que llevaría a Delilah, Castor y Tchai seguía siendo el objeto más grande de la zona, pero cuando salieron de donde se guardaban los trajes espaciales Delilah frunció el ceño al ver una segunda torre de lanzamiento. ¿Qué estaban haciendo esos trabajadores?

Y entonces vio que estaban preparándose para instalar en ella un segundo cohete, no uno de los pequeños sino un artefacto de gran tamaño.

—¿Qué está pasando? —le preguntó a Tchai Howard, que se encogió de hombros.

—El repuesto —dijo.

—¿El repuesto de qué?

Tchai la miró y luego miró a Castor, que se hallaba a unos pasos de distancia, escuchando atentamente las quejas de Feng Miranda.

—No es asunto tuyo —le dijo, y se marchó, dejando a Delilah bastante sorprendida.

Dado que el entrenamiento era arduo, Delilah no tenía mucho tiempo para preocuparse por Castor, el cual, de todas formas, compartía su cama cada noche. En cuanto al resto del mundo, aún tenía menos tiempo para pensar en él hasta que una noche, cuando esperaba a que Castor saliera de la ducha, decidió ver un noticiario.

El resto del mundo no se había estado quieto.

Cuando Castor volvió a la cama Delilah estaba erguida en ella, con los ojos clavados en la pantalla.

—¡Mira! —exclamó—. ¡Los morenos están armando jaleo!

«Jaleo» era la palabra más adecuada. No era una crisis, y tampoco era exactamente una amenaza: estaba claro que no había ningún riesgo de guerra o de nada parecido. Bueno, pensó Delilah enfurecida, al menos no había ningún riesgo inmediato, ¡pero era muy posible que los hindúes estuvieran necesitando una lección! Los noticiarios mostraban manifestaciones «espontáneas» contra China, no sólo en Delhi y Calcuta, sino también en la Roma y el Moscú reconstruidos, así como en una docena de sitios más. Averiguar lo que estaba pasando exactamente a partir de las voces de los locutores y las declaraciones de las figuras públicas resultaba bastante difícil, pero el perfil general de la situación era bastante claro.

La India sospechaba algo. Y sus sospechas se acercaban mucho a la verdad: sospechaban que los chinos habían entrado en contacto secreto con la nave espacial. No podían saber exactamente cuál era el significado de esos contactos, pero estaban preocupados: de ahí las manifestaciones «espontáneas» para denunciar el «intento» hecho por China de «revivir» a los imperialistas Estados Unidos.

Delilah pasó muy mala noche.

Por la mañana, pidió que se la dejara participar en la reunión del Comité de Dirección que se celebraba cada día. No tenía derecho a ello; su posición no era lo bastante alta como para poseer tales derechos. Y tampoco era su obligación, pues tenía todo el tiempo ocupado por los entrenamientos; pero el esquema de descanso cuidadosamente preparado le dejaba aquella mañana libre y, de todas formas, el fuego que ardía en sus ojos habría bastado para franquearle la entrada.

—¡Espero que tengas una buena razón para esto! —le dijo Tchai con voz gélida.

—¡La mejor de todas! —declaró Delilah, tomando asiento en uno de la media docena de sillones disponibles en el estudio. Sólo había tres personas presentes: Tchai, Muchascaras y el jefe del Centro Espacial, Mu Dailen—. ¿Por qué no se nos ha hablado de la situación en la India?

—La India no se encuentra en ninguna situación especial —dijo Tchai secamente—. No es más que una pequeña molestia, nada importante. Lo importante es vuestra misión.

—Os creéis capaces de convencer a la nave espacial para que nos ayude contra la India, ¿verdad?

—Tenemos intención de explorar tal posibilidad, sí —dijo Muchascaras, sonriéndole—.

Por favor, Delilah... El entrenamiento debe ser tu primera prioridad. No deseamos que factores externos puedan perturbar su curso.

Tchai no sentía deseos de ofrecerle sonrisas ni porfavores.

—Basta —ladró—. Estamos a punto de tomar decisiones importantes. Tsoong debe marcharse.

Pero Muchascaras le miró y también le dedicó una sonrisa.

—Puede quedarse, Howard. Quizá necesitemos su consejo.

Delilah no tenía ni la más mínima idea de para qué podían necesitar su consejo, dado que cuanto estaban discutiendo guardaba relación con la especialidad de Tchai y con la de nadie más. ¡Armamento! Delilah se quedó sentada en silencio, hirviendo por dentro, mientras los demás se dedicaban a examinar los hologramas que iban apareciendo sobre la chimenea de bambú. ¡Explorar una posibilidad! ¡Una molestia sin importancia! ¿Y qué era importante para ellos? ¿Quizás aquellas armas que estaban escondiendo dentro del cohete?

Delilah les contempló desdeñosamente. ¡Así que ésta era la forma de actuar de los altos miembros del partido! ¡Vaya, pero si no eran más que niños! Ni los niños de siete años de la clase de tai chi cuyos ruidos le llegaban desde más allá de los pinos podían imaginar que semejantes lanzadores de guisantes fueran capaces de vencer a una nave espacial con el poder suficiente para aniquilar una isla..., ¡una nave espacial que, según afirmaba, podía aniquilar con idéntica facilidad un continente o un planeta entero! Delilah creía que decían la verdad. No. En ese cohete sólo habría un arma útil, y esa arma sería ella misma. Castor no era más que un jovencito estúpido usado como figurón. Tchai era igual de idiota que él, sólo que más viejo. Sus armas cuidadosamente camufladas resultaban tan ridículas como esa chimenea de bambú en una estancia que jamás había necesitado un fuego, una chimenea que incendiaría toda la casa en cuanto sintiera el primer roce de las llamas...

—Mi presencia aquí no es de ninguna utilidad —dijo con voz helada—, por lo que me iré a ver qué hacen los demás.

—Muy bien —aceptó Muchascaras, y esta vez se las arregló para no sonreír, y Delilah se las arregló para no salir dando un portazo. Naturalmente, no era cierto que necesitara ver qué hacían los demás: en una mañana libre no había nada que hacer. Por otra parte, también era cierto que no había visto a Castor desde que desapareció en la ducha aquella mañana. ¿Dónde podía haberse metido?

No estaba en la sala de armas, aunque las viejas escopetas fabricadas por los artesanos chinos y las diabólicas mini-Uzis que podían cortar a un hombre por la mitad le encantaban. Tampoco estaba en la biblioteca..., lo cual no tenía nada de sorprendente, pensó Delilah enfurecida. Fue a la sala donde desayunaban y después se dedicó a recorrer los pasillos, como si estuviera absorta en sus pensamientos. Pero sus ojos no se perdían detalle alguno, y no vieron nada de lo que andaba buscando.

¿Dónde estaba el chico?

Salió a la terraza este como si quisiera tomar un poco el aire pero, ¿quién podía desear semejante cosa? La pesada y cálida atmósfera hizo que le escociera la nariz. La terraza estaba desierta, igual que el césped, y ni en los pinares ni alrededor del estanque había nadie visible.

—Sawyer —gritó ásperamente por encima del hombro. El mayordomo apareció al instante—. Sawyer, ¿ha visto a Pettyman Castor esta mañana?

—Sí, señora. En el conservatorio. Con la Camarada Feng Miranda, señora —dijo, y Delilah giró en redondo y le miró fijamente, pues había detectado el leve tono de regocijo de sus palabras. ¡Sería terrible que hasta los sirvientes pensarán que estaba celosa del chico! Delilah atravesó rápidamente las habitaciones, rumbo al conservatorio, hecha una furia.

Oyó sus voces antes de verles: Miranda parecía una soprano irritada, y Castor le iba siguiendo la corriente con monosílabos y gruñidos. Lo que irritó a Delilah no fue solo la voz de Miranda, ese espantoso trinar de pajarillo... ¿Cómo era posible que un hombre inteligente como Castor pudiera soportar oírla? No, las palabras eran mucho peores. Estaba acusando a Castor:

—¡Eres como un bollo de miel! Blanco como el arroz por fuera, amarillo como un Han por dentro... ¡Has traicionado a tu país!

—Vamos, cariño, tú eres tan Han como Delilah —le respondió Castor, intentando calmarla—. ¿A qué viene ponerse así?

Si al menos no hubiera pronunciado su nombre..., pensó Delilah, entrando a toda velocidad por el umbral y lanzándoles una mirada en la que se mezclaban el hielo y las llamas.

—Tú no tienes país, estúpida —le gritó a Miranda—. ¡Tenías un desierto, y los chinos hicimos que volviera a la vida para que pudierais usarlo! —Su aparición les dejó paralizados, y Delilah siguió bombardeándoles con palabras. Parecían petrificados, Castor con una sonrisa algo boba en los labios y una mano todavía levantada como si pretendiera defenderse del ataque verbal de Miranda, y la chica con la boca abierta, disponiéndose a continuar. ¡Y qué boquita tan repugnante tenía! Llena de carmín, para empeorar aún más las cosas...

Miranda podía ser muchas cosas, pero no era una cobarde.

—¡Ésa es la razón de que os odiamos! —le gritó, sin dejarse amilanar.

¡Estupendo! Delilah pensó que convertir aquello en una discusión era una notable muestra de estupidez por parte de la chica, pues tenía la seguridad de que era ella quien acabaría saliendo ganadora. Fue hacia ellos, con el fuego y el hielo de su interior tensamente controlados.

—Ya veo —dijo, tomando asiento entre ellos dos—. Vosotros y esa otra pandilla de locos, los rusos, hicisteis cuanto estaba en vuestras manos para destruir el mundo, ¿no?

—¡No! Nos limitamos a defendernos... Teníamos una red de satélites antimisiles que no podía ser utilizada para el ataque...

—Ah, sí —asintió Delilah—. Levantasteis vuestras defensas láser para que los rusos no pudieran hacer nada capaz de causaros daño. Pero vosotros sí podíais hacerles daño a ellos. Y, cuando nada de todo eso funcionó, os llevasteis una terrible sorpresa.

—¡Nos atacaron sin avisar!

—Sí —suspiró Delilah—. El guerrero desnudo vio que su adversario se ponía una

armadura, por lo que atacó mientras creía que aún le quedaba alguna posibilidad de ganar, ¿no? —La chica guardó un irritado silencio—. Pero pensemos un poco en todo este asunto del odio, camarada Feng. Nos odias porque os trajimos la ley y el orden. Nos odias por haberos ayudado a que vuestras granjas volvieran a estar limpias. Nos odias porque destruisteis locamente lo que era vuestro país y vuestro pueblo fue incapaz de reconstruirlo. Lo comprendo. Es natural, a nadie le gusta que le ayuden. El perro herido intenta morder al amo que quiere curarle las heridas.

—Tsoong —dijo Miranda—, los ingleses trajeron la ley y el orden a la India hace muchos años. ¿Acaso los hindúes les amaron por ello? ¿Crees que eso hizo que desearan tenerles para siempre en su país?

Delilah agitó la cabeza con indulgencia, aunque el hielo y el fuego seguían batallando en su interior.

—Se trata de dos casos totalmente distintos. En aquél había unos miles de ingleses gobernando los asuntos de cien millones de hindúes. En Norteamérica hay casi tantos chinos Han como aborígenes..., como personas de extracción norteamericana.

—¿Y crees que eso es mejor que lo otro?

—¡Hace que cuanto estás diciendo resulte injusto!

—Tú eres Han, Tsoong —dijo Miranda, sin dejarse convencer—. No puedes entenderlo.

—¡Tú también eres Han!

Miranda negó con la cabeza.

—Soy norteamericana, Tsoong. Y Castor también lo es, aunque no lo sepa. Y—añadió, poniéndose en pie y yendo hacia la puerta—, esta conversación ha terminado.

Los hindúes fueron poniéndose cada vez más nerviosos. La nave alienígena estaba llegando a la posición prevista para la cita. El entrenamiento seguía adelante. El cohete fue comprobado y cargado de suministros y combustible.

Y armado.

Los únicos tripulantes enterados de que llevaba armamento eran Delilah y Tchai Howard. Castor fue mantenido a distancia del cohete mientras instalaban el armamento y, naturalmente, se hizo lo mismo con los demás «norteamericanos». Castor protestó un poco porque el cohete le resultaba fascinante; Feng Miranda protestó basándose en las razones que siempre la hacían protestar y oponerse a cualquier cosa que hicieran los chinos.

—Nos robasteis nuestro programa espacial —le gritó a Delilah.

—No tenéis ningún programa espacial —le respondió secamente Delilah—. ¡Y no hay ningún «nosotros» que te permita hablar de esa forma! En cualquier caso, no tienes ni el entrenamiento ni las aptitudes necesarias para ser útil.

—¡También dijiste que no podría soportar la centrifugadora, pero lo hice! ¡Le gané veinte yuanes a Tchai Howard porque pude soportar más gravedades que él!

—Ya hablaré con Tchai Howard —dijo Delilah—. Ahora ocúpate de tus asuntos.

Pero el gran día llegó por fin.

Tsoong Delilah, asombrada, descubrió que tenía miedo. Después de todo, viajar al espacio no se parecía en nada a meterse en un aeroplano. Viajar al espacio era como entrar en un sitio inmenso, hostil y desconocido donde los seres humanos —incluso las inspectoras de la policía Renmin—, sólo podían aventurarse corriendo el riesgo de perder la vida, y el peso de la responsabilidad (y el miedo) de conocer a quienes viajaban en la nave espacial alienígena resultaba aterrador. Dejó que los ayudantes le pusieran el traje espacial, colocando en su sitio aquellos tubitos tan vulgares como incómodos, ajustando el cierre del casco en torno a su cuello, y apenas si se enteró de cuanto hicieron.

¡Todo iba tan deprisa! Salir del vestuario, ir a la Sala Blanca, subir en el ascensor con Tchai y Castor junto a ella, vestidos con sus propios trajes espaciales, tan silenciosos como Delilah... Les miró a la cara y sólo pudo ver lo mismo que ellos veían en ella, unas placas faciales opacas y ningún rastro de humanidad detrás de ellas. No se dijeron nada, los técnicos y los ayudantes hablaban y seguían hablando interminablemente, pero su conversación se limitaba a un chorro de órdenes: «¡Entren por esa puerta, por favor!»

«¡Ocupen su asiento, por favor!» «Mueva el brazo para que pueda ver si ha quedado libre...».

Y, después, un gran empujón desde las profundidades del cohete, retorciéndoles las tripas, y el momento más increíblemente extraño de terror y júbilo salvaje que Tsoong Delilah había conocido en toda su existencia.

Y se encontraron en el espacio. Cuarenta kilómetros en seiscientos segundos, desprendiéndose de los propulsores y los tanques, y Delilah estaba demasiado ocupada para pensar y Castor demasiado ebrio de placer y deleite para dejar de hablar. ¡Estaban en el espacio!

¡Monos desnudos carentes de vello, alejándose despectivamente del planeta que les había engendrado! Qué idiota eres, Tchai Howard, pensó Delilah, exultante, mientras repasaba su tablero de control comprobando el rumbo..., no has dicho ni una palabra con la que celebrar este gran momento...

Y entonces las palabras de Tchai llegaron a sus oídos, pero no venían de aquella figura oculta por el traje espacial sentada a su lado. Venían de la radio del control espacial, y decían lo siguiente:

—¡Tsoong! ¡Pettyman! ¡Arréstena inmediatamente! ¡Hay que pegarle un tiro! ¡Me dejó sin sentido y me quitó el traje!

Delilah y Castor se volvieron hacia la figura sentada entre ellos.

—Te dije que iría al espacio. —La voz, estridente y vengativa, era la de Feng Miranda.

Volver atrás era imposible, por supuesto. Y «arrestar» a Feng Miranda era ridículo, aunque, naturalmente, Delilah se apresuró a hacerlo. De todas formas, ¿cuál era el significado de «arrestar», cuando no había ningún sitio al que ir?

Pero no hubo forma de evitar que la rabia y la frustración que sentía la chica acabaran estallando y, cuando vieron por primera vez la nave alienígena, su nariz seguía sangrando a causa del puñetazo que le había dado Delilah. Si Castor no se hubiera interpuesto quizá habrían tenido que lamentar algo más que una nariz ensangrentada pero Castor interceptó con su antebrazo el golpe de karate lanzado por Delilah y logró esquivar la patada con que Miranda replicó al ataque.

—¡No os matéis la una a la otra, maldita sea! —gritó—. ¿Cómo voy a librarme de los cadáveres?

Delilah se dedicó a jadear durante un par de segundos. Sólo contaba con ese par de segundos: había que pilotar la nave espacial, o todos morirían y la misión no habría servido de nada.

—Ya me ocuparé de ti más tarde —dijo, rechinando los dientes, y consagró toda su atención al tablero de mandos.

Ese «más tarde» fue pospuesto indefinidamente, cosa que Delilah lamentó bastante.

Sencillamente, no había tiempo. Tenían menos tiempo de lo que nadie hubiera podido calcular que sería necesario, pues cuando Miranda le robó el traje espacial a Tchai despojó a la nave espacial de una gran parte de sus capacidades. Tchai era el artillero. Las armas ocultas en la nave ya no eran un factor del juego, a menos que Delilah fuera capaz de usarlas y, ¿cómo iba a poder hacerlo y pilotar al mismo tiempo? Por no hablar de que también debería mantener vigilada a esa pequeña zorra y sus maquinaciones y, si a eso íbamos, también debía vigilar a Castor y—eso era lo más difícil de todo—, tendría que pensar y planear y, al mismo tiempo, estar preparada para enfrentarse a todas las cosas terribles e inesperadas de que pudiera ser capaz la nave alienígena... La mente de Delilah se agitó locamente como un pájaro que se ha posado en una rama cubierta de cola y que siente acercarse al cazador, y un instante después ya no quedaba tiempo, ni un segundo, pues la nave alienígena apareció en su radar, y Castor lanzó una exclamación ahogada porque acababa de verla a través de la mirilla de estribor.

El radar no les dijo nada útil sobre la nave alienígena: las lecturas visibles junto a la pantalla daban su masa (trescientas toneladas métricas, aproximadamente), dimensiones (unos cuarenta metros) y forma: su forma recordaba más que nada a una lata de conservas, con extrañas protuberancias metálicas incrustadas. Los datos obtenidos por la observación visual eran todavía menos útiles que los del radar, dejando aparte que los ojos percibían su color, un matiz entre púrpura y violeta que no parecía nada material o consistente. Delilah sacó los binoculares de doce centímetros de su estuche forrado de fieltro y los usó para examinarla. Castor y Miranda estaban detrás de ella, discutiendo, gritando e intercambiando rápidas explicaciones sobre cómo Miranda había llegado allí; la voz de Tchai Howard seguía brotando de la radio, gritando preguntas y órdenes. Delilah trató de olvidar todo eso. Usó una parte de su atención para controlar el tablero de mandos y mantener a la

nave en su curso; el resto se concentró en lo que podía ver por los binoculares.

La nave era metálica, pero su metal no estaba cubierto por ningún cromado reluciente.

Treinta años a velocidades relativistas por entre el polvo y los gases difusos del espacio interestelar habían ido opacando el metal y erosionado la superficie. La nave era fea.

Recordaba un tanque de almacenamiento donde guardar algún repugnante desecho líquido o una de las primeras y primitivas armas nucleares. Su forma era más parecida a la de un barril que auténticamente cilíndrica, y de vez en cuando se veía asomar una aleta cubierta de arañazos o una antena parabólica cuyo reluciente metal no encajaba nada bien con el resto de la nave (pues había permanecido escondida en el casco durante mucho tiempo, escapando a los impactos del polvo). La nave era más larga de cómo había aparecido en el radar, debido a su ángulo de aproximación, y su longitud quizá llegara a los cien metros.

—¿Qué es ese color púrpura? —graznó la voz de Castor en su oído.

El púrpura. ¡Buena pregunta! Uno de los extremos de aquel cilindro achaparrado estaba rodeado por un anillo de una débil luz purpúrea. ¿Débil? No era la palabra adecuada.

Aquella luz hería los ojos. Montañas de fotones brotaban de aquel anillo, fuera lo que fuese, pero quizá sólo una pequeña fracción de ellos entraba en la banda visible del espectro. Sorprendida y asustada, Delilah dejó que Miranda le cogiera los binoculares y conectó la radio para contactos entre naves.

—Nave espacial desconocida —dijo—, aquí la nave del presidente de los Estados Unidos.

El Presidente se encuentra a bordo y está dispuesto a reunirse con ustedes.

Soltó el botón de la radio y esperó a recibir un acuse de mensaje antes de seguir hablando.

No recibió ningún acuse de mensaje. La nave no emitió ningún tipo de respuesta.

—Vuelve a llamarles, maldita seas —chilló Miranda, luchando con Castor para no perder los binoculares, y Delilah, automáticamente, repitió la llamada.

No hubo respuesta, y las dos naves espaciales se estaban moviendo la una hacia la otra sin que la voluntad de sus respectivos pilotos interviniera en ello, con el morro de una acercándose a la parte trasera de la otra no como si estuvieran planeándolo, sino como si algún Calibán inmenso metiera su mano en el charco de una caverna agitando los pececillos que contenía.

—Atrás —murmuró Castor, sintiendo flaquear su ánimo.

Delilah también sentía lo mismo que él, pero su dedo se negaba a decirle al tablero de mandos que les apartara de allí. Tenía un deber que cumplir. Su deber no era huir porque sintiera miedo o porque los alienígenas no tuvieran la cortesía de responder; debían entrar en contacto con ellos.

De todas formas, pensó, seguía habiendo mucha distancia entre las dos naves y, si

trataban de hacer algo raro, el panel secreto que controlaba las armas de Tchai estaba al alcance de su mano derecha, justo bajo el hombro de Miranda, que estaba retorciéndose para mirar por la ventanilla.

Pero esa distancia que les separaba no duró mucho. De repente se convirtió en cero, y no porque las dos naves hubiesen acelerado para acercarse la una a la otra; lo que ocurrió fue algo inesperado y mucho peor.

El anillo violeta se desprendió de la nave alienígena. Giró dos veces sobre su eje, igual que una moneda encima de una mesa, y se lanzó hacia ellos.

Los dedos de Tsoong Delilah se movieron velozmente sobre el tablero de mandos, y la nave espacial se agitó bruscamente, intentando dar la vuelta. Delilah se vio impulsada hacia delante y alargó desesperadamente la mano hacia el tablero de armamentos.

Miranda estaba encima de él, envuelta en su grueso traje; no parecía dispuesta a moverse, y ello le ganó un fuerte revés que habría sido seguido por algo bastante peor si Delilah hubiera tenido tiempo, pero aun así la cosa empeoró —verbalmente, al menos—, pues Delilah empezó a gritarle, llena de furia, prometiéndole toda clase de castigos por haberles dejado sin artillero... No había tiempo para castigos. Y tampoco había tiempo para resolver los enigmas de cómo preparar, apuntar y lanzar los proyectiles de Tchai.

El anillo ya estaba encima suyo.

El anillo se los tragó. Dejó atrás la popa de su nave tan limpiamente como un aro cayendo sobre una estaca. Delilah llevaba años sin permitirse el lujo de vomitar y no sintió mareo ni náuseas, pero durante la décima parte de un segundo el contenido de su estómago intentó salir disparado por su garganta.

Todo terminó enseguida.

El anillo se alejó de su nave. Estaban flotando en el espacio, rodeados por la negrura del vacío salpicado de estrellas.

Pero las estrellas ya no eran las de antes.

Delilah actuó movida por un impulso: apagó la propulsión y activó todos los sensores.

¿Estaban en órbita? ¿Se movían en una órbita estable? ¿Corrían peligro de sufrir un terrible choque dentro de un instante? Mientras los sistemas automáticos de la nave buscaban datos e intentaban dar con alguna solución, Delilah tuvo unos cuantos segundos libres para comprender que no estaban solos en el espacio, pues detrás de ellos, por debajo de su nave, había un inmenso planeta de color blanco azulado.

No era la Tierra. El sol era más rojo, más grande y estaba más cerca, y bajo las manchas blancas de las nubes, en la franja iluminada por el sol, había un continente que no se parecía a ninguno que hubiera visto antes.

Y estaban doblemente acompañados, pues el radar graznó, avisándoles de que un objeto del tamaño aproximado de una nave estaba cerca de ellos. Se encontraba en el flanco más alejado del sol color rubí y quedaba brillantemente iluminado. Y tampoco

se parecía a nada que hubieran visto antes. ¿Una nave espacial? Bueno, estaba claro que era una nave espacial; ya que tenía forma de nave y se hallaba en el espacio, ¿no? De todas formas, resultaba bastante extraño el que pareciera estar concebida para la atmósfera. No tenía alas, cierto, pero sus curvas de insecto eran las de un cuerpo capaz de sostenerse en el aire, y poseía superficies de control que en el vacío carecían de todo significado.

No sólo tenía forma de insecto: también tenía sus patas y sus garras. Los reactores de la nave dejaron escapar pequeñas llamaradas de color blanco y azul. La nave giró sobre sí misma hasta que otro juego de reactores entró en acción y la dejó apuntando directamente a ellos. Una erupción de llamas doradas en la popa les indicó que los motores principales acababan de ponerse en marcha: la nave se lanzó hacia ellos, y las garras se abrieron.

Delilah podría haber escapado de ellas. Aquel insecto era un simple cohete, no una rueda absurda de luz violeta de la que resultaba imposible huir. Delilah tenía tiempo más que suficiente para escapar. Y también había tiempo más que suficiente para poner en marcha el tablero de armamentos y llevar a cabo todos los pasos necesarios. Preparar, y las luces del tablero secreto se encendieron con un destello verdoso. Apuntar, y la retícula del punto de mira empezó a parpadear, prometiendo una solución a su problema.

Disparar...

Pero Delilah no lanzó el proyectil.

La verdad es que Delilah no tuvo oportunidad de lanzarlo. Miranda comprendió lo que estaba haciendo y cayó sobre ella, sujetándole los brazos y apartándola del tablero mientras Castor intentaba ayudar a una de las dos, o decidir a quién debía ayudar en aquella confusión de Suéltalo, perra y No seas idiota, Tsoong y Te mataré Y ¡Vas a conseguir que muramos todos!, un auténtico concierto de gritos, siseos, gruñidos y chillidos. Apenas si había forma de saber quién gritaba qué..., pero unos instantes después eso dejó de tener importancia. La lanzadera alienígena estaba demasiado cerca. Las garras se cerraron. Y la repentina aceleración causada por el alienígena, que empezó a remolcarles, hizo que todos salieran despedidos.

La reentrada se fue aproximando con la misma lentitud que si estuvieran en la Tierra; de repente, se encontraron con que tenían montones de tiempo. Había tiempo suficiente para conectar los motores, utilizar hasta la última gota de combustible, liberarse de las garras de aquel insecto de acero...

Pero, ¿adónde irían?

Por lo menos, ahora tenían tiempo para tratar de comprender dónde estaban y qué estaba pasando, aunque daba la impresión de que ni todo el tiempo del mundo bastaría para conseguirlo. Los sensores empezaron a captar datos del planeta hacia el cual estaban bajando. Era un planeta más grande y frágil que la Tierra, con una atmósfera sorprendentemente densa, lo cual explicaba que esa lanzadera no tuviera alas y que sus contornos fueran tan redondeados.

La zona del continente era bastante cálida, con una temperatura como la de Hainan o superior, y ni tan siquiera los polos debían estar muy fríos.

Estaba habitado.

¡Bueno, naturalmente que estaba habitado! Delilah empezó a reñirse a sí misma: de lo contrario, ¿de dónde podría haber salido aquella lanzadera? Pero, aún así, ver las luces cristalinas del lado oscuro y el destello de lo que sólo podían ser ciudades en el lado iluminado resultaba de lo más impresionante. ¡Qué ciudades! Comparada con ellas, Beijing era una aldea formada por chozas de barro. Y la otra indicación de que el planeta estaba habitado fue que el planeta se puso en contacto con ellos y se lo dijo.

—¡Mirad eso! —graznó Castor, que estaba utilizando su equipo de comunicaciones; y, desde luego, valía la pena mirarlo.

Estaban recibiendo imágenes y sonidos.

Nada de lo que recibieron estaba demasiado claro, por supuesto, y ninguna de las imágenes o sonidos duró mucho tiempo. Los fotones contenidos en una rebanada de radiación electromagnética son los mismos tanto en la Tierra como en el quasar más lejano. Pero la forma de contarlos, medirlos y descifrarlos usada por los técnicos depende del azar y de qué equipo adecuado se tenga a mano cuando alguien construye el primer tubo de vacío. Los alienígenas no usaban las mismas bandas o parámetros de línea: de hecho, ni tan siquiera usaban las opciones básicas del espectro electromagnético que han llegado a ser doctrina en la Tierra. El equipo de comunicaciones de su nave poseía unos recursos maravillosos. Podía buscar transmisiones moduladas donde fuera, y luego podía dedicarse a resolver el enigma de las pautas que las componían hasta dejarlas congeladas en forma de datos. Pero hacerlo le resultaba bastante difícil, y algunas veces no lograba dar con ninguna solución. Por lo tanto, lo que recibieron eran meros fragmentos y retazos de sonido. Había pautas de colores que carecían de significado; la mayor parte ni tan siquiera llegaba a formar esas pautas. Pero de vez en cuando, durante una fracción de segundo imágenes. ¡Y qué imágenes!

Había un grupo de criaturas —¿parecidas a insectos? ¿o a topos? Realmente, no tenían ningún patrón con el que juzgarlas— que parecían estar trepando las unas sobre las otras y se detenían de vez en cuando para mover los labios; pero el canal de sonido no estaba sintonizado con la imagen, y los sonidos que emitían se les escaparon.

Había otra criatura —¿o sería quizá la estatua de una criatura?—, metida en una especie de hornacina de oro: la criatura era muy parecida a un avestruz, pero tenía brazos en vez de alas.

Había una ciudad..., quizá fuera la ciudad, o una de las ciudades que iban cobrando vida bajo ellos a medida que giraban alrededor del planeta. Verde brillante y rosa sorprendentemente fuerte, una intensa oleada de colores.

Había una máquina que bombeaba lo que parecía una especie de jarabe muy

espeso..., en cuanto a cómo lo hacía, el porqué o el para qué, no tenían forma alguna de adivinarlo.

Y ahí estaba su propia nave, apareciendo como un punto en la pantalla y esfumándose al instante.

Había un planeta, y el planeta era la Tierra.

Había mil cosas más; y la frecuencia auditiva estaba llena de sonidos: un continuo parloteo de datos, códigos y telemetría; murmullos de lo que casi parecían voces, pero en cuanto a lo que decían y a quién pertenecían, era imposible saberlo.

De hecho, los sonidos les llegaban en tan mal estado como las imágenes. De vez en cuando uno de ellos casi parecía inteligible: el susurrar de una frase en inglés («... rescataros...») ¿Era eso lo que habían dicho?, o un nombre, si es que «A-Belinka» era un nombre. Y Castor captaba todos aquellos fragmentos y briznas y los hacía pasar por las pantallas secundarias y los altavoces para que Delilah y Miranda pudieran tratar de encontrarles un significado mientras él seguía buscando más...

Y, durante todo ese tiempo, sin parar, seguían bajando hacia lo que les había secuestrado, fuera lo que fuese.

Todo el tiempo del mundo no habría sido suficiente para tratar de comprender, o sentir terror, o planear qué medidas podían adoptar contra el destino que les aguardaba. Eso no importaba. No tenían todo el tiempo del mundo. La reentrada empezó repentinamente, y ya no hubo tiempo para nada.

Y, además, fue tan brusca como en la Tierra. Por fortuna, habían logrado volver a sujetar sus maltrechos cuerpos a los asientos. Delilah no tenía ni idea de si eso bastaría para salvarles; aquella situación encerraba montones de peligros. Las garras de la lanzadera alienígena habían aferrado su nave sin demasiados miramientos. Las superficies ablativas ya no estaban en su sitio y no podrían servirles de nada.

Pero sus captos habían pensado en eso. El impacto térmico fue mínimo. La nave en forma de insecto fue disparando sus retrocohetes en una serie de salvas casi continuas. La piel de su nave no tuvo tiempo de ablandarse y arder antes de que su velocidad quedara reducida a lo que casi era un arrastrarse, cuatro mach o menos, y después vino un largo y suave planear hasta la superficie. Se posaron en ella con una sacudida, rebotaron sin demasiada fuerza y con una sorprendente lentitud, y la nave acabó deteniéndose.

Cuando se dieron cuenta de que estaban sanos y salvos —al menos de momento—, se quitaron a toda prisa los cinturones y los arneses. Castor fue el más rápido. Antes de que Delilah pudiera detenerle, antes de que hubiera podido comprender que quizá fuera un acto fatal, Castor ya estaba en la puerta, y la abría para revelar su nuevo mundo. Todos sus reflejos actuaban con la lentitud de la melaza al deslizarse. El tirón de la gravedad era claramente inferior al de la Tierra, y todos sintieron que les daba vueltas la cabeza. Delilah sólo tuvo el tiempo necesario para gritar:

—¡Ten cuidado!

La atmósfera no les mató.

Tenía un olor extraño, desde luego, pero no desagradable. Recordaba un poco al que emitirían unas setas asándose en la lejanía. Y se parecía un poquito al olor del mar. Estaba lloviendo, gotas grandes y perezosas que parecían jarabe de menta, y soplaba una brisa suave y francamente cálida. Los astronautas se agruparon alrededor de la escotilla y contemplaron una llanura marrón. Por desgracia, la escotilla no daba a la ciudad que habían visto, pero en un extremo de ésta se podían ver edificios de menor tamaño, pegados los unos a los otros y formando algo parecido a los cristales que podrían crecer en un mar saturado de sales: prismas verdes y azules, agujas doradas, columnas de rubí.

Y, por lo que pudieron oír, daba la impresión de que alguien estaba a punto de darles la bienvenida.

—Guarda eso —gruñó Miranda, y Delilah se dio cuenta de que tenía la mano metida dentro del cinturón de su traje, y que sus dedos ya estaban buscando el arma que Tchai le había dado.

—Sí, Delilah, por favor —dijo Castor con voz nerviosa—. No demos comienzo a ninguna pelea.

Delilah no les respondió. Volvió a guardar el arma, y eso ya era una respuesta suficiente. Saltó valerosamente de la escotilla, se posó sobre aquel suelo marrón — ¡qué extraña era la lentitud con que se caía aquí!—, y empezó a librarse de su traje, pensando que sin ellos tendrían un aspecto menos amenazador. Además, estar dentro de él la hacía sudar de una forma terrible.

Los sonidos de Alguien Acercándose se hicieron más fuertes. Delilah logró terminar de quitarse la parte inferior del traje cuando los sonidos ya estaban en el otro lado del cohete, y un instante después giraban velozmente hacia los tres humanos medio desnudos.

Era una plataforma volante. Osciló un poco al dar la vuelta y fue hacia ellos reduciendo la velocidad: detrás venían otras dos o tres plataformas, y el zumbido y el chirriar de sus bombas de aire resultaba ensordecedor.

Todas llevaban pasajeros. ¡Y qué pasajeros! ¡Pasajeros alienígenas, desde luego, todo lo alienígenas que uno pudiera desear! Tenían los rostros abultados y provistos de antenas, y una cresta reluciente cubría sus espaldas. ¡Monstruos del espacio! ¡Criaturas letales cuyo aspecto hacía que las pesadillas infantiles parecieran inofensivas!

Pero Delilah ya había esperado ver monstruos y, además, estos monstruos no eran mayores que gatos. Algunos llevaban ropa y lo que parecían ser adornos: gorgueras de tela rodeando el sitio en el que deberían haber estado sus cuellos, capas y joyas, así como lo que Delilah pensó debía ser el equivalente de los relojes de pulsera, los colgantes comunicadores y otros objetos parecidos. La mayor parte no llevaba nada. Los monstruos desnudos daban la impresión de haberse agarrado a las plataformas volantes usando el primer asidero que encontraron, y algunos de ellos estaban a punto de caerse...., ¿serían niños?

Uno de ellos hizo algo, y las tres plataformas se posaron alrededor de la nave espacial terrestre mientras un gran holograma aparecía en el cielo: en uno de sus extremos había uno de aquellos seres que parecían avestruces; en el otro había lo que Delilah reconoció como un pájaro cuyas garras aferraban relámpagos y hojas; en el centro había un globo que bien podría haber sido concebido para representar a la Tierra.

Todas aquellas sorpresas fueron percibidas por el rabillo del ojo, pues lo que vio más claramente era a la mujer, una mujer inmensa que sonreía blandiendo un sable, con los pechos desnudos y un aparatoso embarazo, alzándose triunfalmente entre los alienígenas como si éstos le pertenecieran —o ella a ellos—, y que se dirigió a los tres desnudos visitantes con un potente alarido.

—¡Bienvenidos! ¡Tened valor! ¡Aún conseguiremos salvarlos!

—Oh, Dios mío —murmuró Miranda, que estaba junto a ella, y Delilah no tuvo ni idea de qué pretendía decir con esas palabras. Ninguno de ellos supo cómo responderle. La sorpresa les había dejado paralizados.

Que los alienígenas de la segunda plataforma se movieran velozmente hasta formar un grupo más o menos ordenado y colocaran ciertos objetos ante ellos fue una sorpresa levemente menor, pero no hizo mucho por tranquilizarles. Los alienígenas empezaron a soplar en algunos objetos y a frotar otros; los más comunes eran cosas que parecían xilófonos horizontales, que empezaron a golpear.

Y lo que brotó de aquellos objetos era música. Al menos, se parecía bastante a la música.

Delilah no tenía forma de reconocerla, pero Miranda contuvo el aliento y se echó a llorar.

—¡Oh, Castor! ¡Se han acordado! ¡Es el «Saludo a la Bandera»!

Jupe estaba fuera cazando cuando llegó el gran día. No había planeado que fuera así. El acontecimiento le cogió por sorpresa. Creía que los Auténticos-Norteamericanos no tenían que llegar hasta dentro de unos días. Pero se equivocaba, por lo que se lo perdió todo: el aterrizaje del yate presidencial, las ceremonias de bienvenida que le ofreció el grupo del primer contacto..., todo. Cuando volvía, se detuvo a matar un atisbo: siempre le había gustado mucho el asado de atisbo, que tan succulento y dulce resultaba en cuanto aprendías a quitarles las sales de hierro. A partir de entonces nunca volvió a probarlo.

Entró en su nido-hogar, sudando profusamente en la cálida y húmeda atmósfera del Mundo, cogió una hoja velluda para usarla como toalla con la que quitarse el sudor..., y sus hermanas mayores le acogieron con burlas y reproches.

—Te lo has perdido, Jupe, bobo.

—Muy propio de ti, estar fuera matando lo que sea cuando...

—Es realmente el Presidente, Jupe, y...

—¡Oh, Jupe, y es tan guapo!

—¡Oh, no! —gimió, comprendiendo al fin lo que le estaban diciendo. Dejó caer

el atisbo al suelo, haciendo que la Hermana Mayor Marcia empezara a lanzarle reproches por haber ensuciado sus esterillas limpias con sangre de atisbo. Jupe ni la escuchó—. ¿Han llegado? —preguntó, lleno de ira ante lo injusto que era el universo—. ¿Y nadie me avisó? —Pero, naturalmente, nadie podría haberle avisado, como se complacieron en explicarle varias de sus hermanas. Otras hermanas, especialmente las más embarazadas, salieron huyendo al ver su rostro enrojecido y la forma en que agitaba los brazos.

Júpiter jamás le haría daño a una de ellas voluntariamente, eso estaba claro. Pero a veces, cuando empezaba a mover los brazos igual que aspas de molino, dominado por la rabia y la excitación, sus brazos podían tropezar con algo. Era un rasgo inherente a su carácter, y Jupe tenía montones de carácter.

—Por favor, Júpiter, estate quieto —le suplicó una de las hermanas pequeñas, acercándosele desde atrás. Era una jovencita de diez años muy lista llamada Susify, y traía la más suave de las hojas-toalla para frotarle y aceite para quitar las manchas que la sangre de atisbo había dejado sobre su bronceada piel, y le apartó suavemente del estropicio que había en el suelo. Marcia ya estaba dándole patadas a un grupo de erks estúpidos para que las criaturas se encargaran de limpiarlo todo y llevar la carne fresca a la cocina, mientras Júpiter golpeaba el suelo con el pie y maldecía al enterarse de las malas noticias.

No..., ¡no eran malas noticias! En realidad eran muy buenas. La única parte mala era que Jupe había estado vagabundeando por los bosques en vez de estar en Ciudad Espacial para asistir a ese glorioso momento o, por lo menos, pegado a un visor de índices junto con sus hermanas. ¡La mayor emoción posible en toda una vida! ¡Y se la había perdido! No había visto cómo los Han lanzaban el yate presidencial, y no había podido disfrutar de las imágenes transmitidas por los ojos espía que orbitaban el sol de la Tierra. Se había perdido la entrada del yate en el espacio cercano cuando el transportador espacial lo sacó de un cosmos y lo lanzó al otro. Se había perdido la captura del yate, el aterrizaje, el primer saludo de los jubilosos corazones de los yanquis leales del Mundo.

¡Se lo había perdido todo!

Sus hermanas se lo contaron, naturalmente, parlotando una después de otra y juntando sus fragmentos de relato hasta formar un mosaico completo. El Presidente venía solo..., al menos, en lo tocante a machos. Naturalmente, iba acompañado por dos hermanas... ¡pero eran rarísimas, Jupe, una vieja cetrina y llena de arrugas, y otra joven, cetrina y muy enfadada! ¿Quién les había recibido en la Ciudad Espacial? Oh, pues la Gobernadora en persona, claro está, Polly la Grande. Sí, había pronunciado un discurso. Sí, claro que lo habían grabado, habían grabado cada minuto de todo lo sucedido; ¿quería verlo?

¡No, no quería verlo! ¡Su sitio estaba ahí! ¡Pensaba ir ahí tan pronto como fuera posible!

No es que Jupe fuera un ferviente patriota (todos lo eran), y ni tan siquiera había

recibido entrenamiento de combate. Eso era algo que todos habían recibido; era su función social más importante después de engendrar niños, función de la que Júpiter estaba biológicamente exento. Pero la minúscula minoría de machos no sólo estaba lista para el combate; habían nacido para combatir. Todo el mundo lo sabía. Las hermanas estaban dispuestas a combatir porque ése era su deber. Los machos estaban dispuestos a combatir porque eran guerreros. La mayor parte del descontento que Júpiter sentía hacia el universo—y era un descontento muy considerable—, nacía de no tener cerca a ningún contrincante adecuado para un guerrero. No se podía luchar con los erks, ni con los estúpidos ni con los listos, aunque sólo fuera porque su número era elevadísimo. (Además, estaban en su planeta, más o menos.) Podías cazar y matar atisbos o pájaros porteadores salvajes, claro está, y eso resultaba muy agradable, aunque esas criaturas idiotas nunca intentaban luchar. Pero lo que Júpiter había anhelado desde que recibió su primer juego de varas pugilísticas a los cinco años era un enemigo.

Todo yanqui tenía garantizado un enemigo, naturalmente, pero jamás habían estado lo bastante cerca de él para llegar a combatir.

Hasta ahora.

—Dadle de comer a mi pájaro porteador —ordenó Jupe a las hermanas encargadas del establo—. ¡Traed mi uniforme! —ordenó a las hermanas de doce años que actuaban como doncellas—. ¡Preparadme un almuerzo ligero! —ordenó al personal de la cocina. De hecho, empezó a lanzar órdenes en todas direcciones y, como ocurría siempre, el nido se convirtió en un hervidero de actividad centrado en su único y adorado macho.

Ser un emigrado y haber pasado toda la vida sabiendo que hay un Hogar que te ha sido robado es algo terrible, algo de lo que enorgullecerse. Querer recobrar ese Hogar... La mentalidad del emigrado inflamaba las aspiraciones de cada yanqui del Mundo. Era el mismo fuego en el estómago que mantuvo a generaciones de cubanos, polacos y judíos eternamente consagrados a ese Hogar perdido, nunca visto y medio mítico. Cuanto más improbable se volvía la idea de reconquistarlo, más aumentaba la temperatura con que ardía ese fuego.

Júpiter quería combatir por ese Hogar. Lo deseaba ardientemente, y eso no era culpa suya. Era el producto de su edad y su vida. Y, sí, de su género sexual; un antiguo llamado Daniel Patrick Moynihan dijo en una ocasión que toda sociedad se ve invadida por sus propios bárbaros una vez cada generación: se refería a los bárbaros que ella misma genera, los machos jóvenes cuya edad va de los diecisiete a los veintitrés años. Júpiter era un bárbaro de primera calidad y tamaño superior. Andaba buscando ciudades que saquear o enemigos a los que matar; eso era lo que sus glándulas le pedían. Y, además, era un emigrado de tercera generación que vivía en un planeta situado a unos cuarenta años luz del Hogar, por lo que el impulso combativo tenía un punto en que enfocarse. ¡Recapturar!

¡Recobrar! ¡Vengarse! Ésas eran las palabras clave en las letanías que había

aprendido cuando farfulló sus primeras palabras de bebé.

El que sólo hubiera un macho humano por cada ciento setenta hembras humanas del Mundo hacía que la fuerza invasora no pudiese ser exclusivamente masculina, claro está.

También las hembras lucharían. Estaban entrenadas para ello, y su fervor durante el combate sería igual al de Júpiter. Podían ser tan letales como él y, en cuanto las batallas empezaran, lo serían. Pero no poseían las glándulas de Júpiter, por lo que todas las hermanas le rodearon, gorjeando llenas de admiración, incluso aquellas que anhelaban el combate tanto como él. Los erks estúpidos iban y venían por el nido para encargarse de traer su uniforme, limpiar las manchas y planchar las rayas hasta dejarlas tan afiladas como cuchillos. Las hermanas llegaban corriendo de todas partes para alabarle y admirarle mientras Júpiter se bañaba, se afeitaba y practicaba feroces expresiones militares ante un espejo. La Hermana Mayor Loyola llegó hasta el extremo de marcharse de la guardería, abandonando a los quince miembros de la nidada que aún no eran lo bastante mayores para hablar; un grupo de erks estúpidos supervisado por una niña de doce años se encargaría de alimentarlos.

—Ojalá pudiera ir contigo, Júpiter —suspiró—. ¿No quieres esperar hasta que les haya acostado?

Júpiter no dijo que no. Se limitó a reír y le lanzó una de esas feroces expresiones militares, pues ella conocía la respuesta tan bien como él. Júpiter no esperaría por ningún motivo..., salvo, por supuesto, el de la ineludible entrevista que debía mantener con la Madre Hermana antes de marcharse.

Y estaba posponiéndola todo el tiempo posible.

Cuando Júpiter hubo organizado a todo el nido para la tarea de preparar su viaje dejó que las hermanas de la cocina le alimentaran. Había bistec de atisbo: no del animal que había traído al nido, sino de uno sacado del congelador. Había verduras frescas del huerto, y un vaso de zumo de frutas bien frío. El nido de Jupe era uno de los más antiguos, y todos los que vivían en él pensaban que era uno de los mejores..., especialmente por su espléndida forma de alimentar a sus miembros.

Naturalmente, cada nido creía tener algo que lo hacía especial. Eso era perfectamente normal y lógico. El número de nidos era lo bastante escaso como para que cada uno pudiera alardear de alguna distinción especial; el Mundo aún contenía pocos humanos, incluso después de medio siglo dedicado a la crianza intensiva de niños.

Los sitios del Mundo en que vivían los yanquis solían estar junto a alguna de las inmensas ciudades erk. Los humanos rara vez vivían en las ciudades. Las ciudades eran demasiado asfixiantes y calurosas, y no había ninguna forma práctica de acondicionarlas contra la húmeda atmosfera del Mundo. En realidad, el aire del nido no estaba más frío que el del exterior. El paso de las generaciones había hecho que los norteamericanos se acostumbraran a una temperatura promedio de unos treinta y tantos grados y los erks, naturalmente, habían evolucionado para prosperar en ella. La

gran diferencia consistía en que el aire del interior era mucho más seco que el de fuera. Bolsitas de sales higroscópicas colocadas en los ventiladores del nido absorbían gran cantidad del vapor de agua que había en la atmósfera. Cuando las bolsitas quedaban saturadas, los erks estúpidos se las llevaban y las secaban en hornos..., o usando su propio calor corporal cuando se agrupaban para dormir, hacerse compañía o tener relaciones sexuales. A ningún erk, ya fuera estúpido o listo, le importaba estar mojado.

La otra razón de que los norteamericanos vivieran en nidos y no en las ciudades medio desiertas era que los erks listos no querían verles ahí. Y, después de todo, el planeta era suyo.

Más o menos.

Cuando terminó de almorzar, Júpiter tensó marcialmente su mandíbula para enfrentarse a la entrevista con la Madre Hermana Nancy-R. No podía posponerla por más tiempo, así que apenas tuvo listo su uniforme y se le informó de que Relámpago, su pájaro porteador, estaba tomando su cena con un apetito excelente, Jupe salió del gran nido para dirigirse hacia la agradable casita situada bajo el árbol joe que pertenecía a la Madre Hermana y su esposa.

La Madre Hermana Nancy-R tenía más de cincuenta años, pero aún seguía siendo asombrosamente bella. Todas las mujeres del nido de Júpiter eran más hermosas de lo habitual; cuando los hermanos de otros nidos decidían viajar un poco solían entretenerse una o dos semanas en él, probando a una hermana distinta cada noche. Al marcharse siempre mostraban un cortés entusiasmo hacia su belleza. Una docena de hermanos o más se habían ofrecido para acostarse con Nancy-R, pese a su edad, pero ella era les de pies a cabeza. Les monógama. Ella y Suzi llevaban treinta años formando pareja, y ya habían sido madres orgullosas de quince criaturas, con otra en camino. Y cada una de ellas era exclusivamente suya... ¡nada de implantes salidos del congelador para la esposa de Nancy-R!

Entre Jupe y Nancy-R siempre había habido cierta lucha soterrada por conseguir la posición dominante. Jupe era El Macho. Nancy-R era La Madre Hermana.

La propia madre anfitriona de Nancy-R había estado en el Primer Aterrizaje. Eso no quería decir que formara parte de la tripulación del vuelo original. Cuando aterrizaron en el Mundo en el año 2047, aquellas mujeres habían dejado muy atrás la edad adecuada para llevar a término el embarazo de un embrión implantado, por no hablar de concebir un hijo propio. Nancy-R había heredado la forma de vivir de su madre, lo cual no era nada sorprendente. Era un poco anticuada. Al menos, en algunos aspectos: cuando llegó a la menarquía-más-cuatro y todas las mujeres de su edad estaban con sus primeros embarazos, su decisión de no tener hijos hizo enarcar un montón de cejas meticulosamente depiladas. Pero Nancy-R no estaba dispuesta a dejarse convencer. En ese aspecto era una radical aunque no lo fuera en ningún otro. No estaba dispuesta a quedar embarazada salvo por amor. ¡Por amor, nada menos...! Pero bastaba con echarle una mirada a su casita para adivinar que era una mujer de

costumbres algo anticuadas. Prueba uno: la Vieja Gloria flameando en una pantalla mural. Prueba dos: fotos firmadas sobre cada superficie plana, fotos de quienes estuvieron en el Aterrizaje Original, autografiadas personalmente para ella. Prueba tres: delante de su puerta, como gesto cortés hacia sus anfitriones, uno de los Dioses Vivientes de los erks, con su largo cuello, sus dos patas y su cuerpo de renacuajo.

—Así que por fin has venido —le dijo a Jupe al verle llegar contoneándose bajo la arcada del árbol joe, con la bolsa de su uniforme al hombro.

—¡No lo sabía! —replicó secamente Jupe. Saludó con la cabeza al Dios Viviente y esperó con impaciencia a que Nancy-R se apartara para dejarle entrar en la casita.

La hembra más vieja del nido y su único macho siempre estaban luchando entre ellos para llevar la voz cantante. Jupe ganaba algunos asaltos ocultándose de ella cuando estaba haciendo cosas que pensaba que ella no aprobaría. Nancy-R ganaba otros asaltos leyendo lo que había en su mente, siempre que podía hacerlo. Sabía a qué había venido. Hasta el macho del nido necesitaba permiso para abandonar el territorio. ¡Pues claro que quería ir a Ciudad Espacial! Diablos, ¿qué norteamericano no desearía ver a su Presidente? Y Nancy-R sabía qué tormentas se desencadenarían si le negaba su permiso, por lo que su primera estrategia fue apoderarse de la idea y convertirla en suya.

—¿Por qué sigues aquí, Jupe? ¡Quiero que vayas a saludar al Presidente ahora mismo!

La no muy convencida expresión de mal humor de Jupe se desvaneció al instante.

—Oh, gracias, Nancy —dijo, quitándose los pantalones cortos y empezando a ponerse los pantalones de su uniforme. Tenía un cuerpo soberbio, pensó Nancy-R con una punzada de admiración puramente estética. Para ser un hombre, claro está—. Los erks están preparando mi equipo —añadió Jupe—. Podré marcharme dentro de diez minutos.

—Estupendo, querido. ¿Vas a ir en Relámpago? Pero si está a punto de entrar en celo...

Se pasará todo el trayecto persiguiendo otros pájaros. —Las comisuras de sus labios se inclinaron hacia abajo, dejando de sonreír, y los párpados se pusieron a media asta—.

Pero, naturalmente, si hay alguien capaz de manejarlo, ése eres tú, Jupe—se apresuró a añadir—. ¿Quieres darme tu informe antes de partir?

—A eso he venido —dijo él, y esperó pacientemente a que Nancy-R llamara a su esposa Suzi y a que Suzi, con su abultado vientre precediéndola por una buena distancia, apareciera para entregarle la grabadora. Jupe le dio unas palmaditas amistosas en la barriga—. Es una suerte que Nancy siguiera teniendo un óvulo en buen estado a su edad —comentó, y a Suzi se le escapó una risita mientras dejaba caer la aguja del aparato y movía la cabeza indicándoles que podían empezar.

Jupe había estado buscando un lugar adecuado para un nuevo nido. (El rodeo para cazar atisbos había sido una idea de última hora.) Su nido tenía ciento treinta y una hermanas mayores de ocho años y estaba listo para escindirse. Todo el mundo quería un nido nuevo, siempre que fuera posible. Un nido nuevo significaba que una de las mayores podría convertirse en una Madre Hermana sin tener que esperar a que Nancy-R muriera.

Más aún, significaba que era posible dar a luz otro macho sin alterar el porcentaje

al que debían mantener. ¡Y, por encima de todo, significaba que la Norteamérica del Mundo estaba viva, gozaba de buena salud e iba creciendo!

Jupe le dio rápidamente su informe. Junto al lago había tierra fértil. El lugar estaba cerca de una ciudad erk bastante bien conservada. Los alrededores contaban con montones de erks estúpidos para que hicieran el trabajo y una cantidad adecuada de erks listos para servir de acompañantes. Tendrían el agua del lago—ya había entregado muestras para que fueran analizadas—, había buenos drenajes, e incluso el paisaje era bonito, con colinas en el horizonte y la límpida extensión del lago.

—Así que podemos fisionarnos cuando quieras, Nancy-R—concluyó, y le sorprendió ver que fruncía los labios—. ¿Qué pasa? —preguntó.

—Estoy preguntándome si realmente queremos hacerlo —dijo.

—¿Que si queremos? ¡Pues claro que querremos! ¿Por qué no íbamos a querer hacerlo?

Nancy-R le guiñó un ojo a Suzi. ¡Un punto a su favor! Estaba claro que Jupe no había pensado en todos los factores.

—Porque ahora quizá nos vayamos todos a la Tierra —dijo, y disfrutó viendo la mezcla de sorpresa y éxtasis que inundó el rostro de Jupe. Jupe estaba soberbio con su uniforme.

Y lo sabía. El uniforme había sido confeccionado por erks listos que le prestaron una amorosa y fiel atención a todas las viejas imágenes y al nuevo diseño del Senado Norteamericano: pantalones, gorra con visera, chaqueta con galones y pistolera al hombro.

Hasta la pistola funcionaba, aunque no resultaba muy precisa y tenía poco alcance. Todos los norteamericanos poseían uniformes: se los confeccionaban apenas cumplían los diez años. Se usaban para los desfiles del Día de los Veteranos y el Cuatro de Julio; también servían para ponérselos cada vez que alguien inventaba una excusa lo bastante buena. El atuendo habitual de Jupe se limitaba a unos pantalones cortos y una delgada capa de aceite. ¡Pero, tal y como había visto en el espejo de Nancy-R, el uniforme le daba un aspecto magnífico!

Relámpago, su pájaro porteador, se hallaba a punto de entrar en celo, y cuando llegó a la pista no estaba por allí. Los erks estúpidos chocaban nerviosamente unos con otros, chillando y señalando hacia el cielo. Y allí estaba Relámpago, en pleno vuelo, persiguiendo pájaros para que le sirvieran de postre después de la comida: necesitaba acumular una reserva de proteínas para el próximo apareamiento. Cuando por fin acabó posándose pesadamente en la pista, batiendo majestuosamente sus grandes alas, tenía la boca llena de sangre negra. Pero en cuanto Jupe le acarició la bolsa, Relámpago la abrió sin protestar.

—¡Jupe, tío! ¡Eh, Jupe! ¿Me llevas a dar un paseo?

Jupe se dio la vuelta, con una pierna ya metida en la suave y cálida bolsa de Relámpago. Era Ike, el erk listo, que venía hacia él dando saltitos sobre sus

rechonchas piernecitas. Ike también iba uniformado (al menos, todo lo uniformado que podía ir un erk): llevaba una capa de colores cubriéndole el cuerpo, y se tocaba con una gorra cuya visera estaba tan reluciente como la del mismo Jupe.

—¿Puedo venir? —le suplicó—. ¿Tienes espacio suficiente?

—Es nuestro Presidente, no el vuestro —dijo Jupe con suspicacia.

—¡No, no! —chilló el erk—. ¡También es nuestro Presidente, Jupe! De todas formas, quiero estar en el desfile. Por favor, Jupe, venga, ¿por favor?

—Oh, bueno —dijo Jupe, aunque consiguió que sus palabras sonaran casi como: «Oh, diablos». Pero el erk se había salido con la suya. La verdad es que Jupe apreciaba a Ike.

Incluso habían ido a cazar una o dos veces juntos, y aunque Jupe era mucho más fuerte que él, el erk era mucho mejor oliendo a los atisbos, y sabía quedarse totalmente inmóvil hasta que éstos se ponían a tiro. Ike era viejo para un erk, incluso para un erk listo. Tenía sus buenos diez años más que la Madre Hermana; había presenciado el Aterrizaje Original.

Además, era bastante grande para ser un erk, casi tan grande como un perro collie.

Relámpago dejó escapar un gruñido de disgusto al darse cuenta de que iba a llevar carga doble, aunque uno de los pasajeros no fuera más que un erk. Bueno, tanto daba. Sólo era una pequeña molestia, nada que fuera a poner realmente a prueba sus fuerzas. La evolución había diseñado a Relámpago para llevar toda una camada de seis u ocho crías a la vez, y la poca gravedad del Mundo hacía que sus músculos fueran perfectamente capaces de enfrentarse a esa tarea.

Claro que, una vez dentro de la bolsa, sus pasajeros se encontraron algo apretados.

Relámpago soltó un par de gemidos al sentir las punzadas de unas suelas, la tiesura del cinturón o la rigidez de la pistolera.

—Ten cuidado —le dijo Júpiter al erk, malhumorado. Ike, con expresión contrita, se apresuró a esconder sus garras de trepar a los árboles.

Relámpago gruñó y los músculos de su bolsa se agitaron convulsivamente, pero cuando Jupe agarró firmemente sus pezones y tiró de ellos emprendió el vuelo sin vacilar, ascendiendo por la húmeda y cálida atmósfera.

Como todos los pájaros portadores, Relámpago había sido entrenada para que se acostumbrase a su jinete. Un minúsculo Jupe se había metido en la bolsa del pájaro portador cuando los dos eran muy jóvenes y la bolsa apenas si era fértil. Habían crecido juntos. Relámpago seguía las instrucciones dadas por la mano de Jupe con la tranquila familiaridad que da una larga práctica, aunque había veces en que esa mano necesitaba mostrarse firme. Relámpago estaba empezando a tener mucho apetito, por lo que, cuando una incauta bandada de pájaros pasó cerca de ellos, Jupe tuvo que contenerla. El resto del tiempo Relámpago siguió volando sin necesidad de instrucciones. Jupe pudo relajarse y hablar con Ike, el erk listo, y tuvo tiempo para

contemplar el paisaje que desfilaba bajo ellos. Pero, básicamente, se dedicó a hablar.

—¿No has visto las cintas? —le preguntó Ike, escandalizado.

Júpiter le echó una mano al erk para que pudiera sacar la cabeza de la bolsa.

—No he tenido tiempo —dijo secamente, pero el erk meneó la mandíbula en un gesto reprobador. La mandíbula era lo único que los erks podían menear: la cabeza estaba unida al torso igual que en las ballenas o las chinchas. Ike estaba indignado.

—¡Te perdiste el acontecimiento más importante de todos los tiempos! —dijo Ike, y hurgó en la bolsa de su vientre, buscando un visor de bolsillo. El pájaro porteador graznó una protesta malhumorada cuando uno de los cantos del visor le arañó el delicado tejido interno de la bolsa. Ni Jupe ni el erk le hicieron ningún caso—. Mira —ordenó el erk, marcando el código para la recepción del Presidente. —No, no, antes —le suplicó Júpiter, y, tan obediente como siempre, el erk tecleó el código correspondiente. Júpiter dejó escapar un jadeo de emoción al ver cómo el yate presidencial emergía de la ruta espacial, tal y como se había planeado. El yate no ofreció ninguna resistencia. Los garfios de la lanzadera se cerraron limpiamente sobre su casco —chasquido y unas cuantas imágenes borrosas, ya que el erk estaba pasando la cinta a doble velocidad—, y unos instantes después vio a Polly la Grande, la Gobernanta de todo el Mundo Norteamericano, adelantarse triunfalmente para recibirle. El erk estaba mirando por encima del hombro de Júpiter.

—No es muy alto, ¿verdad? —preguntó Ike, y Júpiter se envaró.

—¿A qué viene eso? Su estatura es perfectamente normal—dijo, usando su tono de voz más seco y marcial. ¡Ningún erk iba a criticar a un Auténtico-Norteamericano en su presencia! Aunque, a decir verdad, Polly la Grande era mucho más alta que su Presidente...

Eso no importaba. Lo que importaba era que el Presidente estaba al fin en el Mundo.

¡Ahora todo podría empezar a ponerse en marcha! Según el índice de noticias, en esos mismos instantes el Presidente y las dos hermanas de tez cetrina que le acompañaban estaban reunidos con las Senadoras disponibles. Más Senadoras, Congresonas, oficiales militares y líderes como el mismo Júpiter llegaban a Ciudad Espacial a cada minuto que pasaba.

—Date prisa —le suplicó Ike—. No queremos perdernos el desfile, ¿verdad?

—Relámpago está volando todo lo deprisa que puede —dijo Jupe, muy serio, pero le dio otro tironcito disimulado al pezón de guía. Relámpago dejó escapar un gemido de protesta pero se las arregló para aumentar un poco su velocidad. Júpiter sabía que ahora estaba yendo lo más rápido posible. Se resignó a la idea de pasar el rato asomando la cabeza de la bolsa, soñando despierto junto al erk; y sus labios se fueron curvando lentamente hasta formar una gran sonrisa y así se quedaron.

Si alguien les hubiera estado viendo desde abajo (alguien como Castor o Delilah, por ejemplo), Júpiter e Ike habrían ofrecido un aspecto muy extraño. Las dos cabecitas formaban un contraste de lo más chocante: la de Júpiter, morena y ceñuda

pero humana, protegida por la visera de su gorra; la del erk menos humana que la de un topo, con la nariz en forma de estrella. Los erks eran mamíferos... aproximadamente. Al menos tenían sangre caliente, y normalmente eran de piel suave. Pero a lo que más recordaban era a unos insectos que hubieran alcanzado el tamaño de terriers; y sus rostros no se parecían a los de ningún animal terrestre. Relámpago también resultaba bastante extraña, con su cuerpo rechoncho y sus alas de libélula que medían ocho metros de envergadura, así como la bolsa en la que viajaban. Cualquier observador llegado de la Tierra habría quedado boquiabierto o habría salido huyendo, aterrado. Pero bajo ellos no había ningún observador desconocido que pudiera verles. Los erks de los campos levantaban la cabeza de sus hijos, y algunos de los más tontos daban volteretas sobre sí para saludarles..., hasta que los erks inteligentes que hacían de capataces les mordían y amenazaban. Jupe hizo que el pájaro porteador volara bajo para evitar el encontrarse con bandadas, manejándolo a la altura suficiente para no chocar con árboles o edificios, así que los sonidos del suelo les llegaban claramente, sobre todo cuando un inteligente o un humano les lanzaba un grito de saludo: «¡Honores a vuestro Dios Viviente Presidencial!» «¡Norteamérica para siempre!».

Relámpago lanzó un gruñido de interés, y Jupe vio que se estaban aproximando a Ciudad Espacial. Otros pájaros porteadores convergían hacia ella volando a baja altura, y además de ellos había aeroplanos que venían de sitios aún más lejanos: Relámpago tenía que vigilarlos mucho más atentamente que a los demás pájaros. Daba la impresión de que todos los yanquis del Mundo querían sobrevolar la Ciudad Espacial. Había setenta u ochenta nidos esparcidos en un radio de mil kilómetros alrededor del centro, y casi cada uno de ellos había enviado a su macho o hermana mayor para acoger al Presidente. Las filas del cortejo de bienvenida ya estaban empezando a tomar forma bajo las brillantes torres de Ciudad Espacial. Sus torres y cúpulas parecían recién construidas, aunque lo cierto que Ciudad Espacial llevaba ya casi tres mil años en ese sitio, y su aspecto no había variado en lo más mínimo.

—Llegamos a tiempo, llegamos a tiempo—graznó el erk, y Júpiter sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho.

Jupe no tenía una idea muy clara de lo que esperaba encontrar, ni qué hacer cuando aterrizaran. ¿Caer de rodillas ante su Presidente, rodeado por un millón de erks que lanzarían vitores y aclamaciones? ¿Acudir inmediatamente a los puestos de combate para repeler un ataque chicom? ¿Estaba seguro de que, fuera lo que fuese, sería algo marcial y espectacular!

Pero, en vez de eso, sólo recibió una rápida orden de la Senadora de su nido, Martha-W.

—¡Ve a la sala, Jupe! ¡Vacíala! ¡Necesitamos un sitio donde acoger al Presidente!
—Y Lupe se pasó la hora siguiente a al aterrizaje dando patadas a un montón de erks idiotas que no paraban de reírse amenazándoles e intentando convencerles de que abandonaran el auditorio situado en la base de la mayor torre de Ciudad Espacial, que

llevaba mucho tiempo sin utilizarse. El Presidente andaba por ahí... o eso decía todo el mundo. Quizás estuviera descansando, esperando a que el desfile y la sala estuvieran preparados.

El auditorio había sido construido por los humanos como un añadido a Ciudad Espacial durante aquellos tiempos en que cada hombre y mujer adultos del Mundo podían caber en él. A los erks idiotas les encantaba meterse en él porque lo encontraban muy extraño.

Sacarlos de allí era tan difícil como conseguir que los ratones formaran rebaños y se dejaran manejar. Los erks no oponían ni la más mínima resistencia, pero cada vez que los yanquis les daban la espalda volvían a entrar en el auditorio chillando alegremente y pasándose en grande. Los erks idiotas no se rindieron hasta no ver llegar a un equipo de viejos erks listos provisto de varas eléctricas y, sin parar de reír, acabaron retirándose a la gran extensión de césped verdeamarillento.

Lo cual sólo dejaba el problema de limpiar el auditorio.

Y los rumores no paraban de correr. El Presidente estaba hablando con la Gobernadora, la Teniente Gobernadora y los jefes erks. El Presidente decía que liberarían Norteamérica sin perder un instante, y todo el mundo estaba recibiendo armas auténticas. El Presidente había decidido que no contaban con los medios de transporte suficientes para una invasión; las consecuencias de tal decisión seguían siendo desconocidas.

Pero la verdad era que nadie había visto al Presidente.

Y, por su parte, el Presidente de los Estados Unidos, Pettyman Castor, había visto demasiado. Estaba aturdido. De hecho, casi había caído en un estado catatónico, refugiándose en lo más profundo de su cabeza para no verse obligado a tratar con un mundo exterior demasiado extraño y terrible.

Su «séquito» no estaba mucho mejor que él. Tsoong Delilah no hablaba más que en monosílabos, y su rostro había quedado paralizado en una expresión donde se mezclaban el disgusto y el desdén; Feng Miranda parloteaba incontrolablemente. Estaban sentados en una habitación triangular llena de flores (¡qué flores tan extrañas! ¡qué asfixiante mezcla de aromas repugnantes!), escuchaban, y apenas lograban enterarse de lo que se les iba diciendo. ¡Había demasiado que oír! Tenían la historia de un mundo entero que escuchar, y la Gobernadora Polly y el «erk» llamado Jutch no paraban de hablar y hablar...

Para empezar, descubrir que criaturas como los erks podían hablar ya era una sorpresa considerable. En la Tierra no había nada parecido, nada que pudiera prepararles para la terrible desorientación que suponía verse cortésmente recibidos por un animal —¿o sería un insecto? ¡No, era una cosa!— con más patas de las que debería tener y un rostro con bigotes de gato unido a un cuerpo parecido al de un insecto. Ni tan siquiera los seres humanos (y, por el amor de Dios, ¿por qué casi todos eran mujeres?) resultaban demasiado tranquilizadores. Eran tan tremendamente grandes... Su estatura superaba incluso a la de Castor, y las dos mujeres de raza Han

juntas no habrían bastado para formar una sola de aquellas gigantas.

Pero lo peor de todo era lo que decían, pues daba la impresión de que este lugar (lo llamaban «Mundo»..., ¡qué arrogancia!) albergaba una colonia perdida de seres humanos que llevaban generaciones reproduciéndose igual que gusanos, armándose con aparatos mucho más terribles de lo que Castor jamás hubiera podido llegar a soñar, aliándose con aquellas espantosas criaturas, los erks..., ¡preparándose para invadir la Tierra, fuera cual fuese el precio en vidas o la destrucción que ello causara!

Los Auténticos-Norteamericanos les dijeron que los humanos llevaban cincuenta y ocho años en el Mundo. Descendían de una misión interestelar lanzada en los últimos y espectaculares días de la aventura espacial, justo antes de que los cohetes despegaran poniendo punto final a cualquier tipo de aventura espacial en un futuro más o menos previsible. Los astronautas sabían que podía ocurrir algo así; la tensión había ido aumentando continuamente desde mediados del siglo XX hasta el momento de su lanzamiento. Aun así, el estallido de la guerra nuclear les pilló desprevenidos.

Y, después de que empezara, se quedaron sin futuro.

Cuando la tripulación de astronautas —cincuenta y cinco hombres y mujeres sanos, inteligentes y jóvenes (aunque iban envejeciendo)— comprendió que no había ningún mundo aceptable al cual volver, ya era demasiado tarde para dar la vuelta.

Siguieron adelante, tal y como se les había ordenado: hacia la Estrella de Van Maanen.

Y se llevaron otra gran sorpresa. De hecho, dos sorpresas. La primera fue descubrir que ninguno de los pequeños y rocosos planetas de Van Maanen tenía atmósfera y agua; no había ningún sitio donde posarse.

La segunda sorpresa fue, a la vez, mejor y peor. Mejor porque significaba que aún podrían llegar al fin natural de sus vidas, lo cual era un gran alivio para cincuenta y cinco hombres y mujeres que se habían enfrentado a la probabilidad de orbitar un sol tenue y poco amistoso metidos en un ataúd de acero, esperando a que el último de ellos muriera.

Pero también fue peor, porque se encontraron con los erks y averiguaron qué eran.

—Claro que tardaron un poco en encontrarse con ellos... —dijo Polly la Grande con voz afable, dirigiéndoles una sonrisa a Jutch y a las demás criaturas agrupadas alrededor de la mesa, que no paraban de trinar y removerse—. Los erks no mandaban sondas tripuladas.

Lo que hacían era enviar naves de exploración automatizadas. Cada una de ellas poseía una ruta espacial. Y eso fue lo que los Colonizadores Originales encontraron. —Dejó escapar una risita llena de ternura—. ¡Vaya sorpresa debieron llevarse! —dijo.

Ciertamente, debió ser una gran sorpresa, pues la ruta espacial erk capturó a la nave interestelar de una forma tan poco educada como le ocurrió a Castor y su tripulación, que se vieron bruscamente arrebatados del sistema solar terrestre,

lanzándola por el vertiginoso túnel existente entre los espacios reales y dejándola en órbita alrededor del Mundo, donde una lanzadera la apresó con sus garras y la llevó hasta la superficie. De hecho, fue una auténtica captura.

Su viaje interestelar terminó en el Mundo, y una vez allí fueron recibidos por los erks.

El lenguaje era un problema; naturalmente, los erks jamás habían oído hablar inglés.

Pero su historia racial les había hecho ir desarrollando toda una serie de habilidades para aprender a hablar con nuevas razas, pues esto era algo que ya habían hecho muchas veces antes. En una semana los Primeros Colonos fueron capaces de hablar con sus anfitriones, o sus captores.

Comprender lo que se les dijo requirió un espacio de tiempo mucho más largo.

Al principio, los Primeros Colonos no se dieron cuenta de que había una diferencia entre los erks listos y los erks idiotas. Después de todo parecían idénticos, dejando aparte el que los erks listos solían llevar más ropas y adornos, y que ésta solía ser de mejor gusto. (Pero a los erks idiotas también les encantaba vestirse.) Aquello produjo ciertas confusiones, sobre todo cuando los erks listos y los erks idiotas les dieron un banquete en el curso del cual treparon a los regazos de sus invitados para lamer su comida. La conclusión natural a la que llegaron los Primeros Colonos fue, sencillamente, que los erks eran una raza espantosamente mal educada.

Por su parte, los erks estaban casi igual de confusos. Descubrieron que había dos generaciones de yanquis, con una tercera generación ya presente en los abultados vientres de las hembras. La primera generación abarcaba a las hembras de la tripulación original, que ya estaban rozando los cincuenta años de edad. Los erks no tenían muchos conocimientos sobre los seres humanos, por lo que no les sorprendió ver vientres abultados en mujeres que habían dejado atrás la menopausia, pero sí sabían lo bastante como para darse cuenta de que allí pasaba algo raro. Y, después, estaban veinte hembras más —aquella generación tenía muchas más mujeres que hombres—, y todas ellas estaban embarazadas.

Los yanquis y los erks tuvieron que intercambiar unas cuantas explicaciones antes de que los yanquis empezaran a comprender a los erks y los erks a los yanquis.

Para los yanquis, todo parecía lógico una vez que se comprendían las necesidades básicas. El viaje a la Estrella de Van Maanen requirió treinta y un años de tiempo terrestre, veintinueve en tiempo relativista..., lo cual era demasiado para esperar que los cincuenta y cinco miembros de la tripulación original llegaran a su destino frescos como una rosa. Si hubieran formado parejas y empezado a crear familias en cuanto dejaron atrás Neptuno sus hijos habrían crecido lo suficiente para encargarse de la exploración en cuanto llegaran... si hubieran tenido algo que explorar.

Pero nadie quiere tener docenas de críos llorones con los pañales sucios llenando todavía más una nave espacial que ya estaba más que llena. Además, los especialistas en psicodinámica les profetizaron un índice de divorcios realmente espectacular..., si

se tomaban la molestia de casarse, claro está.

Decidieron no casarse. Se lo pasaron tan bien como pudieron, siguiendo los dictados de cada conciencia (o par de conciencias..., o, a veces, grupo de conciencias). Y, una vez al mes, todas las mujeres se subían a la mesa provista de estribos y dejaban que el nuevo óvulo de ese mes fuera extraído de su sistema de fontanería interna. Y, una vez al mes, por turno riguroso, uno de los hombres recibía una gratificación algo más sofisticada de lo normal para que pudiera proporcionar unos cuantos centímetros cúbicos de espermatozoides con los que hacer florecer los óvulos en cuanto lo desearan. El proceso se llevaba a cabo *in vitro*, lo cual significaba que se desarrollaba en un tubito de pyrex.

Después de ocho días, el minúsculo cuasi-feto era clasificado y examinado y se lo introducía en nitrógeno líquido..., hasta el sexto año de la misión.

Entonces seleccionaron de entre los casi dos mil embriones almacenados los veintiocho que, según las pruebas, serían los más ágiles, fuertes y adaptables. Cuatro eran varones, veinticuatro eran hembras. Y, con una cierta ceremonia, los veintiocho miembros femeninos de la tripulación colocaron sus pies, uno detrás de otro, en los ya familiares estribos de la mesa. Esta vez no se les quitó nada, sino que se les metió algo dentro.

Nueve meses después, veinticinco de las veintiocho mujeres dieron a luz bebés perfectamente sanos. Después del parto volvieron a empezar con todo el proceso de recoger, clasificar y congelar, y el arca pasó por una época de construir nidos, cambiar pañales y educar criaturas.

El resultado de todo esto fue que, cuando la Intrépida entró en órbita alrededor de la Estrella de Van Maanen, llevaba dentro no sólo a su tripulación original, sino a más de doce mil embriones congelados de ocho días de edad y a veinticinco adultos jóvenes y robustos, y éstos fueron los que recibieron la bienvenida de los erks.

Los erks y los yanquis se conocieron..., hablaron..., y cada raza descubrió que la otra podía proporcionarle algo que necesitaba desesperadamente.

Los yanquis hallaron un aliado inesperado.

Los erks descubrieron una causa a la que unirse.

Y mientras, en la Tierra, 106 supervivientes del suicidio nuclear mutuo intentaban juntar de nuevo los maltrechos y calcinados fragmentos de su mundo, y no sabían nada de aquellos lejanos planes que se estaban elaborando entre las estrellas.

—Bien —exclamó Polly la Grande, con la voz enronquecida por tanto rato de hablar sin que la interrumpieran—, ¿ya han comido suficiente? ¿Más café? ¿Otra copita de vino de moras? —Los visitantes contemplaron sus platos, casi intactos, y menearon la cabeza en una débil negativa—. ¡Pues entonces será mejor que vayamos a presenciar el desfile y la recepción!

Cuando hubo terminado de preparar el auditorio, Júpiter tenía su espléndido uniforme empapado de sudor y lucía unas cuantas manchas en las perneras. Jupe se examinó en uno de los frisos de cristal que decoraban la entrada al auditorio: le

pareció que la escena representada en el cristal debía ser la batalla de Valley Forge, o quizá fuera aquel otro lugar santo llamado Okinawa. Empezó a maldecir, irritado. Pero no tenía tiempo de limpiarse, pues en aquel mismo instante oyó chillidos erk y gritos humanos.

—¡Ya están listos! ¡Va a empezar el desfile! ¡Vamos, todos, a pasar revista!

Cientos de erks y docenas de humanos empezaron a correr de un lado para otro, buscando las posiciones que se les habían asignado. No todos los humanos participarían en el desfile, por supuesto. Algunos tendrían que hacer de público, por lo que las Senadoras y las Congresonas no desfilaban. La Gobernadora y su séquito tampoco desfilaban; ya estaban en la plataforma con las tres nuevas semidivindades que todo el mundo estiraba el cuello para ver.

Además, no todos los nidos habían tenido el tiempo necesario para hacer que sus representantes llegaran a Ciudad Espacial. El Congreso había estado en sesión casi ininterrumpida desde que el transporte erk llegó al sistema solar de la Tierra y empezó a transmitir las primeras señales.

Ésa era la razón de que los espectadores superaran en número a los que iban a ser contemplados..., o así habría sido, de no contar con las tres compañías de voluntarios erk listos que formaban la milicia de Ciudad Espacial.

Los pelotones de humanos flanqueaban a las compañías erk igual que si fueran las lonchas de pan para un bocadillo. La suerte hizo que el pelotón de Jupe encabezara el desfile.

Si Jupe pudiera haber visto el desfile a través de los ojos de Tsoong Delilah, el espectáculo le habría resultado bastante cómico. (Delilah, de pie en la plataforma, tuvo que hacer algún esfuerzo para no sonreír, pese a su aturdimiento.) La poca gravedad del Mundo no resultaba demasiado adecuada para desfilarse usando el ritmo de treinta pasos por minuto. Los pies no volvían a caer al suelo con tal rapidez. Los músculos tenían que impulsarlos hacia abajo, y eso hizo que por primera vez en su historia el ejército norteamericano tuviera que ejecutar una especie de paso de la oca prusiano. Los milicianos erk resultaban aún más graciosos. No tenían el tipo de patas adecuadas para desfilarse ni los cuerpos necesarios para llevar auténticos uniformes. Se habían cubierto de pintura negra y verde oliva, y parecían rebotar a los compases de la marcha militar de John Philip Sousa.

Pero Jupe no pensaba que el desfile fuera cómico. Creía que era soberbio. Cuando le dieron la orden de mirar a la derecha, su corazón latió con fuerza al ver por primera vez a su Presidente.

¡Era tan joven!

Y tan bajito... Y las dos hermanas que acompañaban al Presidente eran todavía más pequeñas que él, con la piel tan amarillenta y los rasgos tan..., bueno, tan extraños que Júpiter se preguntó si no estarían enfermas. Hasta el Presidente parecía distraído y preocupado mientras las tropas pasaban ante él y les devolvía el saludo.

Y, unos instantes después, todo había terminado. La columna que representaba el

poderío militar yanqui (doscientos veinte combatientes, contando a los erks) giró hacia la izquierda y fue deteniéndose pelotón por pelotón, y recibió la orden de romper filas.

Ike vino corriendo hacia él, trinando de alegría.

—¡Oh, Júpiter, ha sido maravilloso! ¿Y ahora qué hacemos?

Jupe le lanzó una mirada de superioridad.

—No sé qué pensarás hacer tú —dijo—, pero yo he sido invitado a la recepción.

—Oh, claro, la recepción; sí, todos iremos a la recepción —parloteó Ike, lo que dejó a Júpiter bastante alicaído—. ¿Le viste? Dime Jupe, ¿verdad que es muy bajito? Alguien me dijo que los machos Auténticos-Norteamericanos suelen medir unos ciento setenta centímetros y no más... ¿Es algo relacionado con la gravedad?

—Todo el mundo lo sabe —dijo Júpiter con voz severa—. ¿Qué pasa, Ike, es que acabas de enterarte ahora? —Vio que los pelotones se estaban dispersando y se sintió galvanizado—. Vamos, ya que piensas asistir a la recepción y el banquete... ¡Si no nos damos prisa nos encontraremos con todos los mejores asientos ocupados!

Los mejores asientos no estaban ocupados porque no había asientos. Todo el mundo estaba de pie en una gran habitación que daba al comedor, y Jupe, sorprendido, vio mesas con bandejas y bufetes en los que había patés de cerne negra, quesos de árbol, peras agridulces asadas y toda clase de soberbios manjares. Pero detrás de las grandes puertas se veían más mesas; ¿es que iban a comer dos veces?

No importaba. Lo que importaba era que los tres Auténticos-Norteamericanos estaban de pie junto al umbral, y los asistentes a la recepción iban desfilando por delante de ellos para estrecharles la mano. ¡Estrecharles la mano! Júpiter sonrió, lleno de alegría; ésa era una de las costumbres de los Auténticos-Norteamericanos que había aprendido de niño, pero que nunca había visto practicar en el Mundo.

Se puso a la cola y, decepcionado, descubrió que ocupaba un lugar bastante retrasado, detrás de un erk llamado Jutch. Ya se habían visto antes: Jutch tenía uno de los primeros puestos en el consejo de los erk. Jutch era un erk ya bastante viejo, con la piel descolorida y la mitad de las uñas caídas, pero parloteaba tan animadamente como Ike.

Y, de pronto, Júpiter se dio cuenta de algo.

—Eso de estrechar las manos... —dijo—. ¿Cómo pensáis hacerlo?

Los vibrilos del erk se agitaron.

—¿Cómo, es que no te lo han explicado? Todo el mundo ha recibido instrucciones. Los erks tenemos que incorporarnos sobre las patas traseras, así... —levantó su primer juego de miembros del suelo—, y después ofrecer los nudillos, así. Después decimos: «Hola, bienvenido al Mundo, todos participamos en la causa de la libertad», y luego le toca el turno al siguiente. ¿No te dieron instrucciones?

—Estaba muy ocupado —gruñó Júpiter.

—Ya veo —dijo el erk, muy cortés—. Entonces quizá no sepas qué se supone que deben hacer los humanos...

—¡Soy un humano! ¡Claro que lo sé!

Los vibrilos del erk se inclinaron pensativamente mientras contemplaba a Júpiter.

—Claro, claro —dijo, intentando dar una cierta muestra de tacto—. Bien, entonces ya sabes que debes hacer una reverencia antes de ofrecerle la mano, ¿verdad?

—Naturalmente —dijo Júpiter, todo oídos—. ¿Y había alguna instrucción especial más para los humanos?

—Creí haberte oído decir que ya lo sabías todo.

—¡Sí, sí! Es que..., bueno, estaba preguntándome si lo había entendido bien. Hay nidos que no han podido gozar de las mismas ventajas que yo, ¿comprendes?

—Comprendo —dijo el erk, agitando sus vibrilos para que le ayudaran a pensar más claramente—. No, creo que eso es todo, al menos en cuanto a la ceremonia. La verdad es que no nos dieron demasiadas explicaciones.

—Tampoco hacía falta darlas, ¿no? —dijo Júpiter—. Creo que todo es bastante sencillo.

El apretón de manos es una costumbre norteamericana, algo que se hace cuando conoces a otra persona. Inclinarsé es una forma de expresar tu respeto..., ¡y, naturalmente, hay que inclinarse ante el Presidente!

—No me refería a la ceremonia —replicó el erk—. Estaba pensando en que resulta bastante extraño que todo el mundo esté comiendo y que, cuando pasemos a la otra habitación, tengamos que volver a comer.

—Ah, ¿sí? —preguntó Júpiter, bastante sorprendido, pero enseguida recuperó el aplomo—. Pues claro, eso es lo que debemos hacer —dijo—. Supongo que no comprendes la razón de que debamos comer dos veces seguidas, ¿verdad?

—Pues no, la verdad es que no —confesó Jutch.

—Oh, vaya, tendrías que habérmelo preguntado antes —dijo Júpiter con gran afabilidad—. Verás, esto de aquí es lo que llaman «el cóctel». Es una vieja costumbre de la Tierra.

—Ya lo entiendo —dijo el erk—. Pero, ¿por qué debemos comer dos veces de los mismos platos?

—Me gustaría tener tiempo suficiente para explicártelo —dijo Júpiter, apenado—, pero mira, ¡ya casi hemos llegado al final de la cola! Bueno, no lo olvides... Levántate sobre tus patas traseras y deja que te toquen los nudillos, ¿comprendido?

—Sí, gracias —dijo el erk, moviendo los bigotes en un gesto de gratitud, y avanzó para rendir homenaje a los nobles visitantes. Júpiter le observó con el corazón rebosante de emoción. ¡Tocar la mano del mismísimo Presidente de los Estados Unidos! ¡Una experiencia realmente trascendental! ¡El sueño más fantástico de toda su infancia y, por increíble que pareciera, ese sueño se había vuelto realidad!

Sólo que, la verdad, en cuanto lo habías hecho no tenías la impresión de que hubiera sido realmente trascendental. El Presidente de los Estados Unidos era..., bueno, no es que resultara decepcionante. ¡Tu Presidente no podía decepcionarte!

Pero, aun así, lo cierto es que Júpiter no había esperado que el Presidente Pettyman fuera casi tan joven como el mismo Jupe, y que su familiaridad con los ritos del protocolo apenas si fuera superior a la suya. En cuanto tocó la carne de su Presidente, Júpiter sintió que se le quedaba la mente en blanco y lo único que se le ocurrió decir fue: «Hola». El Presidente ni tan siquiera pareció oírle, pues estaba muy ocupado contemplando la cola y frunciendo el ceño al ver lo larga que era. Y las dos hermanas que acompañaban al Presidente tampoco resultaban demasiado impresionantes.

Sí, cierto, eran miembros del Gabinete, pero, ¿por qué tenían un aspecto tan extraño?

¿Por qué eran tan chatas, por qué tenían los ojos tan negros? ¿Sería que su implantación no había salido del todo bien? ¿Era posible que todas las hermanas Auténticas-Norteamericanas fueran así? (Y, de ser así, ¿qué tal resultaría copular con ellas?) Después de haberle dado un breve apretón de manos a la Gobernadora y a uno o dos yanquis más en quienes apenas si se fijó, estuvo a punto de tropezar con Jutch, el erk.

—Oh, lo siento —dijo, ruborizándose. La verdad era que pisar al erk no le importaba demasiado (era el erk quien debía apartarse, ¿no?), pero la idea de que le pillaran mirando fijamente al Presidente no le gustaba nada.

—¿Tienes mesa reservada para la cena? —le preguntó el erk.

—¿Reservada? No. ¿Qué es eso de la reserva?

—Imagino que llegaste demasiado tarde para conseguir una —dijo el erk amablemente—. Bueno, tanto da, puedes sentarte en mi mesa.

—Gracias —dijo Júpiter, con su cerebro funcionando a toda velocidad—. Yo..., bueno, creo que será mejor que vaya a utilizar las instalaciones excretoras.

—Claro —dijo el erk, y retrocedió un par de pasos. Un erk muy educado, pensó Júpiter, aprobando su conducta, y, después de haberse inventado tal excusa, decidió que sería mejor excretar un poco. Fue hacia el comienzo de la cola, sin pensar ni por un momento en que estaba dando por sentado que no habría nadie que estuviera utilizando el urinario de la cámara de excreción. Y, naturalmente, no había nadie; el resto de la cola estaba formado por hermanas. Luchar con la poco familiar bragueta del uniforme hizo que Júpiter se irritara ante su propia torpeza, y pasó unos minutos bromeando con las hermanas que esperaban ante sus cubículos. Estaba a punto de marcharse cuando, sorprendido, vio a su Congresona Mary-May esperando al final de la cola.

—Me sorprende ver que tienes tantas dificultades para encontrar la abertura de tus pantalones —le dijo ella, bromeando—. ¡Cuando estabas en el nido no solías tener ese problema!

Jupe le sonrió con ternura. Como macho del nido tenía derecho a acostarse con la Congresona, igual que el Senador del nido tenía derecho a acostarse con la Hermana Madre, por lo que, en cierto sentido, Mary-May era su protegida.

—Eso depende de si hay alguien por quien valga la pena que me quite los

pantalones —le explicó—. Si alguna de esas hermanas Auténticas-Norteamericanas estuviera aquí...

Las hermanas que aguardaban su turno para entrar en los cubículos dejaron escapar un coro de risitas y silbidos.

—Son feísimas —dijo una de las hermanas más jóvenes—. ¿Te has fijado en ese cutis suyo? Es horrible... Y ninguna de las dos tiene una nariz mínimamente decente... Claro que —añadió, algo avergonzada, pues acababa de recordar a quién estaba criticando—, tienen un aire muy digno, ¿verdad? —Miró a su alrededor, como buscando apoyo—. He estado casi dos horas a su lado —dijo con orgullo—. Hice de acomodadora en los estrados durante el desfile, por lo que estuve lo bastante cerca como para tocarlas. Hasta pude oír lo que se decían entre ellas..., bueno, casi todo el rato.

Eso sí que era realmente interesante. El resto de la cola se pegó a ella, olvidando su metedura de pata, ya que todo el mundo quería enterarse de lo que pudiera contarles.

Hasta Mary-May se dedicó a pegar la oreja, pues el sitio que había ocupado en la plataforma quedaba demasiado lejos para oír cualquier intercambio de confidencias entre las hermanas de la Tierra. En circunstancias más normales hasta el mismo Júpiter se habría quedado a escucharla, pero estaba empezando a preocuparse pensando en si encontraría sitio en el comedor. ¿Por qué nadie le había hablado de que necesitaba hacer una «reserva»?

Cuando empezó a dar vueltas por el comedor descubrió que no haberla hecho era un auténtico problema. El comedor contenía una mesa principal que resultaba fácil de reconocer gracias a la inmensa figura tridimensional del Dios Viviente proyectada en holograma sobre la pared, dominándola, y, naturalmente, por el hecho de que la mesa se encontraba un metro más alta que todas las demás. A su alrededor había un gran número de mesas formando semicírculos concéntricos. Pero casi todas las mesas tenían letreros de «Reservado». En las mesas había tarjetas de reserva (ése era su nombre, según le informó con cierta condescendencia el erk listo que servía de camarero al que Júpiter acabó interrogando), y los nombres escritos en las tarjetas eran de erks importantes o de humanos que ocupaban altos cargos. En cuanto a la gente más o menos importante, como Júpiter..., no tenían sitios reservados. Júpiter volvió a la estancia de excreción, hecho una furia, y pilló a su Congresona justo cuando ésta llegaba al comienzo de su cola.

—¡Mary-May, esto es terrible! —se quejó—. ¡No puedo sentarme en el fondo del comedor! ¿No podrías hacerme un sitio en tu mesa?

—Oh, no, Jupe. No hay sitio.

Jupe la miró fijamente.

—Oye, ¿has olvidado a quién representas como Congresona?

—Pues claro que no, Jupe —intentó calmarle ella, obsequiándole con una sonrisa meliflua—. Ya sé que me votaste. Pero la disposición de los asientos no es cosa

mía..., y, Jupe querido, la verdad es que estoy haciendo esperar a toda la cola por culpa tuya, y pronto empezarán a servir la cena...

Jupe le lanzó su mirada más feroz. Bueno, siempre podía aceptar la invitación del erk.

Empezó a darse la vuelta..., y se acordó de la hermana menor que había estado en la plataforma. Esperó a que saliera de uno de los cubículos, la cogió del brazo y se la llevó de allí.

—Puedes sentarte conmigo —le dijo, haciendo un alarde de generosidad, y en cuanto logró hallar la mesa de Jutch, casi pegada a la pared del fondo, le dijo—: Un amigo mío. Le he invitado. —Si el erk tenía alguna objeción que hacer, decidió guardársela.

De todas formas, el acontecimiento era terriblemente emocionante, incluso para quienes estaban condenados a sentarse con la espalda pegada a la pared del fondo. Los erks listos que hacían de camareros estaban empezando a repartir platitos de macedonia al vino. Los erks idiotas estaban intentando apoderarse de los platitos, entre las risas de todos los invitados. El estado de ánimo de Júpiter fue mejorando poco a poco. ¡Después de todo, éste era el punto culminante de su existencia!

Y se hallaba en buena compañía. Jutch parecía ocupar un puesto bastante importante en la jerarquía de los erks. Júpiter no tenía ni idea de por qué no contaba con una reserva especial, pero gran parte de la vida de los erks seguía siendo un misterio para los yanquis, incluso después de dos generaciones nacidas en el Mundo.

No sólo eso, sino que aquella hermana tan rara, que resultó llamarse Emilia, tenía muchas cosas interesantes que contar sobre los Auténticos-Norteamericanos. Les dijo que el Presidente era bastante tímido. Casi nunca hablaba con ningún miembro de su Gabinete a menos que éste le dirigiera la palabra.

Pero lo más sorprendente, según le dijo Emilia, era la ignorancia de los Auténticos-Norteamericanos. Sus ojos recorrieron la mesa.

—¿Sabíais que los Auténticos-Norteamericanos jamás han oído hablar de los Dioses Vivientes? —les preguntó. Y todos los que estaban sentados a la mesa, tanto humanos como erks, se volvieron automáticamente hacia la figura del Dios Viviente que había detrás de la mesa principal.

—Entonces, ¿cómo creen que los erks se volvieron inteligentes? —preguntó Jutch, perplejo.

—¡Ni tan siquiera saben qué diferencia hay entre los erks listos y los erks idiotas!

—exclamó la hermana, riéndose—. ¿Habéis visto a esa hermana mayor, la que se llama Delilah? Sí, ésa a la que le dimos la mano mientras hacíamos cola durante la recepción...

Un par de erks idiotas empezaron a robar comida, ¡y ella llegó a acariciarles los nudillos!

La hermana no pudo darles la respuesta a ese misterio, y Júpiter estuvo pensando en él mientras les servían la sopa de palmera y el fricassé de atisbo: los erks listos

iban y venían por las mesas, volviendo a llenar las tazas de café y llevándose los platos sucios, recordándoles que debían conservar los resguardos de la entrada. La hermana tenía muchas cosas que contar, pues había oído muchas conversaciones. Había oído cómo la hermana Delilah, una Auténtica-Norteamericana, hablaba con A-Belinka, el erk listo que se encargaba de todo el funcionamiento de los transportes. Por extraño que pareciera, Delilah no quería hablar de mandar naves de combate a la Tierra. (Y, entre risitas, la hermana les contó que Delilah lo había pasado muy mal, pues cuando habló con ella el erk se le subió al regazo.) La otra hermana, Miranda, no había parado de hablar en susurros con las Senadoras y Congresonas: al parecer, quería averiguar cómo funcionaba el gobierno del Mundo Yanqui. Cada nido tenía una Senadora y una Congresona, de acuerdo, pero, ¿qué hacían? Si estaban de acuerdo en ello, ¿podían promulgar leyes? ¿Cómo eran elegidas? La Senadora era nombrada por la Madre Hermana y por nadie más, y la Congresona era escogida por el macho del nido, ¿no? Pero, entonces, ¿es que nadie tenía derecho a participar en ninguna otra elección?

—¿Para qué queremos leyes? —preguntó Jupe.

—No lo dijo, Júpiter. Y tampoco explicó qué era eso del «votar». ¡Esas Auténticas-Norteamericanas tienen muchas cosas raras, y el Presidente aún es más raro que ellas! Deja que te cuente una cosa...

Pero nunca llegó a contarle a Júpiter aquella cosa tan rara acerca del Presidente, pues la Gobernadora se puso en pie y golpeó la taza de café con su grueso spork de cristal reclamando la atención de los presentes.

—Damas, caballeros, honorables erks —dijo—, el Presidente de los Estados Unidos.

El salón quedó lo más silencioso posible..., porque ninguna estancia con montones de erks idiotas removiéndose por debajo de las mesas podía quedar totalmente en silencio.

Quizás ese continuo ruido de fondo compuesto por chillidos de erk contento o dolido fuera la razón de que el Presidente pareciese tan incómodo. Quizá se debiera a alguna otra causa; Jupe se dio cuenta de que, mientras hablaba, el Presidente Castor Pettyman no paraba de mirar nerviosamente a la Secretaria de Estado Delilah Tsoong.

Y lo que dijo fue bastante extraño.

—En nombre de los pueblos de los Estados Unidos de América... —empezó a decir, pero la Gobernadora se inclinó sobre él para colocarle mejor el micro de la solapa y el Presidente se quedó callado—. Gracias —dijo al fin, humedeciéndose los labios. Miró a Delilah Tsoong y siguió hablando—. En nombre de los pueblos de los Estados Unidos de América les damos las gracias por habernos acogido. Este momento es de gran importancia. Quedará registrado en los libros de historia y perdurará durante miles de años.

—¿Por qué nos está diciendo todo eso? —murmuró Jupe, sin dirigirse a nadie en particular.

—Está haciendo un discurso político, Júpiter —le riñó Jutch—. Supongo que no te dieron ningún tipo de explicaciones, ¿verdad? Bien, pues tienes que permanecer callado..., salvo cuando llegue el momento de aplaudir y gritar viva.

—¿Y cuándo hay que hacer eso? —le preguntó Jupe.

—Ya lo verás. ¡Escucha, haz el favor!

Júpiter se encogió de hombros y prestó atención al discurso.

—... ha pasado mucho tiempo —estaba diciendo el Presidente—. La historia ha estado llena de acontecimientos. Muchas cosas que eran ciertas hace cien años ya no son ciertas ahora, ¿no es cierto?

Aquél parecía el momento adecuado para aplaudir, pues la hermana Delilah se había inclinado hacia adelante. «¡Cierto!», gritó. La indirecta resultaba más que obvia, y tanto los erks como los yanquis supieron captarla. Todos los yanquis y erks capaces de hablar inglés presentes en la estancia gritaron: ¡Cierto, cierto! Jupe gritó tan fuerte como el que más.

¡Qué divertido! ¡Estaba en una auténtica reunión patriótica, con su Presidente! Sí, algunas de las cosas que decía el Presidente resultaban..., bueno, algo extrañas. ¡Pero tanto daba!

—Por lo tanto —siguió diciendo el Presidente, mirando de nuevo a la hermana norteamericana de cara extraña—, tenemos que actuar con cautela. No debemos cometer errores. Debemos deliberar y aprender a comprender las necesidades y los problemas de la otra parte, ¿no es cierto?

Esta vez los gritos de ¡Cierto! sonaron algo más débiles, como si más miembros del público hubieran empezado a preguntarse a qué venía el decir todo aquello..., aunque esta vez incluso los erks idiotas escondidos bajo las mesas chillaron y lanzaron vítores inarticulados, pasándose el juego en grande.

Júpiter paseó los ojos por la estancia. Cada rostro humano presente mostraba cierto grado de perplejidad. Naturalmente, con los rostros de los erks no había forma de saber lo que sentían. Aun así, Jutch se inclinó hacia él.

—¿Por qué no dice nada de la guerra? —le preguntó.

—Calla —dijo Júpiter con severidad, pues era la misma pregunta que él había sentido deseos de hacer.

El Presidente siguió hablando:

—Así pues, nuestro primer objetivo es averiguar lo que podéis contarnos para luego poder contaros lo que sabemos. He hecho ciertos arreglos con vuestra Gobernadora... —se dio la vuelta y le hizo una cortés reverencia a la hermana del Nido Cherry Hill—, para que se nos proporcione una semana de tiempo en que ponernos al día, incluyendo una gira por el..., esto, el Mundo. Iremos acompañados por diez de vosotros escogidos al azar.

Aprenderemos cuanto podamos. Después, nos dirigiremos a toda la población del Mundo, tanto humana como..., eh..., ¿uck?... no, erk, por televisión.

Hizo una pausa y les dirigió una sonrisa radiante, aunque a Jupe le pareció un

tanto forzada. Después dijo: «Gracias», y volvió a sentarse. Los aplausos fueron considerables, pero no tardaron en irse calmando para ceder paso al silencio mientras todo el mundo esperaba que en la plataforma ocurriera algo más. La verdad es que no pasaba gran cosa, y lo que pasaba no era muy interesante. La Gobernadora estaba hablando en murmullos con el Presidente, y la Secretaria de Estado le estaba diciendo algo desagradable a la más joven de las dos hermanas Auténticas-Norteamericanas, Miranda, la que parecía más rebelde, como si estuviera castigándola. Júpiter no logró oír nada de lo que decían.

—Vamos, Júpiter, cuéntame —dijo Jutch, poniendo sus patas delanteras sobre el hombro de Júpiter—. ¿Va a haber guerra o no?

—Pues claro que habrá guerra —dijo secamente Júpiter. Apartó al erk de su hombro y, muy serio, dijo—: Oye, ¿es que no tienes idea de nada o qué? ¡No puedes tener una guerra cada vez que te dé la gana!

—Pues nosotros siempre lo hacíamos así —dijo el erk con tristeza.

—¡Vosotros sois erks! ¡Nosotros somos norteamericanos! Primero hay que celebrar una sesión y trazar planes. Después los militares tienen que hacer sus planes. Después tiene que haber..., no sé, algo así como un intercambio de notas diplomáticas —improvisó Jupe, intentando acordarse de sus lecciones de historia—, y luego un ultimátum. Y después tendremos la guerra.

—Creo que todo eso es muy complicado —dijo el erk.

—Ésta es una guerra norteamericana, y lo haremos todo al estilo norteamericano. Los erks no tienen voz ni voto en esto.

—Oh, vamos, Jupe... —protestó el erk—. Tanto las armas como las naves y todo el equipo que os vamos a dar para que libréis la guerra son nuestros, ¿no? Deberíamos tener ciertos derechos. Por no mencionar que muchos de nosotros lucharán a vuestro lado...

Jupe agitó la cabeza, irritado.

—Los erks siempre pelean —observó—. No sirven más que para eso, ¿verdad? Bueno, pues presta atención y procura aprender algo. Las reglas humanas para la guerra son tan sencillas como lógicas...

Pero nunca llegó a poder explicarle esas reglas tan sencillas, pues los erks y los humanos de las demás mesas empezaron a silbarles y a decir: "Eh, vosotros dos, callaos.

¡Os lo estáis perdiendo!".

—¿Qué nos estamos perdiendo? —preguntó Júpiter, poniendo cara de pocos amigos, y entonces vio que la Gobernadora estaba de pie en el estrado central, aguardando pacientemente, y que la orquesta acababa de interpretar otra vez el «Saludo a la bandera».

La Gobernadora aplaudió cortésmente y dijo:

—¡Compatriotas norteamericanos! Ya estamos listos para celebrar el sorteo. Espero que todos vosotros hayáis conservado el resguardo de la entrada, que como

veréis está numerado. Los números serán extraídos al azar, y cada número dará derecho a quien lo posea, sea erk o yanqui, a formar parte del grupo de escolta que acompañará al Presidente y su séquito durante su gira por el Mundo.

El sexto número escogido en el sorteo fue el de Júpiter.

Una vez reunido, el grupo se componía de veinticinco miembros: los diez que salieron escogidos en el sorteo, tres altos funcionarios de la Auténtica Norteamérica y una docena de cargos erks y humanos que se nombraron a sí mismos para formar parte de él. Algunos tenían razones para estar allí, como la Gobernadora y el erk A-Belinka, jefe de operaciones del transportador de materia, que desempeñaría un papel muy importante en todo intento de invadir la Tierra... si dicha invasión iba a tener realmente lugar algún día. La mayor parte habían venido tan sólo para divertirse. El grupo era demasiado numeroso para viajar usando pájaros porteadores, por lo que se les proporcionaron dos plataformas volantes.

Eso quería decir que había espacio más que suficiente para que todos viajaran cómodos, pero la hermana Miranda se enteró de que Júpiter estaba intentando conseguir permiso para acompañarles volando en Relámpago y no paró de quejarse y de destrozar los nervios de todo el mundo hasta que Jupe no obtuvo ese permiso. Después, Miranda se autoconcedió permiso para volar con él en el pájaro porteador.

¡Qué gran emoción para Jupe! ¡Sólo en la bolsa de un pájaro porteador con una de las dos hermanas Auténticas-Norteamericanas que había en el Mundo!

Miranda también estaba muy emocionada. Nunca había tenido una experiencia semejante. Nada de cuanto veía le resultaba familiar. Hasta las granjas eran distintas a las de la Tierra; los habitantes de la Tierra no tenía que compartir su planeta con nada parecido a los erks. Todo cuanto veía resultaba emocionante, hasta cosas tan tontas y familiares como los rebaños de atisbos bajando por un desfiladero rumbo a sus terrenos de apareamiento, o los pájaros porteadores dejados en libertad para que se alimentaran de las bandadas viajeras.

—¿Has copulado alguna vez en la bolsa de un pájaro porteador? —le preguntó Júpiter, dispuesto a mostrarse afable—. No, claro que no; nunca habías estado dentro de uno...

Espera, voy a enseñarte lo que debemos hacer...

¡Y menuda sorpresa se llevó! Miranda no quería copular con él. No sólo no quería hacerlo en la bolsa, cosa que Júpiter habría podido comprender pues, aunque resultaba interesante, la verdad es que no era demasiado cómodo: es que no quería copular, ni allí ni en ningún otro sitio. Bueno, al menos eso es lo que dijo. Dijo que era «virgen», cosa que hizo que Júpiter sintiera una profunda oleada de incredulidad y de algo que casi era repugnancia; ¿qué razón podía tener una hermana para querer ser virgen?

Miranda no quería copular, sino conversar, aunque la cosa no llegó a la categoría de conversación, pues Miranda no le dio muchos datos sobre la Tierra, aunque Júpiter sentía una curiosidad inmensa hacia ella. Miranda actuaba como si el tema le

resultara desagradable por alguna razón, casi como si allí pasara algo que no deseaba contarle, aunque Jupe no tenía ni idea de qué podía ser. Irritado y empezando a desear que el vuelo hubiera terminado, se resignó a responder a sus preguntas.

—Eso es lo que prescribe el protocolo, ¿no? —le explicó ella—. Primero tenemos que saberlo todo sobre vuestro pueblo y sobre el Mundo. Después deliberaremos, y a continuación el Presidente emitirá su mensaje.

—Pero al menos podrías contarme algo —se quejó Jupe.

—No, no puedo. Al menos, no pienso hacerlo. Y ahora, dime: ¿cuál es vuestro origen?

—¡Pues la misión interestelar, claro está!

—¿Y todos vosotros descendéis de ella? Pero si dijeron que la nave sólo transportaba cincuenta o sesenta personas...

—Ah, bueno, sí, es cierto —dijo Júpiter, intentando acordarse de la gran historia de los Primeros Colonos—. Verás, recogieron todos esos óvulos fertilizados y el esperma...

—Empezó a entusiasmarse con el tema. La oportunidad de soltar una conferencia tenía sus compensaciones, después de todo, aunque éstas no asumieran la forma en que casi había decidido que se dejaría recompensar, y servía como distracción durante aquel largo y aburrido viaje dentro de la bolsa del pájaro porteador.

Miranda estaba llena de preguntas.

—¿Y cuántos sois ahora?

—Oh, diablos, Miranda, ¿quién es capaz de acordarse de eso? Creo que unos ochenta y cinco mil.

—¿Y cuántos hombres hay?

Jupe frunció el ceño y apretó los pezones de Relámpago para hacer que volara más alto: acababa de ver una bandada reposando en el bosque y no quería que se le ocurrieran ideas raras.

—Unos cincuenta. Me refiero a los adultos, claro..., los que tienen más de catorce años.

Normalmente cada nido sólo tiene un macho, y ésa es la cantidad de nidos con que contamos.

—Cincuenta hombres —dijo Miranda con voz pensativa. Cincuenta hombres y 8.450 úteros que no paraban de trabajar—. ¿Y todas las mujeres están siempre embarazadas?

—Bueno, no... Normalmente solo tienen un embarazo al año. A veces dejan pasar un año entero antes de hacerse un nuevo implante. Y hay algunas, como mi Madre Hermana, que nunca están embarazadas. Verás, ella está casada y quiere ser el padre, no la madre...

—Oh, Dios mío —dijo Miranda, en cuanto Júpiter hubo acabado de explicarle cómo la Madre Hermana usaba sus propios óvulos, los fertilizaba *in vitro* usando esperma de un donante anónimo sacado de los bancos y los implantaba en su

«esposa».

Pero, a esas alturas, ya casi habían llegado al primer nido de su lista.

Nidos mineros, nidos granja, nidos industriales, nidos de enseñanza..., había cincuenta nidos que ver, y los cincuenta deseaban ser vistos por el Presidente y su séquito. Lo deseaban con urgencia. De hecho, lo exigían. No pensaban aceptar una negativa. Y, naturalmente, no había forma de satisfacerlos a todos, y gente como Jupe no paraba de recibir mensajes de amistades que vivían en otros nidos —de hecho, recibía mensajes hasta de su propio nido—, rogándole, suplicándole y pidiéndole que hiciera algo. «¡Vamos, Jupe, si quieres puedes convencerles de que vengan!» Pero Jupe no quería hacerlo. El también estaba empezando a sentirse cansado.

No tan cansado como los Auténticos-Norteamericanos, por supuesto, pero poco le faltaba. Después de tres días de gira, la joven Miranda se había vuelto medio histérica debido a la tensión y la fatiga y, sobre todo (lo cual tenía perpetuamente asombrado a Jupe), por el continuo esfuerzo de rechazar las corteses invitaciones de copular que le hacían todos los machos.

¿Qué razón podía tener para ello?

Cuando estaba lejos de ella, Jupe se pasaba las horas discutiendo aquella rareza con los demás machos, las hermanas mayores, los erks y con cualquiera que estuviera dispuesto a escucharle. La perplejidad de todos ellos era tan grande como la suya: ¿qué mujer (dejando aparte casos tan extraños y poco numerosos como el de su propia Madre Hermana) no querría tener un pene dentro de vez en cuando? De hecho, tan a menudo como pudiera conseguirlo...

Cuando estaba con ella, Jupe se pasaba las horas discutiendo sobre ese mismo tema hasta que ella, roja de rabia, terminaba prohibiéndole hacer ni una sola pregunta más y amenazándole con que, de lo contrario, le expulsaría de la escolta.

En la escuela de biología Jupe había estudiado los hábitos de apareamiento de los escarabajos agujoneadores, unas minúsculas criaturas de sangre caliente parecidas a escorpiones que sólo se apareaban una vez en la vida, tras lo cual el macho se metía en el útero de la hembra y se dedicaba a vivir allí, ciego, sin miembros y sin cerebro, durante el resto de su existencia.

Los hábitos de apareamiento de los Auténticos-Norteamericanos le resultaban igual de extraños, repulsivos e incomprensibles. Necesitó mucho tiempo para comprender en qué consistían y, una vez lo supo, apenas si pudo creerlo. Miranda quería copular con Castor y con nadie más (¡increíble!). Castor tenía costumbre de copular con Delilah, pero estaba más que dispuesto a copular con Miranda o con cualquier hermana yanqui..., y probablemente habría estado dispuesto a copular con un agujero de árbol, en caso de necesidad. Pero Delilah no se lo permitía. Delilah sólo copulaba con Castor, y podía ponerse francamente desagradable con Miranda o con las hermanas yanquis (y, sin duda, también con el pobre árbol) cada vez que Castor parecía dar muestras de interés en ellas. Júpiter llegó a la conclusión de que esa prueba de voluntades acabaría con su derrota pero, ¿por qué tomarse tantas

molestias? ¡Qué extraño era todo!

Y las rarezas no terminaban en sus peculiares prácticas sexuales: lo cierto es que apenas si empezaban allí, pues lo que más interesaba a Júpiter no era la forma en que hacían el amor los Auténticos-Norteamericanos, sino el cómo vivían. En cuanto a eso, los tres guardaban un terco silencio. Los tres Auténticos-Norteamericanos tenían muchas diferencias entre ellos, pero en ese aspecto formaban un apretado frente común. Les contarían cómo era la Tierra... en cuanto supieran cómo era el Mundo, y ni un minuto antes. El discurso del Presidente no les había revelado nada, y ellos no tenían nada que añadirle a esa primera nada.

Pero hacían preguntas..., ¡no paraban de hacerlas! ¡Oh, vaya preguntas hacían!

—¿De dónde sacáis esos nombres tan ridículos? —le preguntó Miranda. ¡Qué extraño!

¿Cómo no había logrado dar con la respuesta por sí misma? ¿Acaso no eran los nombres de los grandes héroes masculinos del pasado? No sólo los héroes norteamericanos, sino los héroes extranjeros, los reales y los míticos: Ulises y Ajax, Robert E. Lee y Pickett, John Wayne, Thor, Brigham Young..., y, naturalmente, Júpiter. ¿Que por qué escogían esos nombres? ¡Vaya, pues porque eran héroes, en nombre del cielo! ¡Todos los machos yanquis eran héroes! ¡Lo único que les faltaba era el desafío que les diera la ocasión de comportarse heroicamente!

¿Y de dónde sacaban sus nombres los erks? Vaya, pues de la misma fuente, claro está..., salvo que los erks, como no eran auténticos yanquis, se mostraban todavía más patrióticos que los humanos. Sólo escogían a los más grandes estadistas norteamericanos.

Abe Lincoln, George Washington, Franklin D. Roosevelt...

—Maldita sea, Júpiter —se quejó Miranda—, ¿por qué no los pronuncian bien? ¡Saben hablar perfectamente el inglés!

—Ahora sí, porque nos hemos pasado años enteros enseñándoselo —dijo Júpiter con altivez—. Pero cuando llegamos aquí no podían hacerlo. Verás, no tenían ni idea del inglés... Hablaban esa extraña mezcla de graznidos y chirridos que usan entre ellos pero, naturalmente, nada más conocernos quisieron utilizar nuestros nombres.

Miranda dio una patada en el suelo.

—¿Por qué? —preguntó—. Un pueblo que quiere usar los nombres de los primeros extranjeros con los que se encuentra... ¿Están locos o qué?

Júpiter se quedó callado y la contempló con expresión pensativa. La pregunta estaba perfectamente clara tanto en sus vocablos como en su construcción gramatical, cierto, pero, ¡qué pregunta tan extraña! ¿Es que esta hermana no tenía ni idea de nada? Jupe decidió ser paciente y empezar por el principio.

—Porque eso es lo que hacen —le explicó.

—¿A qué te refieres con eso? ¿Por qué lo hacen?

—Ayudan a las causas de la justicia y la decencia siempre que es necesario, claro está.

Y lo hacen porque los Dioses Vivientes les crearon para que lo hicieran. —Señaló distraídamente hacia la figura del Dios Viviente en tres dimensiones y a todo color que se hallaba junto a la entrada del nido que estaban visitando.

Miranda contempló la figura, con el ceño fruncido y sin entender nada.

—No sé de qué estás hablando —dijo tras un momento de vacilación, y Júpiter lo vio al fin todo claro.

—¡Ah! —exclamó. Se puso en pie y llamó a los demás grupos de erks y humanos esparcidos por los terrenos del nido—. ¡Escuchad todos! ¡No lo entienden! ¡No saben nada de los Dioses Vivientes!

Cuando dos grupos están discutiendo sin comprenderse y de repente, igual que en una revelación, uno de los bandos capta el motivo básico de dicha incompreensión, el otro bando suele reaccionar dando muestras de irritación.

—¡No seas tan condenadamente superior! —gritó Miranda, enfurecida—. ¡Cuéntanos qué son! ¡Entonces lo comprenderemos todo!

—Lo haré, lo haré —sonrió Júpiter, haciéndoles señas a los demás para que se reunieran con ellos—. Pero procedamos por orden, ¿de acuerdo? Así acabaremos ahorrando tiempo.

—Dio una palmadita en la cadera de Miranda: la cadera no pareció agradecer demasiado ese gesto, y la palmadita no hizo mucho por mejorar el estado de ánimo de Miranda—.

Venid todos —añadió, dirigiéndose a Delilah, el Presidente y los demás—. Sentaos por aquí.

Donde sea... Vamos a resolver ahora mismo este malentendido... Oh, ¿qué pasa? —preguntó, disgustado, al ver que la Madre Hermana del nido empezaba a agitar negativamente la cabeza.

—No tenemos tiempo para esto, Júpiter —dijo ella con voz severa—. Nuestro nido sólo tiene asignadas treinta y una horas de visita y, según los planes, ahora tenéis que inspeccionar nuestro centro médico para que los Auténticos-Norteamericanos puedan ver cómo se almacenan y se conservan los implantes que luego serán trasplantados y...

—Pero esto es más importante —se atrevió a decir Júpiter, mirando a la Gobernadora en busca de apoyo. La Gobernadora se lo estuvo pensando durante unos segundos, pero acabó asintiendo con la cabeza, por lo que todo el mundo acabó tumbándose sobre la hierba bañada por los cálidos rayos del sol rojo. Los erks vinieron corriendo con vino, café y cosas de comer, y Júpiter, muy contento, se preparó para solventar la dificultad—. Los erks —dijo, disfrutando del momento—, no eran los dueños del Mundo. Los auténticos dueños eran los Dioses Vivientes.

La hermana Delilah le lanzó una mirada desdeñosa.

—Empieza por el principio, Júpiter —le ordenó—. ¿Qué son los «Dioses Vivientes»?

Pero la Gobernadora no pensaba aguantar ni el más mínimo desdén por parte de

ella.

—Júpiter lo contará a su manera o no lo contará —dijo con voz autoritaria, y unos instantes después dejó sin efecto su afirmación contándolo todo ella misma: los erks no habían sido la especie dominante del planeta. Eran una especie de animal doméstico que la especie dominante, los «Dioses Vivientes», usaba como ganado o para que le hiciera compañía.

Los Dioses Vivientes eran una raza muy dotada para la tecnología, y no permitieron que sus animales domésticos siguieran siendo como habían sido siempre. Los humanos hacían lo mismo, ¿no? Los seres humanos usaron a los perros comunes para acabar creando chihuahuas y malamutes. Los Dioses Vivientes actuaron de forma más rápida y segura.

Metieron mano en el mismísimo ADN e hicieron que los erks se volvieran inteligentes. Los erks idiotas eran casi tan listos como los chimpancés, y actuaban de una forma tan infantil y traviesa como ellos. Los erks listos eran casi tan listos como los humanos...

Pero seguían siendo infantiles, al menos en aquellos aspectos que les resultaban atractivos a los Dioses Vivientes, pues les gustaba que sus animales de compañía fueran graciosos.

Los Dioses Vivientes —esos seres parecidos a avestruces de los altares y hornacinas—, también tenían otro punto de contacto con los seres humanos, pues no habían aprendido cómo evitar las guerras. Su armamento acabó superando su sabiduría.

Y, finalmente, terminaron matándose a sí mismos. Una colonia de Dioses Vivientes situada en otro planeta del sistema se rebeló contra los señores del Mundo; los Dioses Vivientes del Mundo aniquilaron ese planeta y cuanto había en él, pero no con el tiempo suficiente para salvarse. Los Dioses Vivientes eran unos excelentes creadores de armas biológicas, y los virus que los rebeldes derramaron en el aire y el agua del Mundo mataron a todos y cada uno de los Dioses Vivientes que moraban en él.

Los erks sobrevivieron.

—No siempre tenemos la descendencia adecuada —explicó Jutch, trepando al regazo de Castor para mirarle a los ojos—. Ha pasado mucho tiempo, ¿comprendéis?, y las alteraciones genéticas no eran lo bastante estables, por lo que hay erks idiotas y erks listos... como yo.

—Todos los erks son idiotas —dijo Júpiter, sonriendo—. De lo contrario no estaríais intentando meteros en todas las guerras que podéis encontrar, ¿verdad?

El segundo día llegó y se marchó, así como el tercero y el cuarto.

Ya habían cubierto casi una cuarta parte del gran continente del Mundo, e incluso un par de las islas cercanas. Le habían mostrado al grupo del Presidente las maravillosas máquinas antiguas de los Dioses Vivientes y las ciudades que se regeneraban a sí mismas en cuanto se desgastaban y volvían a reconstruirse en cuanto

envejecían; le mostraron cómo se les podían dar nuevas instrucciones a las máquinas para que construyeran objetos e incluso ciudades nuevas. O nidos.

O armas.

Ya estaban casi en el final de la gira y, asombrado, Júpiter se dio cuenta de que los Auténticos-Norteamericanos no parecían tener las cosas mucho más claras que al principio.

Habían aprendido muchas cosas, pero lo aprendido no parecía hacerles más sabios. Y, desde luego, no había hecho que resultara más fácil llevarse bien con ellos. Cada vez mostraban más tendencia a separarse de los demás para hablar en susurros, discutiendo los unos con los otros. Las relaciones entre los miembros del pequeño grupo eran tan malas como las que mantenían con sus anfitriones, pero, ¿a qué se debía? Resultaba obvio que estaban preocupados por algo...

Y llegó un momento en que todo el mundo estaba preocupado, y lo más preocupante de todo tuvo lugar cuando visitaron el Viejo Nido.

Llegaron al Viejo Nido el sexto día de su gira, sudorosos, cansados y hablándose malhumoradamente los unos a los otros. La comida del Nido Rosy había sido bastante mala debido a que las hermanas de la cocina intentaron complacer a los visitantes obsequiándoles con un menú especial de pizza y tamales, y el resultado había sido horrible para todos. El largo trayecto aéreo había tenido lugar entre turbulencias, y la mitad del grupo estaba mareado. Cuando Júpiter intentó animar a Miranda explicándole la historia del Viejo Nido y qué lo hacía ser tan único, ésta, con cara de mal humor, se limitó a responderle que no era sino otro maldito nido y que podía irse al infierno.

Júpiter intercambió una mirada de resignación con Jutch el erk. ¡Vaya forma de referirse al Viejo Nido! Era la primera colonia que los yanquis establecieron en el Mundo. Era casi un santuario, y también lo era la ciudad erk que había junto a él..., de hecho, para los erks la ciudad era mucho más santa que el Viejo Nido para los yanquis, pues apenas si era una ciudad erk. Jamás había sido reconstruida para su uso. Seguía estando tal y como los Dioses Vivientes la habían dejado milenios antes; los erks la visitaban porque era su Meca, su Lourdes y su Salón de la Independencia todo en uno, pero ningún erk vivía allí.

—Oh, oh —dijo Miranda, cuando bajaron de la plataforma volante. La verdad es que no le estaba prestando atención. Estaba observando cómo Delilah hablaba en susurros con Castor junto a la otra plataforma, y su expresión dejaba bien claro que estaba tan disgustada como ellos.

—Aún no has oído la parte más interesante —dijo Júpiter.

—Estupendo, Jupe, porque, sinceramente, la verdad es que cuanto me has contado hasta ahora no me ha dejado lo que se dice demasiado emocionada. — Miranda sonrió sardónicamente mientras observaba cómo Delilah limpiaba cuidadosamente la sudorosa frente de Castor con una hoja velluda mientras seguía riñéndole (Castor se había mareado más que los otros durante el vuelo), y volvió a

concentrar su atención en Júpiter—. ¿Y bien? ¿Qué tiene de interesante?

—Un Primer Colono —dijo Júpiter con voz llena de orgullo—. ¡Eso es lo que tiene de interesante!

Y, por lo menos esta vez, sí logró despertar su interés..., no sólo su interés, sino que Miranda se dedicó a pedirle más explicaciones y, después de eso, quiso hablar con los otros dos Auténticos-Norteamericanos.

—¿Por qué no nos dijiste que había supervivientes? —le preguntó Delilah, y Júpiter se limitó a sonreír.

—Era una sorpresa —explicó—. Y, además...

Además, pensó, decir que el mayor general Morton T. Marxman había sobrevivido no resultaba totalmente cierto. No tuvo que explicarlo. Resultaba más sencillo mostrárselo; y apenas Erica, la Madre Hermana del Viejo Nido, salió de éste con paso vacilante para darles la bienvenida, fueron al medio hospital, medio museo, donde vivía el único superviviente de la Tierra para echarle un vistazo. «Vivía» quizá fuera un término algo engañoso, pues lo único que mantenía vivo al viejo general era la fontanería, tubos y pociones de los biólogos erks. La verdad es que Marxman no era increíblemente viejo —Júpiter les explicó que, según la cronología de los Auténticos-Norteamericanos, no tenía mucho más de un siglo—, y naturalmente otros seres humanos habían llegado a vivir más tiempo que él, ¿verdad?

Pero el general Marxman había tenido una existencia muy dura. Sobre todo después del infarto. Desde entonces se pasaba casi todo el tiempo inconsciente, pero de vez en cuando los médicos le administraban un chorrito de estimulantes para las ocasiones especiales.

—¡Y no cabe duda de que ésta es una ocasión especial! —dijo Madre Erica sonriendo orgullosamente—. Adelante, Lucille —ordenó, y una enfermera le dio una vuelta a una válvula, con lo que hizo entrar un poco de alguna sustancia extra en el continuo fluir de líquidos que había sustituido desde hacía mucho a casi toda la sangre contenida en las viejas venas de Marxman.

Los Auténticos-Norteamericanos contemplaron aquella figura encogida y marchita.

—No pasa nada —dijo Castor.

—Necesitará algo de tiempo —dijo la Madre Hermana, y miró a la enfermera—. Una media hora, ¿no? De acuerdo. Bien, dejen que les enseñe los aspectos más interesantes del Viejo Nido mientras esperamos.

—¿Es necesario? —gimió Miranda, pero se le respondió que sí lo era. Júpiter se encargó de guiarles, henchido de orgullo. Ya había estado allí antes..., bueno, casi todos los machos yanquis habían estado allí, así como muchas hermanas, pues visitar al general Marxman era algo así como una excursión habitual para las clases de los pequeños. Y, cuando estabas en el Viejo Nido, visitabas el santuario erk, naturalmente. Se le llamaba el Salón de los Dioses Vivientes, y lo más interesante de él era que no sólo contenía Dioses Vivientes.

—¿Qué son esas cosas? —exclamó Miranda, poniendo cara de repugnancia mientras contemplaba las imágenes agrupadas alrededor del Dios Viviente central, representado de una forma muy estilizada.

Jupe le sonrió con benevolencia.

—Nuestros predecesores —se limitó a decir—. Los erks llevan muchos años mandando naves exploradoras al espacio, intentando encontrar algún Dios Viviente que no haya muerto.

—Pero esas cosas no son Dioses Vivientes —protestó Castor.

—No, claro que no. Son invitados, igual que nosotros.

Castor puso cara de indignación. Sus ojos fueron de la hornacina que contenía las pequeñas morsas descoloridas a la que estaba llena de anémonas de mar, y luego a la de las ardillas con pinchos tan grandes como caballos, y a la que...

—Son horribles —dijo Castor—. ¿Qué significa eso de que son nuestros predecesores?

—Pues que son las otras razas a las que los erks han ayudado —explicó Jupe—. Eso es lo que hacen, ¿recuerdas? Los erks se han pasado toda su historia ayudando a los oprimidos. Naturalmente, las cosas no han salido siempre como ellos querían, pero aun así...

—Pero aun así —dijo la Madre Hermana, que había recibido un mensaje del hospital—, ¡ahora ya podemos ver al general! ¡Oh, hermanas, oh, señor Presidente, qué noble experiencia van a tener ahora!

Bueno, no pareció que así fuera. Si los Auténticos Norteamericanos se sintieron honrados, no lo demostraron. Cuando siguieron a Jupe y a la Gobernadora de regreso a la habitación pintada de verde en la que el general Morton T. Marxman estaba siendo devuelto al mundo de los vivos para servirles de entretenimiento, sus rostros estaban todavía más ceñudos que de costumbre. No parecían nada divertidos.

—¿Sabe una cosa? —le murmuró Jupe a la Gobernadora, muy irritado—. ¡Creo que no se están comportando de la forma adecuada!

La Gobernadora le lanzó una mirada bastante sombría. Contenía una parte de ira y otra parte de reprimenda por atreverse a criticar a su Presidente..., pero también encerraba cierto asentimiento, pues la verdad es que las cosas no iban por buen camino.

—Mantén la calma, Jupe —le dijo—. De todas formas, primero tenemos que pasar por esta condenada ceremonia...

El general Marxman había sido extraído de su lecho-capullo, donde los monitores comprobaban su sangre, heces, orina y sudor y filtraban concienzudamente la sangre para eliminar todas las sustancias malignas, añadiéndole las sustancias benignas que necesitaba para mantener en marcha la parte de su metabolismo que aún funcionaba..., más o menos.

Lo habían conectado a la pequeña máquina capaz de recordarle a su corazón cuándo debía latir, y a los conductos de gases que iban midiendo lo que entraba en

sus pulmones. El general estaba reclinado en su litera ceremonial, que le mantenía medio erguido y le impedía caerse.

Y la verdad es que parecía estar bastante vivo.

Hasta podía hablar, y sabía qué frases debía decir.

—Bienvenidos —tronó. Las voces de algunos ancianos se vuelven agudas y quebradizas: es el efecto del colágeno que se va endureciendo sobre sus cuerdas vocales. Otras voces se vuelven roncadas y guturales y el efecto producido es algo más agradable, por lo que los médicos encargados de cuidar al general Marxman habían optado por la voz grave e impresionante. El general tenía los ojos abiertos, aunque resultaba difícil saber qué veía, si es que veía algo. Tomando en cuenta su aspecto global, lo cierto es que el general Marxman se parecía mucho a un general vivo..., al menos, todo lo que podía esperarse encontrar en un museo donde hubieran reconstruido a una especie extinta.

Júpiter, orgulloso, pensó que hasta el Presidente había quedado impresionado. Estaba claro que Castor intentaba dar con alguna contestación adecuada al saludo. Miró a Delilah buscando ayuda, no la consiguió, tragó una honda bocanada de aire y decidió improvisar.

—Ah..., General Marxman —dijo—. Nosotros..., eh..., hemos venido aquí para ofrecerle nuestros respetos a un gran héroe norteamericano. A usted, claro— añadió, queriendo dejarlo todo bien claro.

Calló, esperando una respuesta. No obtuvo ninguna. El general daba la impresión de estárselo pensando.

Lo cual era perfectamente lógico, claro está. Con estimulantes o sin ellos, la velocidad de reacción del general después de su infarto se había reducido muchísimo, pero Jupe sabía que los mejores médicos opinaban que dentro de la cabeza seguía habiendo un cerebro que funcionaba con bastante frecuencia. Se preguntó cómo sería estar atrapado e indefenso dentro de un viejo cuerpo agonizante. Contempló la figura reclinada en la litera con una mezcla de compasión y desprecio; ¿cómo era posible que alguien se permitiera envejecer tanto? ¿Era posible que el general hubiese sido joven alguna vez, un subteniente que anhelaba desesperadamente ser admirado, un astronauta, un coronel? (Marxman había terminado autoconcediéndose el rango de general..., lo cual era bastante razonable, teniendo en cuenta que era el único miembro de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos existente en un radio de casi cuarenta años luz.) Jupe oyó un jadeo ahogado procedente de la Gobernadora y, un instante después, vio lo mismo que había visto ella.

Los ojos del general habían empezado a brillar. Era como si realmente pudiese ver, y no estaba mirando al Presidente.

No, estaba mirando a Tsoong Delilah y Feng Miranda. Las miraba dando muestras cada vez mayores de emoción, y la emoción no era ni alegría ni sorpresa.

¡Era rabia!

Las hermanas enfermeras vieron lo mismo que Castor. Lo comprendieron tan

poco como él, pero sabían que algo malo estaba pasando dentro de la paralizada cabeza del general Morton Marxman. Fueron rápidamente hacia él para comprobar su pulso, su respiración y sus constantes vitales, pero el general empezó a chillar, graznando sonidos inarticulados con los que pretendía apartarlas. Sus ojos seguían clavados en Delilah y Miranda, ardiendo con un brillo feroz. Intentó mover uno de sus marchitos brazos para quitarse el respirador de la boca, pero el brazo se negó a moverse. Intentó erguirse en su litera, pero su cuerpo ya no tenía músculos capaces de cumplir una tarea de magnitudes tan hercúleas. Pero el general, indomable, no se rindió a las limitaciones del cuerpo en que vivía. Tosió. Se atragantó. Chilló y babeó. Y, finalmente, logró escupir el tubo y éste cayó en manos de las enfermeras que se agitaban a su alrededor, no sabiendo qué hacer.

—¡Traición! —ladró el general, con los ojos en llamas, intentando apartar a las hermanas con el fuego de su mirada—. ¡Hemos sido traicionados! ¡Arresten inmediatamente a esas dos mujeres, ese maldito par de rojas!

Eso hizo que el mundo de Júpiter volviera a dar su segundo vuelco total en cuestión de días, pero en esta ocasión el vuelco no resultó nada agradable. Al contrario, fue el horrible opuesto de la ocasión anterior, pues estuvo llena de confusión, y todo el mundo parecía muy ofendido. ¿Rojas? ¿El Presidente se había traído consigo al enemigo? ¿Cómo era posible?

Y nada de cuanto les dijo el Presidente sirvió para explicárselo. Y nada de cuanto dijeron las dos mujeres tenía ni la más mínima importancia, claro está: eran enemigas. El enemigo mentía. Tenían que ser arrestadas, tal y como había ordenado el viejo y enfurecido general medio agonizante..., y eso ya era un gran problema, porque, ¿cómo arrestabas a dos miembros del Gabinete del mismísimo Presidente de los Estados Unidos? Sobre todo cuando el Presidente en persona exigía su libertad, muy enojado...

¡Algo andaba terriblemente mal!

Y no sólo andaba mal; además, resultaba incomprensible. ¡El rescate de los Estados Unidos no debería verse complicado por esa clase de locuras! No tenía sentido..., peor que eso, los esfuerzos del Presidente por acabar con la confusión no hacían sino empeorarla.

Bueno, sí, admitió que la mujer llamada Delilah Tsoong era de hecho una china Han..., bueno, algo así. Pero había nacido en los Estados Unidos, por lo que legalmente también era norteamericana... si es que uno podía meter las palabras «legalmente» y «norteamericana» en la misma frase, cuando desde hacía cien años no había existido ningún gobierno norteamericano cuyas normas pudieran hacer que algo resultara legal o ilegal. Y, para hacer que sus incomprensibles explicaciones resultaran todavía menos comprensibles, ahí estaba la actitud de la misma Tsoong, que no parecía tener ganas de comprender lo que pasaba: de hecho, se mostraba claramente desafiante.

—De acuerdo —se burló—, ¡arrestadme si queréis! ¡Pero sois todos unos idiotas!

¡Norteamérica no existe! ¡Se destruyó a sí misma hace un siglo! —Aquello resultaba algo difícil de entender, cierto, pero también simplificaba un tanto las cosas, pues resultaba claro que cualquier persona capaz de proferir frases tan sediciosas debía ser arrestada inmediatamente. Le ataron los brazos a la espalda, la hicieron guardar silencio amenazándola con que le pondrían una mordaza si no se callaba, y la dejaron bajo la custodia de la Gobernadora y tres erks listos con varillas eléctricas para ocuparse de que no intentara gastarles ninguna jugarreta. (Fueran cuales fuesen las jugarretas que pudiera intentar, estando casi sola en un planeta lleno de seres que la consideraban horrible.) Tsoong les dejó hacer. Estaba muy irritada.

El Presidente era otra cuestión. ¿Cómo podías arrestar a tu propio Presidente? Aun suponiendo que dijera cosas tan terribles como las que decía: —No soy un auténtico Presidente —les explicó—. La elección fue una farsa, ¿comprendéis? —les dijo, y eso no les dejó otra alternativa que impedir que siguiera hablando. Hasta el general Marxman, con el estertor de su cada vez más débil aliento raspando en su garganta, movió la cabeza para indicar que estaba de acuerdo con Polly la Grande cuando ésta observó que, con farsa o sin ella, la elección presidencial era la única elección presidencial que se había celebrado y que, por lo tanto, Castor Pettyman era el único Presidente disponible, por lo que Castor no fue arrestado. Pasó el trayecto de regreso a Ciudad Espacial instalado en el asiento del copiloto de su propia plataforma volante, contemplando con cara de disgusto el paisaje del Mundo que pasaba rápidamente bajo ellos. Los erks armados que había a su espalda, en su caso, no eran más que una guardia de honor.

Y también estaba Feng Miranda, la más difícil de comprender de los tres.

—Pues claro que genéticamente soy china —gritó enfurecida—, pero, ¿qué tiene que ver eso? Mis antepasados eran norteamericanos. Fueron norteamericanos durante doscientos años. ¡Eran patriotas, y yo también lo soy! ¡Soy leal a Norteamérica! ¡Idiotas, soy la única norteamericana de que disponéis! ¡Soy una norteamericana mucho más auténtica que Castor, ese lacayo chaquetero capaz de lamerle los zapatos a los Han a cambio de que le den la ocasión de pasarse el resto de su vida viajando en una nave espacial!

¡Qué lío! Polly la Grande miró sucesivamente a los Auténticos-Norteamericanos, los yanquis y los erks, buscando alguna fuente de comprensión y consejo. No encontró ninguna, por lo que todo el mundo acabó subiendo a sus plataformas volantes para volver a Ciudad Espacial. Quizás el Congreso fuera capaz de tomar una decisión sobre lo que debían hacer, porque el problema era tan complicado que ni tan siquiera Polly la Grande se veía capaz de resolverlo.

En cuanto a Miranda, acabaron decidiendo creer en su lealtad. Se limitaron a asignarle un guardia armado, y el cargo recayó en Júpiter. Jutch se encargó de pilotar su nave y, tan pronto hubieron despegado del suelo, Júpiter le dejó concentrado en su tarea.

En la parte trasera de la plataforma había un catre. Miranda se había arrojado

sobre él, llena de rabia y frustración. Jupe fue hacia ella y la contempló en silencio durante unos instantes, pensando.

Acabó tocándole suavemente el brazo y las glándulas de Júpiter empezaron a funcionar alegremente, produciendo auténticos torrentes de sustancias químicas.

—Te creo —le dijo y, siempre bondadoso, añadió—: Si crees que eso puede calmarte, estoy dispuesto a copular contigo ahora mismo.

Miranda replicó de una forma muy desagradable, usando una palabra para «copular» que Jupe jamás había oído antes. Su forma de hablar le pareció casi obscena...; ¿convertir la copulación en una obscenidad, qué idea tan repugnante!

Júpiter era una buena persona, para ser un macho. En circunstancias normales habría intentado animar a Miranda y quizá hasta se habría tomado la molestia de acariciarla o darle unas palmaditas pese a los desagradables modales hiperactivos que solía emplear.

Pero algo parecía estar sucediendo en la parte delantera de la plataforma. Su piloto estaba parlotando excitadamente, y sus vibrilos apuntaban a Júpiter, moviéndose sin parar.

—Te ordeno que te quedes aquí —le dijo a la china, y ésta le respondió lanzándole una mirada asesina. Disgustado, y vigilándola con el rabillo del ojo para asegurarse de que le obedecía (aunque, después de todo, ¿qué otra cosa podía hacer?), Jupe fue hacia los asientos de los pilotos.

Y, antes de que pudiera llegar allí, tan pronto como la ronca voz del erk pudo alcanzarle, se enteró de lo que pasaba.

—¡Júpiter, Júpiter! —gritó el erk—. ¡Nunca te lo creerás!

—¿Creerme el qué? —preguntó Júpiter, instalándose en el asiento contiguo al suyo.

—¡Han lanzado otra nave! —le dijo el erk, muy excitado—. ¡Mira la pantalla! ¡Y es muy grande, Jupe!

Asombrado, Júpiter se inclinó hacia delante para activar su pantalla. El índice adecuado resultó fácil de encontrar; la historia ocupaba una docena de canales a la vez, pues era una gran noticia, y en varios aspectos. ¡Un nuevo lanzamiento en la isla Hainan! ¡Y, tal como había dicho el erk, la nave era muy grande!

Las pantallas de índices de la plataforma volante no eran iguales a las del nido. Júpiter necesitó un instante para comprender cómo podía conseguir que hiciera lo que deseaba. El erk intentó ayudarle, pero Júpiter, impaciente, rechazó su ayuda con un manotazo y usó el teclado hasta encontrar lo que andaba buscando. La imagen aumentada de la nave Han tembló y empezó a dividirse en secciones. No eran reales; ningún ojo yanqui o erk había visto lo que había bajo la piel de una nave Han. Lo que estaban viendo era la traducción hecha por el mejor especialista erk basándose en los datos de seguimiento, observaciones ópticas, analogías con el yate presidencial y deducciones a partir de lo que sabían sobre el armamento de los chinos.

La nave iba fuertemente armada. No cabía duda.

Miranda no obedeció sus órdenes. Pasó todo el trayecto de regreso a Ciudad Espacial mirando por encima del hombro de Júpiter. Pero Jupe no la riñó, y apenas si se dio cuenta de su presencia o de su flagrante desobediencia, pues Miranda parecía estar tan emocionada y feliz como él.

—¡Van a atacar! —exclamó—. ¡Oh, Jupe, chico, realmente vamos a luchar contra ellos!

—Vamos a vencerles —le corrigió Jupe, con la áspera amabilidad de un padre cuyo niño ha sabido darle la respuesta correcta—. ¡Ya verás! Los erks llevan mucho tiempo preparándose para esto.

—¡Yo también! —gritó ella—. ¡Oh, Jupe! ¡No sabes el tiempo que mis camaradas y yo hemos pasado esperando! No tienes ni idea de lo que nos ha costado..., la vida de mi propio hermano, cien años de esclavitud, todo ese tiempo pasado sin esperanzas..., y ahora..., oh, Jupe —repitió, pasándole los brazos alrededor del cuello. Bueno, pensó Júpiter con cierta satisfacción, ¡ya era hora de que la hermana recobrase la cordura! Pero volvía a equivocarse, pues cuando alargó la mano para darle una palmadita en el trasero, a modo de respuesta (con cierta torpeza, pues tuvo que retorcer el brazo), Miranda volvió a envararse—. Dios, ¿es que no piensas en otra cosa? —le dijo secamente, y se apartó de él.

Júpiter, exasperado, decidió rendirse.

—¿Quieres ver qué más está pasando? —le preguntó con frialdad.

—Pues claro que sí. Lo único que debes hacer es mantener las manos quietas.

Jupe se encogió de hombros y buscó los canales de planificación.

No era necesario. Lo que necesitaba ver ya era claramente visible, y sin necesidad de pantallas. Estaban llegando a las zonas de aterrizaje de Ciudad Espacial y justo ante ellos, flotando sobre las puertas de la ciudad, había un arco iris luminoso. Decía: Bienvenidos Presidente y Congreso Plenipotenciario —¿Qué es un congreso plenipotenciario? —preguntó Miranda, atisbando por encima del hombro de Júpiter.

—Es lo que dice ahí —replicó él—. Es un congreso que reúne a toda la gente importante del Mundo. Acaba de ser convocado. Tan pronto como detectaron la nave china, Polly la Grande usó los canales de comunicaciones. ¡Verás, ahora podremos hacerlo!

—¿Hacer el qué?

—Pues declarar la guerra, por supuesto —dijo Júpiter con alegría y se quedó muy complacido, aunque algo asombrado, al ver que la respiración de Miranda volvía a acelerarse. Su expresión ceñuda se fue derritiendo hasta convertirse en algo que casi era una sonrisa. Júpiter pensó si debía intentar darle otra palmadita, acabó decidiendo que no y, en vez de ello dijo—: Entraremos todos en sesión ahora mismo.

—¿A quién te refieres con ese «todos»? —preguntó ella, suspicaz.

—Oh, supongo que tú también podrás participar —dijo él—. Quizás hasta Tsoong Delilah... No sé. ¡Todo el mundo!

Y así acabó siendo. La reunión no se limitó al Congreso. Casi todos sus miembros

ya estaban allí, pues cada nido del Mundo había enviado a sus Senadoras y Congresonas tan deprisa como pudo, queriendo que estuvieran presentes para asistir al regreso del grupo de Auténticos-Norteamericanos y el anhelado discurso del Presidente. Y eso no era todo, pues los nidos también habían enviado a todas las hermanas mayores para las que había sitio disponible, así como a todos los machos adultos. Nada semejante había ocurrido en el Mundo antes —al menos, no durante el tiempo que los yanquis llevaban ahí—, y reinaba un ambiente festivo.

Pero también había cierta seriedad flotando en el ambiente, pues debían tomar decisiones muy graves. Polly la Grande se había encargado de utilizar los canales de comunicación para ir definiendo las dos áreas en las que debían tomar decisiones: debían decidir qué hacían respecto a la sorprendente identidad racial de dos miembros del grupo presidencial; y debían prepararse para superar la amenaza enviada por los chinos Han de la Tierra. Eran dos temas muy distintos y debían ser decididos en reuniones diferentes. Los planes de guerra serían trazados por el consejo militar conjunto yanqui y erk y, en su calidad de oficial, Júpiter podía asistir a dicho consejo, no había duda de ello. Pero no tenía derecho a participar en las sesiones del Congreso de los Estados Unidos (en el exilio), y le encantó descubrir que, como carcelero de Miranda, y siempre que contara con el requisito esencial de que ésta se hallara presente, podía asistir a ellas. En las sesiones del Congreso no había erks, aunque se celebraban en una de las salas de reuniones de la antigua ciudad erk. El problema era que los erks idiotas no se habían dado cuenta de que no podían asistir a ellas, por lo que no pararon de corretear y llevase pisotones y broncas durante toda la media hora que Senadoras y Congresonas tardaron en ocupar sus sitios. Los últimos en aparecer entraron formando una pequeña procesión: Miranda iba con Júpiter, su centinela; seguidos por Tsoong Delilah y sus dos centinelas erks, que ocuparon sus puestos en la parte delantera de la sala, pero a un lado, después, caminando el uno junto al otro, Polly la Grande y el Presidente subieron al estrado, instalándose en dos sillones tapizados con piel de atisbo, y se dio comienzo a la sesión, que no fue muy larga. El Congreso llegó a un veredicto muy sencillo: el Presidente era el Presidente. Pero su autoridad ejecutiva no sería ejercida hasta que la Auténtica Norteamérica hubiera sido reconquistada. Feng Miranda era una auténtica norteamericana leal. Tsoong Delilah...

Bueno, la verdad es que Tsoong Delilah no ayudó en nada a defender su propia causa.

Sí, dijo que era la única y legítima Secretaria de Estado existente, pero por otra parte esa nación llamada «Norteamérica» no existía; y se aferró a tal opinión pese a todas las preguntas y ruegos que se le hicieron. Las preguntas vinieron de Feng Miranda, y eran tan incisivas como crueles. Las súplicas llegaron del Presidente Pettyman, que parecía considerar que su intransigencia era una de esas tonterías femeninas que seguramente guardaban relación con un problema de bioquímica premenstrual. Tsoong Delilah no dio su brazo a torcer, y el Congreso acabó

decidiendo dejar el problema sin resolver.

El Congreso se autoconcedió una pausa, y todos sus miembros, pasaron alegremente a otra sala más grande donde les estaban aguardando los erks del Consejo de Guerra.

Bueno, la verdad es que no habían estado aguardándoles, o no exactamente. Los erks toleraban los rituales políticos yanquis e incluso los hallaban pintorescamente atractivos, pero, mientras el Congreso celebraba su sesión, los erks habían estado adoptando las medidas prácticas necesarias para que planificar una guerra tuviera un auténtico significado real.

La sesión duró cinco minutos. El erk listo llamado A-Belinka informó de que la nave Han estaba siendo vigilada, y de que no tardarían en capturarla. Polly la Grande propuso declarar el estado de guerra. La decisión fue adoptada por unanimidad, con una sola abstención. Pero la abstención ni tan siquiera fue registrada en las actas, pues venía de la malhumorada Secretaria de Estado, quien tenía el mentón apoyado en una mano y se dedicaba a mirar por la ventana.

A-Belinka y Polly la Grande nombraron rápidamente un Comité para la Dirección de la Guerra. Júpiter no estaba en él, pero Feng Miranda sí. Y Jupe se dijo que eso era casi tan bueno como figurar en él, pues aunque Júpiter, el joven macho arrogante de un nido menor, no tenía ningún derecho a ocupar posición tan importante, ahora ya se encontraba por encima de tal cargo. Era Jupe-el-Carcelero. Era el guardián de Feng Miranda, quien había jurado ser su aliada (aunque podía estarles engañando), y Jupe iría allá donde fuera ella.

Se dijo que eso era casi tan bueno como ser miembro de pleno derecho del comité, e intentó convencerse de ello.

Miranda seguía negándose a copular. Insistió en dormir sola. Le habían dado una habitación en la vieja ciudad erk y, aunque normalmente Júpiter no habría tenido dificultades para que una u otra hermana compartiera su lecho, la disposición de las habitaciones hacía que invitarlas resultara bastante difícil. Irritado, pasó aquella noche durmiendo con un par de mantas ante la puerta de Miranda. Solo.

Pero a la mañana siguiente Jupe era todo sonrisas y placer; tenían que ir a los cobertizos donde se montaban los vehículos y discutir sobre armamento y estrategias. Hizo que Miranda desayunara a toda prisa y pidió una plataforma volante para que les transportara hasta el hangar donde se guardaba la nave en la que habían llegado. Así se hizo, con la plataforma levantando chorros de polvo en todas direcciones.

—¿Qué han hecho? —preguntó Miranda, volviéndose para mirar en todas direcciones nada más entrar en el inmenso hangar. Era una pregunta retórica. Lo que habían hecho se encontraba desperdigado ante ella. La nave en la que despegaron de la Tierra había sido, cuidadosa y cautelosamente desmontada pieza por pieza. Todas las armas que Tchai Howard y Muchascaras habían ocultado en su casco, sistemas propulsores y espacio de carga, habían sido diseccionados y sacados de la nave. Las armas habían sido alineadas formando una hilera de máquinas letales. Láseres de

radiación ionizante. Lanzadores de misiles parecidos a los cañones de 75 milímetros de las guerras pasadas. Lanzacohetes, tanto químicos como nucleares.

Ni tan siquiera Miranda había comprendido lo mortífera que era la astronave en que vinieron.

—¡Podrían haberos barrido! —exclamó, y A-Belinka, el erk listo, que estaba moviéndose velozmente sobre las piezas de un radar para controlar los disparos la miró y agitó sus vibrilos en señal de asentimiento.

—Podrían haber destruido nuestras naves, sí —trinó—. Incluso podrían haber destruido la ruta espacial..., no atacando el campo de transporte en sí, naturalmente, pues no es algo material, sino destruyendo la nave exploradora que lo generaba. Pero, más tarde o más temprano, nuestro número habría prevalecido, Miranda. En cuanto se hallaran a este lado del camino espacial no habrían tenido más remedio que rendirse..., ¡y eso les ocurrirá ahora!

Miranda le miró, no muy convencida.

—¿Cómo puedes estar seguro de eso? ¿Y si destruyen la nave exploradora? Entonces no podréis llegar hasta ellos, ¿verdad? No hasta que mandéis otra nave a una velocidad inferior a la de la luz, una nave con una nueva..., ¿cómo la llamáis, ruta espacial?

Los vibrilos del erk se agitaron salvajemente.

—¡No lo harán! —graznó—. ¡No deben hacerlo! ¡Eso sería terrible! ¡Júpiter, debemos impedirles que lo hagan!

Miranda, asombrada, contempló a la pequeña criatura y a su centinela. Meneó la cabeza, llena de incredulidad.

—Sois increíbles... —dijo—. ¡Dios! Bueno, ya veo que no hay forma de evitarlo..., tendré que explicaros cómo librar esta guerra. Empezad contándomelo todo sobre esa «ruta espacial», y ya pensaré en cómo podemos ir manejando a los chinos.

A-Belinka no se ofendió ante sus palabras y le encantó explicarle a Miranda todo lo que ésta quiso saber. Le dijo que la comunicación mediante la ruta espacial estaba sometida a las leyes de la física y a la distancia en cuestión. Cierto, la ruta espacial podía ser generada únicamente usando medios materiales: su generador se hallaba entre los aparatos transportados por la nave exploradora. Cierto, para conseguir una ruta espacial a cualquier punto de la galaxia primero era preciso transportarla hasta allí..., y si no había otra ruta espacial ya instalada, la única forma de transportarla era mediante una nave convencional propulsada a velocidades inferiores a las de la luz. Cierto, si la nave exploradora era destruida, todos los planes de los erks y los yanquis sufrirían un retraso de casi medio siglo, pues ése fue el tiempo necesario para que la nave con la ruta espacial llegara a ponerse en órbita alrededor del sol de la Tierra..., y ése era el tiempo que necesitarían para sustituirla si la perdían.

Pero, dijo, con sus vibrilos agitándose alegremente, y con Júpiter moviendo la cabeza y sonriendo a su espalda, ¡no eran tan tontos como Miranda parecía pensar!

Haber diseccionado su nave les había dado una buena idea de qué armas podía llevar la otra nave. No podían impedir que los Han usaran esas armas..., al menos, no hasta que se hallaran en el extremo de la ruta espacial cercano al Mundo. Pero sí podían asegurarse de que las usaran sin sacarles ningún provecho.

A-Belinka se volvió hacia una pantalla y pidió las imágenes de lo que ya habían hecho.

La nave exploradora había sido reforzada con todo un suplemento de pequeños ojos robot, unos cohetes minúsculos dirigidos por control remoto que habían sido enviados a través de la ruta espacial hacia la Tierra durante las últimas semanas. La nave exploradora se mantendría a distancia segura y estaría protegida por una pantalla de robots. Si los chinos disparaban sus armas empezarían usándolas contra los robots, que estaban más cerca y les resultaban mucho más molestos. Eso haría que se distrajeran, al menos durante un breve lapso de tiempo..., y en cuanto la nave Han se hallara en el radio de acción de la ruta espacial, aproximadamente a unos cien mil kilómetros de ella, sólo harían falta unos segundos para generar el campo y hacer que se tragara a la nave.

—Y —concluyó el erk, temblando de excitación—, ¡ya casi están dentro del radio de acción, Secretaria Miranda! No perdamos más tiempo. Nuestras flotas están listas para desplegarse y dar comienzo a la invasión..., en cuanto tratemos con esta nave Han que ya se aproxima a la ruta espacial.

—¿Y cómo vamos a vérnoslas con ella? —preguntó Miranda, empezando a irritarse—. ¿Vamos a hacer algo, o nos limitaremos a quedarnos sentados hablando?

—Vamos a hacer algo, Secretaria Miranda —dijo A-Belinka con voz humilde—. Mire...

Echémosle un vistazo a la amenaza con que debemos enfrentarnos. —Trinó velozmente unas cuantas órdenes dirigidas a sus ayudantes erks y señaló con sus vibrilos hacia una pantalla.

La nave Han apareció ante ellos, abandonando la órbita terrestre para dirigirse hacia la nave exploradora que la aguardaba.

—Hemos introducido en los bancos de datos cuanto sabíamos sobre su nave y su armamento —dijo A-Belinka—, así como todo cuanto nos han contado o lo que hemos observado con nuestros ojos espía robot.

—Sí, sí —dijo Miranda con impaciencia, observando la imagen en la pantalla. Escuchó distraídamente al erk, que seguía parlotear sobre las hipótesis y conjeturas introducidas en las máquinas, los datos obtenidos de una docena de guerras anteriores... ¿Guerras anteriores? Miranda aguzó el oído, pero A-Belinka ya estaba hablando de otra cosa. Le dijo que las máquinas habían absorbido todos esos datos y los habían evaluado. Tomaron en consideración los hechos, las suposiciones y las teorías. Estudiaron la imagen óptica de la nave china, así como lo que el resto de sensores remotos podían decirles sobre las radiaciones que emitía y su estructura física. Y entonces Miranda vio algo en la pantalla, algo que no había estado allí antes.

—Fijaos en esos abultamientos del casco —dijo, interrumpiéndole—. ¡Cuando llevaron la nave a la torre de lanzamiento no estaban allí! Y creo que ahora tiene más antenas...

—Ah, muy bien, Secretaria Miranda —dijo A-Belinka, haciendo un aparte para intercambiar unos trinos con sus ayudantes. La imagen óptica se volvió borrosa y fue sustituida por un diagrama. A-Belinka estudió la pantalla—. ¡Armas lanzacohetes! —exclamó—. Y... ¡oh, son de las grandes!

—¿Cómo habéis conseguido hacer eso? —preguntó Miranda, contemplando la pantalla.

Bajo los antiguos abultamientos había unos delgados cilindros de brillantes puntas.

—Es un caso muy probable, Miranda —le explicó el erk—. Las máquinas han tomado todos los datos y producido una estimación. Normalmente son dignas de toda confianza...

—Y los ayudantes del erk listo hicieron algo más con los controles, y las protuberancias que cubrían la lisura del casco se esfumaron. Bajo ellas había antenas parabólicas, grandes y pequeñas—. Vaya —dijo el erk, complacido—, ¡creo que eso son armas de radiación! No nos dijisteis que los chinos tenían armas de radiación.

—No sé de qué me estás hablando —respondió secamente Miranda.

—Oh, no importa —dijo el erk distraídamente—, pero las máquinas han deducido que los chinos comprenden que la ruta espacial es algo inmaterial, energía más que materia, por lo que pretenden obstruirla. No funcionará, naturalmente..., ¡pero es muy interesante descubrir que el enemigo es más listo de lo que esperábamos! Me alegra.

Miranda le lanzó una mirada dubitativa a Júpiter y otra de preocupación al erk.

—¿Que te «alegra»? —repitió—. ¿Es que no te preocupa?

El erk empezó a dar saltitos de pura felicidad.

—¡Hace que el juego sea más divertido! —declaró—. ¿Qué placer se le puede sacar en matar atisbos en su nido? No, es mejor que sean capaces de ofrecer una auténtica resistencia..., ¡pues así, cuando triunfemos, la satisfacción será mucho mayor! —Saltó de su percha y correteó hacia la puerta—. Venid todos —canturreó—. Capturemos a este peligroso enemigo antes de que nos dé auténticos problemas. ¡El juego está a punto de empezar! Y Miranda, arrastrada por las firmes y alegres manos de Jupe, le siguió caminando lentamente, muy pensativa. Durante casi toda su vida la liberación de Norteamérica había sido un sueño que nunca podría convertirse en realidad..., sólo durante los últimos días había empezado a pensar en ella como una emocionante perspectiva real.

Había sido algo por lo que estaba dispuesta a matar, incluso a morir. Nunca se le había ocurrido considerarla un «juego».

Muchascaras estaba tumbado en su capullo, viendo cómo la nave alienígena iba creciendo en la pantalla de la nave espacial. Muchascaras no era el único que estaba

dentro de un capullo. Cada viajero espacial disponía de un capullo para protegerle de las sacudidas y tensiones del viaje espacial, pero el de Muchascaras tenía que ser más grande y complicado que los demás, dado que el mismo Muchascaras era más grande y complicado. La parte sobre la que reposaba su inmensa cabeza, la que protegía ésta de las presiones y al cuello del peligro de fracturarse, estaba llena de gelatina, y su tamaño era el doble del que tenía en los capullos normales. Eso no impedía que Muchascaras viera lo que estaba pasando, aunque le recordaba que sus posibilidades de sobrevivir eran mucho más precarias que las del resto de la tripulación.

Pero así había sido toda la vida de Muchascaras. Muchascaras había decidido cargar sobre sí el peso de diez mentes, aparte de la suya propia. Aquellas otras diez muestras de tejido cerebral metidas en el suyo imponían ciertas restricciones a cuanto hacía. Si Muchascaras, alto miembro del Partido, decidía no hacer caso de tales restricciones, ése era el privilegio de su posición; y era él mismo quien había escogido correr tales riesgos, pues los encargados del lanzamiento le habían advertido de que el viaje podía costarle la vida. O, para ser más exactos, las vidas. Algunas de las once vidas que formaban el comité llamado Muchascaras se habían opuesto al plan.

Muchascaras se retorció ligeramente en su capullo. Sentía un terrible dolor de cabeza, y no sólo por culpa de la aceleración que había soportado. Cualquier ser humano que se aventurara en el espacio necesitaba ir protegido y haber sido entrenado. El espacio era un mar donde nadaban los tiburones. Uno no podía aventurarse en él desnudo. Para una persona tan peculiar como él, pensó Muchascaras —bueno, una de las personalidades de Muchascaras, y el resto del comité estuvo de acuerdo—, la armadura debía ser el doble de fuerte, y él tenía que tomar el doble de precauciones.

Tumbado en su capullo, agitándose incómodo ante cada leve variación del impulso, Muchascaras acabó decidiendo que el viaje espacial poseía otro rasgo digno de ser tomado en cuenta. Era aburrido. Le habían advertido de los peligros. No le habían advertido de que habría tantas largas horas sin nada que hacer salvo permanecer tumbado mientras la nave se iba apartando laboriosamente de la Tierra. Y nadie le había mencionado aquel otro aspecto desagradable del viaje espacial, el de que podías oler a tus compañeros de viaje en todo su aroma animal. Al igual que todos los Han, Muchascaras sentía una profunda repugnancia hacia los olores corporales. En la nave espacial formaban parte del aire que respiraba, y no había forma de escapar a ellos.

Se distrajo pensando en los últimos días. Cuando aquella campesina traidora llamada Feng Miranda se metió de polizón en la primera nave, cuando esa nave desapareció, de forma tan repentina como aterradora, se produjeron disturbios en Hainan-ko. Todas las precauciones fueron dobladas de inmediato. Tchai Howard se había ocupado de ello. Había quedado en ridículo y la rabia, así como la prudencia, le hicieron comprobar personalmente todas las precauciones adoptadas. ¡Ninguna joven

traicionera volvería a meterse en un vestuario para dejar inconsciente a un astronauta! Y secuestrar esta segunda nave no resultaría tan fácil como lo había sido secuestrar el yate del Presidente.

Ésa fue la razón de que, durante días febriles y noches sin dormir, la nave fuera provista con el armamento más moderno, y la tripulación entrenada para que supiera sacarle el máximo provecho. La segunda nave era mayor que la primera. Tenía que serlo; necesitaba transportar más carga. Aparte de los nuevos lanzacohetes y los proyectores de ruido blanco que algunos tenían la esperanza de que quizá pudieran dañar aquel extraño resplandor púrpura que había engullido la nave del Presidente, llevaba diez tripulantes en vez de tres. La tripulación iba encabezada por el mismísimo Muchascaras, que se había mostrado decidido a ir, sin importar lo que pudieran decir los médicos o los administradores. Y también estaba Tchai Howard, por supuesto, a quien le habían robado su primera oportunidad, lleno de anhelos de castigo y venganza. Y también había una fuerza de combate especial, siete guerrilleros de asalto duros y bien entrenados que acababan de volver de una pequeña misión pacificadora en Bechuanalandia, junto con su comandante. Los diez habían pasado aquellos últimos días durmiendo en una gran sala, usando lavabos sin puertas y no perdiéndose de vista los unos a los otros ni un solo minuto de su entrenamiento, hasta el momento en que los encargados del vestuario les ayudaron a meterse en sus trajes y los técnicos les acompañaron a la nave.

De todas formas, cuando la nave estaba ya a punto de despegar, Muchascaras tuvo miedo.

Para Muchascaras no había nada sencillo, ni tan siquiera el miedo. No es que todo él tuviera miedo. Angorak Aglat no estaba asustado. Angorak había sido alguacil de seguridad en los protectorados mexicanos, un sitio donde el valor era uno de los requisitos del oficio.

Ni Shum Hengdzhou ni Tsai Mingwo tenían miedo, y en cuanto a Potter Alicia, sus percepciones eran demasiado confusas y vagas para permitirle estar asustada. Se pasaba el tiempo pidiendo que volvieran a pasarle la cinta con la voz de su hija: habían conseguido convencer a María de que le mandara un mensaje, prometiéndole la plena ciudadanía y abundantes honores para el hijo que iba a tener. Que se la pasaran no servía de mucho; no tardaba en olvidarse de ella, pues su conexión con la realidad siempre había sido tenue.

Ésos eran los miembros más valerosos del comité. Corelli Anastasio, por su parte, estaba muerto de miedo. Toda su vida había sufrido de agorafobia, el miedo a los espacios abiertos, ¿y qué otro espacio podía ser más abierto que el que iban a visitar? Hsang Futsui y Dien Kaichung estaban nerviosos debido a la irritación causada por el miedo, y eso hacía que las corrientes de emoción que afluían al mar colectivo que era la mente de Muchascaras se vieran agriadas por la tensión. El funcionamiento normal del comité estaba perturbado.

Eso molestaba bastante a Muchascaras, tanto al Fung Bohsien original como a

todos sus yo añadidos, pues, realmente, ¡no podía ocurrir en un momento peor! ¡Justo cuando Dien Kaichung, su último implante, estaba empezando a calmarse! ¡Justo cuando la confusión postoperatoria y la náusea psíquica habían empezado a desvanecerse, de forma que el comité podía volver a deliberar de una forma adecuada y hablar casi siempre con una sola voz!

Por lo tanto, el despegue fue malo, realmente malo. El primer empujón producido cuando la nave espacial se apartó de la superficie de la Tierra quedó manchado y agravado por la oleada de pánico surgida de Corelli, Hsang y Dien; lo mismo sucedió con el paso a la órbita terrestre y con la aceleración hacia la nave alienígena.

—¡Calmaos! ¡Calmaos! —gritaba Muchascaras dentro de su cabeza—. ¡Debemos mantener la calma! ¡Muchas cosas dependen de ello!

Y, de hecho, todas las voces estaban diciendo algo parecido, y todas hablaban con la misma potencia; era una pena que no pudieran oírse las unas a las otras.

Cuando las voces de Muchascaras se reunían en sesión ejecutiva —lo cual era siempre, pues no tenían forma de escapar las unas a las otras, salvo muriendo—, el total de voces se elevaba a once.

Estaba Angorak Aglat, montañés de las provincias sureñas de la nación china, antiguo alguacil de paz y oficial de artillería. Cuando tenía un cuerpo propio sufrió una ligera sordera producida por la detonación de un cañón que hizo fuego cerca de sus oídos. Ésa era la razón de que soliera gritar, y ahora, que no era más que un resto de materia cerebral metido en el cráneo de otro, seguía gritando. Angorak nunca se equivocaba. Sabía que eso era cierto, aunque algunas veces otras personas no parecían creerlo. Angorak era sardónico y codicioso; Angorak era listo, pero no lo bastante como para saber que no tenía por qué ser más listo que cualquier otro ser humano con el que pudiera encontrarse, incluso dentro del espacio limitado existente dentro del hinchado cráneo de Muchascaras.

Potter Alicia era la más amable y delicada, la que odiaba ver enojados a sus compañeros de cráneo. Potter intentaba calmarles y hablaba con ellos, instándoles a que hicieran las paces. Potter se metía en arbitrajes interminables que llegaban a dejar muy atrás el punto en que todo arbitraje y paciencia podían parecer razonables... de hecho, esos arbitrajes podían llegar al punto en que quienes discutían empezaban a encontrarla mucho más desagradable que a la persona con quien discutían. Potter aceptaba cualquier insulto o estallido de ira procedente de cualquiera de las otras mentes con la que vivía, siempre que ello sirviera para hacer reinar la paz en su consejo interno. Potter había sido agrónoma, tuvo dos hijos, y siempre era dulce y amable, salvo algunas veces, cuando el asunto a discutir era algo que le interesaba realmente mucho.

Su Wonmu había sido un alto miembro del Partido, aunque no uno que importara mucho a los demás altos miembros del Partido. Su jugaba al fútbol. Su siempre había sido profundamente digno de confianza, en el sentido político del término; comprendía las nuevas líneas del Partido, y se adhería a ellas tan pronto como eran

promulgadas. Tenía una gran facilidad para vivir dentro de ellas, defenderlas y explicarlas..., incluso cuando apenas si podían ser explicadas. Por lo tanto, cuando los altos miembros del Partido decidieron que humanizar su imagen era una buena inversión y miraron a su alrededor buscando un candidato popular y en quien pudiera confiarse para que se uniera al Presidium, Su fue elegido casi al instante. Ahora vivía dentro del cráneo de Muchascaras y seguía sin dar problemas, aunque tampoco resultaba de mucha utilidad. Era esa persona típica en todos los comités, que siempre secunda las mociones presentadas por los demás.

Corelli Anastasio..., ah, ése era bastante raro. Un indígena puro, dos siglos de antepasados norteamericanos. Era científico. Y, además, un auténtico cerdo. Políticamente hablando, era tan digno de confianza como Su Wonmu, lo cual significaba que no tenía ningún tipo de convicciones propias; aquello hacía que se pudiera confiar en él. Había abandonado a unos hijos ya mayores y a una esposa muy amargada por el divorcio. Estar en el cráneo de Muchascaras no le importaba en lo más mínimo. Allí dentro se vivía más seguro.

El otro miembro importante del comité era Shun Hengdzhou. Durante su vida como ser humano autónomo, no había sido gran cosa. Engendró dos niñas y fue líder de sección en una acería hasta que el recipiente del metal fundido se derramó encima de su cuerpo.

Carecía de historial político. No era conocido fuera de su hogar y de la acería. Lo que le había proporcionado la salvación, o toda la salvación que alguien puede esperar dentro de la cabeza de otro, era el hecho de haber sido el primer humano totalmente destruido y biológicamente compatible con un cerebro en buenas condiciones cuando Muchascaras se propuso continuar con los implantes como experimento. Además, era una persona bastante decente. Los otros implantes, que siempre se vanagloriaban de sus más ilustres historias pasadas, tendían a despreciarle. Shum lo aceptaba. Su preocupación por aliviar las tensiones sólo era superada por la de Potter Alicia y, en cuanto a exigencias particulares, planteaba todavía menos que ésta, pues Shum apenas si tenía cosas que pedir y ningún derecho a exigir las.

En cuanto a los demás, no quedaban muchas huellas de su «personalidad», pues sus implantes habían sido tomados de las regiones menos fundamentales del cerebro. Aun así, cada uno de ellos contribuía con su propio sabor a la sopa colectiva. Muchascaras, como presidente del comité, podía reconocer perfectamente cada voz. Habría sido incapaz de explicar cómo las reconocía. No había ningún sonido que pudiera darle pistas. Una elección de palabras, una intensidad mayor o menor de la voluntad, un temblor de duda..., ésas eran las características que podía reconocer.

Y siempre podía oírlas, continuamente..., y a veces oírlas resultaba enloquecedor.

Cuando subió al cohete, Muchascaras había logrado que dentro de su cabeza reinara una estabilidad casi total. El implante de Dien Kaichung ya llevaba dentro el tiempo suficiente como para que Dien se calmara. Sus gritos de terror y sus convulsiones al descubrir que estaba muerto, atrapado y aprisionado en el cráneo de

Muchascaras, habían ido disminuyendo de volumen hasta quedar reducidos a algún que otro sollozo ocasional..., bueno, o al equivalente insonoro de un sollozo. El resto de los habitantes del cráneo de Muchascaras, nuevamente estable y sano, se habían apartado un poco para hacerle sitio.

(«Pero, por favor, ni uno más, ¿eh?», dijo Corelli, irritado. «¡Esto empieza a ponerse realmente apretado!») Pero, después, llegaron las tensiones del vuelo y...

—¡Despierta, viejo idiota!

Era Tchai Howard gritándole al oído.

—No estaba durmiendo —dijo Muchascaras instintivamente, pronunciando esa mentira tan sinceramente sentida que todo el que se ha quedado dormido suelta en cuanto le pillan durmiendo. Pero lo cierto era que había estado durmiendo. A sus espaldas, el equipo de asalto hablaba en susurros mientras su capitán iba comprobando metódicamente la lista del armamento; en la pantalla que tenía delante se veía un confuso esquema de puntos brillantes.

—¿Qué son? —preguntó Tchai, señalando con el brazo hacia la pantalla.

Muchascaras no pudo responderle. Fueran lo que fuesen, había muchos: como mínimo, una docena de puntos grandes, quizá cien si contabas los más tenues. El radar no podía llegar lo bastante lejos para ver los detalles. Pero sus voces internas podían ver lo bastante para que algunas de ellas se asustaran y otras se irritaran.

—¡Parece una flota! —dijo la hosca voz de Angorak-el-guerrero.

—¿Una flota? ¡Imposible! —gritó Tchai, muy irritado; Muchascaras se dio cuenta de que Angorak había hablado en voz alta a través de sus labios. Bueno, sí, era imposible que fuese una flota... Pero aquellos puntitos eran reales. Muchascaras contempló el radar, intentando extraer algún sentido a lo que veía y esforzándose por acallar el griterío que resonaba dentro de su cerebro. Todas las voces estaban hablando al unísono. No logró hacerlas callar. Peor aún, ni ellas mismas eran capaces de dominarse, por lo que las diez estaban parlotando al mismo tiempo, y algunas veces las palabras se escapaban por los labios de Fung—. ¡Basta! —rugió Tchai, retorciéndose para pegar su cara al hinchado rostro de Fung—. ¡Viejo, si no consigues dominarte, harás que la misión corra peligro!

¡Bueno, eso era lo que Fung más deseaba! Al menos, en ese aspecto la unanimidad era total e indiscutible. Toda la preocupación, el miedo y la ira de sus implantes encontró una nueva dirección, y media docena de voces se unieron para maldecir a Tchai Howard, consiguiendo que el equipo de asalto levantara la cabeza para admirar tal despliegue vocal.

El comité le dio rienda suelta a su ira y logró ir recuperando la cordura poco a poco. Un murmullo procedente de un implante, una consecuencia extraída por otro y Muchascaras, hablando de nuevo con una sola voz—bastante gélida—, dijo: —No son una flota, Tchai. No son más que robots. Hay una gran cantidad de ellos, cierto, pero ninguno es la nave alienígena. ¡Estudia los datos disponibles! Son demasiado pequeños para ser peligrosos.

Tchai Howard miró fijamente al viejo y acabó volviendo su atención hacia la pantalla.

—Tienes razón —dijo, de mala gana—. Pero, ¿dónde está la nave?

—Se supone que tú eres el piloto y el navegante—observó Muchascaras con voz desdenosa—. ¡Encuétrala, Tchai!

—Y, cuando la haya encontrado, ¿qué haremos? —preguntó Tchai—. ¿Serás capaz de llevar a cabo tu tarea?

—Mi tarea es comunicarme con ellos —dijo Muchascaras con tono cortante—. Y no puedo hacerlo hasta que no hayas establecido una conexión.

—El problema es si podrás hacerlo —gruñó Tchai—. ¿Cometimos un error trayéndote?

¿Tienes realmente controlado ese cerebro de fenómeno tuyo?

—Oh, Tchai —dijo Muchascaras, apenado—, hablas de poner en peligro la misión, pero, ¿qué otra cosa estás haciendo ahora? —Conseguir que todas las partes de su cerebro se mantuvieran concentradas en la misma tarea estaba absorbiendo todos sus esfuerzos. La rabia hacía que resultaran difíciles de controlar; y Tchai Howard tenía una gran facilidad para producir esa rabia.

Para Muchascaras, a veces hasta la respuesta a una pregunta sencilla podía ser muy complicada. Ninguna pregunta era sencilla cuando había once personas —o restos de personas— involucradas, pues cada una de ellas oía la pregunta y la revestía con todas las opiniones y hábitos mentales que modifican los mensajes recibidos por la mente de cada ser humano. El comité empezó a parlotear usando los veloces medios de comunicación posibles en el interior de un solo cráneo. Que la comunicación tomara la forma de una especie de taquigrafía no requería mucho tiempo..., a veces, realmente, cobraba la forma de una sensación. En la confrontación actual, por ejemplo, Potter, Shum y Dien respondieron con una afirmación general de consentimiento y apoyo. Pero a veces las comunicaciones eran articuladas y explícitas, hasta furiosas: «¡Hazlo, maldita sea!», ordenó Corelli, dominado por la rabia. «Si quieres, me encargaré yo de hablar», se ofreció Su. «Dile a ese imbécil de Tchai que estamos al mando de la nave», ordenó Angorak; y lo que salió de esa boca única compartida por todas las mentes fragmentadas de Muchascaras fue lo siguiente:

—Cállate, Tchai. Puedes tener la seguridad de que sabré hablar con los alienígenas.

Se soltó las correas y contempló la cabina. El equipo de asalto seguía inmóvil, pero también se habían quitado las correas. Tchai Howard se había liberado de su capullo, y lo único que le impedía flotar por el espacio de la cabina era su cinturón; su navío ya no estaba acelerando y, por lo tanto, todos carecían de peso. Muchascaras se inclinó hacia delante y conectó el micrófono de comunicaciones.

—Nave alienígena sin identificar, responde, por favor. ¿Qué han hecho con el Presidente de los Estados Unidos? —preguntó.

Después, aguardaron una respuesta.

La espera fue muy larga, y por el rabillo del ojo Muchascaras vio cómo los dedos de Tchai Howard empezaban a volar sobre el tablero de armamentos.

—¡Deja eso, Tchai! —ordenó—. Primero debemos descubrir qué ha pasado y cuáles son sus intenciones..., ¡recuerda, puede que queramos contar con su ayuda contra los hindúes!

Tchai abrió la boca para replicar, pero la radio se le adelantó.

—Aquí el Presidente —dijo una voz familiar—. ¿Qué quieren?

Asombro. Consternación. Hasta el equipo de asalto perdió lo bastante la disciplina como para empezar a hablar en voz baja.

—¿Cómo es posible que ése sea el chico, cuando su nave fue destruida por el arma energética de los alienígenas? —preguntó Tchai.

Muchascaras tardó un poco en responder. La verdad es que no podía hacerlo, pues el diálogo de la nave tenía su eco en la discusión dentro de su propio cerebro.

—Se lo preguntaremos —dijo por fin; y, volviéndose hacia el micrófono, añadió—: ¿Dónde está usted, señor Presidente?

Silencio. Y, por fin, les llegó la voz del joven sirviente tan bruscamente ascendido de categoría:

—Estoy sano y salvo, Muchascaras. —¡Muchascaras! Las voces que había dentro de la cabeza de Muchascaras lanzaron un ahogado jadeo de ira y sorpresa; ¡nadie osaba llamar así a Muchascaras en su presencia! Hasta el equipo de asalto se rió.

—Haz que siga hablando —le ordenó Tchai Howard, con las manos nuevamente ocupadas en el tablero de armamentos, y esta vez Muchascaras se sentía lo bastante irritado como para no hacerle parar. Y, teniendo en cuenta las circunstancias, las once partes de Muchascaras pensaron que la conversación no iba del todo mal...

Hasta que oyó gemir a Tchai Howard y, un instante después, oyó jadeos y gritos ahogados procedentes del equipo de asalto...

Y hasta que sintió, más que vio, un telón de fuego violeta que se lanzaba sobre él, envolviéndole, dejándole atrás...

Y hasta que miró por la ventanilla que tenía delante y vio que el Sol, que había estado a la derecha, arrancándole agudos reflejos a los puntiagudos contornos de la nave alienígena, había sido sustituido por un sol más pequeño y rojo que se encontraba a la izquierda...

Y las corrientes del pánico volvieron a fluir, y Muchascaras, las once partes que formaban a Muchascaras, gritaron al unísono con la repentina seguridad de que habían sido superados por algo que no podían ni comprender ni controlar.

A Muchascaras no le sorprendió que hubieran sido capturados. Para empezar, ya les había advertido de tal posibilidad. Cuando habló con el Generalísimo de Cohetería y con el Jefe de la Milicia Popular, sus iguales en esos últimos días de entrenamiento antes de que despegaran de Hainan-ko, les dijo que aquellos alienígenas estaban mucho mejor preparados de lo que podía estarlo China..., habían tenido cincuenta años para irse preparando e inventar sorpresas. No podían alcanzarles en cuestión de

meses. Eso mismo le dijo a Tchai Howard y al equipo de asalto. Cierto, la emoción del despegue le había hecho olvidar sus propias advertencias, pero había llegado a hablar con sus compañeros de cerebro avisándoles de todo eso... cuando no eran ellos quienes se lo decían a él.

—Pero no le hagáis daño a mi yerno —dijo Potter Alicia, y Muchascaras suspiró, acompañado por todas sus demás partes, y dijo: —Ya no es tu yerno. Se ha divorciado de tu hija. De todas formas —añadió, usando aquel veloz destello que se propagaba por entre los tejidos—, no es probable que le podamos hacer daño a nadie. El gran problema es impedir que alguien nos haga daño a nosotros..., o al menos que ese daño no sea muy grave. —Y, cuando fueron realmente capturados, arrancados de aquella nueva órbita alrededor del nuevo planeta y arrastrados por la fuerza rumbo a su superficie, mientras estaban sufriendo los violentos tirones y miedos de la reentrada, Muchascaras se volvió hacia Tchai Howard y le gritó—: ¡Ya te dije que esto podía pasar! ¡Quédate quieto! ¡No hagas nada! ¡Deja que yo me encargue de hacer planes por todos y de dar las órdenes!

Resultaba bastante difícil saber si Tchai aceptó su orden. Y la verdad es que tampoco importaba, pues tan pronto como su nave se hubo posado en el suelo se vieron rodeados por tropas y armamento. ¡Y qué tropas! Incluso Tchai y el equipo de asalto se sintieron demasiado asombrados para ofrecer resistencia. Una resistencia que no habría tenido tampoco mucho significado, considerando la abrumadora desproporción de fuerzas —diez hombres contra todo un planeta—, y en cualquier caso nada les había preparado para esas amazonas con rifles y esa especie de pequeños escarabajos saltarines que trinaban y parloteaban y de vez en cuando, para demostrar que se les debía tomar en serio, usaban alguna especie de lanzaproyectiles para disparar al aire, liberando una considerable potencia explosiva.

No, no podían resistirse. Y el golpe final se lo propinó una gran plataforma volante que vino hacia ellos deslizándose por aquel inmenso espaciopuerto vacío. La plataforma llevaba a una persona que tenía un aspecto incongruentemente majestuoso. Cuando se detuvo, esa persona bajó de un salto y vino hacia ellos.

Era Pettyman Castor.

—Les doy la bienvenida al Mundo —dijo muy serio..., como si tuviera algún derecho a darles la bienvenida donde fuese, ¡como si algo de lo que pudiera decir fuese importante!—. Aunque no han venido en son de paz, les damos la bienvenida para que puedan darse cuenta de nuestra inquebrantable decisión y nuestro abrumador poderío. ¡La liberación de Norteamérica está a punto de comenzar!

Por suerte, el equipo de asalto ya llevaba bastante tiempo desarmado. Las amazonas que montaban guardia a su espalda vieron cómo se envaraban y alzaron sus armas en un gesto de advertencia. Hasta Muchascaras tuvo cierta dificultad para creer lo que había oído.

—¿Qué hemos hecho? —gimieron muchas de sus voces, hablando en susurros dentro de su cabeza—. ¿Cómo, es que ese juego tan divertido en el que estábamos

participando va a convertirse en algo serio?

Lo que Muchascaras vio en el espacio, lo que vio al tomar tierra, lo que vio en la extraña ciudad cristalina que se convirtió en su prisión..., todo resultaba aterrador. No cabía duda de que el juego se había convertido en algo muy serio. Asombrosamente serio. La «ruta espacial» —aquel terrible velo púrpura inmaterial a través del que habían pasado para ir de un espacio a otro en el tiempo de un parpadeo — era algo muy serio, no cabía duda. Su existencia implicaba una tecnología en la que ningún chino Han había soñado jamás. Y no era lo único. Su nave había sido capturada por una lanzadera y arrastrada hasta la superficie del planeta igual que un satélite meteorológico travieso podría haber sido llevado a la base para ser reparado por los seres humanos en los grandes días de la era espacial.

Pero eso era debido a que la tecnología china resultaba tan inepta y primitiva que habían necesitado usar medios primitivos para enfrentarse a ella. Cuando tomaron tierra, Muchascaras vio perfilarse contra el cielo una inmensa y esquelética estructura parecida a una montaña rusa deforme, y se enteró de que su nombre era «anillo de lanzamiento», y de que era una forma de lanzar naves espaciales mucho mejor, más rápida, barata y mortífera que cualquiera de las conocidas en Hainan-ko. ¡Y estaba lanzándolas! ¡Lanzaba nuevas naves a cada día que pasaba! Ahora ya había docenas de naves en órbita, quizá centenares, naves que aguardaban el momento del ataque... ¡Era una flota! Y si una sola nave había sido capaz de destruir una isla, ¿qué esperanzas había de que los chinos Han pudieran resistir a docenas o centenares de ellas?

Los yanquis hablaban totalmente en serio, desde luego. No, «hablar en serio» no era el término adecuado..., «fanatismo» sería uno mejor, pues no parecían pensar en nada que no fuera la guerra y el vengarse de los chinos Han. Muchascaras no tenía ni idea de qué pensaban Tchai Howard y el equipo de asalto, pues el grupo se vio separado apenas aterrizar. Hasta los erks, aunque parecieran unos simples animalillos extraños, eran obviamente capaces de usar grandes fuerzas para cualquier campaña que hubieran planeado. Después de los primeros instantes dejaron de parecerle graciosos. Eran reales.

Los yanquis y los «erks» —¡qué nombres tan extraños tenían aquellas criaturas! —, habían contado con medio siglo para trazar sus planes. La China Han no podría defenderse de ellos.

El comité interno de Muchascaras llegó a la lúgubre conclusión de que el futuro era tan negro como carente de esperanzas. Y, sin embargo...

Y, sin embargo, la experiencia resultaba muy interesante. Muchascaras había empezado su vida como científico, y varias partes de él seguían siendo científico, por lo que conservaba la curiosidad y el interés que todo científico siente ante un fenómeno extraño.

Y en el Mundo había montones de fenómenos extraños.

Por sí solos, los erks ya resultaban fascinantes. Aunque no hablaban chino—

ninguno de ellos conocía ese idioma—, al menos había muchos que hablaban inglés, y uno en particular se convirtió en su guía, casi en su amigo..., al menos, era un ser con tanta curiosidad e interés como el mismo Muchascaras. Le dijo que su nombre era Jutch.

—Jutch Vos'hing'ton —explicó—, pues tomé el nombre de vuestro primer y gran Presidente.

—No fue mi Presidente —dijo Muchascaras con voz gélida, pero luego suavizó su tono—.

¿Es que no tenéis grandes héroes propios cuyos nombres usar?

—Tenemos muchos, muchos —le aseguró Jutch—, pero tomamos algunos nombres de nuestros aliados como cortesía hacia ellos. Siempre lo hemos hecho. Y ahora—añadió, dejándose caer del taburete en el que había estado encaramado y yendo rápidamente hacia la puerta—, si quieres seguirme, comeremos juntos y podremos tener una agradable conversación.

Muchascaras descubrió que la conversación era realmente agradable. El erk tenía muchas cosas que contar, ¡y todas ellas eran tan nuevas y maravillosas! Hubo algunas pequeñas molestias, cierto como aquel momento en que un erk desnudo trepó a la mesa y empezó a servirse de la bandeja que contenía su comida, pero Jutch hizo marcharse a la pequeña criatura.

—Es un erk idiota —se disculpó—. Por favor, no te molestes. No tienen malas intenciones...

Muchascaras soltó el tenedor de dos púas con el que estaba comiendo.

—¿Un erk idiota? —preguntó—. ¿Quieres decir... hum, de una inteligencia inferior quizá?

—Oh, sí, muy inferior —admitió Jutch—. Veamos... ¿Por dónde empiezo? ¿Sabes algo sobre nosotros, los erks? No, claro que no. Bien, para empezar, éramos animales domésticos...

Y Muchascaras, con los ojos casi saliéndosele de las órbitas escuchó la historia de cómo hubo un tiempo en que los erks eran unos simples animalitos domésticos; que se les había hecho evolucionar para que se volvieran bastante inteligentes, aunque el cómo no estaba demasiado claro; que las criaturas que habían sido sus amos acabaron destruyéndose a sí mismas y, a medida que pasaban las eras, las mutaciones de los erks habían empezado a ir hacia atrás, pues el material genético estaba volviendo a su estado original. Hubo un tiempo en el que todos los erks eran idiotas...

Las asombrosas revelaciones siguieron y siguieron, y Muchascaras descubrió que estaba pasárselo muy bien. De vez en cuando se acordaba de que debía pensar en la pobre China, aunque no le parecía demasiado real. Dado que Muchascaras o, por lo menos, buena parte de Muchascaras, era muy viejo, había aprendido algunas lecciones bastante desagradables. Una de ellas era que no siempre hay forma de controlar el curso de los acontecimientos, y daba la impresión de que ésta era una de tales situaciones... Y, mientras tanto, ¡qué fascinante y extraño resultaba todo

aquello! ¡Había tantas preguntas que formular! ¡Y cada pregunta contestada creaba un millar de nuevas preguntas! En cuanto hubo empezado a comprender a los erks, descubrió que le quedaban muchas más cosas sobre las que hacer preguntas..., aquellos seres de largas patas y aspecto de pez que parecían estar totalmente extinguidos pero cuyas efigies se veían por todas partes..., ¿los «Dioses Vivientes»? Bueno, ¿qué eran los «Dioses Vivientes»? Y en cuanto se le hubo explicado, quedaban tantas cosas que necesitaban ser explicadas: ¿qué razón había impulsado a los erks a convertir la guerra en su religión, con qué diligencia habían buscado sitios donde librarla y conflictos en los que participar...?

Las preguntas no parecían tener fin.

Y también estaba la gran pregunta de qué había sido de Castor, de Tsoong Delilah y Feng Miranda, pues ninguno de ellos era totalmente igual a como les recordaba Muchascaras, y de ello solo hacía unas pocas semanas.

Dejando aparte el amor sin fundamento que Potter Alicia sentía hacia el chico, las demás partes de Muchascaras no veían que Castor tuviera demasiadas facetas buenas.

Cierto, ahora parecía más maduro. Seguía siendo bastante arrogante y poseía un considerable egoísmo..., y seguía estando demasiado seguro de sí mismo en su trato con las mujeres. (O así pensaba el hombre que no había sido amado por ninguna mujer desde que le extrajeron el primer tumor del cerebro.) ¡Y Delilah! ¡Qué fácil era destruir a una valiosa funcionaria pública mediante el puro y simple amor animal! Cualquiera habría podido diagnosticar las causas de su degradación por la forma en que miraba celosamente a la joven Feng. Cualquiera podía darse cuenta de que, a largo plazo, Castor acabaría escogiendo a la más joven de las dos mujeres..., o quizá escogiera a una docena de jóvenes antes de llegar a una decisión final, pues también era evidente que no debía haber ni una sola hermana del Mundo que no estuviera dispuesta a hacer el amor con el chico. Cualquiera podía darse cuenta de ello, salvo Delilah.

En cuanto a Feng Miranda, Muchascaras no tenía ninguna opinión digna de mencionar.

Acabó llegando a la conclusión de que era una joven demasiado estúpida e infantil, y de que no merecía que nadie perdiera mucho tiempo pensando en ella. Lo cual fue un error muy considerable por su parte.

Miranda ya no era una prisionera. El bloqueo conceptual que había impedido que los yanquis comprendieran el hecho de que una china Han de pura raza podía seguir siendo una patriota estadounidense se esfumó en la sala de guerra. Sí, estaba claro que Miranda era tan leal como Jupe o como la mismísima Gobernadora.

Delilah también había dejado de ser una prisionera, aunque no por las mismas razones.

No es que confiaran en ella: sencillamente, estaba claro que no podía hacerles ningún daño a los yanquis. No se le permitía acercarse a la sala de guerra o al Centro Espacial y, suponiendo que decidiera dar rienda suelta a su hostilidad en un nido o en

alguna granja, ¿qué importaba?

Castor, naturalmente, nunca había sido un prisionero. Muchascaras pensaba que eso quizá fuera un error por parte de los erks y los yanquis, pues la pura y simple verdad era que el muchacho no había madurado lo bastante para tener opiniones políticas. Que le llamaran Presidente halagaba su vanidad, por supuesto. Pero que las perras en celo olisquearan el aire a su paso resultaba casi tan halagador como eso, y cada día que pasaba le proporcionaba una considerable ración de olisqueos..., lo cual disgustaba enormemente a Delilah.

Lo verdaderamente sorprendente (pensaba Muchascaras) era que no le hubieran hecho prisionero a él. Nadie estaba prisionero. El equipo de asalto había sido cortésmente repartido en cinco ciudades para su «desentrenamiento y discusión»..., ¡aunque aquellos asesinos amantes del gatillo no tenían gran cosa que discutir con nadie! Una vez en las ciudades, podían ir y venir tan libremente como cualquier otra persona..., y ellos también se lo estaban pasando estupendamente con las hermanas del Mundo. Ni tan siquiera Tchai Howard estaba entre rejas..., aunque, como le ocurría a Muchascaras, iba seguido continuamente por los erks y, bastante a menudo, por hermanas que tenían muchos motivos para sentirse curiosas.

Pero aquellos erks y yanquis no eran centinelas. Muchascaras estaba seguro de ello. No pensaban que Muchascaras fuera un enemigo. Sabía cuál era el concepto en que le tenían los erks listos: le consideraban un espécimen de laboratorio realmente fascinante..., y, pensándolo bien, eso mismo había sido en la Tierra.

Así en el Mundo como en la Tierra, pero aún más. Los Dioses Vivientes se habían mostrado muy interesados en todo lo referente a la biología —la creación de los erks listos era una buena prueba de ello—, pero el concepto de trasplantar partes de un cerebro a otro no parecía haberseles ocurrido nunca.

Muchascaras necesitó cierto tiempo para comprender qué significaba para los erks encontrarse con una tecnología que los Dioses Vivientes no habían llegado a imaginar. El efecto fue que Muchascaras se vio convertido en una especie de cuasidivinidad honoraria.

Y, si los erks estaban fascinados por Muchascaras, Muchascaras estaba fascinado por los erks..., y sus Dioses Vivientes..., y su mundo..., y su historia..., y especialmente por sus invitados los yanquis. Durante cierto tiempo, el puro y simple placer intelectual del descubrimiento le bastó para subsistir y ser feliz. O casi. Para Muchascaras, aprender era una experiencia especial, pues todo lo que aprendía era aprendido once veces. Cada uno de sus subcerebros tenía su propio interés especial y era experto en algo distinto.

Potter-la-agrónoma estaba fascinada por las granjas erk. Corelli-el-antropólogo estaba encantado con las costumbres sociales erks y yanquis. Angorak-el-soldado se extasiaba ante las armas y el entrenamiento militar yanqui y erk. Dien-el-ingeniero se maravillaba ante las soberbias construcciones de los Dioses Vivientes. Y Hsang-el-psicólogo...

¡Ah, Hsang-el-psicólogo! Para él, los yanquis no eran un mero rompecabezas. Eran una amenaza a sus creencias más básicas. Daba la casualidad de que tales creencias eran ilícitas, pero eso no hacía que creyera con menos fuerza en ellas. Como en la mayor parte de países socialistas, los chinos Han habían repudiado desde hacía mucho tiempo los repugnantes delirios antipopulares de aquel degenerado sicario de los patronos llamado Sigmund Freud. En China, la interpretación sexual de los sueños no era una simple herejía.

Era algo castigado por la ley. Pero, como en la mayor parte de países socialistas, los psicólogos de la China Han habían encontrado formas con las que hacer un uso ecléctico de las terapias prohibidas. De vez en cuando lograban introducir disimuladamente un diagnóstico freudiano en su terapia para modificar la conducta. El paciente tenía la obsesión de comer plátanos, zanahorias y jugosas salchichas de carne bien roja, ¿no? Ah, claro, Camarada, recomendaremos añadir unas cuantas duchas frías a su trabajo y régimen de estudio. Y, cuando Hsang-el-psicólogo vio cómo vivían los yanquis, pudo darse cuenta, por primera vez en dos siglos, de que la obra de Sigmund Freud no era meramente herética. Era irrelevante. Las mentes de los yanquis del Mundo no albergaban ninguna inmensa figura paterna punitiva.

No había padres.

Así que Hsang se dedicó a parlotear interminablemente con sus compañeros de cráneo.

¡Eso hacía que las teorías de Freud se convirtieran en una pura estupidez! No, no una estupidez, pues ya se sabía que eran una ilusión burguesa. De todas formas, en la Tierra había.., ah, sí, claro, se creía que habían tenido cierta limitada y tenue realidad. Los demás le hicieron callar, pues tenían otras cosas de las que parlotear; pero Hsang volvió a interrumpirles. Ahora estaba más seguro de lo que decía, pues se había dado cuenta de que, después de todo, el Estado de la China Han no podía disciplinar a la psicología heterodoxa teniendo en cuenta las circunstancias muy especiales existentes en aquellos momentos. ¡El padre había desaparecido! ¡No existía! ¡El hijo no necesitaba marchitarse bajo su inmensa sombra! Y, en cuanto a la envidia del pene..., bueno, con las mujeres superando a los hombres por, ¿cuánto era? ¿180 a 1?... ¡no había penes suficientes para crear una buena fantasía de envidia!

Y entonces Su Wonmu, el que no estaba especializado en nada, el alma buena y sencilla, tomó la palabra.

—Hsang —dijo afablemente Su—, es muy interesante el que te interese tanto la forma de sus mentes y, Dien, es muy interesante el que admires su dominio de las técnicas estructurales... Pero, ¿no ha llegado el momento de que nosotros once consagremos el colectivo de nuestras mentes a la tarea de trazar un plan? No sé, algo que impida que esos erks y esos yanquis acaben con cuanto amamos de nuestro querido Hogar...

—Yo me hago responsable del viejo —dijo Pettyman Castor, Presidente de los Estados Unidos; y, en un gesto lleno de condescendencia, puso su mano sobre uno de

los encorvados hombros que sostenían la inmensa cabeza de Muchascaras—. Es algo raro —admitió Castor con tolerancia—, pero la verdad es que no puede causar ningún daño.

Verán, está hecho un auténtico lío...

Polly la Grande, que estaba sentada junto a él en su sillón de Gobernadora, frunció los labios. Sus ojos recorrieron el Congreso de los Estados Unidos (en el exilio), buscando señales de aprobación o rechazo, pero todas las Senadoras y Congresonas parecían tener tan pocas ganas de ocuparse del asunto como ella misma.

—Entonces, señor Presidente, ¿quiere que le dejemos ir adonde le dé la gana?

—preguntó—. Quiero decir..., ¿igual que si no hubiera dudas de su lealtad?

—Exactamente —replicó Castor con voz grandilocuente, al tiempo que le daba un amistoso apretón al hombro de Muchascaras—. Eso es lo que he dicho. Es inofensivo.

Además, es amigo mío..., bueno, más o menos.

Polly la Grande dejó escapar un suspiro.

—Queda acordado —dijo, mirando a su alrededor en busca de objeciones y, tal como esperaba, sin encontrar ninguna—. Bien, entonces ya podemos levantar esta sesión, ¿no?

Así podremos seguir con la guerra...

Nadie tenía objeciones que hacerle a eso, y Muchascaras dejó que Castor estrechara su mano.

—Ha sido muy amable por tu parte —le dijo mientras salían de la estancia.

—Oh, no ha sido nada —dijo Castor distraídamente, sonriéndole a un par de hermanas que apenas si habían entrado en la adolescencia y que le saludaron cariñosamente con la mano desde la escalinata—. Todo ha terminado, ¿comprende? En cuanto esta gente haga pasar su flota por la ruta espacial, China estará acabada.

—Así parece —dijo Muchascaras—. Bien... Veo que tienes amigas esperándote, Castor. No te preocupes por mí. Ya me las arreglaré para no perderme.

Y se alejó todo lo deprisa que podía hacerlo un anciano con quince kilos extra de cabeza sobre su cansado cuello. Por suerte, la gravedad del Mundo era pequeña comparada con la de la Tierra. Era una pena que el clima fuera tan condenadamente cálido, porque eso hacía que el viejo se cansara muy deprisa. Pero no había forma de impedirlo, decidió..., y su comité interior, casi por unanimidad, estuvo de acuerdo en que tenía cosas que hacer y no tenía más remedio que llevarlas a cabo.

Lo primero era convencerse a sí mismo de que cuanto Castor había dicho era cierto.

Aquello resultó sencillo. Muchascaras logró abordar una plataforma volante que cruzaba el campo de aterrizaje con rumbo hacia lo que los erks, muy orgullosos, llamaban Control de Misión. Jutch estaba trabajando allí, y satisfizo la curiosidad de Muchascaras sin ponerle ni la más mínima objeción. Sí, ya había treinta y una naves en órbita, armadas y listas para partir. (Y, muy amablemente, usó una de las pantallas para ofrecerle sus imágenes.) Sí, había muchas más en reserva que seguían en el suelo..., no todas ellas en condiciones de funcionar, claro está, pero estaban seguros de que una docena de ellas bastaría para derrotar a las miserables fuerzas de combate chinas. Muchascaras fue a la plataforma exterior del Control de Misión, con la suave y cálida lluvia del Mundo cayendo sobre él, y sintió un gran escalofrío. La inmensa estructura del anillo de lanzamiento estaba preparándose para poner otra nave en órbita. Los erks iban y venían junto al tractor que llevaría la siguiente nave al anillo.

Sí. Las fuerzas del Mundo estaban más que capacitadas para cumplir con su misión.

Muchascaras se estremeció bajo el lento y perezoso impacto de las gotas de lluvia sobre su cuerpo. Las gotas también caían sobre los instrumentos y controles de la plataforma, pero el equipo había sido construido para soportarlo: todo lo que había en el Mundo fue construido o evolucionó para soportar un exceso crónico de humedad y calor. Al menos, todo salvo Muchascaras...

—Creo que voy a refugiarme de la lluvia —dijo, excusándose, y el erk listo se incorporó sobre sus patas traseras para que sus vibrilos pudieran tocarle la punta de los dedos, en un gesto de adiós.

Era tal y como Castor había dicho. Las fuerzas de los yanquis y los erks eran imbatibles.

Muchascaras entró en la ciudad secándose la lluvia del cuerpo. No es que eso sirviera de mucho, pues una película de sudor brotó instantáneamente de su piel para sustituirla.

Contempló con benevolencia a los erks, tanto listos como idiotas, a las hermanas yanquis y a los escasos machos presentes, que se quedaban mirándole y empezaban a hablar en susurros entre ellos. El pequeño rostro situado en la parte delantera de la calabaza no mostraba señal alguna del gran debate que se desarrollaba dentro de su

cráneo.

El comité de Muchascaras estaba algo dividido. Corelli, Potter, Angorak y Dien, después de todo, no eran chinos Han de pura raza. No sentían la misma devoción genética hacia el Hogar que impulsaba a Fung o al resto de los implantes. Pero todos sentían una considerable aversión hacia el suicidio racial e incluso hacia las muertes innecesarias.

Todos habían visto lo que le sucedió a la isla que la nave erk esterilizó con una sola pasada. Todos estaban de acuerdo en que era preciso hacer algo.

Cuando el comité se ponía de acuerdo podía actuar con una gran velocidad y precisión.

Muchascaras no necesitaba retirarse a meditar y evaluar la situación. Dentro de aquella calabaza que tanto esfuerzo le exigía a los músculos de su cuello llevaba once procesadores de datos trabajando en el mismo problema. Cada partícula de información adquirida pasaba directamente a la mente (o mentes) que mejor podía utilizarla, y se integraba en el conocimiento ya almacenado, quedando lista para encajar en la pauta general cuando fuera necesaria.

Por lo tanto, Muchascaras siguió actuando como de costumbre, torciendo el cuello, mirando a todos los lados y haciendo preguntas. La única diferencia era que ahora las preguntas tenían un objetivo más preciso, y los puntos de interés de su gira estaban escogidos de una forma mucho más deliberada.

Los yanquis y los erks no parecieron darse cuenta de ello.

Muchascaras continuaba siendo seguido por un grupo de escarabajos de piel suave que le contemplaban fascinados. La mayor parte de ellos eran erks idiotas que tropezaban unos con otros en su anhelo por ver qué estaba haciendo aquella criatura bípeda, la más extraña de cuantas hubieran conocido; pero siempre había algún que otro erk listo que sentía la misma curiosidad que ellos. Hasta los yanquis —casi todas hembras, por supuesto—, se interesaban en él..., cuando no estaban interesadas en Castor, claro está.

Muchascaras recorrió la ciudad erk..., no, se corrigió a sí mismo (o, mejor dicho, fue Dien-el-ingeniero quien les corrigió a todos), aquello no era realmente una ciudad erk, sino una ciudad de los Dioses Vivientes. Los seres humanos podían hallarla bastante adecuada, pero los erks la encontraban grotescamente fuera de escala. Los erks habían hecho algunos intentos dispersos de ajustarla a su tamaño. Rampas de superficie lisa habían sido colocadas sobre escaleras que habrían resultado un poco empinadas incluso para el yanqui más alto del Mundo; los erks, tanto los listos como los idiotas, subían y bajaban rápidamente por ellas, y no parecían preguntarse nunca por qué no habían alterado la programación de las máquinas de los Dioses Vivientes para que reconstruyeran la ciudad a su escala. La ciudad apenas si tenía una ventana por la que un erk pudiera mirar. Las cocinas, más parecidas a laboratorios químicos, siempre tenían dos niveles. Una plataforma corría junto a las mesas, hornos e hileras de instrumentos mezcladores. Los erks que decidían crear su propia cocina, en vez de

permitir que los automáticos se encargaran de ello, trepaban al nivel superior para hacer sus preparativos. El nivel inferior no se usaba para nada..., salvo para las exploraciones de Muchascaras. Lo mismo ocurría con las salas de reuniones, las bibliotecas e incluso las viviendas donde los erks tenían que saltar a un banco para meterse en las inmensas camas.

Muchascaras lo exploró todo..., especialmente las bibliotecas.

Era una pena que el lenguaje usado por los erks, que era el lenguaje hablado por los Dioses Vivientes, no fuera el chino. O el inglés, al menos. Pero aquello no representaba un contratiempo insuperable, pues muchos de los datos almacenados en las bibliotecas estaban en forma de gráficos o imágenes, y había sumarios en lenguaje inglés preparados para que los yanquis pudieran utilizarlos en las materias más importantes.

Corelli-el-antropólogo tuvo mucho trabajo aprendiendo todo lo posible sobre los yanquis. Aprendió muchas cosas. Por ejemplo, se enteró de que, cuando la nave interestelar en la que viajaban alcanzó Alfa Eridani y fue transportada directamente al Mundo, lo primero que hicieron los erks fue construir otra nave transportadora y mandarla por el mismo camino para que iniciara el lento viaje a velocidades inferiores a la luz que la llevaría hasta la Tierra. El viaje requirió cuarenta y dos años. Aquello era un dato muy significativo para Muchascaras; la avanzada de Alfa Eridani era el punto más cercano a la Tierra alcanzado por los erks. También se enteró de que la población yanqui ascendía en la actualidad a unas 8.500 personas, 8.450 de las cuales eran hembras.

—¡Si hubieran esperado dos generaciones más podrían habernos superado en número!

—le comunicó burlonamente al resto de Muchascaras. Y se enteró de muchas más cosas que aún no encajaban en la pauta.

Los registros yanquis eran asombrosos. No sólo estaban en inglés (naturalmente), sino que eran actualizados automáticamente. El diario de los yanquis del Mundo era puesto al corriente cada día. Los archivos más interesantes que Corelli-el-antropólogo encontró en él fueron los que hacían referencia a los visitantes de la Tierra.

Muchascaras no había imaginado que tales archivos pudieran existir y, sorprendido, dedujo que entre los erks y los yanquis que le siguieron igual que un rebaño tenía que haber algunos provistos de cámaras. Y no sólo habían seguido a Muchascaras; y algunas veces la cámara debía haber estado oculta en las paredes..., de lo contrario, ¿cómo explicar aquella imagen de Tsoong Delilah, tan desnuda como una gata despellejada, arengando furiosamente a un desnudo y malhumorado Pettyman Castor, reprochándole las atenciones que le prestaba a la joven Miranda? O —y esto era una auténtica sorpresa—, la imagen de Tchai Howard, el fanático, observado en el acto de seducir vigorosamente a una de aquellas inmensas y sanísimas hermanas yanquis...

Al parecer no se les había pasado nada por alto, y nada quedaba oculto al

ocasional buscador de curiosidades. Los erks nunca habían tenido razones para poner el sello de «secreto» en ningún dato, fuera el que fuese. Lo que un erk sabía podía ser conocido por todos los demás erks. Los yanquis jamás se habían metido con las costumbres de los erks, por lo que todo estaba allí.

Todo. Incluso las partes que hicieron que la gran frente de Muchascaras se cubriera de sudor y consiguieron que todas sus partes componentes se lanzaran a un frenético debate.

Incluso las partes que contaban cómo los erks habían ayudado a la causa de la libertad en toda la galaxia durante millares de años. La biblioteca le resultó muy productiva a Muchascaras, y lo que sacó de ella no se redujo a entretenimientos subidos de tono.

—Esas pobres criaturitas rosa... —sollozó Potter Alicia.

—¡Al diablo con esos animales, Potter! —tronó Angorak—. ¿Qué pasa con nuestra tierra natal?

No había respuesta fácil que darle a esa pregunta. La única contestación que obtuvo fue el silencio, hasta que Shum decidió hablar.

—Camaradas —dijo con voz respetuosa—, creo que no hemos logrado comprender toda la complejidad de la situación.

—Desde luego —dijo Angorak con voz hosca—. ¡Por favor, camarada Shum, ten la bondad de aclarárnosla!

—Gracias, camarada Angorak, eso haré. Propongo que tomemos en consideración la posibilidad de que hayamos subestimado a los erks. Está claro que son unas criaturitas muy cómicas. Pero no creo que sean totalmente ridículas.

—Pues claro que son ridículas, Shum —dijo Potter, malhumorada—. Ni tan siquiera son humanas.

—Creo que ese punto de vista no es correcto, camarada Alicia. En realidad, son demasiado humanas. Dejad que me explique —se apresuró a añadir—. ¿Son unos payasos estúpidos, tan ineptos y torpes que nadie puede tomárselos en serio? No. Son demasiado potentes para ello. ¿Son tan malvados que quien los viera retrocedería, aterrorizado, huyendo de ellos? No. Hablar de darle auxilio a los oprimidos para que lleguen a ser libres no es nada malvado. El Camarada Mao suscribió ese mismo principio muchas veces. Nadie sentiría asco ante tal sentimiento.

—Shum, idiota, ¿es que piensas ponerte de su parte? —La exclamación de Angorak contenía más incredulidad que ira.

—En absoluto, camarada Angorak: me limito a observar que no son tan distintos de los seres humanos como uno podría sospechar. Los erks son muy parecidos a ciertas potencias mundiales de hace cien años. Han elevado las consignas a la categoría de dogmas y, al hacerlo, han perdido de vista los principios que hicieron que esas consignas empezaran siendo válidas.

—¡Habla con claridad, idiota!

—Lo haré, camarada Angorak. ¿Acaso no vemos tal conducta en la historia? ¿No

ocurrió así con las grandes potencias que se destruyeron la una a la otra en la guerra nuclear? La una hablaba de «igualdad» y la otra de «libertad», y hablaban tan alto que ninguna de las dos podía oír lo que había de justo en lo dicho por la otra potencia.

—Shum —dijo Angorak con voz de trueno—, ¡nuestros antepasados eran muy conscientes de esas contradicciones! ¡Ésa fue la razón de que China decidiera no tener nada que ver con ninguna de esas dos tiranías hegemónicas, imperialistas, belicosas y hambrientas de poder!

—Nuestros antepasados tenían esa opción a su alcance, sí —suspiró Shum—. Pero nosotros no la tenemos, ¿verdad? No podemos decidir no tener nada que ver con los yanquis o los erks. Lo único que podemos hacer es albergar la esperanza de que nos sea posible hallar un medio con el que impedir que «ayuden» a nuestro planeta igual que han ayudado a tantos otros.

—Como ocurrió con esas pobres criaturitas rosa —sollozó Potter Alicia.

—¿Y cuál es ese medio? —preguntó Angorak.

—No lo sé —dijo Shum muy respetuosamente—. Pero ahora ya tenemos el conocimiento. La cuestión es, ¿cómo podemos utilizarlo?

Ningún conocimiento es de mucho valor a menos que sea utilizado. Utilizar el conocimiento significa compartirlo con alguien; y, ¿con quién podía compartirlo Muchascaras?

Su primera idea era bastante buena, dejando aparte el que, por desgracia, era imposible ponerla en práctica. Como alto miembro del Partido, su primer deber era encontrar a Tchai Howard o al comandante del equipo de asalto y contarles lo que había almacenado en la biblioteca. Los erks habían hecho que eso resultara irrealizable. Los erks eran bastante confiados, pero no estaban totalmente locos por lo que tanto Howard como los soldados se hallaban fuera del alcance de Muchascaras.

¿Y Castor?

Sí, pensó Muchascaras para sí mismo (o, sí, decidió el comité albergado en el cráneo de Muchascaras tras un voto mayoritario), Castor era una buena elección. (Una fuerte minoría situada dentro del cráneo se opuso a tal elección, basándose en el argumento de que Castor podía resultar herido. La minoría estaba compuesta de un solo miembro y, de todas formas, se pasaba la mayor parte del tiempo actuando de forma irracional.) Muchascaras decidió actuar. Tenía en su poder algo que atraería a Castor; había llegado el momento de utilizarlo. Redactó una carta para Castor, y encontró a un erk listo dispuesto a prometer que se la entregaría.

La carta decía lo siguiente:

Honorable señor Presidente:

Me alegra poder comunicarle que su esposa María está viva y sana en Saskatchewan.

Antes de que partiéramos grabó un mensaje destinado a usted. ¿Le gustaría visitarme para ver la cinta?

Fung Bohsien.

Era un cebo simple y eficaz, ¿no? Eso al menos pensó el comité. Pero Castor hizo que su confianza recibiera un duro golpe. No mordió el cebo. El erk listo volvió a reunirse con Muchascaras llevando consigo el triste informe de que, según el Presidente, nada podía importarle menos que el mensaje de una ex-esposa que le había dejado plantado cuando era pobre y desconocido y que, desde luego, no debería prestarle ninguna consideración especial ahora que se había convertido en el Presidente de los Estados Unidos.

Muchascaras se puso a maldecir, con lo que no consiguió nada salvo entretener al erk.

Cuando Muchascaras dejó de gritar y volvió a reunirse en sesión dentro de su cabeza, el erk se marchó, decepcionado, y las mentes de Muchascaras aceptaron el hecho de que las cosas no iban a ser tan sencillas.

Si Castor no acudía a Muchascaras, entonces Muchascaras tendría que acudir a Castor.

Pero, ¿dónde estaba aquel imbécil de chico? Muchascaras se lo preguntó a Tsoong Delilah, que se limitó a replicar con un furioso: «¿Cómo voy a saberlo, viejo idiota?». Hizo preguntas entre los erks listos, y obtuvo lo que en esencia era la misma respuesta, aunque expresada de una forma más cortés. Se fue a dormir, y le costó bastante conciliar el sueño, pues las distintas partes de su cerebro estaban discutiendo entre ellas. Despertó de golpe después del amanecer, pues una de las voces de su interior despertó gritando: «¡La biblioteca!».

¡Por supuesto, la biblioteca! Muchascaras tendría que haber pensado en ello desde el principio. Los erks no sabían dónde estaba Castor; pero quien se había ofrecido a servir de voluntario tampoco podía saberlo, ¿no? Muchascaras les había planteado la pregunta equivocada; no: «¿Sabes dónde está Castor?», sino: «¿Dónde está Castor?». Resultaba claro que los erks tenían alguna forma de averiguar ese tipo de datos..., algo tan obvio que ninguno de ellos había pensado en mencionarla.

Muchascaras se abrió paso por entre la asfixiante atmósfera matinal rumbo a la biblioteca. La pantalla de índices le reveló inmediatamente el paradero de Castor: el nido de la ciudad, en uno de los dormitorios..., y lo que le mostró hizo que Muchascaras se ruborizase.

No le quedaba más remedio que salir corriendo de la ciudad e ir hacia el nido y sus niveles de dormitorios: la mañana del breve día del Mundo ya estaba muy avanzada, y la mayor parte de sus habitantes llevaban mucho tiempo despiertos. Si el principal objetivo de Castor hubiera sido dormir, él también llevaría mucho tiempo fuera del nido, pero estaba en las cámaras nupciales. Muchascaras tuvo que esperar a que saliera. Cuando al fin apareció, llevaba a una hermana a cada lado: las mujeres parecían muy satisfechas, y Castor parecía bastante cansado.

—Esa maldita cinta me importa un comino, Muchascaras —le dijo nada más verle.

Muchascaras se encogió de hombros.

—Entonces quizá quieras dar un paseo conmigo —le pidió cortésmente.

Castor le miró con dignidad.

—¿Para qué? Ahora ya no soy su criado.

—No —dijo Muchascaras—, pero espero que sigas siendo mi amigo. Me gustaría dar un paseo con un amigo, eso es todo.

Castor le miró con cara de sorpresa, pues ambos sabían que la sugerencia era realmente ridícula. Caminar en la asfixiante atmósfera del Mundo resultaba bastante agotador aunque pesaran menos, pues el aire era terriblemente cálido y húmedo. Pero Muchascaras creía que caminar era su única esperanza de escapar a las lentes que todo lo observaban. Cruzaron la franja de musgo azul púrpúreo que los erks (o los Dioses Vivientes) habían tenido el capricho de colocar del mismo modo que los humanos solían colocar extensiones de césped, y fueron en dirección opuesta a las planicies asfaltadas del espaciopuerto, pues era donde había menos gente. Naturalmente, iban seguidos por un grupo de erks, pero Muchascaras les examinó atentamente y acabó decidiendo que todos eran erks idiotas. No llevaban ropas; no hablaban de forma inteligible..., y, por encima de todo, parecían tan felices como despreocupados; ni tan siquiera los erks listos reunían todas esas características al mismo tiempo.

Llegaron a una acequia de irrigación. Muchascaras se quitó las sandalias con sumo placer y se arremangó las perneras de los pantalones. Se metió en la acequia, apretando el espeso barro del Mundo entre los dedos de sus pies, y alzó los ojos hacia Castor, que le estaba mirando desde la orilla con el ceño fruncido.

—Ya sabes que esta gente va a destruir toda China —dijo.

Castor se encogió de hombros.

—Comprendo —dijo Muchascaras—. China no es tu tierra natal. Que la Gran Muralla se convierta en lava y la Ciudad Prohibida en cenizas no te importa, dado que nunca las has visto. Pero dime una cosa, señor Presidente de los Estados Unidos: ¿Crees que Norteamérica escapará de sufrir esa misma destrucción?

Castor tomó asiento en la orilla y apartó a un erk idiota que intentaba subirse a su regazo. Chapotear en el fango no le interesaba, pues ya había tenido bastante de eso en el Colectivo del Grano Celestial.

—Viejo estúpido —dijo con ternura, agitando la cabeza—, esta gente es mi aliada. ¿Por qué iban a hacerle daño a mi país?

—Ah —dijo Muchascaras, moviendo su gigantesca cabeza arriba y abajo—. Entonces es que no les conoces bien, ¿verdad? No has estado en la biblioteca.

La expresión de Castor cambió: ahora mostraba interés, y un cierto resentimiento. Muchascaras se rió.

—Ya sé que los estudios que has hecho aquí han sido básicamente sobre anatomía. No puedo culparte por ello. Si yo fuera joven y apuesto, estoy seguro de que haría lo mismo.

Aun así, Castor, me pregunto...

—¿Qué es lo que se pregunta, viejo?

—Me pregunto qué fue de ese chico que pasaba todo su tiempo libre ante las pantallas de aprendizaje y de ese joven al que tanto le emocionó ser admitido en la universidad.

—¡No sé de qué me está hablando!

—Te estoy hablando de la adquisición del conocimiento, Castor. La biblioteca tiene conocimientos que ofrecerte, y el conocimiento es la única diferencia que existe entre tú y ese erk idiota que está intentando sacarte algo del bolsillo... ¿Qué pasa, Castor, es que guardas ahí alguna cosa comestible? —El Presidente apartó a la criatura agitando la mano con un gesto de impaciencia—. Creí ver en ti a una persona que deseaba conocer todo cuanto podía ser conocido, Castor, un auténtico estudioso, una persona que sabe que el conocimiento es nuestra guía y algo digno de ser conseguido sólo por sí mismo... —Y, dentro de su cabeza, Potter Alicia estaba susurrando: Y lo es, lo es, y Hsang-el-psicólogo intentaba advertirle: ¡Se te está yendo la mano! Pero Muchascaras controlaba el comité.

Salió a regañadientes de aquel agua tan caliente que parecía sangre y se limpió los pies en el musgo de la orilla. Mientras volvía a ponerse las sandalias, apoyándose con una mano en el hombro de Castor para no perder el equilibrio, dijo—: El conocimiento es poder, Castor.

—Oh —dijo Castor, perdido en sus pensamientos—. Supongo que sí.

Y, en silencio, fueron hacia la cristalina ciudad multicolor. Hasta los erks idiotas les siguieron casi sin armar ruido.

—¿Dónde está esa biblioteca? —preguntó Castor cuando llegaron al primer edificio.

—Pregúntaselo a cualquier erk, Castor —dijo Muchascaras con voz jovial—. Pídeles que te enseñen los anales bélicos de los últimos ocho milenios.

Castor estaba sentado en el cobertizo con el húmedo aire del Mundo empapando los mechones de cabello que asomaban de él. Tenía en las manos piezas de un arma erk, y a lo largo de la gran mesa sostenida por caballetes que había junto a él estaban Júpiter, Miranda y cinco hermanas artificieras. Estaban aprendiendo cómo desmontar y volver a montar las armas de mano de los erks. No es que los erks desearan eso de ellos; había sido idea de los yanquis. Casi todos los Primeros Colonos habían pasado por el entrenamiento militar y, dado que habían tenido que desmontar armas, los yanquis pensaban que quienes les siguieran debían hacer lo mismo que ellos. Castor pensaba que eso era una estupidez.

—No tienes la experiencia suficiente para opinar al respecto —opinó Miranda—. Si no sabes cómo se unen las piezas, ¿cómo puedes saber lo que puede funcionar mal en ellas?

Y, ¿cómo sabrás las rectificaciones que debes hacer si los sistemas de guía no son capaces de llegar a una solución? ¿O si se ven confundidos por las contramedidas electrónicas del enemigo...?

—No tengo forma de saberlo —admitió Castor—, así que me limitaría a tirar el arma al suelo. Y, de todas formas, nunca participaré en un combate cuerpo a cuerpo.

—No lo sabes —dijo Miranda—. En el mejor de los casos, puedes limitarte a esperar que no debas hacerlo. ¡Y, de todas formas, presta atención a lo que estás haciendo!

Castor se encogió de hombros. Aquello tendría que haber sido toda una diversión para él, pues antes nunca le habían permitido manejar armas.

Pero la biblioteca se había encargado de estropearle la diversión.

Era una auténtica pena que aquel viejo chalado le hubiera hablado de ello. Muchascaras tenía razón. El primer erk que encontró estuvo encantado de enseñarle dónde quedaba la biblioteca. Y Muchascaras tenía razón en otra cosa; lo almacenado en ella resultaba aterrador.

Si Muchascaras hubiera mantenido la boca cerrada, Castor habría podido estárselo pasando realmente bien con esta lección sobre las armas. Sus manos lucharon con los resortes y percutores de un lanzaproyectiles mientras sentía pesar sobre él los ojos de Miranda, que le contemplaban con una clara desaprobación. Castor la miró y le ofreció una sonrisa algo vacilante.

—Creo que ya ha habido demasiadas guerras —dijo, y un resorte se le escapó de entre los dedos y salió disparado hacia el otro extremo de la habitación.

—Oh, Castor —dijo ella, furiosa—, ¿estás intentando que lleguemos tarde al Consejo de Guerra?

—Claro que no, Miranda, es sólo que...

—¡Entonces, por favor, intenta mantenerte concentrado en lo que estás haciendo! ¿A qué viene todo eso de las guerras?

—Estaba pensando en ellas, nada más —dijo Castor, aceptando el resorte que le ofrecía el erk idiota que se había metido debajo de la mesa para recogerlo.

—Dijiste que ya ha habido demasiadas guerras.

Castor asintió.

—¿Y qué quiere decir eso? —preguntó ella—. Ya sabes que algunas guerras son necesarias, ¿no?

—Oh, claro —dijo él. Pero, ¿lo eran? ¿Había un solo caso en el que la guerra fuera realmente algo bueno? Castor pensó en la historia de la Tierra; tantos siglos, tantos baños de sangre en forma de batallas... Tantos millones de personas que habían muerto de una manera horrible, en las trincheras o en un aeroplano o en una ciudad bombardeada con proyectiles nucleares o en un barco hundido... Naturalmente, todo eso había ocurrido hacía mucho tiempo, y de todas formas ahora esas personas ya estarían muertas igualmente.

Castor intentó consolarse con esa idea. Pero no resultaba demasiado consoladora. Su terror y su dolor habían sido demasiado reales, y el tiempo no podía cambiar eso. Las guerras mataban gente.

Y, realmente, ¿había algo que justificara el empezar nuevamente con todo ese

pánico y ese dolor?

—Oye —se inclinó hacia Miranda, que estaba sentada en el banco contiguo al suyo—, la historia erk tiene cosas muy interesantes... Tendrías que echarle un vistazo a la biblioteca.

—¡Y tú, Castor, deberías prestarle atención a lo que estás haciendo! —gruñó ella, enojada—. Si intentaras disparar ese rifle con el escape de gases puesto de esa manera conseguirías volarte tu estúpida cabeza..., y te lo tendrías más que merecido.

—Yo sólo quería explicarte que... —empezó a decir Castor, pero Miranda se le adelantó.

—Me rindo. Nunca serás un buen soldado, Castor, y la verdad es que en estos momentos ni tan siquiera pareces un buen Presidente. Vamos, vuelve a montar ese rifle y móntalo bien... Después tenemos que asistir a esa reunión del Consejo de Guerra. Intenta prestar atención a lo que se diga, ¿de acuerdo?

—Siempre presto atención —protestó él.

—Pues entonces que el cielo nos ayude —dijo ella con voz hosca. Alzó su rifle hacia el cielo, tomó puntería, disparó un proyectil imaginario y volvió a dejarlo sobre la mesa—. Oh, diablos... —dijo—. Dame tu rifle, y yo me encargaré de montarlo. ¡Espero que nunca debas utilizar uno en un auténtico combate!

Castor le entregó el rifle.

—Yo también —dijo.

El Consejo de Guerra siempre estaba presidido por Polly la Grande o uno de los líderes erks, A-Belinka o Jutch. No había ningún orden particular de rotación en el cargo; la cuestión de quién lo ocupara dependía, más que nada, de quién llegaba primero a la reunión y se instalaba en el asiento, o la percha, situado en la cabecera de la gran mesa oval. Nunca se les había pasado por la cabeza el dejar que Castor ocupara el asiento, pero, después de todo, Castor tampoco había pensado en ello.

Si se pasaba por alto el hecho de que los erks tendían a ofrecer una apariencia más cómica que imponente, lo cierto es que la escena no carecía de algunos aspectos impresionantes. La mesa era enorme y siempre estaba reluciente. Sobre ella había recipientes con vino de moras, y no el vino barato que se consumía cotidianamente y que podía encontrarse en cualquier sitio. Dominando la cabecera de la mesa había un inmenso retrato recién pintado de Pettyman Castor. El artista erk lo había vestido igual que a un juez del Tribunal Supremo, pero no importaba; era una simple licencia artística y, además, hacía que ese rostro de veintidós años poseyera más dignidad. El artista erk también le había hecho sutilmente más viejo, con lo que el rostro ya no tenía veintidós años; en realidad, era el rostro que Castor podía tener dentro de unos doce años, si entre el ahora y el entonces seguía llevando una vida tan disoluta y agitada.

El artista erk se había tomado una licencia artística más, y ésta consistía en alargar levemente el cuello y hacer que los brazos resultaran más cortos y gruesos. El retrato representaba a Castor, desde luego, pero era un retrato de Castor tal y como

podría haber sido si hubiera una cierta parte de Dios Viviente en él.

La verdad era que Castor odiaba el retrato. Estaba contemplándolo desde su puesto al final de la mesa (había decidido no hacer ningún comentario sobre el hecho de que su asiento debería estar en la cabecera, dado que, naturalmente, no se podía esperar que los erks lo hicieran todo bien). Pensaba que, si los años iban a terminar convirtiéndole en la persona que veía allí, quizá prefiriese no seguir envejeciendo.

Pero envejecer era algo que no podía impedir.

Nadie puede. No hay nadie que llegue a estar preparado para envejecer. Nadie está preparado nunca para nada, pero llega un momento en que las posibilidades acaban convirtiéndose en realidades y hay que tratar con ellas, tanto si uno está preparado como si no.

Y las realidades de Castor estaban a punto de caerle encima.

Jutch había logrado adelantarse a los otros dos candidatos y estaba sentado a la cabecera de la mesa..., o, mejor dicho, estaba agazapado sobre sus patas traseras mientras sus miembros delanteros reposaban sobre la mesa ovalada. Polly la Grande y A-Belinka le flanqueaban a ambos lados, y ocupando el resto de asientos estaban Júpiter, Miranda y media docena de especialistas erks listos, preparados para encargarse de proporcionarles todos los detalles que pudieran necesitar. Muchascaras podría haber estado allí, pero no estaba; sólo el cielo sabía por dónde podía andar el viejo. Ninguno de los otros recién llegados podía estar allí, ya fuera porque no tenían permiso para ello, como Tsoong Delilah, o porque habían sido dispersados a lo largo y ancho del Mundo, aislándolos de los demás o situándolos en grupos lo bastante pequeños como para que no pudieran alcanzar la masa crítica.

El primer asunto del orden del día era examinar los informes de situación. Castor los observó distraídamente mientras eran proyectados en la pantalla de índices. No cambiaban mucho de un día para otro, dejando aparte que el informe de cada día mostraba que unas cuantas naves de ataque y navíos auxiliares más habían sido puestos en órbita por los anillos de lanzamiento, y que unas pocas más que antes esperaban su turno en el suelo.

Todo el consejo se dedicó a observarlas atentamente, tanto erks como humanos, pero ésta no era la parte divertida de la sesión. La parte divertida llegaba con los planes. Las máquinas de índices habían estado ocupadas asimilando datos y preparando estrategias basadas en la versión sinóptica que Jutch les había dado sobre las deliberaciones del consejo. Ahora estaban listas.

Jutch chasqueó los dedos, y uno de los ayudantes erks fue hacia los controles. Un instante después proyectó una imagen en la pantalla que había tras el retrato de Castor. La imagen mostraba una nave exploradora erk que flotaba en órbita alrededor de la Tierra.

—Debemos proteger esa nave a toda costa —dijo Jutch, muy preocupado—. Si dejamos que los rojos le causen daños a la nave exploradora no podremos hacer llegar otra hasta pasados cuarenta y dos años.

Un nuevo chasquido de sus dedos. La nave exploradora se estaba ocultando en los anillos de Saturno, y su ruta espacial color violeta estaba empezando a cobrar vida con un parpadeo. Otra nave estaba a punto de llegar.

—Por lo tanto, esconderemos la nave exploradora allí donde los rojos no puedan encontrarla —dijo Jutch—, y mandaremos nuestras fuerzas a través de ella haciéndolas llegar a una distancia considerable de la Tierra. Perderemos cierto tiempo de tránsito, por supuesto, pero la nave exploradora estará a salvo.

"Aquí está nuestro primer grupo de avanzada —dijo, cogiendo un puntero con los dientes y usándolo para señalar la nave que estaba emergiendo por la ruta espacial—. Como podéis ver, es la misma nave espacial del Presidente tal y como era cuando llegó aquí... o eso parecerá. Enviaré las señales de identificación. El Presidente Pettyman irá a bordo de ella para hablar con quien se ponga en contacto con la nave. La nave se aproximará a la Tierra, calmando las sospechas y temores que puedan albergar los rojos. Y unas cuantas horas después... —un chasquido de dedos; nueva imagen en la pantalla, esta vez mostrando una nave de guerra detrás de otra emergiendo por la ruta espacial—, llegará toda una flota de transportes y naves de combate.

"La nave del Presidente —chasquido: un esquema de la nave—, contará con todo el armamento necesario.

"En cuanto a las otras naves —chasquido—, las naves de ataque irán provistas con armas revientacontinentes, y los transportes llevarán mil ochocientos soldados de élite, tanto yanquis como erks, con armas nucleares portátiles. Naturalmente, en cuanto hayamos aterrizado reclutaremos personal de combate adicional entre los Auténticos-Norteamericanos, y en la tercera oleada habrá naves de carga para proporcionarles armas, equipo y algunos de los uniformes azules y blancos más bonitos que hayáis visto jamás. —Miró a Castor con cierta irritación—. ¿Qué pasa?

—No son los colores adecuados —dijo Castor—. Los norteamericanos llevaban uniformes color caqui o verde oliva. Quienes vestían de azul y blanco eran los marineros.

—Oh, Castor —dijo Jutch con impaciencia—, ¡mira que preocuparte por detalles tan insignificantes...! Yo escogí los colores de los uniformes. Son los mismos que llevaban los Dioses Vivientes. Y ahora, ¿alguien tiene preguntas serias que hacer?

No hubo ninguna. Jutch agitó sus vibrilos en un gesto de satisfacción.

—Entonces —afirmó—, ya sólo quedan dos cosas por hacer: escoger la tripulación del yate presidencial, y fijar el momento para que empiece la invasión.

Polly la Grande había estado callada más tiempo del que le gustaba estarlo.

—Yo creo —dijo—, que podemos esperar hasta el último momento para seleccionar la tripulación.

—Eso tiene sentido —dijo aprobadoramente A-Belinka desde el otro lado del asiento de cabecera..., con lo cual, como Polly la Grande, quería decir que deseaba tener todo el tiempo posible para que se le ocurrieran buenas razones por las que él

debiera formar parte del grupo.

—Entonces —dijo Jutch—, ¿qué hay de la fecha? Sugiero que sea exactamente dentro de ocho días a partir de ahora.

Polly la Grande frunció el ceño.

—¿Y por qué ocho días exactamente? —preguntó.

—¿Y por qué no? —replicó el erk con dulzura—. Sometámoslo a votación. —Y cuando la votación hubo terminado, dando un resultado casi unánime (Polly la Grande se había abstenido porque estaba disgustada, y Castor porque estaba absorto en sus pensamientos), se irguió en su asiento y, con voz triunfante, anunció—: Entonces, liberaremos Norteamérica dentro de ciento noventa y dos horas a contar desde... ¡ahora mismo!

Y otro erk listo abandonó velozmente su asiento para ir a los controles de la pantalla, y un instante después un contador digital se hizo visible en ésta: CUENTA ATRAS H191 M59

S30 y, flic, flic, el 30 se convirtió en un 29, un 28 y un 27, mientras las últimas horas de la ocupación de Norteamérica por los chinos empezaban a transcurrir.

El Presidente de los Estados Unidos abandonó la mesa oval y salió a la asfixiante atmósfera del exterior: nadie le dirigió la palabra. Castor sabía que todo aquello era muy serio. Tenía muchas dudas y preguntas importantes que hacer.

Pero, ¿a quién podía hacérselas? No podía hacérselas a Jutch, ni a ninguno de los erks.

No podía acudir a Muchascaras, pues estaba claro que en la guerra entre chinos y yanquis Muchascaras era partidario del bando chino. Y, por la misma razón, tampoco podía hablar con Delilah o con Miranda, pues Miranda estaba claramente de parte de los yanquis. Al parecer, no había ni un solo ser vivo en todo el Mundo que no estuviera comprometido con un bando u otro en esa guerra que Castor deseaba no fuera necesario librar, por lo que, ¿adónde podía ir un neutral para hacer preguntas?

La biblioteca era la única fuente de datos neutral disponible.

Aunque, claro está, no era realmente neutral. Había sido programada y compilada por los erks, y reflejaba el orgullo que los erks sentían hacia sus armas y planes de batalla. No todo eso había sido concebido por los erks, naturalmente. De hecho, los erks apenas si habían hecho contribuciones propias. Fueron los Dioses Vivientes quienes se encargaron de abrir las secciones militares de los índices: lo que los erks habían añadido no era tanto su propia contribución como lo que habían logrado captar de las estrategias y tecnologías de esos enemigos que tan alegremente habían decidido combatir.

¡Y había muchísimos enemigos!

Durante su primera visita a la biblioteca, Castor sólo obtuvo la vaga impresión de un gran número de guerras. No se detuvo a contarlas. Horrorizado, se apartó del visor buscando el limpio aire del exterior. (Pero lo único que encontró fue la brisa húmeda y pegajosa del Mundo.) La sala que albergaba la biblioteca no sólo era húmeda y

pegajosa.

Apeataba. Los erks idiotas dormían en ella cuando les daba la gana, y la usaban para evacuar sus necesidades cuando no había nadie mirando, lo cual era casi siempre. Los erks listos tenían otras bibliotecas mejor adaptadas a sus necesidades físicas. La vieja biblioteca que usaba Castor tenía visores binoculares, pero habían sido concebidos para dos ojos no muy parecidos a los de un ser humano (aunque todavía menos parecidos a los de un erk).

Los visores le habrían ido perfectamente a los ojos de un Dios Viviente, pues éste los tenía colocados a los lados de la cabeza, igual que un pájaro, y no delante. Cada vez que Castor pasaba un rato usando aquellos binoculares acababa consiguiendo un soberbio dolor de cabeza.

Y lo que veía hacía que la cabeza aún le doliera más.

¡Los erks habían librado un mínimo de nueve guerras! Nueve guerras externas, claro, sin contar aquélla en la que los Dioses Vivientes se borraron a sí mismos de la existencia.

¡Y todas y cada una de las guerras había sido una guerra total que terminó en un exterminio absoluto! Estaba claro que ser enemigo de los erks era un puro suicidio. Y ser aliado suyo no era mucho mejor. Por ejemplo, estaban las criaturas aladas cuyos mundos habían sido incinerados porque los erks no habían comprendido a tiempo que atacar a uno de los bandos del conflicto haría que el otro sufriera una abrumadora y veloz represalia.

También estaba el sistema planetario de los seres parecidos a gusanos divididos en dos especies, una muy grande y con la piel córnea, la otra minúscula, blanda y provista de unos colmillos muy afilados. Los miembros de las dos especies se pasaban la vida enredándose los unos con los otros, luchando, matándose y devorándose alegremente.

Cuando los erks escogieron uno de los dos bandos y aumentaron el número de combatientes que se oponían al «enemigo», descubrieron demasiado tarde que las dos razas mantenían una relación simbiótica...

Pues los erks jamás se habían encontrado con una civilización que no estuviera dividida.

Siempre había diferencias de opinión, política, religión o ideas..., y para los erks una diferencia significaba una lucha.

Y una lucha significaba una guerra.

Castor se obligó a seguir pegado a la pantalla durante horas hasta dejar muy atrás el momento en que debería haberse ido a dormir. Cuando salió de la biblioteca casi tropezó con un par de erks idiotas medio adormilados que se habían enroscado en el umbral mientras esperaban para ver qué fascinante acción llevaría a cabo el humano. Castor los contempló con horror. Ahora ya no eran unos cómicos monstruitos que no paraban de hacer piruetas. Eran mortíferos, tanto ellos como sus parientes de mayor inteligencia.

Si había una guerra entre los yanquis y los chinos, ¿habría alguien que saliera vencedor?

O ser ayudados por los erks, ¿significaría que los dos bandos habrían perdido la guerra, para toda la eternidad?

Tsoong Delilah estaba durmiendo en la cálida y asfixiante habitación que los erks le habían proporcionado. No dormía bien. De noche no había centinelas, y tampoco resultaban necesarios. Si se le ocurría salir de la habitación, pronto llevaría detrás un cortejo de erks idiotas que harían el ruido suficiente como para alertar a unos cuantos erks listos. Y, de todas formas, ¿adónde podía ir?

Los días de Delilah en el Mundo habían transcurrido envueltos en una especie de neblina de irritación. El hecho de que todo su cuerpo anhelara a Castor la tenía confusa. El hecho de que este planeta de lunáticos armados estuviera planeando destruir su Hogar Han, con la misma despreocupación que el cazador que ve pasar volando a un pato, la aterrorizaba.

El hecho de que no pudiera hallarle solución a ninguno de los dos problemas la hacía sentirse frustrada...

Y, cuando despertó de un sueño en el que Castor se metía en su cama sin previo aviso y descubrió que no era ningún sueño, toda su ira acumulada estalló de golpe.

—¡Vaya, muchacho! —exclamó, escurriéndose hacia el extremo del lecho más alejado de aquél por el que había entrado Castor—. ¿Qué estás haciendo? ¿Es que todas las hermanas yanquis tienen el período a la vez? ¿Estás intentando cambiar tu suerte? ¿Sientes compasión de una vieja?

—Delilah —dijo él con su tono de voz más persuasivo, alzando una mano hacia su hombro y, un instante después, alargando la otra para acariciarle el pecho—, ¿no recuerdas cuánto nos gustaba hacer el amor? Entonces, ¿qué tiene de malo el que lo hagamos sólo para darnos placer el uno al otro?

—¡Tú lo llamas placer! —exclamó ella, burlona. Pero, de hecho, ella también lo llamaba placer, y por muy enojada que pudiera estar no se había vuelto loca, por lo que, cuando Castor la atrajo hacia él, no se resistió. Cuando Castor la besó en los labios ella le devolvió el beso y, de todas formas, lo cierto es que recordaba muy bien cuánto les había gustado hacer el amor, y no tardó en descubrir que ese recuerdo no tenía nada de falso. Sólo cuando hubieron terminado y Castor estaba encima de ella, con su esbelto cuerpo amoldado al suyo, moviéndose lentamente dentro de ella, sin prisas, como para acordarse de lo que acababan de hacer, sintió cómo la ira iba volviendo a apoderarse de ella...

Y entonces Castor le puso los labios en el cuello, mordisqueándolo suavemente, y le murmuró algo.

—¿Qué? —preguntó Delilah en voz alta.

—He dicho sssh —susurró él—. Los erks siempre andan vigilándonos. No digas nada.

Delilah sintió cómo su cuerpo se envaraba. Sus labios articularon una pregunta,

pero la mano izquierda de Castor se apartó de su pecho para tapanle suavemente la boca.

—Delilah —murmuró—, finge que eres una auténtica yanqui. Convénceles. Y convence también a los erks. Convence a todo el mundo, incluso a Muchascaras.

Delilah volvió la cabeza y contempló la habitación para ver si era cierto que había algún erk vigilándoles. Y se dio cuenta de que los paneles tallados de la pared podían ocultar multitud de pasadizos secretos. Podía haber un micrófono en cualquier sitio. ¿Por qué? No tenía ni idea. Pegó su mejilla a la de Castor, haciendo que sus pieles se rozaran la una con la otra —¡qué sensación tan agradable!—, y murmuró: —¿Por qué?

—Porque de lo contrario destruirán nuestro mundo —susurró él—. Ve a la biblioteca.

Entérate por ti misma. —Y el mordisqueo de su cuello se volvió más apremiante y la mano que acariciaba su pecho más imperiosa, y, cuando Castor se marchó para volver a su cama, Delilah se quedó inmóvil, saciada y feliz, y preguntándose a qué se estaría refiriendo él. Y siguió preguntándose. Aquel delicioso cansancio empezó a esfumarse en cuanto se preguntó si Castor no habría venido a su cama con el único y exclusivo propósito de murmurarle algo al oído. En cuanto hubo examinado los registros de la biblioteca, Delilah se retiró a su habitación, rodeada por las flores de extraños aromas con que los erks decoraban los cuartos de los invitados. De hecho, se metió en la cama y, si hubiera podido, se habría metido en el útero y habría abandonado la vida para siempre, pues por primera vez en su vida Tsoong Delilah estaba asustada. La situación no se limitaba a la de un criminal que quizá acabara mostrándose más astuto que la policía Renmin y que podía cometer actos violentos y terribles. Lo que le daba miedo no era nada tan trivial y tan personal como la infidelidad de su joven amante, infiel por naturaleza. No, era algo tan inmenso y aterrador que no podía ni pensar en ello.

Si la biblioteca era digna de confianza, lo más probable era que los erks acabaran aniquilando todo aquello a lo que Delilah le había jurado lealtad. Y no se le ocurría ninguna forma de impedirselo.

Tras haber pasado mucho tiempo en la cama, con los ojos cerrados y los brazos alrededor del cuerpo, despierta, sin ver nada e intentando no sentir nada, empezó a pensar. Aquella primera y terrible parálisis del miedo fue desvaneciéndose lentamente.

Tenía que haber algo que pudiera hacer. Se daba cuenta de que estaba en una situación tremendamente inferior a la de sus oponentes, ¡pero eso no podía servirle de excusa! ¡La Inspectora Tsoong Delilah debía intentarlo! Siguió tumbada en la cama, con los ojos abiertos, contemplando ese techo que muy probablemente la estaba contemplando a ella, y empezó a hacer planes.

Su primer paso, por supuesto, debía ser hacer lo que Castor le había pedido. Debía fingir que era más yanqui que los yanquis. Debía ganarse su confianza, y tenía

muy poco tiempo para conseguirlo.

Por desgracia, la mejor forma de conseguir que confiaran en ella era hacer algo que personalmente le resultaba de lo más desagradable.

Así pues, tan pronto como se hubo decidido, Tsoong Delilah fue al cobertizo donde los guerreros estaban ensayando sus artes, se dirigió en línea recta hacia Feng Miranda y le dijo:

—Tienes razón. Debemos luchar por la libertad de Norteamérica. Tengo entrenamiento como piloto y he mandado tropas. Utilízame, Miranda. Déjame ayudar.

Naturalmente, se dio cuenta de que Miranda le lanzaba una veloz mirada a Castor, y también percibió la leve expresión de condescendencia con que la contemplaba. Ya había tomado la decisión de que nada de todo aquello le importaría y, aunque descubrió que sí le importaba, decidió aceptarlo. Miranda podía pensar lo que le diera la gana. Tanto mejor para Delilah. Sabía qué estaba pensando, y no le resultaba nada agradable. Pero Miranda no sabía qué estaba pensando Delilah —no iba a permitirselo—, y lo que menos se imaginaba era que «Debemos luchar por la libertad de Norteamérica» no era sino una parte muy pequeña y precisa de una frase más larga e importante: «Debemos luchar por la libertad de Norteamérica y por conseguir que todo el resto de la Tierra se vea libre de los erks».

Si Castor podía acudir a su lecho para murmurarle secretos, Delilah podía usar las mismas estratagemas. Lo que decidió hacer a continuación resultaba tan grotesco que se pasó todo el trayecto hasta la habitación de Muchascaras sonriendo.

—Anciano —le dijo, con una mezcla de rudeza y ternura, nada más llegar allí—, estoy cachonda. ¿Sigues siendo capaz de practicar el acto sexual?

El arrugado rostro plantado en el centro de aquella inmensa cabeza la miró fijamente.

—¡Por supuesto que soy capaz! —respondió con cierta irritación—. ¿Es que no tienes ni idea de medicina? Puedo ser físicamente capaz de lo que me dé la gana, sólo que...

—Sólo que —dijo Delilah, terminando la frase por él, y sorprendida al descubrir que ahora hablaba con más ternura que rudeza— eres un fenómeno, por lo que hacer el amor con una mujer te avergüenza y te hace sentir incómodo. Bueno... Ahora estamos en un mundo distinto, Muchascaras. Hay muy pocos hombres. Los casos marginales han subido mucho de categoría. Ahora te encuentro muy atractivo, mi vieja y querida cabeza de calabaza, y me gustaría que tú y yo fuéramos a algún sitio agradable del campo y disfrutáramos el uno del otro tanto y tan bien como nos fuera posible.

Y, para gran sorpresa suya, Muchascaras resultó ser un amante tierno y ardiente, y, cuando les hubieron explicado a los erks que les seguían que los seres humanos de la Tierra realmente necesitaban la intimidad para su copulación, y los siempre complacientes erks listos se llevaron a los erks idiotas a una buena distancia,

descubrió que el acto sexual en cumplimiento del deber puede ser casi tan satisfactorio como el sexo con propósitos higiénicos, y mucho más agradable que el sexo con un amante distraído, poco digno de confianza y sin muchas ganas de hacer el amor.

Y después, tumbados bajo las grandes lianas parásitas de color naranja que llenaban el bosquecillo, Delilah acercó sus labios al oído de Muchascaras y le susurró: —He visto los índices históricos de la biblioteca. Sé lo que ocurrirá si empieza la guerra.

Muchascaras estaba tumbado junto a Delilah, con el rostro muy cerca del de ella y los ojos cerrados. Sus párpados se abrieron con lentitud, y Muchascaras la miró fijamente.

Guardó silencio durante unos instantes y, cuando habló, en su tono de voz había una leve decepción.

—Ah, comprendo. Me preguntaba por qué estabas haciendo esto. —Delilah quiso hablar, decirle una mentira impulsada por el embarazo que sentía y la necesidad de disculparse, pero Muchascaras no la dejó—. Por favor, habla tan bajo como puedas. No, el porqué no importa. —Sus ojos, medio ocultos por su abultada frente, la contemplaron con una mezcla de ternura y comprensión, para endurecerse un instante después—. Lo que debemos hacer es conseguir que esta gente crea que nos hemos unido a su bando. Debemos conseguir que confíen en nosotros.

—Sí —dijo Delilah, cambiando levemente de postura. El movimiento hizo que Muchascaras apartara la mano que había estado reposando sobre su cadera, y Delilah deseó que siguiera allí—. ¿Y después? ¿Y después de que nos hayamos ganado su confianza, si es que lo conseguimos?

—Entonces seguiremos sin tener casi ninguna esperanza de impedir la guerra —dijo Muchascaras, muy serio—. Pero, ¿qué otra opción tenemos salvo intentarlo?

Su tarea imposible se veía favorecida por el hecho de que la experiencia bélica de los erks, aunque vasta, era incompleta. Para ellos, «la guerra» significaba combate y nada más. Significaba la destrucción de ciudades, el matar enemigos e incluso la aniquilación de planetas. No significaba ninguna otra cosa. El espionaje y los trucos sucios no figuraban en su repertorio. Puede que los Dioses Vivientes hubieran llegado a conocer las artes del espionaje y el traicionar la confianza, pero no lograron enseñárselas a los erks. Eso hizo que ni Tsoong Delilah ni Muchascaras tuvieran problemas para hacer lo que deseaban.

Jutch aceptó a Muchascaras en la sección de planes sin poner ninguna dificultad, y A-Belinka le dio la bienvenida a Delilah dejándola participar en el entrenamiento con las armas.

De hecho, se alegró mucho de tenerla allí, pues Delilah no tardó en convertirse en su mejor alumna.

¡Había tanto que aprender! Los erks poseían armas que Delilah ni tan siquiera había imaginado. No sólo tenían misiles, láseres, haces de partículas pesadas,

artillería y armas de mano..., era algo más que las simples armas por separado, era el sistema en el que cada arma jugaba un papel. A lo largo de ocho mil años, los erks habían adquirido la tecnología militar de nueve civilizaciones distintas. Naturalmente, gran parte de esa tecnología no era aplicable a la tarea de liberar los Estados Unidos de sus opresores: las granadas sónicas que causaron tal devastación entre los arácnidos que las habían inventado sólo servirían para que los seres humanos sufrieran dolor de cabeza.

Pero casi todo el resto de su armamento era terrible.

Delilah no se permitió el lujo de sentir terror. Las armas eran armas y nada más. Sentía el orgullo de todo buen artesano hacia sus habilidades, y la satisfizo enormemente ver que, aun empezando de cero, no tardó en superar a todos los demás erks, yanquis y Auténticos-Norteamericanos, salvo a Miranda. Poseía un talento natural. No era un mero asunto de calcular las desviaciones para los blancos. Era algo mucho más primitivo y letal.

Incluso en los entrenamientos erks, donde los blancos eran a veces cohetes de la China Han y a veces las agujas volantes usadas por los Dioses Vivientes y otras veces las esferas, lágrimas o polígonos de las otras razas a las que los erks habían «ayudado»; ya fuera usando haces iónicos, granadas de fragmentación o cohetes llenos de metralla que perforaba las corazas..., incluso allí, el factor decisivo que diferenciaba al tirador con talento del campeón era la voluntad de matar y destruir.

Y Delilah la poseía.

Delilah se sintió algo disgustada al ver que no podía sobrepasar a Miranda ni tan siquiera en la destrucción, pero ver que Castor era incapaz de igualar a ninguna de las dos mujeres le hizo sentir una feroz satisfacción. La habilidad natural de Castor era distinta a la de ellas. Delilah, sorprendida, se dio cuenta de que el chico era un piloto nato. No tenía gran cosa que pilotar: al principio tuvo que conformarse con las rechonchas naves que podían surcar la pegajosa atmósfera del Mundo, y luego pasó a las naves espaciales mini-mini que se movían en órbita y que apenas si eran más que un sistema de telemetría colocado sobre un tanque de combustible. Pero tenía el don. Sus largas horas ante las pantallas de aprendizaje le habían proporcionado aquello que sus talentos naturales no podían suministrar, y era capaz de leer una señal de navegación, verificar una propuesta para cambiar el curso y ejecutar una maniobra de una forma tan limpia y segura como Delilah, con todos sus largos años de experiencia. ¡Y después le dieron un Ojo! Un auténtico robot espía con destino al sistema terrestre, lanzado a través de la puerta y colocado en una órbita muy cercana a la Tierra para mantener vigilados a los chinos Han y todo cuanto hicieran. ¡Fue la culminación de todos sus sueños! ¡Tenía su propia nave espacial! ¡Podía hacerla ir adonde quisiese! Aquello le dejó tan emocionado que Delilah empezó a sentir una cierta ternura hacia él, y una tarde cuando la sesión de pilotaje hubo terminado, le siguió a través de la puerta del cobertizo y por la pista de asfalto.

—Vuelve aquí, chico —le dijo con voz jovial—. No te haré daño.

Castor se dio la vuelta y, al verla se ruborizó.

—Oh, Delilah—dijo—. Pensé que... Estaba pensando...

—¿Sí? ¿Qué estabas pensando? ¿Que planeaba arrancarte la ropa aquí, delante de nuestros pequeños amigos? —Puesto que, naturalmente, eran seguidos por el habitual rebaño de erks idiotas—. Oh sí, claro, si la vieja quiere hacer el amor, le seguirás la corriente —dijo, y se escuchó a sí misma y lo que oyó no le gustó nada. Era esa maldita Miranda, pensó. Miranda la ponía celosa. No quería estar celosa, sólo quería tener una relación sexual razonable con el joven e impedir que siguiera consumiéndose con jóvenes estúpidas o con las harpías hambrientas de los yanquis... Fue siguiendo el hilo de sus pensamientos, y éstos tampoco le gustaron ni pizca—. Castor —dijo con humildad, o acercándose a él a tanto como Tsoong Delilah era capaz de hacerlo—, sólo quería hablar contigo.

Castor la miró fijamente. Delilah no supo qué vio en su cara, pero pareció satisfacerle.

—Claro, Delilah —dijo, y sonrió—. Iba a ver cómo juegan los niños. ¿Quieres acompañarme?

—¿Acompañarte adónde? —le preguntó, mirando a su alrededor. Las pistas de asfalto estaban lejos de todo, salvo del nido yanqui, y Delilah ya lo había visto muchas veces.

Demasiadas: la hostilidad que le habían demostrado aquellas guerreras Amazonas no era nada agradable.

—Ya lo verás —dijo él; y así fue.

Fueron al nido. De hecho, fueron a la escuela que había junto a él. La escuela estaba repleta de niñas cuya edad iba desde las pequeñas de tres años hasta las jóvenes adolescentes, y todas aprendían a ser conquistadoras. Entraron en las aulas, y las hermanas maestras le dirigieron una radiante sonrisa de bienvenida a Castor lanzaron miradas algo suspicaces a Delilah, y se llevaron el dedo a los labios advirtiéndoles a los dos que debían guardar silencio. Las niñas extasiadas, contemplaban una pantalla prismática donde se estaban desarrollando juegos de guerra. En la pantalla había modelos (al principio Delilah pensó que eran modelos y luego, sintiendo que el corazón le daba un vuelco, comprendió que eran películas tomadas de la realidad); naves enfrentándose en combate, naves enormes, capaces de aniquilar planetas. Una flota de naves se deslizó por la pantalla rumbo hacia un planeta marrón violáceo y, aunque un telón de naves defensoras las atacó, destruyó unas cuantas y se suicidó lanzándose contra algunas más, los defensores acabaron viéndose superados en número y potencia de fuego. Las naves destructoras de planetas lograron pasar.

Y el planeta fue destruido.

Delilah salió corriendo del aula, pues en aquel planeta desaparecido hacía tanto tiempo había visto la Tierra.

Castor se reunió con ella pasados unos minutos, seguido por las niñas y,

naturalmente, por un nervioso cortejo de erks idiotas que no paraba de parlotear; pero, esta vez, algunos de los erks idiotas tenían un propósito que llevar a cabo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Delilah, y Castor la miró con una mezcla de ternura e indulgencia.

—Van a jugar a su juego —le dijo—. Límitate a mirar.

Las niñas conocían el juego, y los erks también. Apenas si necesitaron las instrucciones de las hermanas maestras: fueron rápidamente hacia una hilera de coches de juguete situada junto a una pradera de musgo. Cada coche tenía a un erk idiota como conductor; y, cuando los erks saltaron a sus asientos y los coches se hubieron colocado en escuadrones perfectamente ordenados, empezó el juego. Cada niña de la escuela tenía también un coche y un erk para conducirlo, los erks estaban entrenados para obedecer las órdenes vocales de sus dueñas (igual que los perros de la Tierra...), y el juego empezó. Los coches se atacaron los unos a los otros formando flotas y enzarzándose en combates individuales, chocando entre ellos, acompañados por chillidos y graznidos de alegría. Las chicas gritaban órdenes; los erks las llevaban a cabo. ¡Crac! ¡Bum! Las niñas se lo estaban pasando maravillosamente bien.

Y Delilah se dio cuenta de que Castor también. Los erks conducían los abigarrados cochecitos de juguete provistos de un cañón automático y las niñas controlaban a los erks, pero Castor se autonombró general de todos los coches. ¡De ambos bandos!

—Haced avanzar el ala derecha —ordenó—. ¡Cuidado con ese ataque por el centro!

¡Venga, abríos paso, abríos paso! —Uno de los cañones hizo pop, y un erk saltó de su cochecito para huir del campo de batalla soltando chillidos y graznidos. La pintura púrpura disparada por el cañón de juguete goteaba de su cuerpo, manchando el suelo a sus espaldas. Castor se volvió hacia Delilah y le sonrió—. ¿Verdad que es un juego soberbio?

—le preguntó—. En mi escuela nunca tuvimos juegos como éste.

—Nosotros tampoco —dijo Delilah, con el ceño fruncido. El juego no le gustaba nada, igual que no le había gustado el vídeo de guerra del aula.

Las Amazonas guerreras de seis y diez años de edad se dejaron llevar por el entusiasmo y empezaron a golpearse las unas a las otras con tallos de flores, hasta que las hermanas maestras, riendo, restablecieron el orden y llevaron la batalla a su conclusión final. El equipo de los erks ganó la guerra, por supuesto. El equipo de los erks siempre ganaba. Y, durante el trayecto de vuelta, Castor miró a su alrededor distraídamente, se detuvo, rodeó con los brazos a Tsoong Delilah y la besó.

—No quiero jugar a ese mismo juego con armas de verdad —le murmuró al oído—. ¿Comprendes?

—Comprendo —dijo ella, deseando que volviera a besarla.

Castor así lo hizo.

—Quizá no podamos impedirlo, pero tenemos que intentarlo —le dijo después.

Delilah se estremeció, y no a causa del beso. Era casi lo mismo que le había dicho Muchascaras. Y, por desgracia, era muy probable que fuese la verdad.

—No confío en ellos —dijo secamente Feng Miranda, y, malhumorada, apartó la mano de Júpiter de su brazo. Júpiter suspiró. ¡Qué increíblemente obstinada era esta hermana de la Tierra! Resultaba curioso que aquel extraño y desagradable desinterés que mostraba hacia la copulación pareciera hacerla más atractiva, y no menos.

—¿Qué daño pueden hacer? —preguntó, intentando ser razonable.

—¿Quién sabe? —Estaba mirando fijamente hacia la parte delantera de la sala en la que se reunía el Consejo de Guerra, donde Castor, Tsoong Delilah y un par de erks estaban hablando animadamente—. ¿Confías en ellos?

Júpiter pareció escandalizarse.

—¿Que si confío en mi Presidente?

—¡Eso es una farsa, Júpiter! Y no se trata tanto de él sino de esa vieja perra, la Tsoong... ¡Es una china Han de pies a cabeza!

Júpiter, distraído, le puso la mano en la parte baja de la espalda, muy suavemente, apenas un roce. Miranda no pareció darse cuenta.

—Tú eres quien nos dijo que se había ofrecido a prestarnos sus servicios— observó.

—¡Bueno, pues cometí un error!

—No sé por qué piensas eso. Después de todo, ¿por qué iba a mentir?

—¡Oh, idiota! —exclamó ella, y se apartó vigorosamente de aquella mano en la que, después de todo, sí se había fijado. Luego le lanzó una mirada asesina a Castor, que, también distraídamente, había pasado el brazo alrededor de la cintura de Tsoong Delilah—. Oh, bueno... —suspiró—. Al menos hay una cosa sobre la que probablemente tienes razón.

No pueden hacer gran cosa. Vamos —dijo, cogiéndole de la mano y llevándole hacia la mesa—. Será mejor que nos sentemos y terminemos con esto.

Júpiter, mucho más animado, dejó que le llevara hasta un par de asientos situados hacia la mitad de la mesa. No intentó soltarle la mano, y Miranda siguió cogiéndosela. Era una mujer muy extraña pero, pensándolo bien, merecía que uno tuviera cierta paciencia con ella. Aquella peculiar tez cetrina no carecía de atractivo; de hecho, pasado cierto tiempo, acababa resultando muy hermosa, igual que ocurría con su minúscula nariz y sus ojos color azabache. ¡Y su estatura! Júpiter casi nunca había copulado con una mujer que midiera menos de 180 centímetros. Miranda era minúscula: como mucho mediría 150 centímetros. Qué interesante resultaría tener una compañera de cama a la que pudiera manejar con facilidad, que pesaría como una pluma sobre su vientre si les daba por probar con aquella posición, y que casi se perdería bajo él si... Oyó la suave risa de Miranda, miró hacia abajo, y se dio cuenta de que su cuerpo estaba revelando lo que pensaba. Pero la risa había sido casi amistosa. Júpiter se la devolvió y concentró su atención en el Consejo de Guerra, sintiendo una agradable mezcla de indulgencia y expectación.

Para esta última reunión, Polly la Grande y los erks le habían cedido el asiento de cabecera al Presidente. Castor se puso en pie, golpeó suavemente la mesa con lo más aproximado a un martillo que habían encontrado —era una especie de cuchara mezcladora tomada de las cocinas— y dijo:

—Como todos sabéis, nuestra invasión está lista para ponerse en marcha. Quiero empezar expresándole mi agradecimiento a la Gobernadora Polly y a su eficiente legislatura, a los machos, Madres Hermanas y hermanas mayores de todas clases y todos los nidos y, por encima de todo, a nuestros anfitriones los erks, sin los que este día feliz nunca podría haber llegado. —El consejo se aplaudió alegremente a sí mismo, mientras Castor les contemplaba con una sonrisa radiante—. Sólo quedan por tomar las decisiones finales en cuanto al personal. ¿Quién irá en el primer grupo que cruce la ruta espacial, acompañándome en mi yate? He pensado mucho en ello. Lo he discutido en privado con la Gobernadora, y con muchos de vosotros por separado. Creo que la base para nuestra decisión está clara. —El consejo asintió (al menos, eso hicieron sus miembros humanos), mientras esperaba enterarse de cuál era esa base que tan clara estaba. Castor no les hizo esperar mucho—. Naturalmente, nuestra prioridad básica debe ser no despertar las sospechas de los chinos Han. ¿Estáis de acuerdo? —El Consejo estaba de acuerdo. Los cabeceos humanos y la agitación de vibrilos erk que recorrió la mesa lo demostraba claramente—. La forma de hacerlo —explicó Castor— es proporcionarle a mi yate una tripulación que conozcan y en la que confíen. Esa tripulación debe estar formada por yo mismo, naturalmente; por Miranda, faltaría más..., no tenemos ninguna patriota más dedicada que Miranda, y parece china. Además, se ha ganado el derecho a estar en la primera nave.

El consejo emitió un «por supuesto» detrás de otro.

—Entonces, queda acordado —dijo Castor—. Pero, ¿quién más vendrá? Supongo que Muchascaras debería estar presente— siguió diciendo con voz pensativa—. Para empezar, creo en su declaración de que nos apoya. En cualquier caso, es demasiado viejo y débil para poder causarnos problemas. —Delilah captó la mirada asesina que el anciano le lanzó a Castor y sonrió para sus adentros; Castor estaba haciendo una soberbia interpretación—. Pensé en añadir a Tchai Howard o quizá a unos cuantos miembros del equipo de asalto. Pero son luchadores bien entrenados. Eso sería peligroso. Podrían intentar apoderarse de la nave y quizá tuvieran éxito. Por lo tanto, creo que eso sería demasiado arriesgado..., pero, naturalmente, lo que piense yo no importa. Lo que importa es la voluntad del consejo. Os ruego que habléis. Hablad todos. —Y, uno a uno, todos los presentes en la gran mesa ovalada fueron hablando. Cada orador se mostró decididamente favorable a que Muchascaras fuera incluido en la tripulación, pero que ni Tchai ni el equipo de asalto debían estar presentes en la primera oleada. La moción fue aprobada por unanimidad.

Castor se reclinó en su asiento.

—¿Se me permite decirles cuánto aprecio la solución que habéis dado a este problema? —preguntó, con la voz llena de agradecimiento—. Y, ahora, creo que sólo

nos queda una decisión por tomar. —Movi6 la cabeza como de mala gana, se~alando a Tsoong Delilah, que le devolvi6 la mirada evitando los ojos del resto del consejo. Sintió c6mo su rostro se encendía hasta adquirir un color aceitunado—. Está claro que la Inspectora Tsoong sería una buena baza para la nave, al menos desde el punto de vista del engaño —siguió diciendo Castor—. Como inspectora de la policia Renmin, no cabe duda de que los chinos Han confiarían en ella. Pero, por esa misma razón, nosotros no podemos confiar en ella. Es un auténtico dilema. —Se encogió humorísticamente de hombros para expresar lo enrevesado de la situación—. Por lo tanto —concluyó—, supongo que deberíamos adoptar el curso de acción más prudente: dejarla en el Mundo. Aquí no puede hacernos ningún da~o. Es cierto que eso puede poner en peligro el éxito de nuestra misi6n. De todas formas, no veo ninguna soluci6n al dilema... —Se calló, como si acabara de ocurrírsele algo—. A menos... —vaciló—, a menos que lográramos llevárnosla con nosotros pero impedirle que pudiera hacer nada malo...

Y la mesa del consejo entró en erupci6n. A-Belinka fue el primero en tomar la palabra.

—¡Atadla! —gritó, y las voces humanas y erks esparcidas alrededor del óvalo indicaron su acuerdo con la propuesta.

Castor sonrió con admiraci6n.

—¡Qué soluci6n tan perfecta! —proclamó—. ¡Eso es precisamente lo que haremos! Y ahora ya estamos listos..., ¡que empiece la guerra!

Todo el consejo aplaudió y empezó a chillar. Hasta Tsoong Delilah..., que era una cínica, sí, pero que se había conmovido ante aquella gran interpretaci6n. Todos estaban emocionados, como pudo ver, incluso aquella figura del umbral que parecía algo irritada, ese joven yanqui..., ¿Júpiter? Sí, ése era su nombre. No era miembro del consejo, naturalmente. De hecho, Delilah se dio cuenta de que su única razón para estar presente allí era el haber sido nombrado centinela de Feng Miranda. Todos los erks y los yanquis llevaban muchos días convencidos de que Miranda ya no necesitaba ningún centinela, por lo que su continuada presencia en la sala no era sino otro ejemplo de la ridícula torpeza con que aquellas criaturas se dedicaban a sus actividades...

Sus actividades mortíferas. Delilah se estremeci6 sin poderlo evitar. ¡Ver a los bufones hacía que resultara fácil olvidarse de que aquellos bufones podían ser letales!

Se dio la vuelta para rescatar a Castor de una prolongada discusi6n con Polly la Grande, que durante aquellos últimos días había dejado bien claro que incluso una hermana mayor de la Segunda Generaci6n no se consideraba demasiado vieja para sentir cierto interés hacia un macho nuevo, sobre todo si éste era su Presidente. Delilah se preguntó de qué estaría hablando Júpiter con Miranda, y qué le hacía poner esa cara tan seria. El sexo, sin duda. Y, sintiéndose muy virtuosa, pensó que aquellos extraños rebeldes no parecían interesados en nada más. Bueno, Delilah creía que cometía una estupidez juvenil interesándose en aquella fanática, pero los problemas

de Júpiter no eran asunto suyo.

Dentro de unos pocos días habría desaparecido de su vida junto con todo su planeta y sus caprichosos, estúpidos, ridículos y peligrosos habitantes.

Eso pensaba Tsoong Delilah entonces.

—¡Eres un idiota! —le dijo Feng Miranda con voz cortante a Júpiter—. ¡No te das cuenta de que planean traicionar la misión!

Jupe lanzó un gemido.

—Oh, vamos, no irás a empezar de nuevo con eso, ¿verdad? Anímate, Miranda, vayamos a ver el último lanzamiento anterior a la invasión. Junto al campo hay un bosquecillo con unas flores muy bonitas... —Casualmente, Júpiter sabía que eran tan agradables a la vista como confortables para tumbarse encima de ellas; pero Miranda parecía demasiado irritada para dejarse seducir—. Castor no ha hecho nada malo, ¿verdad?

—dijo, intentando razonar con ella—. Sometió todo el asunto a votación, ¿no? Hasta Polly la Grande y los erks votaron a favor de su idea, ¿no?

—¡Eres un idiota! —gritó ella.

—Te estás repitiendo —murmuró Júpiter con voz abatida—. Si tan en serio te lo has tomado, ¿por qué no hablaste de ello durante la reunión?

—¿Para dejarles saber que sospechaba de ellos?

Jupe puso cara de asombro; semejantes refinamientos en la intriga quedaban más allá de su capacidad.

—Bueno, por lo menos, eh..., por lo menos podrías decírselo a alguien.

—¡Te lo estoy diciendo a ti! ¡Y no me estás escuchando!

—Voy a perderme el lanzamiento—protestó él, ofendido, pues las palabras de ella eran una clara injusticia; desde luego que la había estado escuchando, por muy ridículo que fuera lo que decía.

Aquella mujercita minúscula le miró fijamente, tan enfurecida que, sin quererlo, Júpiter dio un paso atrás. Después pronunció una de aquellas extrañas palabras para referirse al copular que los Auténticos-Norteamericanos parecían utilizar de una forma insultante.

—Vete a ver tu lanzamiento —le dijo, y llegó a apartarle de un empujón para que se fuese.

Jupe estaba empezando a enojarse.

—Muy bien —dijo, con gran dignidad—. Si estás segura...

—Estoy segura.

—De acuerdo, sólo que...

—Oh, vete —chilló ella—. ¡Sacaría lo mismo hablando con los erks que contigo! De hecho... —Se quedó callada y miró hacia la parte delantera de la habitación, donde Polly la Grande estaba metiendo papeles en su mochila, mientras Jutch y A-Belinka parloteaban con ella. Se volvió de nuevo hacia Júpiter—. Vete a ver el lanzamiento —le ordenó, y, aunque su tono de voz no tenía nada de enojado, tampoco

era amistoso y, mucho menos, romántico.

Júpiter llamó a su pájaro porteador con un silbido y se metió en la bolsa, tan confuso como irritado. (Pero, aun así, francamente irritado.) ¡Qué mujer tan extraña! Vio a un par de hermanas que estaban haciendo algo junto al musgo que cubría la orilla de una acequia y estuvo a punto de hacer que Relámpago fuera hacia ellas... ¿por qué no? Había que copular de vez en cuando, ¿verdad? Pero ya no estaba de humor para ello. Recorrió la corta distancia que le separaba del centro espacial, asomando la cabeza por la bolsa para asegurarse de que el lanzamiento aún no había tenido lugar.

Aún no había empezado. Bueno, eso ya era algo. Júpiter amaba el espacio con una avidez casi igual a la de su Presidente y, además, estaba especialmente interesado en la tecnología. Sabía que el anillo de lanzamiento tenía una historia muy interesante. No era un legado de los Dioses Vivientes. Los Dioses tenían que colocar en órbita sus naves espaciales usando el mismo sistema ruidoso y poco eficiente empleado por los seres humanos, con grandes surtidores de fuego y un estruendo tan violento como ensordecedor.

Ésa era la forma obvia de romper la presa de la gravedad y poder dar comienzo a los auténticos viajes espaciales.

Pero no era la mejor forma de conseguirlo. En ese caso, y en algunos otros, los erks habían logrado superar los conocimientos de sus dioses. La guerra entre los crustáceos saltarines que vivían en el sistema situado alrededor de una estrella F4 a ochenta y cinco años luz de distancia había terminado con un pésimo resultado para los crustáceos. Sin embargo, había hecho que los erks, entre otras clases de botín, consiguieran un sistema de lanzamiento magnético para naves espaciales, un sistema que utilizaba hasta la última fracción de su energía mecánica para cumplir con esa tarea. El anillo de lanzamiento magnético apenas si hacía ruido. (El «ruido» es energía malgastada en hacer temblar el aire.) Los crustáceos habían conseguido realizar esa tarea mucho mejor que los Dioses Vivientes, aunque el hecho de que en otros aspectos su tecnología no era tan buena quedaba puesto de relieve por el hecho de que no había supervivientes de su raza.

Jupe desmontó para ver el lanzamiento, sujetando a su pájaro porteador con una mano.

La nave a lanzar tenía una auténtica misión que cumplir, pues le llevaría combustible y suministros a la flota que esperaba en su órbita de estacionamiento, pero tanto su tamaño como su masa y su forma eran idénticos a los del yate presidencial. Era una especie de prueba para asegurarse de que nada iría mal en el lanzamiento de Castor y su tripulación.

Júpiter se había colocado bajo un árbol de la paz, desde el que tenía una buena visibilidad, y Relámpago, nada interesada en el lanzamiento, estaba probando brotes frescos para pasar el rato. El porche de control para el sistema de lanzamiento se encontraba fuera del edificio de fabricación, a un kilómetro y medio del árbol de

Júpiter. A esa distancia los técnicos erks y yanquis que se afanaban alrededor de sus instrumentos parecían minúsculos y carentes de importancia. Pero eran quienes iban a encargarse de todo. El extremo de entrada del gigantesco lanzador era visible desde la otra punta del campo, pero cuanto ocurriera allí sería decidido por aquellas pequeñas figuras del porche. Bastaba con accionar unos controles y las abrazaderas cogerían al vehículo que iba a ser lanzado y lo colocarían en la posición adecuada, justo sobre la tensa y lisa superficie de los cables de aleación magnética. Otros controles y las abrazaderas se apartarían del vehículo, depositándolo sobre el cable. La nave jamás llegaba a tocarlo del todo. Los imanes la mantenían cerca del anillo, un poco por encima de él. El cable iba corriendo bajo el rechoncho vehículo a lanzar, pero el cable sentía la presencia del vehículo y éste sentía el tirón del cable; los medidores de tensión de la plataforma de operaciones mostraban que el cable estaba acumulando un tres por ciento de kiloamperios más debido a la nueva carga; los acelerómetros colocados dentro del vehículo informaban de que estaba empezando a moverse.

Júpiter no necesitaba los datos telemétricos para ver que el vehículo estaba moviéndose. Ver el lanzamiento de un auténtico navío de combate para una auténtica guerra (aunque no fuese un navío muy importante) llenó su corazón de anhelo y le hizo sentirse como una de las niñas que iban en los cochecitos de juguete conducidos por los erks. Ciertamente, tenía su rango y su misión: estaba al mando de cincuenta erks con lanzacohetes que descenderían en el área de Kweilung junto con la tercera oleada. ¡La tercera oleada! ¡A esas alturas toda la acción habría terminado!

Ésa era la razón de que, mientras veía cómo el vehículo se alejaba de las abrazaderas suspendidas sobre él, cobrando velocidad y moviéndose como un rayo por el largo sendero del anillo, sus ojos fueran nublándose con una cortina de lágrimas nacidas del enfado.

Desde el árbol de Júpiter el vehículo parecía una de esas barquitas que los niños hacen con cortezas de árbol para lanzarlas a un arroyo. El vehículo fue siguiendo el cable hasta llegar a la pendiente del despegue final...

Y quedó libre.

Todos los instrumentos del porche de operaciones dieron la misma información: lanzamiento completado. La cápsula se abrió paso por el cielo, con sus pequeñas aletas de maniobra haciéndola girar sobre sí misma. Desapareció en una fracción de segundo, y unos instantes después el craaacbum causado al rebasar la velocidad del sonido en el Mundo hizo que todos los erks y los yanquis rieran, gritaran y se volvieran los unos hacia los otros para felicitarse.

Júpiter no tenía a nadie a quien felicitar. Tampoco sentía ningún deseo especial de hacerlo. No habría sabido decir qué parte de su malhumor se debía a la irritante obstinación de la Auténtica-Norteamericana llamada Miranda, y cuánta a los celos que sentía hacia quienes encabezarían las primeras oleadas de la invasión. Siguió mirando hacia delante, con una mano apoyada en el nacimiento del ala de su pájaro porteador, enfermo de celos. Relámpago lanzó un gruñido quejumbroso pues quería

volver a comer, ya que no a perseguir el apareamiento que cada vez la preocupaba más y más. Jupe le lanzó una mirada de ira. ¿De qué servía tener un maldito pájaro porteador? ¡Aquellos Auténticos-Norteamericanos tendrían naves espaciales! Él debería tener lo mismo o, por lo menos...

Sintió cómo los músculos de Relámpago se tensaban bajo su mano, y un instante después oyó pronunciar su nombre desde arriba.

—¿Jupe? —La voz pertenecía a una mujer ya mayor. Alzó los ojos y vio que era la Gobernadora, que le estaba contemplando desde la bolsa de su pájaro, de un color gris plateado. Su montura se posó cerca de él, moviéndose cautelosamente para evitar una colisión con los árboles. Frotó su pico contra el de Relámpago (lo cual no era más que un gesto amistoso, ya que los dos pájaros eran hembras), y la Gobernadora empezó a retorcerse para salir de la bolsa—. ¿Por qué no me informaste de lo que te dijo Miranda Feng? —preguntó.

Júpiter alargó la mano en un gesto automático para ayudarla a salir de la bolsa.

—¿Es que debía informar de algo? —preguntó, sinceramente perplejo.

—Debías informarme de que ella sospechaba que alguno de los Auténticos-Norteamericanos planean traicionarnos —dijo la Gobernadora con voz firme—.

Tendrías que habérmelo contado antes de la votación, Jupe.

—¡Pero si antes de la votación no lo sabía!

—Eso no tiene importancia —dijo Polly la Grande con voz altisonante—. ¿No te das cuenta de que ahora toda nuestra misión corre peligro?

—¿De veras? ¡Oh, Polly! —exclamó Jupe, sintiendo que le daba un vuelco el corazón—.

¡No lo permitas!

Polly agitó la cabeza.

—Ahora ya es tarde para que pueda impedirlo, Júpiter. Alguien más deberá actuar. Y he decidido que ese alguien debes ser tú.

—¿Yo? —¡Qué idea tan increíble! ¿Júpiter, el salvador de la Auténtica Norteamérica? Eso era como si todos los sueños que siempre había tenido se convirtieran en realidad...—. Y, ¿cómo puedo hacerlo, Polly? —suplicó.

—Irás en el yate presidencial y... ¡Oh, maldita sea! ¿Es que ese idiota de erk no piensa rendirse nunca? —Alzó los ojos hacia el cielo, pues el graznido de otro pájaro porteador que se aproximaba les dijo que iban a tener visita. La cabeza que asomaba por encima de la bolsa no era humana. Era la cabeza de Jutch, el viejo erk.

—Espera —exclamó Júpiter—. ¡Polly, no le mandes a él! ¡Mándame a mí! Nos debes por lo menos eso, ¿no? —El pájaro porteador tomó tierra entre Relámpago y la montura de Polly, mientras Jupe seguía hablando sin parar. Jutch salió de la bolsa y fue corriendo hacia ellos, levantándose sobre sus patas traseras en una postura implorante.

—Sin los erks nada de todo esto habría sido posible —les dijo—. ¡Tiene que haber un erk en la primera nave que vaya allí!

—Oh, qué idiota eres... —dijo la Gobernadora, muy disgustada—. ¿Qué pensarán los chinos si te ven en la nave?

—¡Me esconderé! ¡No permitiré que nadie me vea! ¡Fingiré que soy un prisionero! ¡Lo que sea! Además, vosotros los humanos no tenéis la experiencia de combate que poseemos los erks —gritó.

Polly le lanzó una mirada tan feroz que le hizo callar. La gobernadora estaba tan irritada que llegó a golpear el suelo con el pie.

—¡Eso son tonterías! ¡Los seres humanos han librado muchas más guerras que vosotros! Vaya, pero si nos hemos pasado milenios teniendo prácticamente una guerra cada año... Y, en cualquier caso, puede que tengas experiencia de combate, pero no tienes ni idea de engaños y trampas. En ese aspecto la raza humana es soberbia —dijo con orgullo—. Ya he tomado mi decisión. Júpiter tendrá que encargarse de ello.

Júpiter, que había estado escuchándola con la boca abierta, logró interrumpirla.

—¿Y de qué deberá encargarse Júpiter? —preguntó.

—Oh, de la misión más importante de toda la guerra —explicó Polly—. Irás en el yate presidencial. Llevarás armas escondidas. Si es cierto lo que dice Miranda y el resto de los Auténticos-Norteamericanos han estado mintiendo, tomarás el mando de la nave, le dispararás a cualquiera que se resista, les explicarás nuestras exigencias a los chinos...

—¿Yo? —exclamó Júpiter, intoxicado de alegría.

—Tú —dijo la Gobernadora con voz firme—. Y ahora vuelve a la ciudad. Redactaré unas órdenes lo bastante claras y firmes para que nadie pueda revocarlas. No diremos nada de esto hasta unos momentos antes del lanzamiento. Recuerda que no puedes confiar en nadie salvo en Miranda. Ni tan siquiera en el Presidente...

—Todo se haría mejor con un erk —trinó Jutch, entristecido.

—¡Será un humano quien lo haga! Y ese humano será Júpiter. Y se acabaron las discusiones —dijo Polly la Grande—. Encárgate de proporcionarle armas, Jutch. ¡Nosotros haremos el resto!

Así pues, cuando la tripulación estaba empezando a congregarse en el yate, Júpiter hizo una aparición de primera clase. ¡Y qué clase! Todos los que le vieron se quedaron maravillados. Tenía su propia plataforma volante. Tenía más que eso, pues dentro de su atuendo llevaba escondida una pistola automática de fuego rápido, alrededor de su cuello colgaba una granada en la que se había trabajado apresuradamente para que pareciese un amuleto, y en su mano sostenía una pequeña bolsa de viaje que podría haber contenido ropa limpia pero que de hecho contenía un par de aturdidores. Eran las armas que esperaba utilizar si se presentaba la necesidad; una vez se encontrara confinado en la nave espacial, el resto serían tan peligrosas para él como para cualquier enemigo. Júpiter iba de pie en la plataforma volante, agarrándose a la barandilla y mirando altivamente a su alrededor. Los yanquis y los erks le vitorearon al verle pasar. No iba solo en la plataforma.

Tenía una guardia de honor para realzar su rango, pues cuatro soldados erks con uniformes pintados se agazapaban en las esquinas de la plataforma, armados y ostentosamente alerta. Un coronel de marines erk guiaba la plataforma sobre el asfalto. Júpiter tenía la mano posada tranquilamente sobre la barandilla, y su rostro mostraba la expresión feroz y orgullosa de un águila. Dio un leve traspié cuando la plataforma aceleró en dirección hacia la tripulación de la primera oleada, pero logró superar sin tambalearse la brusca sacudida que se produjo cuando el coronel erk accionó los frenos de tierra. Júpiter miró fijamente a Castor y al resto de la tripulación y les lanzó su proclama:

—Tengo nuevas órdenes. Iré en su nave para el primer ataque, señor Presidente.

Los rostros que se alzaron hacia él mostraron todas las expresiones que había previsto: sorpresa, preocupación y disgusto, pero, sobre todo, sorpresa.

—Es inútil que intenten protestar —añadió Júpiter, complacido—, pues mis órdenes han sido rubricadas por Jutch, A-Belinka, mi Senadora y mi Hermana Mayor, así como por la misma Gobernadora. Vamos, preparémonos para el despegue.

Los rostros no cambiaron de expresión. Las personas a los que pertenecían no se movieron, ni tan siquiera dijeron nada. Delilah no habló con Castor, y Castor tampoco habló con Muchascaras; pero dentro de la cabeza de Muchascaras hubo conversaciones más que suficientes para todos. ¡Oh, sí! «¡Sospechan algo!», gimió el fragmento que en tiempos había sido Corelli Anastasio. «¡No dejéis que venga!», suplicó el fragmento que antes había sido Su Wonmu. «No seáis idiotas», exclamó Angorak Aglat, «¿cómo vamos a impedirselo? ¡Pero debemos mantenernos alertas!». Y, con su dulce voz de siempre, Potter Alicia intentó calmarles a todos y, principalmente a sí misma, diciendo: «Pero si no es más que un chico, igual que mi Castor. No nos hará ningún daño..., creo». No importaba lo que nadie dijese, ya fueran las voces secretas que hablaban dentro del cráneo de Muchascaras o unos labios que hablaran en voz alta: las órdenes eran reales, y no había tiempo para intentar cambiarlas.

—Bueno, subid a bordo —trinó A-Belinka, algo malhumorado—. Vamos, empezad ahora mismo, por favor, antes de que haya más complicaciones.

Y los navegantes espaciales entraron en la nave, uno a uno, ayudados por técnicos erks que se encargaron de colocarles los correaes, comprobar que estuvieran en la posición adecuada y asegurarse de que nadie daba señales de que estuviera a punto de marearse o ponerse histérico.

—Vaya lío —dijo Castor en voz alta, mirando a Júpiter.

—Cállate, Castor —dijo Tsoong Delilah, sin mirar a nadie en particular.

—¡Nos están alzando! —exclamó Júpiter, y al menos en su voz había cierta alegría que faltaba en las de los otros.

No hacía falta que lo dijera en voz alta, claro está, pues todos lo sabían: todos sintieron la brusca sacudida ocasionada por las abrazaderas al entrar en contacto con su nave, y luego vino la pausa para hacer las últimas comprobaciones y verificar la

ventana de lanzamiento...

Y el anillo se apoderó de su nave y empezó a llevársela, con una brusca sacudida que hizo descansar todo el peso de la tripulación sobre sus espaldas, y después empezaron a sentir una presión terrible y apremiante que les dejó sin aliento y les oprimió el estómago, una presión que fue aumentando rápidamente y acabó amenazando con aplastarles...

Y, un instante después, la presión desapareció.

Habían quedado libres del anillo y flotaban en el espacio. Iban a salir de la densa atmósfera del Mundo, esa atmósfera parecida a una sopa que pasaba aullando junto a su nave a medida que la iban hendiendo.

Iban camino de la Tierra.

La fuerza inicial del lanzamiento les llevó hasta más allá de la estratosfera del Mundo.

Aquel primer tramo no requería utilizar cohetes; la velocidad que les había proporcionado el anillo era más que suficiente para garantizar que saldrían de la atmósfera, y aún les sobraba un poco. No utilizarían ningún cohete hasta que más del noventa y nueve por cien del aire del Mundo estuviera bajo ellos, dejando tan sólo el suficiente para que las superficies de guía externas se apoyaran en él y les permitieran colocarse en la posición adecuada para el impulso suborbital.

Fue solo cuestión de minutos, pero los minutos fueron lo bastante largos como para que todos comprendieran cuán definitiva e irrevocable había sido aquella partida. Aunque no le proporcionaran ningún impulso adicional, su nave ya había quedado libre del Mundo para siempre; entraría en órbita por sí misma aunque ni un solo dedo tocara los controles. Su falta de peso no era total. Había un pequeño pero innegable impulso negativo, y todos sus cuerpos sentían la presión de los correajes que les mantenían sujetos a medida que la leve deceleración causada por la fricción con el aire iba frenando la nave mientras su contenido deseaba seguir avanzando. «¡Nos duele el cuello!», se quejó Su Wonmu. «Sí, me duele mucho y me gustaría que dejara de dolerme», dijo Potter Alicia. Pero no hablaron en voz alta. Todas las partes de Muchascaras sentían dolor, y el comité decidió que lo mejor sería quedarse lo más quietos posibles, con la esperanza de que no tardarían en estar mejor.

Feng Miranda se encontraba realmente fatal por una razón no tan apremiante (pero mucho más humillante). Se había orinado encima.

—¡Cría! ¡Estúpida! —se riñó a sí misma en un murmullo irritado (pero todos los demás la oyeron)—. ¿Qué te ocurre, Miranda, cómo has podido mearte encima igual que una niña, cuando la causa exige heroísmo y fortaleza?

Y Tsoong Delilah, obligándose a hiperventilar para bombear oxígeno a su hambrienta sangre, oyó los amargos reproches que la niña norteamericana se hacía a sí misma, dominando el áspero jadear de su propia respiración. Su primera idea fue sentir desprecio hacia Feng. Su segunda idea también estaba teñida de cierto desprecio, pero esa vez iba dirigido hacia ella misma. «¿Cría?» «¿Estúpida?» Esas

palabras también resultaban adecuadas para una inspectora de la policía Renmin que malgastaba el tiempo regodeándose con la humillación de una rival en el amor. Una rival. ¡En el amor! ¡Y, además, en el amor por un muchacho estúpido, egoísta e inmaduro! ¡Y todo esto cuando el deber la estaba llamando de la forma más apremiante! Delilah alargó la mano hacia el tablero de navegación, con el ceño fruncido. Apenada, vio que le temblaban los dedos pero, aun así, acabaron posándose en los controles precisos. La solución de rumbo apareció en la pantalla que había delante de ella. Tenía un índice de validez situado en más del noventa por cien; el margen de error era minúsculo; no había ninguna señal de avería.

—Atención —dijo Delilah, dirigiéndose a los demás ocupantes de la cabina, y apretó el control de Ejecutar.

Las aletas de control de la nave espacial buscaron el húmedo y caliente aire del Mundo e hicieron girar la nave hasta la altitud necesaria para acelerar. Los cohetes principales dispararon una salva de doce segundos. El tablero de navegación confirmó que el nuevo vector delta era correcto; la maniobra había sido completada. La nave espacial seguía una trayectoria balística.

Ahora todo era cuestión de esperar.

—Podéis quitaros los correajes —dijo Delilah a su tripulación. Y, con un sardónico placer, vio que la primera en hacerlo era Feng Miranda, y que, después de habérselos quitado, estiraba cautelosamente las piernas haciendo una mueca de incomodidad—. No te preocupes, Feng —le dijo maliciosamente—. ¡Sólo faltan cincuenta y ocho horas para que nos posemos en la Tierra! —Y le complació ver la mirada que le lanzó la chica.

Comprobó rápidamente el estado de los demás. Muchascaras parecía muy relajado y tenía los ojos cerrados. Júpiter, el yanqui, estaba soltándose metódicamente los correajes que le unían a la litera contigua, observando cautelosamente a todo el mundo por el rabillo del ojo. Castor..., ¡ah, Castor! Su rostro brillaba como el sol. La desgarradora complejidad de sentimientos que Delilah experimentaba hacia Castor encerraba una parte de amor maternal, y ese amor se vio cálidamente recompensado por la alegría que había en sus ojos.

—¡Delilah! —le suplicó—. ¿Puedo tomar los controles durante un rato? ¡Por favor!

—Pero si ahora no hay que hacer nada, Castor... —dijo ella con voz condescendiente—.

Tenemos dos horas libres hasta hacer las correcciones de rumbo necesarias para la cita con la ruta espacial. —Pero, naturalmente, lo que Castor deseaba no era una auténtica experiencia de pilotaje. Lo que deseaba era la ilusión del poder. Quería formarse una imagen de sí mismo, el capitán de una gran nave espacial con una misión urgente y peligrosa, una imagen que podría sacar de un cajón mental y observar durante el resto de su vida—. Bueno, ¿por qué no? —dijo—. Pero antes llama a Control de Misión para informarles.

—¡Claro! —exclamó Castor, y se apresuró a obedecer. El control de superficie respondió al instante; habían estado esperando la llamada. Polly la Grande en persona habló con la nave.

—Vuestro curso y velocidad son excelentes —dijo—. Felicidades: el lanzamiento ha sido un éxito. —A Castor le pareció bastante extraño que su tono de voz no fuera el más adecuado para una felicitación. Daba la impresión de estar albergando algún resentimiento secreto: su regordeta mandíbula estaba apretada, como si tuviera que medir sus palabras.

Castor acabó decidiendo que debía estar intentando quitarle importancia a la misión porque no podía estar en ella.

—Somos nosotros quienes deberíamos felicitaros, Polly —dijo amablemente—. Por favor, transmítele mi agradecimiento a toda la dotación del anillo de lanzamiento y, naturalmente, a todos los demás que están participando en esta ocasión histórica.

—Claro —dijo secamente la Gobernadora, y se inclinó hacia Jutch, que se había incorporado sobre sus patas traseras para murmurarle algo al oído—. Oh, está bien —dijo, volviendo a erguirse—. Supongo que os gustará saber cómo anda todo, ¿verdad?

—Naturalmente —dijo Delilah desde su litera, contemplando la pantalla con el ceño fruncido.

—Bien —dijo Polly la Grande, inclinándose de nuevo hacia el erk—. Jutch dice que tenéis nueve horas y unos veinte minutos antes de entrar en el radio de acción de la ruta espacial; después vendrá la transición, y saldréis de ella a unos dos días de la órbita terrestre.

—Ya hemos calculado todo eso —dijo Delilah.

—Bueno, es una confirmación —dijo la Gobernadora—. Después..., veamos, después, la primera ola de asalto os seguirá por la ruta espacial en cuanto hayan pasado diez horas.

Estará formada por las naves pesadas de largo alcance...

—Ya lo sabemos —dijo secamente Delilah—. Todos hemos repasado este plan un centenar de veces. —El fruncimiento de su ceño se había hecho más pronunciado. Le lanzó una mirada interrogativa a Castor y se volvió nuevamente hacia la pantalla—. Ya sabes que podemos ver cómo la flota se va reuniendo en nuestras pantallas, ¿verdad? ¿Quieres decirnos algo que no sepamos?

—Ah, sí —dijo la Gobernadora—. Hay una transmisión de la nave exploradora cercana a la Tierra. Parece que los chinos están volviendo a lanzar naves. Esperad un momento... —le hizo una seña con la cabeza al erk y su imagen desapareció de la pantalla, siendo sustituida por una imagen del espacio. En cuanto a qué espacio era..., no, Delilah se dio cuenta de que tenía que ser el espacio cercano a la Tierra, pues en el planeta del fondo se veía claramente el continente africano—. Hemos calculado los tiempos de la cita y no conseguirán llegar a la nave exploradora hasta que hayan pasado unas cincuenta horas —dijo la voz de la Gobernadora—. Sin embargo, y por si tienen algún arma nueva, estamos alejando la nave exploradora de

la Tierra. Y también están los robots, claro, que pueden volver a confundirles...

—Los robots no engañarán dos veces a los chinos Han —dijo Delilah con voz burlona, observando la pantalla. Sí. Había tres puntos visibles, y estaban saliendo lentamente de la órbita terrestre. Empezó a pensar a toda velocidad: ¿qué naves tenían listas para lanzar los chinos? No demasiadas. Nada lo bastante grande como para llevar un armamento significativo, por lo menos nada más peligroso que cuanto Tchai Howard había tenido a su disposición—. Estoy de acuerdo en que no representan ninguna gran amenaza —dijo de mala gana—, pero mantenlas en nuestra pantalla.

—De acuerdo —dijo la Gobernadora con cierto cansancio—. Y... bueno, ¿va todo bien a bordo? ¿Qué tal está Júpiter?

—Muy bien —dijo Castor, sorprendido—. Bueno, vamos a dejar de hablar durante un rato, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo la Gobernadora, y dejaron de oír su voz.

Delilah se retorció en su litera para mirar a los demás.

—Estaba algo rara —murmuró—. ¿Qué creéis que le pasará?

Pero Castor no supo decírselo, y Muchascaras tampoco tenía ni idea; y, naturalmente, ni Jupe ni Miranda pensaban explicárselo.

Júpiter no pensaba decirle nada a Delilah, desde luego, pero estaba hablando consigo mismo y no paraba de repetirse la misma palabra: soberbio. ¡El destino de Norteamérica dependía de él! Hasta se atrevió a devolverle la mirada a Delilah, intentando mantener su rostro inexpresivo; pero no pudo impedir que sus dedos tamborilearan sobre la bolsa de viaje con los aturdidores que yacía junto a él. Durante el lanzamiento las armas se le habían clavado ferozmente en el cuerpo. Aún le parecía sentir el dolor, y debía tener morados... ¡tanto daba! ¡Bienvenidos fueran esos morados, que serían insignias de heroísmo! Se volvió hacia Miranda para sonreírle, y Miranda le guiñó el ojo. Quizá debiera darle una de las armas... Habían estado pensando en la conveniencia de que Miranda también fuera armada, pero estaba claro que los demás no confiaban en ella. Sólo podían introducir una carta oculta en la baraja: introducir dos sería demasiado arriesgado. Miranda se volvió hacia Muchascaras, que seguía guardando silencio, y Júpiter, satisfecho, contempló a Delilah y Castor, que estaban intentando cruzar la incómoda distancia que separaba sus literas. Dada su trayectoria no había gravedad que les estorbara, pero tampoco tenían ningún punto fijo por el que orientarse. Júpiter se rió en silencio al ver cómo a Castor se le escapaba la correa que había estado usando para sujetarse. Empezó a manotear locamente, Delilah intentó agarrarle...

—¡Júpiter! ¡Atención todos! —Era la voz de Miranda—. ¿Qué le pasa al viejo?

Y todos se arrastraron tan rápidamente como pudieron hacia la litera de Muchascaras.

Delilah le cogió la muñeca para comprobar su pulso, y Castor se acercó a su gran cabeza de calabaza para bajarle un párpado e inspeccionar la pupila.

El pulso era débil pero regular, la respiración algo ronca pero estable. Cuando Castor le soltó el párpado éste volvió a cerrarse, y así se quedó.

Muchascaras estaba vivo, desde luego. Todas las señales externas visibles indicaban que no hacía sino dormir, y con mucha placidez. Pero no lograron despertarle.

Dentro del rompecabezas que era el cerebro de Muchascaras algunas voces gritaban, presas del pánico; otras guardaban un ominoso silencio.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Potter Alicia, muy nerviosa—. ¿Estamos bien? ¿Por qué sentimos dolor?

—El viejo imbécil ha sufrido un ataque o algo parecido —dijo Angorak Aglat, gritando furiosamente, como siempre—. ¡Qué criatura tan inútil! ¡Ahora sí que estamos listos!

—Camaradas, camaradas... —dijo Su Wonmu—. ¡No discutamos entre nosotros!

Ponernos nerviosos no nos servirá de nada. Sí, está claro que algo le ha pasado a nuestro cuerpo. Pero no culpemos a nadie de ello..., ¡al menos, no hasta saber qué estupidez ha cometido Fung Bohsien para meternos en este jaleo!

—Oh, callaos todos —dijo el mismísimo Fung con voz cansada—. ¿No veis que debemos tener una embolia, o quizá un aneurisma?

Gritos silenciosos y chillidos de rabia: ¡una embolia! ¡Un derrame cerebral! Decirles a las voces que se callaran no sirvió de nada. No había forma de obligarlas a que lo hicieran, y no veían que hubiera razón alguna para cooperar. Un par de ellas no habían dicho nada.

—¿Corelli? —gritó Fung, tan alto como pudo—. ¿Hsang? —Pero no respondieron. Al parecer, el comité había perdido algunos de sus miembros. El quorum aún presente gritó más alto, si es que esos términos pueden aplicarse al silencio: de hecho, las voces se ahogaron unas a otras en una exhibición de aturdimiento y confusión tan salvaje como la que acompañaba a cada nuevo implante. No era sólo el miedo lo que las enloquecía, sino el dolor, un dolor auténtico y palpable. El cráneo que compartían parecía latir con lentas explosiones de agonía, y las voces gritaban cada vez más fuerte—. Silencio por favor —le suplicó Fung a sus colegas—. ¡Volvemos locos no servirá de nada!

—Pero, ¿qué nos están haciendo? —gimió Potter, intentando sacarle algún sentido a las distorsionadas impresiones sensoriales que se filtraban por los perturbados sistemas de percepción.

Y, sorprendentemente, fue Shum Hengdzhou quien respondió. El antiguo trabajador de la acería había estado escuchando en silencio mientras todos los demás gritaban y se dejaban dominar por el delirio, pero ahora se atrevió a hablar.

—¿Alicia? Creo que sólo intentan ayudarnos.

—¿Ayudarnos? —se burlaron varias voces, pero Shum estaba convencido de lo que decía.

—Sí, creo que eso intentan —dijo con calma—. Creo que están intentando

prestarnos los primeros auxilios. Naturalmente, esta nave no posee un sistema completo de apoyo vital y quizá no puedan hacer gran cosa, pero aun así... Camaradas, ¿sirve de algo que nos gritemos los unos a los otros, dado que si seguimos actuando así no podremos hacer nada?

—Qué idiota eres, Shum —dijo Sun Wonmu, irritado—. No importa cómo actuemos, ¿qué podemos hacer?

—Bien, Camarada Su —dijo Shum—, recuerdo que el primer consejo que se le da a cualquier paciente que ha sufrido una embolia es que se relaje. Creo que al menos podríamos relajarnos mientras nuestros compañeros de tripulación intentan hacer cuanto pueden, ¿no?

Y, sorprendentemente, se produjo un momento de silencio.

—Es un buen consejo, Shum —acabó diciendo Fung, con voz cansada—. No es probable que vaya a salvarnos la vida..., no, al menos, a todos, dado que al parecer ya hemos perdido a dos miembros del grupo. Pero es lo mejor que podemos hacer. Aunque...

Un silencio de uno o dos microsegundos, mientras los supervivientes del comité esperaban enterarse de lo que iba a decir a continuación.

—¿Qué? —acabó preguntando Potter Alicia, muy preocupada.

—Estoy pensando que, en realidad, nuestras vidas no son tan importantes. La verdad es que ya deberíamos haber muerto hace mucho tiempo. Lo importante es impedir que los erks acaben con toda la población de la Tierra..., y, en cuanto a eso, no podemos hacer nada.

Lo primero que hicieron fue establecer una conexión con las máquinas diagnosticadoras del Mundo, y Delilah se encargó de vigilar las lecturas.

—Está vivo —les informó—. Pero algo anda mal en su cerebro.

—Hay montones de cosas que andan mal en su cerebro —dijo Júpiter. Estaba intentando sujetar los sensores médicos colocados en el pecho, los brazos, la cabeza y la garganta de Muchascaras; la pasta utilizada no era capaz de resistir sus erráticos movimientos—. ¡Diles que no deben dejarle morir! —ordenó. Delilah le lanzó una mirada donde se mezclaban la sorpresa y la ironía—. Quiero decir que... ¿Has pensado en lo que significaría tener que pasar los próximos dos días con un cadáver? —explicó Júpiter—. Empezaría a oler.

—Pareció sorprendido al ver las expresiones de sus camaradas—. Pero si pensar en ese tipo de cosas es lo más normal del mundo, ¿no? —protestó, indignado.

—Cállate y mantén esos electrodos en su sitio, ¿quieres? —dijo Miranda. Estaba sosteniendo la inmensa y extraña cabeza del anciano en sus brazos. La cabeza carecía de peso, naturalmente, pero cada vez que Muchascaras sufría un espasmo daba la impresión de que podía hacerse daño, y hasta parecía posible que su viejo y agotado cuello acabara partiéndose a causa del esfuerzo—. ¿Es que no se les ocurre nada que podamos hacer? —preguntó, irritada.

—Ya nos lo han estado diciendo —suspiró Delilah—. El problema es que no

tenemos el equipo necesario para hacerlo.

—No estamos en la nave adecuada —dijo Castor con tristeza—. La otra sí tenía sistemas de apoyo vital para Muchascaras.

—¡Pues entonces tendríamos que haber ido en la otra nave! —gritó Feng Miranda, y sólo al darse cuenta de las expresiones que había en los rostros que la contemplaban comprendió que su preocupación resultaba bastante extraña. ¡Después de todo, Muchascaras era un enemigo! Si hubiera habido algún problema a bordo de la nave Júpiter podría haber terminado pegándole un tiro..., ella misma se había asegurado de que le fuera posible hacerlo. Y, aun así, cuando contemplaba el rostro situado bajo esa gran frente en forma de cúpula, Miranda sólo pensaba en salvar su vida, no en acabar con ella—. Quizá debiéramos darle más anticoagulantes —dijo con voz preocupada.

—Tchai Howard dice que no —replicó Delilah.

—¡Tchai Howard no es médico!

—Pero las hermanas doctoras yanquis están de acuerdo con él, Miranda. Por favor, intenta controlarte. Estamos haciendo cuanto podemos.

—¡Lleva horas así! ¿Cuánto tiempo podrá sobrevivir en su estado actual?

—El tiempo que sea —dijo Delilah, sin perder la calma—. Es decir, el que pueda... Espera. Están quejándose de que reciben una señal bastante degradada. Supongo que los electrodos siguen en su sitio, ¿no?

Júpiter bajó la vista hacia su paciente, con cara de sentirse culpable, y volvió a ajustar la posición de los electrodos. Las corrientes que fluían por ellos medían resistencias y temperaturas, trazando un mapa de las ondas alfa y beta del cerebro, explicando todo lo que podía captarse de la lucha invisible que se desarrollaba dentro de aquella enorme cabeza. A miles de kilómetros bajo ellos, los erks y los humanos reunidos en el Control de Misión sabían más sobre lo que estaba pasando dentro de esa estructura de hueso, metal y plástico de lo que quienes estaban presentes podían ver.

—La verdad es que no era un mal viejo —sollozó Miranda. Y se dio cuenta de que había hablado usando el tiempo pasado.

Y, dentro del cráneo de Muchascaras, el comité estaba empezando a pensar en sí mismo como si ya fuera algo del pasado.

—Ojalá pudiera haber visto a mi nieto —suspiró Potter Alicia.

—Todos tenemos cosas que lamentar —dijo Angorak, y por una vez no estaba gritando.

Se quedaron callados, pensando en esas cosas a lamentar, hasta que Shum rompió el silencio.

—Creo que nuestro máximo motivo de lamentación es que no estamos haciendo nada por impedir que la Tierra sea destruida —dijo, con voz suave y tranquila.

—Pues claro que lo lamentamos, idiota —respondió inmediatamente Angorak y después, arrepintiéndose de sus palabras, añadió—: Lo siento, Shum. He hablado así

porque estaba enojado, y estoy enojado porque no puedo hacer nada. No podemos hacer nada...

—Sí —admitió Shum—, si no podemos actuar no somos nada. Si no podemos actuar o hablar estamos indefensos. Si estamos aprisionados aquí dentro, sin ningún contacto con el exterior, todo cuanto pensemos es inútil. Pero, ¿es cierto eso? ¿Carecemos de todo contacto con el exterior?

Unos instantes de silencio.

—¿Shum? —dijo por fin Potter Alicia, en voz baja y respetuosa—. Creo que acabo de ver un leve destello luminoso. ¿Te referías a eso?

Un rápido parloteo esperanzado.

—Puede que uno de mis ojos se haya abierto un poco —dijo Fung Bohsien con voz cansada—. Probablemente alguien le haya levantado el párpado; no es nada.

—No estoy totalmente de acuerdo, camarada Fung —dijo Shum con gran respeto—. Creo que es mucho. Significa que nuestros sistemas de percepción no están destruidos. Y creo que eso tiene ciertas implicaciones.

—¡Pues di cuáles son esas implicaciones! —ladró Angorak.

—Bueno, que estamos paralizados, sí, pero no en coma.

—¡Pues claro que no estamos en coma! Estamos hablando los unos con los otros, ¿no?

¡Oh, Shum, qué idiota eres! Ves esperanza en la peor verdad de cuanto nos ocurre..., que no estamos muertos, ni tan siquiera sumidos en la fase terminal del coma, ¡sino condenados a permanecer eternamente despiertos en esta prisión!

—Cállate, Angorak —dijo secamente Fung—. Shum tiene razón. ¡Escuchad todos! Si no podemos hacer nada salvo pensar, al menos pensemos lógicamente. —Guardó silencio durante un microsegundo, lo que en sus velocísimos intercambios de información era toda una pausa cargada de sobreentendidos, esperando alguna protesta. No la hubo—. Muy bien. Veamos qué sabemos. En primer lugar, hemos sufrido un accidente cerebrovascular. ¿Hay alguien que dude de ello? —No hubo dudas, sólo murmullos. Murmullos de abatimiento...—. En segundo lugar, no se trata de nada terriblemente serio, puesto que, tal como ha dicho Shum, por lo menos somos capaces de comunicarnos los unos con los otros..., bueno, una gran parte de nosotros puede hacerlo —rectificó. Y, una vez más, todos estuvieron de acuerdo en lo que había dicho—. En tercer lugar, creo que vimos un destello luminoso hace ya bastantes segundos, quizá minutos. —Todos estuvieron de acuerdo también en ello—. Bien, el problema ahora es saber si podemos ejercer algún tipo de control motriz sobre cualquier parte de nuestro cuerpo —concluyó Muchascaras—. ¿Alguien ha tenido sensaciones cinestésicas? —Negativas algo inseguras, salvo por la todavía más insegura respuesta afirmativa de Potter Alicia—. ¿Y si intentamos efectuar algunos movimientos musculares? — Un sí más lleno de confianza..., o quizá no fuera del todo confianza, pero, desde luego, ése sí había sonado más afirmativo—. El ojo —le dijo Fung a su pequeño ejército—. Si no nos peleamos entre nosotros y no

malgastamos energías cediendo al pánico, quizá consigamos abrir un ojo. ¿Lo intentamos? De acuerdo: ¡Intentémoslo!

—No puedo —gimoteó Su Wonmu, pero su voz quedó inmediatamente ahogada por el griterío de todos los fragmentos supervivientes: ¡Sí que puedes! Ya verás como puedes.

No, probablemente no podrás, idiota pomposo, ¡pero al menos quédate quieto para que el resto de nosotros podamos intentarlo! Y lo intentaron, una y otra vez, sin parar, viviendo en aquella existencia más-veloz-que-la-vida que compartían dentro del gran cráneo de Muchascaras.

No lo consiguieron.

—Probemos otra cosa —sugirió Shum, casi jadeando por el esfuerzo..., si es que un fragmento de tejido cerebral podía jadear—. Por favor, tratemos de hablar. Tratemos de avisar a los demás...

Y eso intentaron, aunque sin más éxito que antes. De hecho tuvieron todavía menos éxito, pues los fragmentos de tejido cerebral no lograban ponerse de acuerdo sobre qué deberían decir, y los eones que eran horas siguieron pasando, hasta que...

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Potter Alicia—. ¡Oh, Fung! No nos habremos muerto, ¿verdad?

No fue Fung quien respondió, sino Angorak, y con bastante rudeza. Había captado aquella misma y extraña palpitación en los cansados sensores del viejo cuerpo de Fung Bohsien, pero la reconoció más aprisa que ella.

—¡No nos hemos muerto, estúpida! —gritó—. ¡Si nos hubiéramos muerto no estaríamos hablando! Hemos pasado por la ruta espacial, eso es todo..., y, oh, camaradas, ¿no será demasiado tarde? Puede que todo se haya decidido mientras estábamos atrapados aquí dentro.

¿Estaría todo decidido? Los grupos de células que formaban el cerebro de Muchascaras no eran los únicos en preguntárselo. Tsoong Delilah también se lo preguntaba, y lo mismo hacía Castor, e incluso Miranda y Júpiter estaban nerviosos e irritables, sintiendo los efectos de una tensión que no lograban identificar. La ruta espacial les había pillado a todos tan por sorpresa como a Muchascaras. El primer impulso de Delilah fue volver tan disimuladamente como pudiera al asiento de pilotaje. Miranda estaba inclinada sobre la cabeza del anciano, con los ojos clavados en aquella gran masa que sostenía sobre su regazo.

—Podría haber jurado que he visto moverse su párpado —dijo—, pero después no ha...

Y, un instante más tarde, quedó como paralizada, sintiendo lo mismo que estaban sintiendo todos.

—¡Hemos pasado! —jadeó.

—Sí, hemos pasado sin problemas —les confirmó Delilah desde los controles—. Mirad...

—Y la pantalla que se había llenado de estática se iluminó de nuevo, mostrando

una imagen de la Tierra con la Luna asomando por detrás de ella.

—¡Entonces, el plan va bien! —dijo Júpiter con alegría—. Y ahora ya no tendré que seguir aguantando la molestia de vigilar a este viejo. —Soltó los electrodos y flexionó los dedos. Después, nuevamente sorprendido ante las miradas que se ganó con ese acto, se puso a la defensiva y dijo—: Bueno, después de todo, hemos perdido el contacto directo, ¿no?

—Qué idiota eres —dijo Miranda, disgustada, pero un instante después se olvidó totalmente de Júpiter. Los ojos de Muchascaras volvieron a abrirse—. ¡Está despierto! —gritó Miranda—. Yo..., creo que está intentando hablar.

—Estupendo —dijo Júpiter, pues la promesa de que no se verían obligados a pasar los días siguientes junto a un pedazo de carne en proceso de putrefacción hacía que se sintiera magnánimo.

—¡Cállate! —le ordenó Miranda, acercando la cabeza a los labios de Muchascaras—.

¿Qué? —le preguntó en un murmullo, y la débil voz de Muchascaras intentó decirle algo.

—No... —dijo (¿era eso lo que había dicho?), y se calló.

—¡Sí, sí! —le animó Miranda—. ¿No qué, Fung?

—No... dejéis... que... los... erks... destruyan... la... Tierra.

—¿Qué? —preguntó Miranda con incredulidad. La pregunta resultaba claramente inútil, pues el anciano no tenía las fuerzas necesarias para repetir sus palabras—. Ha dicho: «No dejéis que los erks destruyan la Tierra» —explicó a los demás, y luego volvió a inclinarse sobre Muchascaras—. Oh, Fung, pero si no piensan hacerlo —dijo, muy preocupada—.

Quiero decir que... Ya sé que eres un patriota Han y todo eso, y puede que China sufra algún daño..., pero la verdad es que sólo desean liberar Norteamérica.

Los ojos de Muchascaras la contemplaron con una gran tristeza. Los labios volvieron a moverse, pero ningún sonido brotó de ellos.

—Te estás preocupando por nada, Fung —dijo Miranda con voz apenada—. No intentes hablar. Te prometo que todo irá bien...

La lengua de Muchascaras lamió sus resecos labios. Y después, tan débil como un soplo de aire, llegaron otras dos palabras:

—Por favor.

Miranda agitó la cabeza y alzó los ojos, sobresaltada, al sentir que la nave se movía en dirección lateral.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó a Delilah.

—Una corrección de rumbo —dijo secamente Delilah, con los ojos clavados en los controles y los dedos muy ocupados. Había algo extraño en su expresión y su forma de moverse. Y también resultaba extraño que Castor, que había estado escuchando atentamente lo que decía Muchascaras, hubiera empezado a colocarse entre Júpiter y Delilah, con los ojos clavados en el joven yanqui como si estuviera

esperando algo...

—¿Qué está pasando? —preguntó Miranda; y, reaccionando al fin, Júpiter se lanzó sobre su bolsa de viaje y sacó de ella un aturdidor, con el que apuntó a Delilah.

—¡Traición! —gritó—. ¡Quieta, Tsoong! ¡No toques nada más!

Delilah se quedó inmóvil. Los aturdidores no mataban, pero nadie quería sentir la terrible agonía de los alfilerazos y los dolores que se sufrían después de haber recibido su disparo..., sin mencionar el hecho de que, mientras estuviera aturdida, no podría hacer nada por salvar su mundo. Castor se quedó inmóvil por las mismas razones que ella, multiplicadas por el hecho de que estaba más cerca. Hasta Miranda se quedó paralizada, con la boca abierta en una mueca de incompreensión, y eso hizo que Júpiter se pusiera furioso.

—¿Cómo es posible que todas las hermanas seáis tan estúpidas? —preguntó—. ¿No te das cuenta de lo que están haciendo? ¡Tenías razón; piensan traicionarnos!

—Pero, Júpiter... —empezó a decir Miranda con mucha calma, dando comienzo a una frase para la que su mente no veía ningún final.

—¡No discutas conmigo! ¡Suelta a ese viejo estúpido! Ocupa el puesto de Delilah en los controles. —Miranda era incapaz de moverse—. ¡Vamos! —gritó Júpiter, muy irritado—. ¡Iba a destruir la nave de la ruta espacial! ¡Apártala de allí! ¡Salva Norteamérica!

Salva Norteamérica. Bueno, como orden resultaba clarísima, ¿no? Las palabras hicieron que los reflejos de toda una vida impulsaran a Miranda. No sentía nada y no comprendía nada; estaba como entumecida, pero había oído la llamada para ponerse en acción.

Depositó suavemente la cabeza del viejo Muchascaras en su litera y fue hacia las literas de control, cuidando de no situarse entre el arma de Júpiter y Tsoong Delilah.

—Disculpa —le dijo distraídamente a Delilah, y ni tan siquiera se dio cuenta de la mirada de sorpresa que ésta le lanzó. Miranda tenía el rostro vuelto en otra dirección. Estaba mirando por encima del tablero de pilotaje, allá donde la pantalla mostraba la canica blancoazulada acompañada por una esfera menor que parecía una tableta de aspirina algo sucia—. Júpiter... ¿Qué quería decir Muchascaras con eso de que los erks destruirán la Tierra? —preguntó, contemplando el planeta.

—¡Qué pregunta tan estúpida! —exclamó él—. ¡Presta atención a lo que estás haciendo! ¡Hay grandes decisiones que tomar, y no podemos perder ni un momento!

—Sí —dijo ella con voz tranquila, agitando la cabeza—. Pero me gustaría saber de qué estaba hablando. ¿Puedes explicármelo?

Delilah estaba inmóvil, sujetándose a los correajes del copiloto.

—Podría explicártelo, pero no lo hará, Miranda —dijo.

—¡Cállate! ¡No digas nada! —ordenó Júpiter, pero Miranda alzó una mano y le interrumpió.

—¿Por qué no va a explicármelo? —preguntó.

—Porque no comprende lo que está pasando —dijo Delilah con voz tensa—. Y tú

tampoco lo comprendes. Pregúntale qué pasó con los otros «aliados» de los erks. Pregúntale cuántos de ellos han sobrevivido.

—¿Qué «aliados»? —preguntó Miranda con el ceño fruncido, intentando comprender de qué le estaban hablando.

—¡Todos los que hubo! Todos han muerto..., ¡igual que moriremos nosotros si este lunático se sale con la suya!

—¡Oh, vamos! —aulló Júpiter, agitando su arma—. ¿Cómo te atreves a decir eso? ¡No soy ningún lunático! ¡Crees que soy un lunático sólo porque no pienso traicionar a mi país!

—No, sólo piensas traicionar a tu especie —gruñó Delilah, pero Júpiter estaba dispuesto a ponerle punto final a la discusión.

—Y ahora cállate. Hablo en serio —ordenó—. ¡De lo contrario, te obligaré a callar! ¡Vamos, muévete! Ve hacia Castor. ¡Miranda! Toma los controles. ¡Asegúrate de que ninguno de ellos se acerca a los tableros! —La rabia tensaba sus rasgos... ¡Qué descaró el suyo! Y, aun así, el estar viviendo el mejor momento de su vida, el más glorioso, hizo que la rabia no durara mucho tiempo. Agitó las armas, pues ahora tenía una en cada mano, haciendo que Castor y Delilah pegaran sus espaldas a la mampara de la nave espacial—. ¡No intentéis nada! —les advirtió—. ¡Y no habléis! —repitió.

Le irritó bastante ver que ninguno de ellos parecía dispuesto a obedecer unas órdenes que no les gustaban.

—Soy el Presidente de los Estados Unidos —dijo Castor con voz firme—. Te ordeno que me entregues esas armas.

Júpiter frunció el ceño.

—No puedes ordenarme eso —protestó.

—El Presidente es el Comandante en Jefe de todas las fuerzas militares —dijo Castor—.

Debes obedecer cualquiera de mis órdenes.

—¡Pues entonces no eres el Presidente correcto! —acabó decidiendo Juve. Y, de todas formas, no pienso dártelas. Vamos a seguir el plan. Vamos a hablar con esas naves chinas y les diremos que no disparen, haremos que se acerquen más a la Tierra, le daremos a la flota una oportunidad de seguirnos..., ¡y no podréis hacer nada por impedirlo!

Castor agitó la cabeza.

—¿Y después qué, Júpiter? —le preguntó.

—Pues..., ¡después liberaremos Norteamérica, naturalmente!

—Pero, ¿quiénes la liberarán, Júpiter? ¿Te refieres a los erks? ¿Sabes lo que pasará en cuanto los erks entren en combate?

Júpiter frunció el ceño.

—Señor Presidente —dijo, muy serio, adoptando un repentino tono formal—, me gustaría seguir tratándole como a un auténtico Presidente, pero debo advertirle que

meterse con los erks es un delito de traición. ¡Además, no está bien!

Castor vaciló. Miranda se dio cuenta de que estaba sudando. Tenía la cara muy pálida y le temblaban las manos, pero siguió hablando.

—No le debes ninguna lealtad a los erks, Júpiter. No son norteamericanos.

—¡Son nuestros aliados!

—¡Los erks no son aliados de nadie! ¿Le has echado alguna vez una mirada a sus archivos históricos? ¿Has visto lo que han hecho?

Júpiter se encogió de hombros, irritado.

—Oh, todo el mundo lo sabe —dijo—. ¡Y ahora quietos! Mirad la pantalla... ¡Los robots están a nuestro alrededor, y ya casi hemos entrado en el radio de acción de las naves chinas! —Castor se disponía a abrir la boca, pero Júpiter se le adelantó—. ¡He dicho que os calléis! —gritó—. ¡Estas armas no matan, pero puedes estar seguro de que te dejarán sin sentido! —Delilah apoyó la mano en el brazo de Castor, y el Presidente se quedó callado, sin saber qué hacer.

—¿Por qué no le dejas hablar, Júpiter? —preguntó de repente Miranda—. ¿Qué está intentando decir con eso de la historia?

—¡Nada! —chilló secamente Júpiter—. Hubo algunos incidentes desagradables, eso es todo.

—¡No ha habido ni uno solo que acabara bien! —exclamó Delilah, con el rostro casi tan tenso como el de Castor, clavando los ojos en las armas de Júpiter—. ¡Cada vez que han intervenido en una guerra han destruido a los dos bandos! ¿Es eso lo que quieres, Júpiter?

¿Quieres ver a toda la raza humana borrada del mapa?

—¡Eso no volverá a pasar! —gritó Jupe, furioso al ver atacadas de aquella manera todas las cosas en las que creía—. Han tenido un poco de mala suerte, eso es todo.

—¡Mala suerte...! —empezó a decir Delilah, pero Miranda la hizo callar.

—Háblame de esa mala suerte—ordenó.

Júpiter le lanzó una mirada sombría.

—Sí, es cierto. Ninguna de las razas a las que los erks ayudaron ha sobrevivido —dijo, encogiéndose de hombros—. Pero nosotros somos más listos que esas razas. Hemos tenido muchos años para hacer planes. Todo está muy claro. Primero destruiremos China desde el espacio..., ¿qué tiene de malo eso? Puede que los hindúes quieran ocupar el vacío de poder, pero acabar con ellos será todavía más fácil que acabar con China. Después desembarcaremos fuerzas para la limpieza final. Ciertamente, sólo podremos desembarcar unos miles de soldados, y los erks no son gran cosa en el combate cuerpo a cuerpo. ¡Pero siempre nos queda la flota espacial! Si se niegan a rendirse, nos limitaremos a terminar con unas cuantas ciudades y...

—¡Júpiter! ¿Qué estás diciendo? —exclamó Miranda.

—Se lo han merecido, ¿no? —dijo Júpiter, terco como una mula, y puso cara de sorpresa al ver que Delilah iba hacia los controles—. ¡No hagas eso! —divirtió.

Aunque algo tarde, Miranda se dio cuenta de que su nave había estado girando lentamente sobre sí misma, y que su proa apuntaba ahora casi en línea recta hacia la nave exploradora, que aún seguía rodeada por un débil resplandor purpúreo. Alargó la mano instintivamente para detener el giro y, mientras lo hacía, Castor saltó hacia Júpiter, que disparó. El arma emitió una descarga de alto voltaje acompañada de un seco chasquido, haciendo que Castor se derrumbara contra la mampara, con el rostro repentinamente convertido en una máscara de asombro. Júpiter, furioso, volvió el arma hacia Delilah.

Miranda bajó los ojos para ver lo que sus dedos estaban haciendo en los controles y suspiró.

—Júpiter —dijo, como sin darle importancia—, no le dispaes a nadie más. Ahora ya no importa.

Júpiter, perplejo, se volvió hacia ella.

—¿Qué?

—He dicho que ya no importa —repitió Miranda, viendo cómo sus dedos tecleaban una instrucción; luego, mientras apretaba la tecla de Ejecutar, añadió—: Los erks no llegarán a la Tierra, ¿comprendes?

En la expresión de Júpiter había tanto miedo como ira.

—¿De qué estás hablando, hermanita estúpida? ¡Pues claro que llegarán! ¡Todo está planeado!

Miranda negó con la cabeza y contempló la pantalla.

—Tardarán bastante, Jupe. ¿Cuál es la distancia hasta aquí? ¿Cuarenta y dos años luz?

Bueno, sin la ruta espacial, tardarán por lo menos cuarenta y dos años en llegar.

La pantalla mostró de pronto una pequeña llamarada blanca que se alejaba lentamente de ellos, en dirección a la nave exploradora.

—Sin la nave no hay ruta espacial —dijo Miranda—. Sin la ruta espacial no habrá erks, al menos durante casi medio siglo. Y —añadió, viendo cómo la llamita entraba en contacto con el punto que señalaba la nave exploradora erk— tengo una puntería realmente soberbia, por lo que ahora ya no hay nave.

Júpiter contempló la pantalla con los ojos casi saliéndosele de las órbitas. De hecho, todos estaban mirando la pantalla, incluso Castor (que sólo podía mover los ojos): hasta Muchascaras la estaba mirando, pues sus cansados y algo vidriosos ojos de anciano parecían luchar por enfocarse. Y todos vieron lo mismo.

La nave erk estalló con una cegadora detonación blanca.

Cuando el resplandor se hubo esfumado, la nave ya no existía. Una nube de partículas se fue hinchando y empezó a disiparse lentamente. Luego no hubo nada más.

—Oh, Dios mío —murmuró Júpiter—, realmente lo has hecho, ¿verdad?

Miranda asintió. Sí, la verdad es que lo había hecho.

—Espero haber actuado correctamente —dijo con voz pensativa, y Tsoong

Delilah, saliendo de la aturdida parálisis que se había apoderado de todos, se lanzó hacia Miranda y la aferró en un abrazo tan inesperado como potente.

—Oh, lo hiciste —dijo, casi sollozando—. ¡Lo hiciste!

—¡Traidora! —gritó Júpiter, rechinando los dientes. Agitó el arma ante las dos mujeres, sin saber qué hacer con ella, se la quedó mirando, y acabó arrojándola al otro extremo de la cabina. El arma estuvo a punto de chocar con Miranda, pero ésta la cogió al vuelo y se la entregó a Tsoong Delilah.

—Espero que sepas obrar mejor que antes —dijo. Y luego, con voz pensativa, dirigiéndose hacia la china pero también hacia toda la humanidad, añadió—: Espero que sepáis obrar mejor que todos cuantos os han precedido.

—¿Y si no lo hacen? —preguntó Júpiter—. ¿Y si se limitan a seguir teniendo guerras?

Miranda se inclinó hacia delante para llamar a las distantes naves chinas.

—Bueno, entonces nos tendremos merecido lo que pueda pasarnos, ¿no? —dijo por encima del hombro.

FIN